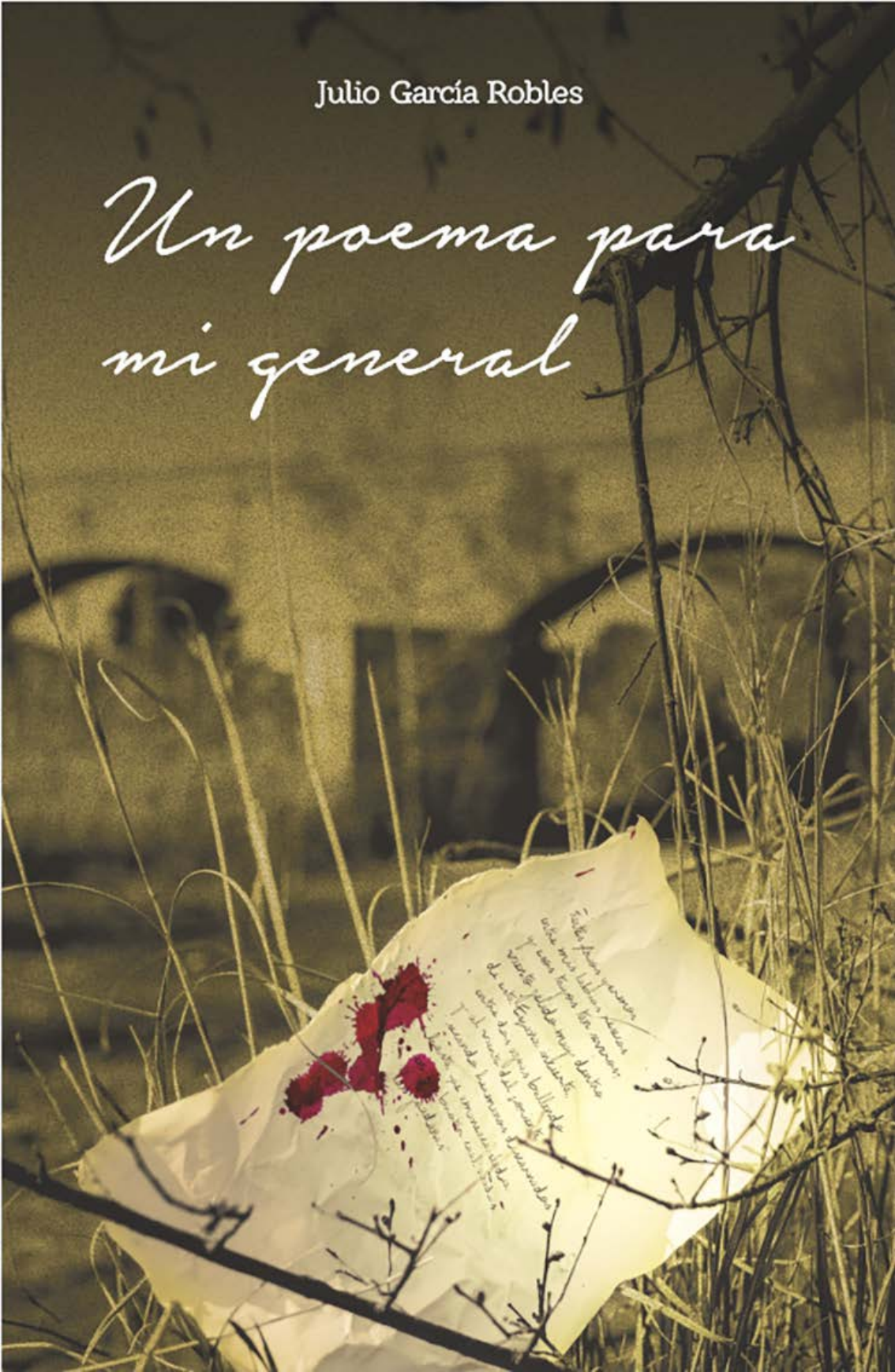


Julio García Robles

Un poema para mi general



Un poema para mi general

Primera edición 2014

Segunda edición 2018

Tercera edición 2026



© Julio García Robles

© Bebuki Rock

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra



Frentes fríos y yermos
entre mis labios resecos
y esos tuyos tan severos;
viento gélido muy dentro
de esta España incierta,
entre dos aguas bullendo
y al viento del poniente
secando hermanos descarnados
hasta que amanezca el día
en que broten cual azadas
las guadañas.

Laura Laredo

Villarreal, una pequeña ciudad de la provincia de Castellón, disfruta la llegada de la Segunda República Española y de las libertades que conlleva entre vítores y renovadas esperanzas. La vida para Julia transcurre entre vaivenes políticos; enamorada de José, sueña con un futuro a su lado lleno de oportunidades. Nicolás es su amigo, un joven poeta colmado de ilusiones, amante de la revolución social.

El golpe militar de 1936 acabará con los sueños de Julia abruptamente, despertándola a una terrible pesadilla. Como todos sus amigos, se verá envuelta en el holocausto español descubriendo su verdadera naturaleza como persona y el horror de la guerra. Huirá de todo ante la noticia del asesinato de su amado, para convertirse en una temida y perseguida miliciana, Carmela.

En esta emotiva novela ambientada en la Guerra Civil Española, el lector sentirá las emociones que experimentaron los que les tocó sufrir esta confrontación fratricida que ya forma parte de nuestro imaginario colectivo. Como dice la protagonista, “la Guerra Civil fue un infierno de hermanos contra hermanos, dirigida por locos asesinos”.

Albert Masó, asesor científico de National Geographic Society

“Un poema para mi general” es una novela de Julio García Robles donde nos relata las experiencias de una combatiente republicana durante la Guerra Civil. El autor imprime en esta aventura su carácter y estilo propio con escenas crudas y esos momentos emotivos que sellan sus obras.

EL AUTOR

Julio García Robles es diagramador, escritor y fotógrafo de naturaleza. Diplomado en Gestión Medioambiental por la Universidad de Cádiz; entre otros, cuenta entre sus trabajos de divulgación científica con los libros *Devoradores de hombres* y *Lobo*. Ha llevado adelante proyectos de conservación en numerosos países, destacando su trabajo como agente social en programas ONG de Desarrollo. Es precisamente en estos largos viajes donde compagina historia y leyendas para dar vida a los personajes mágicos de sus novelas, siempre llenas de aventuras y emociones: la saga *Uma Soona*, *Sarima Vamp*, *El pequeño Budy y el Dragón Blanco*, *La leyenda de Perpintres*, *Planeta Z Muerto*, *Los crímenes de mi querida mamá*, *Las aventuras de Calamity Queen*, *El Dragón Rojo*, *Socarrats*, *Valentine*, *El Enterrador*, *Mamen...*

PRÓLOGO

Duros y trágicos fueron aquellos años. Horrorosos. ¡Cuántos padres perdieron a sus hijos en el campo de batalla o en una cuneta, víctimas del odio y la bala asesina! Fueron tantos los que quedaron huérfanos y presos de la miseria, al amparo de los verdugos... ¡Cuántos yacen bajo tierra o en un campo olvidado! ¡Cuánta gente falleció en el holocausto español! Sí, holocausto, porque eso fue lo que aconteció durante años y años. Mucho se perdió, y parece que a pocos importe hoy. ¿Qué es lo que se consiguió con tanta sangre vertida, con tantas lágrimas derramadas? ¿Qué más da, en la distancia del olvido, vencedor o vencido?

El águila imperial y su yugo, la afilada hoz y su martillo de hierro, idéntica es la rabia desatada en los extremos que todo lo pudren. Banderas y estandartes bajo los que se envuelven personas llenas de ambición y terriblemente crueles. Falsos profetas de la libertad, cargados de promesas y cadenas, que imponen el bien y el mal con sus ideologías tan populistas como hipócritas. Entre unos y otros robaron tantas vidas, tantas ilusiones... Marchitaron tanto amor... Hundieron mi amada República en un pozo ciego de llanto y miseria, de sangre y muerte.

Es fácil reconocer a estos voraces personajes de doble moral, incluso hoy día, tras tanto horror, pasados los años, olvidada la lección. Ahí están de nuevo, camuflados como gente de bien, dictando sus discursos, sembrando odio y recaudando bienes. Se hacen notar con gusto cada vez que justifican una vergüenza, hundiendo la voz del pueblo en la desidia, limando los cimientos de la democracia y de la libertad.

¡Éramos tan jóvenes cuando todo pasó!



¡AY, CARMELA!

1937, frente de Teruel. Los soldados sublevados no solo resistían valientes, sino que también lograban realizar numerosos avances durante el día, apoyados por la aviación italiana y alemana.

—¡Maldita sea! —exclamó un capitán de marcado acento soviético al ver, con el sol del mediodía, a un nutrido grupo de soldados enemigos acercarse a sus posiciones. Iván comandaba aquella patrulla republicana que por la noche había tomado el cerro sur con la esperanza de afianzar la posición y abrir una brecha en la sólida defensa turolense—. ¡Cabo! ¡Avisé al resto, los fascistas están aquí! —gritó a la par que echaba cuerpo a tierra y asomaba su fusil entre dos rocas.

Un fuerte ruido llamó de inmediato su atención, aquel rugir cada vez más poderoso que venía del cielo solo significaba muerte. Miró hacia lo alto y maldijo su estampa.

—¡A cubierto! ¡A cubierto!

Apenas habló, un estallido resonó atroz y otro más. La tierra tembló con cada explosión y las rocas que protegían a su patrulla en aquella improvisada trinchera saltaron convertidas en piedras y polvo. Con las manos sobre la cabeza y acurrucado contra un saliente de su parapeto, apretaba los dientes tratando de soportar aquel horror. Sobre él, el cuerpo destrozado de uno de sus hombres; otros volaban convertidos en una masa deforme.

Un escuadrón Junker Ju 87 Stuka estaba bombardeándolos y nada podían hacer, solo tratar de sobrevivir. Eran aviones alemanes especialmente diseñados para atacar a tierra, para destrozar cualquier resistencia, para arrasarlo con todo. Sus picados eran ensordecedores, más con el tremolar de sus

ametralladoras, y siempre los acompañaban después las terribles explosiones de las bombas. Gracias a ellos, cada mañana, los sublevados volvían a recuperar las posiciones perdidas. Así pasaba cada día, cada noche, en aquella orgía macabra de tiros, bombas y sangre.

Los Stuka se fueron, el silencio se hizo en el cerro mientras el humo y el polvo se disipaban. Iván se arrastró por tierra empujando a sus hombres, a los que habían sobrevivido a tan horroroso castigo. Si querían mantenerse con vida tenían que descender hasta la quebrada, tratar de ocultarse y regresar a las líneas republicanas.

Un coro insoportable de lamentos y quejidos se alzó al aire, eran los heridos y amputados. Nada se podía hacer por ellos, tenían que salir de allí antes de que llegaran los sublevados y estaban muy cerca, se oían sus voces exigiendo una rendición. Los que pudieron reptaron en silencio, siguiendo a Iván cerro abajo, buscando una salvación. No tardaron en escuchar disparos. Los sublevados habían tomado de nuevo el cerro y estaban acabando con la agonía de los republicanos heridos. Un tiro en la cabeza. Rápido, sin dolor ni palabra alguna. En el frente de Teruel apenas se hacían prisioneros, y mucho menos si estaban heridos.

—Malditos asesinos —remugó Iván en su descenso.

Una bala se estrelló a unos palmos de su cara y alzó el rostro para ver una patrulla de la Guardia Civil acercarse a unos cincuenta metros, sin dejar de dispararles. Les habían cerrado el paso, no había salida, estaban perdidos. Como pudieron, saltaron tras un ribazo, esquivando balas y muerte. Aquella misión era suicida desde el principio; todos sabían lo que pasaba con las posiciones tomadas durante la noche, en cuanto pudieran volar los Stuka, eran pérdidas de inmediato. «Tantas vidas, ¿para qué?», se preguntó Iván, desolado, con



la sangre manchando su rostro, mientras pensaba en la incompetencia de sus jefes, en esa amalgama de coroneles, comandantes y generales que no sabían ni dónde estaban, autoproclamados la mayoría, sin sentido ni saber del arte de la guerra, dueños de columnas de obreros, que solo sabían decir estupideces, matar y morir por la causa, pero no luchar y pensar como soldados.

—¡Alzad las manos y salid de ahí! —se escuchó.

Se hizo un tenso silencio. Los hombres de Iván lo miraban esperando una decisión: rendirse o morir allí. Y él negó con la cabeza. Entonces, un joven lanzó su fusil por encima del ribazo.

—Lo siento, capitán, tengo mujer e hijos. No quiero morir —se justificó aquel soldado de profundas ojeras. Y se levantó con las manos en alto.

Tres más lo siguieron y, conforme comenzaron a salir del resguardo, una lluvia de plomo los abatió con un estruendo fatal. Iván ni se inmutó, solo alzó las cejas a la par que resoplaba.

—Estúpidos —mascó entre dientes, pensando en sus hombres abatidos.

Un nutrido intercambio de disparos comenzó, despedazando la corteza de los árboles y las vidas de quienes alcanzaba. Los guardias civiles rodearon totalmente la posición, el ribazo y la entrada del estrecho barranco, impidiendo que pudieran huir por allí. Iván y sus hombres permanecieron agazapados, haciéndose notar a intervalos, defendiendo la posición y la vida como podían. Pero cada vez eran menos, las opciones eran nulas y la desidia comenzó a colmar sus mentes.

—¡Corramos campo a través hasta el barranco! —le suplicó uno de sus soldados con una brecha en la cara.

—Sí, camarada capitán, para morir aquí... Salgamos todos corriendo, alguno logrará huir —le insistió otro, temblando todo el cuerpo, mientras los demás disparaban las últimas municiones.

—¿Vais a salir de una vez, o tenemos que sacaros a trozos? ¡Vamos, respetaremos vuestras vidas! —se escuchó potente la voz de un oficial de la Guardia Civil.

Silencio. Miradas cómplices entre los hombres de Iván. En sus caras la abnegación, la rebeldía ante aquel futuro tan incierto como desolador.

—¿Qué vamos a hacer, capitán? —le preguntó uno de ellos, un muchacho de apenas dieciocho años, hecho un flan, mordiéndose el labio, cargando sus últimas balas en el fusil.

No hubo más respuesta que una mirada cansada. La voz de aquel oficial sublevado se escuchó de nuevo:

—¡Venga, vamos saliendo de ahí, que ya me estoy cabrean...!

El eco de un disparo único silenció al oficial, a la par que los sesos le saltó. Silencio. Iván, sorprendido, asomó la cabeza para ver qué ocurría, buscando la procedencia del disparo, y pudo ver como una sombra por un momento: era la silueta de una mujer en la cima dominante. Un nuevo disparo se escuchó, otro sublevado muerto. Y los sorprendidos guardias civiles corrieron a protegerse.

En el ojo de la mira telescópica de su fusil, Julia sopesaba la acción y reacción de los guardias civiles sin oficiales al mando. Tomó una granada y la lanzó desde la cima, y el estallido hizo que se resguardaran los que aún no lo habían hecho. Para Iván era el momento de salir de aquella ratonera en la que había caído, era la oportunidad de huir. No la desaprovechó, corrió con sus hombres, cubierto por el fuego de la tiradora, hasta ponerse a salvo en las quebradas que los alejaban de allí. Solo



una mirada atrás. El fuego de los sublevados se concentraba ahora sobre aquella cima, difícil lo tendría para salir con vida esa valiente mujer que los había salvado. Parecía que los guardias civiles los habían olvidado de momento, ahora tenían un nuevo objetivo: la misteriosa tiradora.

—¡Son dos mujeres! ¡Deben de ser tiradoras! —exclamó uno de sus hombres, animado.

—¿Tiradoras? —preguntó Iván interesado.

CAPÍTULO I · 14 DE ABRIL DE 1931

—¿A dónde vas? —le preguntó su madre a Julia, convertida en una moza de mirada sagaz, de bonitas maneras y curvas, que vestía una camisa blanca, pantalones marrones y unas sandalias azules.

Ella sonrió sin más.

—Hija, no me gusta que te pongas los pantalones viejos de tu hermano, ¿por qué lo haces?

—Voy al campo.

—Antes de irte, friega los platos. No irás a ver a ese chico, ¿verdad? Sabes que no me gusta, es un alpargatas.

—No digas eso, mamá.

—¿Qué tiene ese chico que tanto te gusta?

—Es guapo. —Sonrió resplandeciente. Sin más, tomó una taleguilla y salió a la puerta de casa. El día era precioso, el sol radiaba y una suave brisa le hizo sentir el frescor de la mañana. Y corrió.

Por el camino, al salir del pueblo, dejando atrás el templo de San Pascual, se encontró con dos amigos de su pandilla: Nicolás y José, su amado José.

—¿Y Miguelón? —preguntó nada más llegar hasta ellos.

José no contestó, tan solo la observó recorriéndola toda ella con una sonrisa y una mirada llena de deseo, pero humilde como ninguna.

—¡Vamos! Ya llegará, estará terminando de hacer la talega. A él siempre le cuesta, como la quiere llenar de todo y por varias veces, pues eso.

—Pues sí, glotón que es el muy sinvergüenza. —Sonrió Julia.

Los tres corrieron por los campos de cebada que rodeaban la pequeña ciudad en busca de la loma del viejo roble, donde se alzaba aquel enorme árbol centenario que empequeñecía su mundo lleno de ilusiones. Eran apenas unos muchachos, tan jóvenes y tan llenos de vida y alegría. Treparon rápido apenas llegaron al roble, de rama en rama hasta lo más alto, asustando a un grupo de ardillas que desaparecieron en un estrecho agujero del tronco.

Nicolás se quedó mirando la abertura de la guarida de aquellas ardillas y metió un palito, hurgando para ver si salían.

—¿Qué haces? ¡Deja a las ardillitas! —lo reprendió Julia y le propinó un empujón que casi lo hace caer al suelo.

—Te voy a... —replicó Nicolás, tomándola del brazo.

—¡Eh, a ver si nos caemos todos! —exclamó José, pues Julia se le agarró al pecho.

Molestándose el uno al otro, riendo y lanzándose las amargas bellotas que arrancaban con prisas, quedaron sentados en la más gruesa de las ramas estudiando el horizonte. Desde allí observaban el paso caudaloso del río Mijares, fuente de vida que serpenteaba veloz, bordeado de álamos, carrasca y pinos. Poco más allá, entre higueras y algarrobos, se alzaba el estrecho puente medieval de Santa Quiteria y, al lado, se encontraba el antiguo molino



del Terraet, con aquel techo plano que le daba nombre. En la distancia se podía ver bien Villarreal, una pequeña ciudad situada en la provincia de Castellón, rodeada por un mar verde de naranjos y habitada por gente humilde, emprendedora y religiosa en su mayoría, amantes del trabajo, del anís y del buen vino. En ella abundaban los pequeños empresarios, comercios y comerciantes que en todo andaban, así como agricultores que prosperaban gracias al buen tiempo, al esfuerzo y a las cooperativas agrarias. Otros andaban más por los menesteres políticos y los atrevidos cambios que la Segunda República Española anunciaba aquel lunes 14 de abril de 1931. Buscaban la Casa del Pueblo, la alcaldía, en una especie de fiesta continua tan extraña para tantos como temida y deseada, donde el poder cambiaba de manos, de unos a otros, como una dulce golosina ávida de ser disfrutada, devorada. Llegaba la democracia, la libertad. España se acostaba monárquica y se levantaba republicana tras unas elecciones que, en principio, buscaban el respaldo del pueblo a la monarquía constitucional proclamada por el rey Alfonso XIII y su «dictablanda», que ni era la dictadura de Primo de Rivera ni restablecía la Constitución alguna.

—¿Qué crees que pasará ahora? —preguntó Julia.

—¿De qué? —replicó José.

—¡La República! —exclamó Julia con júbilo.

—Pues no sé, pero está todo el mundo como loco, no entiendo qué les pasa... ¿Se acaba el mundo? Buf, al menos podré descansar hoy.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Vago! —Sonrió Julia.

—Bah, será más de lo mismo. Los mismos perros, diferentes collares. Lo que se necesita es una revolución desde las bases hasta la cima. ¡Todos a tomar viento! —apuntó Nicolás.

José y Julia lo ignoraron, demasiado ocupados mirándose el uno al otro, buscándose en silencio, rozándose al amparo de las risas.

José, moreno, de ojos pequeños y cuerpo bien formado, curioso y de mente inquieta, era el hijo de una de las familias más humildes de la ciudad, labriegos que poco tenían para vivir por más que trabajaran. Apenas sabía leer bien ni escribir. Siempre había tenido que esforzarse duro en el campo para alcanzar el nuevo día roturando, sembrando, cosechando junto a sus padres, tras una vieja mula y el oxidado arado, o con el capazo al hombro.

Nicolás era un muchacho estirado, de relamido pelo negro y delicada presencia; de familia acaudalada y respetada. Su padre era maestro, escritor y compositor de profesión. Parecía que de todo disponía, nada le faltaba. Aun así, apenas tenía amigos. Su carácter introvertido hacía que los demás lo dejaran de lado a la vez que reían sus inequívocas maneras afeminadas. Pretendía a veces hacer de Julia su esposa, con la que reía dichos y decires propios de mujeres.

Julia era una adolescente rebelde como nadie. Era morena, de rizados cabellos y resplandeciente sonrisa. A pesar de su juventud, su figura de mujer no pasaba desapercibida entre los mozos del pueblo. Feminista como pocas, no dudaba en vestir pantalones y entrar en los bares; ni en salir a menudo de caza con la escopeta al hombro, en compañía de su padre y un perro labrador de pardas manchas; ni en leer cuantos libros de todos contenidos caían en sus manos. Le agradaba estudiar, escuchar y reflexionar. Pero, sobre todo, a pesar de su voz aguda y molesta de niña, le gustaba hablar en alto para que todo el mundo la escuchara.

—¡Sabéis? Lo he decidido: ahora, con la república, seré doctora y me dedicaré a la política —aseveró, segura de sí



misma, subiendo a la rama más alta del roble, como si fuera la líder indiscutible de la pandilla.

—¿Estás loca? Baja de ahí que te vas a partir la crisma —le dijo José.

—¿Política? Pero ¿no querías ser enfermera? Estás loca —apuntó entre risas Nicolás.

—Sí, ¡estoy loca! —le respondió asomándose entre dos ramas.

—¿En serio? —preguntó José, un tanto desconcertado, con curiosidad.

—Sí, claro. Tengo muchas ideas, quiero hacer grandes cosas.

—¿Qué cosas vas a hacer tú? ¿Un gabinete de crisis sobre el ojo de las agujas de coser? —preguntó Nicolás, burlándose.

—¡Ja! —replicó ella agitando las ramas—. Un día seré ministra.

—¿Por qué no presidente del Gobierno? —insistió Nicolás, con sarcasmo.

Ella paró de moverse y lo miró con las cejas en alto.

—¡Sí, seré presidente! ¡Presidenta! —exclamó, y la rama cedió.

José la sujetó de un brazo y la cintura, salvándola de caer al suelo.

—¡Eh, mirad! —dijo Julia, sujetándose a José y señalando al camino de tierra.

Al momento apareció Miguel, con sus enormes mofletes, pedaleando sobre una bicicleta, sudando la gota gorda y con una sonrisa de oreja a oreja. Siempre de broma, sin duda era el más alegre y dicharachero de la pandilla. Parecía haber nacido sonriendo y sus carcajadas de voz ronca se oían desde lejos. No pensaba en estudiar, menos en trabajar, ni en mujeres ni amoríos. Nada de eso; su futuro inmediato no iba

más allá de su próxima comida; su verdadera vocación era un buen bocadillo de chorizo con panceta y morcilla abundante, algo que no le faltaba, pues sus padres eran dueños de la carnicería que se hallaba en el centro de la ciudad. Los jóvenes de su quinta lo habían bautizado con el mote de “el Grasas”. La pandilla, sus amigos de verdad, nunca lo llamaba así, sino Miguelón.

—Julia, tu madre te anda buscando —dijo apenas dejó la bicicleta contra el árbol.

—¡Bah, ni caso! Sabe de sobra donde estoy —aseguró ella.

—Como te encantes, tus padres te meten en un convento —afirmó Miguelón—. La vi muy enfadada. Por lo visto, te fuiste sin fregar no sé qué.

—Monja te veo —sonrió José.

—Tienes razón, Julia: Ministra serás, ministra de Dios —apuntó Nicolás—. Tal vez rescatando monaguillos de las hostias de los curas —insistió Nicolás.

—O buscando las llaves del convento para salir pitando —replicó Miguelón.

Los chicos rieron con ganas. Ella calló, los miró mal y frunció el ceño.

—No lo harán. Mi padre no me mandaría nunca con las monjas. ¿Quién lo acompañaría de caza? Mi hermano prefiere dormir, estoy salvada —asintió alegre Julia.

—Tú fíate —insistió Nicolás.

—Además está el guaperas de Marcelino —sonrió Miguelón, pícaro.

—¿Te gusta Marcelino? —preguntó José, extrañado.

—Claro que le gusta; sus padres tienen mucho dinero, muchas tierras y gallinas, muchas gallinas llenas de plumas. ¿Te imaginas? Huevos fritos con patatas, ajo y chorizo todas las noches del mundo —apuntó Miguelón, relamiéndose.



—Es guapo, sí. Me gusta, pero solo un pelín —aseguró ella, bromeando.

—¿Un pelín? —preguntó Nicolás.

—Pero tú no serás novia de ese chico, ¿verdad? —preguntó José algo inquieto.

—No, claro que no, idiota —contestó Julia, dejándose querer.

—¿Cómo va a ser la novia de Marcelino si es la mía? —apuntó Nicolás.

José alzó las cejas y asintió un tanto disconforme.

—Muchos pretendientes tienes tú —expuso Miguelón.

—En cuanto pueda me marcho de casa —aseguró Julia, haciéndose la interesante.

—No puedes hacer eso, ¿a dónde irás? —dijo José preocupado.

—Claro que puedo. Ernesto me ha dicho que puedo empezar a trabajar en su imprenta cuando quiera. Podría costearme los estudios y alquilarme una habitación —contestó Julia.

—¿Tú vas a trabajar en la imprenta? —preguntó Nicolás.

—¿Vas a vivir sola? —insistió José, atónito.

—¿Sola, sola? —apuntó Miguelón sin creerla.

—¡Eh, no me miréis así! ¡Pues claro!

—¿Qué chica vive sola? —se preguntó Miguelón.

—Cualquiera antes que vivir contigo —bromeó Nicolás, y rompió a reír.

Miguelón gruñó ladeando la cabeza, como perdonándole la vida.

—No, en serio. Ahora las mujeres somos libres, podemos trabajar en lo que queramos y ser independientes. ¡Estudiar y prosperar! Tenemos nuestros derechos, se acabó ser esclavas de los caprichos de un hombre y trabajar por cuatro perras.

—El viejo Ernesto lo único que quiere es imprimir su mano en tu culo —sonrió Miguelón.

—¡Y bien impresa! —replicó Nicolás.

—Pues se la cortaré...

Y todos rieron, interrumpiéndola.

—La mano, le cortaré la mano, cochinos. ¿Qué habíais pensado? —dijo ella sonriendo.

—Conmigo siempre serías libre y, además, no trabajarías. Yo te cuidaría como a una reina, trabajaría de sol a sol y nada te faltaría —aseguró José, tímidamente, desconcertándola.

Los ojos de ella brillaron por unos intensos segundos, mientras se hundían en el corazón del joven. Nunca le había dicho algo así a pesar de su gran amistad, de su gran amor.

—¡Eh! ¿Qué dices? Yo también te cuidaría como a una reina —apuntó Nicolás—. Además, soy más guapo y alto que este gañán... Y, además, rico y culto.

—Yo, reina, reina, no sé, pero podría proporcionarte una bonita cocina, con abundantes sartenes y un gorrino bien hermoso —añadió entre risas Miguelón.

—¡Ah! ¡Hombres! ¡Nunca lo entenderéis! Yo no quiero ser la reina de nadie.

—Ya, solo ministra o presidente del Gobierno —apuntó Nicolás.

—¿Vosotros dos no sois novios? —le replicó Julia, tonteando con él y evitando la mirada profunda de José, señalando a ambos.

—No, puesto a elegir te prefiero a ti. Eres más guapa y, además, mujer —contestó Nicolás.

José bufó, como sintiéndose derrotado. En ese momento, las campanas de la Arciprestal Sant Jaume repicaron con fuerza desde la ciudad, llamando la atención de la pandilla.

—¿Qué pasa? ¿Y eso? —preguntó José.



—Vamos a la plaza, seguro que hay fiesta —respondió Julia.

—Dicen que van a iluminar el campanario para recibir a la república —aseguró Miguelón.

—A mí tenían que dejarme «iluminarlo» —apuntó Nicolás, maquiavélico.

—¡Vamos! —exclamó Julia, propinándole un cachete en la cabeza, y saltó del árbol hecha toda una amazona.

José la siguió de inmediato, a la par que Nicolás asentía con orgullo, con la vista puesta en la ciudad, y bajó reptando entre las ramas, mientras observaba con recelo a sus amigos correr cogidos de la mano. Y avanzó tras ellos.

—¡Esperadme! —gritó Miguelón, montando en la bicicleta, y salió pedaleando.

Cuando llegaron a la plaza de la Vila, bordeada por los arcos medievales de los viejos edificios, en el centro de la ciudad, un gran número de personas se hallaban congregadas vitoreando aquel día extraordinario. Alrededor de la gran muchedumbre, muchos permanecían a la expectativa, observando, con ganas de ver qué pasaría. Unos, con ganas de unirse a la fiesta; otros, que parecían de mal humor, no tanto.

Julia corría alegre de la mano de José. Tras ellos llegó Nicolás, con cierto enfado, que de todo se percataba y más aún de lo que estaba pasando entre sus dos amigos, de ese amor que crecía y que en nada le agradaba, y sonrió al llegar al lado de ambos. Miguelón resoplaba pequeñas maldiciones, sin perderlos de vista y sin soltar el manillar de la bicicleta.

Abriéndose paso entre la multitud, entre empujones y risas, los cuatro amigos llegaron frente al ayuntamiento y alzaron la vista para quedar con la boca abierta. La bandera

tricolor de la Segunda República Española ondeó al viento, grandiosa, por primera vez en aquel balcón, y una explosión de júbilo lo sacudió todo.

—¿Por qué han cambiado los colores? —preguntó José, como ausente de la algarabía.

—No lo sé, pero me gusta. El violeta es el color del feminismo, de la liberación de la mujer —aseguró Julia.

—No tiene nada que ver con eso —replicó Nicolás.

—A mí me gustaba más la de siempre —murmuró Miguelón, boquiabierto.

—¿Era necesario? —insistió José—. La veo rara, no parece la bandera de España.

—Sí, es necesario acabar con el pasado. Representa una nueva España, moderna, civilizada y progresista —expuso Nicolás.

—¿De verdad? —preguntó José no muy convencido.

—¡Justicia y respeto para todos! ¡Al fin! —exclamó Nicolás.

José asintió con cara de cierta sorpresa, sin comprender apenas nada. ¿Tendrán razón? ¿Qué más dará un color u otro?, se preguntó en silencio. Para él, aquella bandera solo era un gran trapo de colores que no representaba nada en absoluto en su cotidiana vida, o exactamente lo mismo que la anterior, roja y gualda, que, sin saber el porqué, quizá por tradición, le gustaba más.

—Pues en la Primera República no se cambió el rojo —expuso Miguelón.

—Por eso fracasó, seguro —asintió Nicolás.

—No supo dejar atrás el pasado ni mirar al futuro —apuntó Julia.

—¡Cuánto sabéis! Me gustaría aprender y saber tanto como vosotros —dijo finalmente José, sin apartar la vista de la enorme bandera que ondeaba entre vítores y alegrías.



Desde el balcón del ayuntamiento cayó a la plaza el retrato del rey Alfonso XIII, que hasta entonces había presidido el salón de actos. Lo siguieron otros objetos y pinturas de la monarquía, así como varios crucifijos y libros religiosos. Rápidamente fueron pisoteados y destrozados por un grupo de hombres exaltados, como si la vida y algo más les fuera en ello. Unos formaron un coro de baile alrededor de los objetos crujidos y otros les pegaron fuego, lanzando insultos a gritos, creando una pequeña hoguera que consumía los miedos y vasallajes de otros tiempos.

—¿Eso es justicia, respeto y libertad? —preguntó José sorprendido.

—Antes se debía haber acabado con la tiranía borbónica que nos robó las libertades. Pronto les tocará a los malditos curas: son los siguientes. Ya está bien de ir a Dios rogando, con el mazo dando y la saca llenando —expuso Nicolás.

—¿A los curas? Julia, no lo entiendo. ¿Qué está ocurriendo? —insistió José.

Ella lo miró sin saber qué decir.

Entre empujones desenfadados, se encontraron rodeados de personas bailando y saltando, bebiendo y riendo.

—¡La República ha llegado! ¡Libertad! —gritó ella, sumándose a la gran fiesta que crecía y todo lo contagiaba.

José miraba a todos lados, perplejo.

—¡Alégrate! ¡Los pobres dejarán de ser pobres! —le aseguró Nicolás.

—Qué tontería, eso no ocurrirá nunca —murmuró José, sin dejar de estudiar cuanto veía. Y quiso pensar, ante la alegría de sus amigos, que fuera lo que fuera lo que traía aquel día, con aquella bandera tan grande y su banda morada, debía de ser algo bueno. Y se unió a la fiesta, saltando y bailando junto a Julia.

Entonces vio a un anciano sacerdote alejarse con su sotana negra del lugar con prisas, temeroso, junto a dos religiosas. Le llamó la atención ver cómo algunos hombres los empujaban. Algunos incluso les gritaban, exaltados, como si les fueran a pegar. Uno de ellos, de largas patillas, con boina y la camisa manchada de tierra, sudor y vino, golpeó duro con el puño en la cara al cura y le reventó la nariz. De la nada, rápidamente se enzarzaron en una pelea cuatro más y, de pronto, andaban un nutrido grupo de personas a improperios y zarandeos entre ellos.

—¡Canallas, dejad al cura en paz!

—En paz lo vamos a dejar... ¡Y a vosotros también!

—¡Sinvergüenzas! ¡Mira qué valientes, meterse con dos monjas y un cura!

—¡Beatos de mierda! ¡Pronto vais a correr todos! — gritaban unos a otros.

Los amigos los separaron, distanciándolos entre la algarabía, premiándolos con vino y saltos. Los religiosos desaparecieron ante la mirada de algunos y la indiferencia de tantos.

En apenas un momento, la fiesta lo envolvió y olvidó todo, como si nada hubiera pasado. El hombre de largas patillas había perdido la boina y gritaba al aire, entre otros muchos, con el puño levantado, mostrando los nudillos enrojecidos, como celebrando una gran victoria.

José vio unas pequeñas manchas oscuras de sangre en el suelo y fijó su vista en el cuadro de la hoguera. La pintura se derretía, distorsionando y consumiendo la imagen de aquel rey al que desconocía, que parecía gritar y querer huir del lienzo, de su destino en llamas. No alcanzaba a entender tantas cosas... Pero sí comprendió rápidamente que en aquella república de igualdad, libertad y fraternidad que tanto apreciaban sus amigos no habría sitio para todos.



«¿Será verdad que los pobres dejarán de ser pobres?», se preguntó inocentemente, buscando un aliciente. Lo deseó con fuerza, pensando en sus amados padres. Sin embargo, ellos, su humilde padre y su sacrificada madre, devotos y amantes de Dios y del trabajo, de la sencillez y la costumbre, ajenos a la fiesta, a la política y al populismo de aquellos días, no habían ido allí a festejar nada.

CAPÍTULO 2 · EL VERANO DEL 34

Habían pasado tres años desde la proclamación de la Segunda República Española y los cuatro amigos seguían tan unidos como siempre, expectantes ante todo, discutiendo en el viejo roble con la viveza que da la juventud. Allí disfrutaban de su amistad, hablaban de todo y pasaban los domingos olvidándose de cuanto los rodeaba en su vida cotidiana.

Los muchachos habían crecido, ya no eran adolescentes revoltosos. Nicolás y Julia ahora eran simplemente insoportables. Siempre quejándose, huyendo de sus labores e ideando sus revoluciones, cada cual la suya. Los acontecimientos de la República eran seguidos muy de cerca por Julia. Siempre estaba pendiente de las evoluciones políticas, tanto de la ciudad como del país. Estudiaba para enfermera, pero había conseguido que su padre le comprara una enciclopedia de derecho, y solía acompañar a Nicolás a diferentes locales para escuchar a los políticos; aunque le empezaba a preocupar la conducta de su querido amigo, pues cada vez frecuentaba con más asiduidad ambientes que ella consideraba agresivos con la propia Constitución, algo que no acababa de entender tanto por el marcado tinte

anticlerical que profesaban como por su discurso, el cual derivaba siempre y abiertamente, para ellos y para Nicolás, en una necesaria e inevitable revolución armada.

Miguelón, con algunos kilos más, bastantes más, y distante de cualquier tema político, apenas se dejaba ver entre semana, a pesar de vivir en el centro de la ciudad. Siempre se encontraba con sus padres, trabajando; bien matando y fileteando en el matadero, o atendiendo y soportando a las buenas clientes y sus cotilleos de pueblo en la carnicería.

José, por su parte, se dedicaba a trabajar la tierra y realizar jornadas para los hacendados de la localidad, especialmente en las temporadas de recogida de naranja. Sin más. Para él, los vaivenes políticos y las historias de la ciudad le quedaban muy lejos, nada le importaban. Su única verdad era el sudor de su frente y los callos en las manos, ayudar a sus padres y esperar el fin de semana para poder ver a Julia.

Aquella calurosa mañana de domingo, José apareció tarde a la cita con sus amigos, más que de costumbre, casi al medio día. El sudor del esfuerzo aún recorría su frente, y las manos las llevaba hinchadas de tanto labrar el campo. Los ojos de Julia brillaron nada más verlo, algo que no escapó de la aguda vista de Nicolás, al que cada vez parecía molestarle más el continuo y creciente interés hacia José que ella mostraba.

—Cada vez llegas más tarde —dijo Julia molesta.

José llevaba un pantalón ancho sin botón, sujeto y anudado con una cuerda que hacía de cinturón. Una vieja camisa blanca con algún descosido remendado, recién planchada, cubría su torso, y en los pies calzaba zapatos descoloridos que llevaban las suelas cosidas con alambres. Prendas muy diferentes a las que vestían el resto de la pandilla, especialmente Nicolás y Julia, que siempre se mostraban lo más elegantes posible en domingo.



Ella lo observó, tan guapo, afeitado y con el pelo bien peinado hacia atrás. Nada más vio.

—Lo siento, el campo... Mi padre está mayor, él solo no puede —se excusó José.

—¡Trabajar y trabajar, no damos para más! —exclamó Miguelón con cierta decepción—. Mañana tengo que destripar seis borregos. Estoy harto de la carnicería, de la matanza y de este asqueroso olor a carne que siempre llevo encima.

—No hueles por trabajar, sino porque estás gordo y sudas como un cerdo —rio Nicolás.

—Si es que hueles que alimentas —bromeó Julia.

—¡No estás harto de morcillas, chuletilas y jamón! Tío castañas, te quejas de todo. ¡Quién tuviera una carnicería! —dijo José y se sentó dando un soplido.

—Tanto con la república y mira... ¡Bah! ¡Todo sigue igual! —insistió Miguelón.

—No digas eso —le recriminó Julia de inmediato—. Estamos viviendo unos años sin parangón, ¿no lo ves?

—Yo no veo nada —contestó Miguelón.

—Ni yo —resopló de nuevo José, mirándose los callos reventados de las manos.

—Hemos avanzado en mejoras sociales como nunca se hubiera pensado. No lo veis porque, aunque Villarreal sea una ciudad, sigue teniendo mentalidad de pueblo —expuso Julia, casi con enfado.

—¿En qué hemos avanzado? Yo me paso el día trabajando de sol a sol, como siempre —le rebatió José.

—Pues mira, se han reconocido los derechos de los trabajadores y la libertad de prensa. ¡Y la cultura! ¿No ves la de escuelas que están construyendo? Además, se aprobó el matrimonio civil y el divorcio. ¡Y la mujer tiene derecho a voto sin restricciones! —argumentó Julia.

—No sé si eso es bueno... Solo hay dos mujeres en la Cámara y ni por casualidad están de acuerdo —sonrió Nicolás.

—Ya, vaya, pues a pesar del voto de la izquierda radical contra del sufragio universal de la mujer... ¡Por primera vez en España podemos votar libremente!

—Eso solo te vale a ti —apuntó Miguelón—. Yo no soy mujer, y las condiciones laborales, por más que digas, siguen siendo duras para la inmensa mayoría de los trabajadores. Aquí siguen mandando y llevándose los cuartos los mismos de siempre.

—Los pobres siguen siendo pobres —asintió José—. Antes nos robaban unos cuantos, ahora nos roban todos.

—José y Miguelón tienen razón, Julia —intervino Nicolás—. Hay que ir más allá. Es necesaria una lucha de clases, una revolución donde se conquisten las libertades y los derechos del proletariado. No basta con la derrota de la España monárquica y de las dictaduras que en otros tiempos nos sometieron. Hay que deshacer el poder económico, eclesiástico y militar que sustenta a los ricos. Si no despertamos, nunca prosperaremos los pobres.

—Pero tú no eres pobre —dijo José—. ¿Y qué te han hecho a ti los curas?

Nicolás lo miró con enfado, malogrado su discurso, y le giró la mirada.

—¡Qué ignorante eres! ¡No sé para qué hablo de política contigo!

—Lo siento, Nicolás, pero no comprendo ese odio ciego que tienes contra los curas y las monjitas —se disculpó José—. Ni sé por qué hablas siempre como si fueras pobre.

—¿Aún piensas apuntarte a la UMA? —preguntó Nicolás a Julia, ignorando a su amigo y cambiando de tema.



—¿Qué es eso? —preguntó José.

—La Unión de Mujeres Antifascistas. De momento, no. Si lo hago, les da algo a mis padres, y entonces sí que me meten en un convento —contestó Julia con tono irónico.

—No tienes que decírselo —apostilló Nicolás.

—No me gusta ocultarles nada —respondió ella.

—¡Los soldados! ¡Llegan los soldados! —gritó Miguelón de pronto, saliendo de la sombra del roble, y dio cortas pero rápidas zancadas hacia el puente medieval.

Los demás lo siguieron. Llegaron al puente justo cuando las tropas militares empezaban a cruzar. Se trataba de una pequeña compañía de zapadores. Tras unas maniobras en las quebradas del Desierto de las Palmas, se acercaban a la ciudad como escolta del general que comandaba el batallón. José quedó boquiabierto al observar el paso altivo del caballo en el que trotaba aquel militar, tan distinguido, con tantas medallas, la pistola y ese largo sable que colgaba de su cintura. Nicolás observó el desfile con cierto desprecio, apoyado en el muro del puente junto a un anonadado Miguelón. Julia sonreía atónita, nunca había visto nada igual y se sintió atraída por aquellos hombres vestidos de uniforme, con las armas al hombro y que la miraban de soslayo sin perder la formación.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Julia a Nicolás, mordiéndose el labio inferior ante aquellos hombres tan rudos y, a la vez, tan elegantes—. ¿No te gusta?

—No me gusta nada este ejército, y menos sus mandos. Míralos, son un peligro para la República, unos fascistas al servicio de la Derecha más rancia, deseosos de seguir los pasos de Hitler en Alemania y de Mussolini en Italia.

—¿Quién es Hitler? ¿Y Mussolini? —preguntó José.

—Es imposible hablar contigo de nada serio —murmuró Nicolás.

José bajó la mirada, dolido por aquel reiterativo comentario, reconociendo su propia ignorancia. Nicolás lo miró de lado y se sintió mal, pero no se disculpó.

—Idiota —murmuró Julia y levantó la cabeza de José para darle un beso en la mejilla—. No le hagas caso, ¿no ves que está tonto?

—¿Nicolás tonto? Celosa como una perra es lo que está —apuntó Miguelón entre risas.

—Miguelón, un día de estos te arrancaré esa calabaza con papada que tienes por cabeza. Pero antes te sacaré los ojos —lo amenazó Nicolás, apuntándole con el dedo.

De pronto, el caballo pisó con el trote de una de sus patas delanteras entre dos adoquines mal insertados, envejecidos por el tiempo, y torció el casco. Se alzó dolorido sobre los cuartos traseros, relinchando y perdiendo el equilibrio hacia el lado derecho. Sorprendido ante aquella imprevisible acción, el general que lo cabalgaba se precipitó por el puente al vacío ante la sorpresa de todos, sin que nadie pudiera evitarlo, y cayó sobre las frías aguas del río Mijares. Solo su gorra de plato quedó sobre el puente, rodando hasta quedar quieta junto a los pies de José.

—¡Mi general! —gritaron los soldados, asomándose.

José se alzó sobre el pequeño muro que hacía de baranda y volvió su mirada; enseguida distinguió río abajo la agonía del militar, que trataba de mantenerse a flote entre tragos de agua, dando manotazos forzados e intentando respirar sin apenas conseguirlo.

—¡Allí! —gritó Miguelón, avisando a los soldados.

Ninguno reaccionó.

—¡Se va a ahogar! —exclamó Julia.

José saltó desde el muro del puente, zambulléndose en la oscuridad verdosa del río. Nadó rápidamente, apareciendo



y desapareciendo por segundos ante el desespero de sus amigos, hasta alcanzar al general. Lo asió del pecho, sacándole en alto la cabeza sobre la superficie para que pudiera respirar. Pataleó con fuerza hacia la orilla, ayudándose con fuertes brazadas de lado mientras la corriente los llevaba río abajo. De pronto, engullidos por un remolino, ambos desaparecieron bajo las rápidas aguas.

—¡Dios! ¿Dónde están? —preguntó Julia, nerviosa, al ver que no salían.

Los soldados de la escolta, entre los gritos de sus oficiales, corrían en ambas direcciones por el puente en busca de un camino que los acercara a las orillas.

Con un estallido de agua, José rompió la superficie cerca del viejo molino que se alzaba en la orilla derecha, buscando donde asirse, con el general en sus brazos. La pared vertical y la maleza le impedían salir del río por aquel lado. Nadó hacia la orilla contraria, tratando de vencer la corriente, con decisión, arrastrando a aquel hombre que apenas se movía.

Algunos soldados penetraron en el río entre gritos de urgencia. José notó las manos de varios de ellos tirar de él y, finalmente, logró salir para quedar sentado, exhausto, y a punto de vomitar por el esfuerzo realizado y el agua tragada. El general, empapado y ofuscado, gemía a cuatro patas, escupiendo agua y baba entre repetitivas arcadas y maldiciones. Los oficiales apartaron a José y se abalanzaron sobre el militar, tratando de socorrerlo sin saber qué hacer.

Julia cayó como un rayo sobre José, abrazándolo como nunca había hecho.

—¿Estás bien? —preguntaba una y otra vez.

Nicolás y Miguelón permanecían mudos ante lo ocurrido.

—¡Apártense, coño! —gritó el general, sacudiéndose a sus hombres de encima—. ¡Cobardes de mierda! ¿Será posible?

Los soldados que lo rodeaban se alejaron unos metros. El militar se levantó lentamente, apoyándose en un alférez que insistió en ayudarlo, y se repuso mirando a todos lados. Se revisó el uniforme y se ajustó las medallas y el sable. Calado hasta los huesos, vomitó una y otra vez tantas maldiciones como agua sucia. Acto seguido, se limpió la boca dando un soplo.

—¿Dónde está ese valiente? —preguntó.

José fue separado de Julia y llevado ante la presencia del general, sin titubeos, como si fuera un arrestado. Lo siguieron en la distancia sus amigos, expectantes ante cuanto acontecía.

—Los tienes bien puestos, chaval. ¿Cómo te llamas?

—José, para servir al Señor y a usted.

—Vaya, además estás bien educado. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

José alzó los hombros con un gesto espontáneo, un tanto humilde, un tanto temeroso.

—Me has salvado la vida —afirmó categóricamente el general.

—Cualquiera lo hubiera hecho, señor —respondió José.

—¿Cualquiera? ¡No he visto a ninguno de mis soldados saltar tras de mí! —gritó para que se le escuchara bien.

Todos bajaron la vista conforme el general los escrutaba.

—Sígueme —le ordenó.

El general se quitó el cinto con el arma y la chaqueta. Estaba calado, pero vivo. Extendió la mano para que su alférez se hiciera con las prendas. Tomó la gorra seca del suelo y se la puso. Se dirigió hacia su caballo y lo tomó de las riendas. Le acarició con cariño la quijada y tiró levemente de las crines, para acabar dándole unas palmadas de perdón en el pecho. Revisó la pata del animal y, de pronto, volvió la vista sobre el joven que le había salvado la vida.



—Se torció la «mano», no creo que sea nada —aseguró José. Luego, permaneció allí, observando sin saber qué hacer ni si debía quedarse por más tiempo, o marcharse. El resto de la pandilla se acercó a él, como comprendiendo que los necesitaba con urgencia.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Julia, agarrando el brazo de José.

—Quiero recompensar tu valor, chaval. Me gustaría que te pasaras por la iglesia de San Pascual; estaré allí el resto del día. Sin duda, Él te ha puesto en mi camino. Hombres como tú es lo que necesita España, no esta panda de maricones que nos gobierna —aseguró el general. Luego montó en su caballo para trotar como si nada hubiera pasado. Y se alejó del lugar tan altivo como había llegado, pero mojado, mientras el alférez corría tras él ofreciéndole una ridícula toalla en alto y portando, en la otra mano, las prendas del general.

—Deberías haber dejado que se ahogara —murmuró Nicolás.

José lo miró con sorpresa, mientras Julia y Miguelón observaban la comitiva militar alejarse en dirección a la ciudad.

—¿Por qué dices siempre esas cosas? ¡Cómo iba a dejarlo morir! —exclamó José.

—Es un asqueroso fascista, ¿no lo ves? Ese cerdo nos fusilaría solo por pensar por nosotros mismos, por querer ser libres —respondió Nicolás.

—¿Qué es un fascista? —preguntó José.

—¡Ah! ¡Es imposible hablar nada contigo! Pero créeme, deberías haberlo dejado morir —insistió Nicolás.

—No sé qué pensar cuando dices esas cosas. A veces, en serio, creo que te estás volviendo loco de remate —apuntó José.

—No le hagas caso —dijo Julia, quitando importancia a aquellas palabras.

—Nicolás se ha hecho amigo de unos que trabajan también en la imprenta. Son comunistas. Por eso dice esas cosas —dijo Miguelón con una expresión de intriga, de sabelotodo.

—No me gusta esa gente. Salen por la noche para marranear las paredes y lanzar pedradas; pegan a los curas y a todo el que les da la gana —aseguró José.

—Eso no es exactamente así. Además, ¿tú qué sabes qué hacen, si apenas sales de tu cabaña de barro? —preguntó Nicolás.

—Me lo cuenta mi madre. Tiene miedo hasta de ir a San Pascual a rezar; el otro día la llamaron puta beata cuando salió de la iglesia —contestó José.

—La cosa no va contra tus padres, créeme. Pero esa mentalidad beata de los viejos debe ir cambiando si queremos prosperar. José, Dios no existe, la religión es una farsa que emplean los ricos para engañar y someter a los pobres —afirmó Nicolás.

—¿Dios no existe? —preguntó José—. Espero que tú no seas uno de esos que no cree en nada y que se dedican a pegar a la gente indefensa que tiene fe.

—No, José, yo no pego a nadie. ¡Si soy incapaz de hacerle daño a una mosca! Además, eso no está bien.

—José tiene razón. Tú no pegarás a nadie, pero tus amigos comunistas sí. Mi madre quiere que cuando salga de noche me esconda la medalla de san Pascual. Por culpa de esa gente, las monjas clarisas y dominicas y los frailes carmelitas y franciscanos han tenido que huir del pueblo —alegó Miguelón.

—Bueno, ¿y qué? Esos sí que pertenecen a la secta. ¡Que corran con sus crucifijos bien lejos, que ya no nos engañan más! ¿Os imagináis un mundo capaz de admitir que hay un



principio y fin?, ¿una humanidad sin religiones donde todos fuéramos iguales, con los mismos derechos y las mismas obligaciones? ¡Cuánto cambiaría todo! —exclamó Nicolás.

—La igualdad de todos los hombres, ante los ojos de Dios, es lo mismo que predicán los curas —aseguró José. Y se limitó a limpiarse el agua de la cara.

Nicolás se quedó sin palabras al momento.

—Para eso no se necesita un Dios ni cruces ni medallitas —aseguró después.

—Pues yo no me voy a quitar mi medalla de san Pascual —negó tajante Miguelón.

—Nicolás, al final, ¿te has hecho comunista de verdad? —preguntó Julia.

—No, no me he afiliado. No quiero pertenecer a ningún partido, ya tienen sus líderes. Igual fundo uno propio. La República aún debe crecer mucho, todavía representa ese orden rancio y burgués que se debe combatir. Necesita de nuevos valores, nuevas ideas, y yo las tengo —contestó Nicolás, poniendo énfasis en cada palabra.

—No te entiendo —comentó José.

—Piénsalo bien, ¿acaso has encontrado mucha diferencia entre la monarquía y esta república, tú que eres pobre de verdad?

—Yo... No, no mucha —contestó José.

—Pues lo que impide que notes esa diferencia es el militarismo del fascismo, la hipocresía de la Iglesia y la soberbia de la Derecha. ¡Creen que el pueblo les pertenece! Toda esa gente no quiere que nada cambie. Lo suyo es que siempre existan pobres e ignorantes para poder ser explotados por los ricos. Ellos manejan todo, pues tienen el poder. Y ese poder solo hay una manera de arrebatárselo... ¡Revolución! —explicó Nicolás.

—Para crecer como un país en libertad ya está la República —opinó Julia.

—¡Necesitamos más! ¡Hay que acabar con ellos! —exclamó Nicolás, casi con enfado.

—Mejor no salir por la noche, anda mucho loco suelto —aconsejó Miguelón mirando de reojo a Nicolás, como quien oye sin escuchar.

—El Ayuntamiento ha creado una guardia cívica para calmar los ánimos. No os preocupéis tanto, son solo cuatro gatos los que están armando bronca. El idiota de Nicolás está exagerando, como de costumbre. Todo volverá a la normalidad y regresarán las monjas y los frailes —aseguró Julia.

—Por su bien, mejor que no vuelvan —sonrió Nicolás.

—Quítate esa ropa, estás chorreando —ordenó Julia dirigiéndose a José e ignorando aquellas últimas palabras.

—¡Al agua! ¡Revolución! —gritó Nicolás y, alcanzando con sus brazos a Julia y José, todos cayeron al río, cerca de la orilla, salpicándolo todo.

—¡Estás loco! —exclamó Julia, empapada, alcanzando la orilla.

Miguelón dejó su morral en el suelo y corrió, dando un gran rugido, con los brazos estirados como si fuera un enorme oso, y se lanzó de panza, alzando una gran cantidad agua y arrastrando de nuevo a sus amigos bajo la superficie del río. Entre risas, maldiciones, chapoteos y golpes al agua, disfrutaron de aquel domingo hasta bien entrada la tarde. Después salieron del río y dejaron la ropa al sol, como solían hacer cada vez que se bañaban, aunque esta vez estaba empapada. En paños menores, cubiertos por toallas, se sentaron bajo uno de los arcos del puente medieval. José mostró un pequeño zurrón donde llevaba un mendrugo y un



buen trozo de queso. Nicolás abrió su mochila y extrajo unas servilletas de paño. Acto seguido, agitó un pedazo enorme de jamón serrano con una mano, y alzó la otra con una botella de vino tinto. Lo dejó todo en el suelo, sobre un pequeño mantel, y sacó también una hogaza de pan crujiente y seis manzanas. Julia sonrió al ver la cara descompuesta que ponía Miguelón, relamiéndose los labios ante los deliciosos bollos rellenos de crema, chocolate y mermelada que ella había traído. Él llevaba toda clase de embutidos en su enorme morral: chorizo, salchichón, mortadela, morcilla....

—¡Cómo nos vamos a poner! —exclamó José, fijándose en tanta comida.

—Sí —respondió Nicolás, mientras lo observaba cortar con una navaja de muelles el queso en cuatro partes. Luego, se fijó en Julia, que, embelesada, también miraba a José repartir lo poco que tenía.

—¡Eh, que tienes novio! —le advirtió Miguelón, atento a todo.

—¡Yo no tengo novio! —exclamó ella, con una sonrisa, sabiéndose pillada.

—Eres muy hermosa —le dijo José. Luego le ofreció un trozo de queso y una sonrisa.

Julia se ruborizó tanto que no pudo ocultar un gesto de vergüenza, seguido de una risa y una mirada cómplice que todo lo decía. Nicolás no rio, observó en silencio los inocentes flirteos de sus queridos amigos y gruñó, de pronto, sin sentido.

—¡¿Vais a comer jamón, o lo guardo todo?! —exclamó.

—Dame —contestó ella y saltó sobre él, quitándole el trozo de jamón y haciéndolo caer hacia atrás.

—¡Vamos! ¡Necesitas un hombre que te calme! —aseguró Nicolás quitándosela de encima.

—¿Para qué quiero más hombres? ¡Ya os tengo a vosotros!
—respondió ella.

—¿Qué vas a hacer con Marcelino? Me han dicho que llevó unos regalos a tu casa, que ha hablado con tus padres. Quiere pedir tu mano —dijo Miguelón, sin parar de tragar a dos manos.

—Me da igual lo que quiera Marcelino y lo que piensen mis padres. Pronto cumpliré los veintiuno y seré mayor de edad, libre para decidir. ¡Viva la República!

—¡Viva la revolución, camarada! —exclamó Nicolás.

—Al final, acabarás en un convento, «camarada Julia» —sonrió Miguelón.

—Estáis muy locos. A los tres os meterán en una cárcel, pero en una cárcel de grillos —aseguró José.

—Bueno, tú nos rescatarás —respondió Julia con una mirada pícara.

CAPÍTULO 3 · UN HOMBRE DE RESPETO

Pasada la tarde, vestidos y compuestos, anochecía cuando los jóvenes se despidieron, entre risas y vaivenes, en el puente medieval. Nicolás se dirigió a su casa con las manos en los bolsillos, silbando pensativo. Realmente le molestaba aquel amor que se profesaban Julia y José, no podía evitarlo. Miguelón marchó a la carnicería de sus padres, con la mente puesta en la cena. Julia desfiló feliz por el camino que la llevaba al centro del pueblo, pues ella vivía pasada la iglesia de San Pascual. José anduvo hacia la pequeña casa de barro y maderos en la que vivía, a las afueras del pueblo, cerca del puente, atravesando un huerto de naranjos. Llevaba con



él toda la comida que les había sobrado. Mucho embutido, pocos dulces, nada de vino y menos de jamón. De pronto, un pequeño conejo surgió ante sus pasos. El joven se quedó quieto como una estatua, como si delante tuviera una gran presa. Dejó el morral con cuidado sobre un reguero y avanzó lentamente. El gazapo lo vio y corrió hacia un montón de leña apilada, dando pequeños saltos. José, con dos zancadas, atajó entre dos naranjos y se lanzó al suelo, estirando con fuerza su brazo. Atrapó al animal por una pata trasera cuando ya se hallaba oculto entre la leña. Sonriendo, lo alzó al aire. Pensó en lo contentos que se pondrían sus padres con todo lo que les llevaba y, además, con ese conejito al ajillo tan tierno que podrían cocinar.

Cuando llegó al granero que de la vivienda, se quedó parado. El caballo del general y los soldados estaban allí. El Matías, un perro ratonero blanco, de manchas negras y mal genio, no salió a recibirlo eufórico como era costumbre. Temblando, soltó el gazapo y el morral, y corrió por si algo malo había pasado.

—Tranquilo, muchacho —le dijo el oficial de la escolta, el alférez, al verlo llegar sofocado.

—¿Qué ocurre? —preguntó José casi sin voz.

—Todo está bien, el general está hablando con tus padres.

—¿Qué quiere? —insistió.

—Pasa, te están esperando.

José entró nervioso, fijándose en la cara de satisfacción de sus padres y en la ancha sonrisa del militar, quien tenía vencido entre sus brazos al Matías, acariciándole la garganta y el pecho mientras el pequeño perro se dejaba hacer.

El militar se levantó, sin soltar al ratonero, nada más verlo, y le estrechó la mano con fuerza.

—Siéntate, chaval, estás en tu casa. Además, de verdad.

—¿Señor? —murmuró José.

Sin esperar respuesta, besó a su madre y a su padre. Luego, acarició la cabeza del ratonero, que permanecía en brazos de aquel extraño, tranquilo como nunca lo había visto, relamiéndose el hocico de vez en cuando.

—No has venido, tal y como te pedí que hicieras. No es buena idea desobedecer una orden mía —dijo el general. Y se volvió a sentar junto a la mesa, con la silla hacia un lado y sin dejar de rascar a un complacido Matías.

—Yo... Lo siento, pensé que no debía.

—¿Por?

—Solo soy un humilde labrador; creí que ya no se acordaría de mí —aseguró José.

—¿Creías que me había olvidado de ti? Siéntate —insistió el general. Seguidamente, dejó al ratonero en el suelo y tomó un trago de vino. Luego, encendió un pequeño puro y lo observó detenidamente.

—¿Señor? —insistió José, ante el silencio de sus padres.

—Me has salvado la vida. Me pregunto qué recompensa debería darte. Quizá te valdría una casa en el centro del pueblo, una moto de esas que me dice tu padre que tanto te gustan, o quizás algo de dinero para que te compres lo que quieras. Dime, ¿qué es lo que más deseas? Si está en mi mano, te lo conseguiré.

José bajó la cabeza. Aturdido ante aquellas palabras, miró a su madre y, después, a su padre. Y luego al perro, que ladeó la cabeza para observarlo, como si también esperara respuesta.

—Dime, chaval. Soy todo oídos —insistió el militar.

—Yo lo que más quiero es ser un hombre de respeto, como usted, señor.

El general se retiró lentamente el purito de la boca y bebió de nuevo.

—¿Por qué?

—Yo... Quiero a una chica.

—Vaya, ¿y es guapa?

—Sí, mucho.

—¿Y cuál es el problema?

—Sus padres nunca permitirán que me case con ella. No temo al trabajo, pero soy pobre. Quiero estudiar, ser un hombre culto, poder ofrecerle un futuro digno.

El militar alzó el entrecejo y estudió el hogar en que vivía aquel muchacho y a su familia, incluido el perro Matías. Una humilde morada sin apenas muebles, pero limpia, con un crucifijo de madera sobre la estrecha chimenea y dos cuartos separados por viejas telas. Arrugó los labios, consciente de la pobreza de aquella gente, emitiendo un pequeño gruñido.

—¿Ella te corresponde? —preguntó finalmente.

—Sí. Bueno, creo que sí —contestó José.

Tras unos segundos de silencio, el general sonrió pensativo y bebió. Acto seguido, saboreó lentamente el vino pasando la lengua por los labios.

—Si tus padres no tienen inconveniente alguno, recoge tus cosas —dictó de pronto—. Te vienes conmigo, yo haré de ti un hombre de respeto. Madera y nobleza tienes de sobra.

—Pero mis padres no podrán solos con las labores de...

—Por nosotros no temas, hijo. Es tu gran oportunidad —le dijo el padre.

—No te preocupes. Me haré cargo de tu acceso en la academia militar y me ocuparé de que a tus padres no les falte de nada.

José miró a sus padres, que, con dicha, asentían viendo que su hijo podría salir de la miseria en que vivían.

—Lo que usted diga, mi general, eso hará mi José —aseguró el padre.

—No se hable más pues. Vamos, chaval —dijo el general.

—¿Ya? —preguntó José, desconcertado, sin saber si en verdad quería ir a una academia militar ni lo que era exactamente.

—Al amanecer, partimos hacia Madrid; vendrás con nosotros.

—¿Madrid? —preguntó José, aterrorizado ante la premura del viaje y el destino. Nunca había viajado más allá de Villarreal.

—Madrid —murmuró su madre, como si fuera una ilusión por siempre soñada.

—El alférez se quedará para acompañarte al regimiento. Te dará un uniforme y galones de cabo, para que nadie te toque los cojones. Él se encargará de todo. Espero verte pronto. Ahora ve recogiendo tus cosas y despídete de tus padres.

Aquella noche estrellada, apenas se fue el general, José miró hacia lo alto desde su ventana, despidiéndose de todo. El perro Matías, en sus brazos, con las patas estiradas hacia arriba, se dejaba rascar la pancha, medio dormido, con la cabeza colgando. El cielo le pareció brillar como nunca. Vio una estrella fugaz y pidió un deseo cerrando los ojos. ¡Julia! Su mundo iba a cambiar para siempre, de una forma vertiginosa, y lo sabía. Sentía el vértigo que le producía aquello, y todavía no había salido de casa. A su lado, una pequeña mochila con algo de ropa, una navaja de afeitar, jabón de aceite, un cepillo de dientes y un peine que su madre le había preparado. Observó con nostalgia las cuerdas de la vieja mula, el pequeño gallinero, la huerta de naranjos y a Matías. Le levantó la cabeza y lo besó en la trufa. Volvió la mirada hacia el campo de cereales que se divisaba a lo lejos, a la cima donde se alzaba el viejo roble. En su mente, sus amigos. Tenía que despedirse de ellos.



—Madre, salgo un momento —dijo José, bajando las escaleras del altillo donde dormía.

—El alférez te espera con el primer canto del gallo, duerme un poco —le ordenó su padre desde la cama.

—Enseguida vuelvo —respondió el joven.

—¿A dónde vas, hijo? —le preguntó su madre, asomando la cabeza entre la vieja cortina descolorida que ocultaba la habitación.

—Solo es un momento. Enseguida regreso, acuéstate y descansa. No te preocupes, no me marcharé sin darte un beso —contestó José.

—Va a ver a su amiga la rara, al gordito y a ese maricón —dijo su padre, sin dejarse ver.

—Padre, no los llames así —dijo José ladeando la cabeza.

—Deberías olvidarte de ese comunista de buen vivir. Te traerá problemas, y no por maricón —apuntó su padre.

—No digas esas cosas. Es mi amigo.

—¿Un amigo...? Eso no es un amigo. Ese cobarde se oculta de todo a tu lado. ¿Crees que no lo oigo a veces, cuando charláis en el granero? Siempre repartiendo bondad y bienes con sus discursos políticos. Bien a gusto vive en su mansión y nunca lo vi compartir nada con los pobres, solo palabras. Y a esa joven deberías olvidarla, ya sabes que sus padres quieren meterla a monja. Además, el tal Marcelino, el señorito de la finca del Barranquet, la ronda con insistencia.

—Nicolás es mi amigo y sí que comparte conmigo lo que tiene. Me casaré con Julia, y él y ese gordito serán mis padrinos —lo cortó José—. Ahora vuelvo.

El padre de José estiró el cuello y su mentón para ver salir a su hijo de casa. Luego, volvió la mirada ante su esposa, que asentía lentamente como si todo lo supiera y él en nada acertara.

—Ese general le dará un futuro brillante a nuestro hijo. En Madrid conocerá mejor gente y olvidará a sus amigos. Me preocupaba mucho que siempre se juntara con ese maricón y con esa joven de ideas raras, ¡por Dios, bebe en los bares! —insistió su padre.

—Pepe, mejor harías preocupándote de qué vamos a comer mañana —le contestó su esposa.

Una pequeña piedrecita golpeó la ventana de la casa donde vivía Nicolás. Y dos más.

—¿José? ¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí? —preguntó Nicolás, asomando la cabeza.

—Baja, tenemos que hablar.

—Pero...

—¡Es importante! ¡Tenemos que ir a ver a Julia!

Nicolás apenas tardó un minuto en abrir la puerta, colocándose una chaquetilla, mientras una voz en valenciano, por detrás de él, le recordaba que era tarde para salir.

—Me marcho —asintió José.

—¿Para eso me haces bajar? ¿Ahora te marchas? ¿Estás idiota?

—No, no es eso. Digo que me voy del pueblo.

—¿Qué?

—Con ese general, el que se cayó al río. Estudiaré en Madrid, creo, en una academia militar. Marcho de madrugada y no sé cuándo podré venir por aquí.

A Nicolás le tembló el mentón. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo.

—¿Estás de broma? —preguntó, incrédulo.

—No —contestó José—. Pero volveré en unos meses.

—¿En unos meses? No —murmuró Nicolás, aún impresionado por la noticia.



—¿No? —preguntó José.

—No. Cuando uno entra en un sitio de esos, nunca regresa —tartamudeó Nicolás.

—No será para tanto.

—Pero ¿es verdad?

—Sí, ya te lo he dicho. Ha ido a mi casa ese general a buscarme.

—¿Para qué coño te vas con ese fascista? ¿Por qué nos dejas? —preguntó de pronto Nicolás, con gran enfado, comprendiendo que el tema iba en serio.

—Sabré tanto de todo como vosotros. No seré un pobre ignorante. Seré un hombre respetado por todos y...

—¿Respetado? ¿Y...?

—Podré casarme con Julia.

—¿Qué? Para eso no necesitas irte a ningún ejército. Además, ¿quién te ha dicho que Julia quiere casarse contigo? Ella no quiere casarse, no es una mujer antigua.

—Sí quiere. Pero soy pobre, su familia es la que no me quiere.

—¿Eres pobre? ¿Y qué? Ella puede casarse con quien quiera. Estás de broma, ¿verdad?

—Nicolás, las cosas para mí son como siempre. Nada ha cambiado para los pobres.

—¡Pues cambiarán!

—Un alférez me espera al alba para llevarme con los soldados. Mañana estaré lejos. He venido a despedirme de ti, de Miguelón y de Julia. No podía irme sin veros.

El rostro de Nicolás se contrajo, avanzó hacia José y lo abrazó con fuerza.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Nos dejas? —preguntó a punto de llorar, tratando de evitarlo y tragando la ira que empezaba a devorar sus pensamientos.

—¿No lo entiendes? No quiero ser siempre pobre. Ahora podré estudiar, aprender y ser un hombre de provecho. Ya no podrás llamarme ignorante. Seré respetado, como tus padres y como los de ella. ¡Como los de Miguelón! No como los míos, que nada tienen y nadie los saluda.

—¿En una academia militar? Harán de ti un monstruo. Allí rodeado de soldados y curas no aprenderás nada bueno.

—Nicolás, solo marchó por una temporada.

—¡Vete con esos fascistas! —espetó Nicolás con gran enfadado, sintiéndose traicionado, y entró en la casa, sujetando la puerta con intención de cerrar.

—Nicolás, por favor, vamos a ver a Julia —le rogó José.

—Ve tú. Ya veo que no me necesitas para nada.

—Si voy yo solo, no la dejarán salir. Miguelón no está en casa. Acompáñame, quiero despedirme de ella también.

—¿Por eso has venido? ¿Para que te lleve con ella?

—Pero ¿qué dices? He venido a verte, a despedirme...

—¡Que te acompañen los soldados! Ahora eres uno de ellos, ¿no es así?

—¡Nicolás! Pero ¿qué te ocurre?

—¡Déjame! —gritó ido, dando un tremendo portazo.

José se quedó atónito, sin comprender nada, y bajó la cabeza, estirando el mentón. Se quedó por unos minutos en el portal, esperando una reacción que no llegaba.

Nicolás entró corriendo en su habitación y se echó sobre la mullida cama, llorando desconsoladamente. De un salto se levantó y miró, oculto, a través de la ventana, con los ojos enrojecidos, dando hipitos descompuestos y con largas lágrimas recorriéndole las mejillas. Su cara era un poema triste, trágico, un drama. Algo en el interior de su alma se había roto para siempre. Aquel joven que lo abandonaba, que permanecía ahí afuera esperando, era su mejor amigo, su único amigo de verdad. Pero no volvió a salir a la calle.



José se ladeó y miró a la ventana. No vio nada. Esperó por unos minutos más. Luego, metió las manos en los bolsillos y se marchó.

«¿Cómo puedes dejarme para irte con unos fascistas?», se preguntó Nicolás. Y lo vio alejarse, en dirección al centro del pueblo. «No te dejarán verla, eres pobre. Bien lo sabes», dijo para sí mismo, tragando saliva, mientras limpiaba las lágrimas de sus ojos, observándolo cruzar la calle a la luz de una farola, ya casi perdido de su vista en la distancia.

—José, no te vayas —murmuró.

CAPÍTULO 4 · EL REGRESO

Había transcurrido más de un año y medio desde la marcha de José. Nicolás se había convertido en una promesa política de ideas independientes, un progresista codiciado por los partidos de izquierda. Alimentado por sus padres, pensadores humanistas, consideraba que Europa vivía en una era fascista que se tenía que combatir, la cual acabaría subyugando a todos los países bajo el poder de unos tiranos siempre apoyados por la clase política de la Derecha, el Ejército y el clero. Para él, empresarios, patrones y burgueses eran explotadores del obrero, enemigos de la libertad y de la fraternidad del pueblo. Sin embargo, sus pensamientos revolucionarios en nada comulgaban con su forma de vivir, aunque lo hacían notable entre sus amigos más extremistas. Como buen ilustrado en artes y letras, le gustaba plasmar sus sentimientos, aquellos que consideraba más puros, y a ello dedicaba con pasión varios manuscritos. En especial, disfrutaba al escribir poemas que resaltaban el amor y repudiaban la opresión, que alzaban la nobleza del alma y humillaban la codicia del hombre.

Julia seguía los pasos de Nicolás siempre de cerca, aunque no comulgaba con algunas de sus ideas. Creía en la República, no en las proclamas revolucionarias de los partidarios prosoviéticos, los rojos, como algunos los llamaban. Con el título de auxiliar de enfermería e iniciada en la abogacía, cada día destacaba más por su decisión y valor en actos feministas. Enamorada de la República, su amada República Española, como siempre decía, resultaba asidua en fiestas y congresos políticos de diferentes tendencias democráticas, alejándose de los extremismos, que llegaban a asustarla.

Ambos amigos compaginaban los estudios trabajando en la planta baja de la imprenta del viejo Ernesto, donde editaban un pequeño noticiario, de tirada no periódica, llamado *Vila-real, el nostre poble*. Allí plasmaban las novedades locales, a menudo en valenciano, y aquellas noticias revolucionarias que acontecían en el país. Además, incluían entrevistas de personas relevantes, exponían sus ideas políticas, añadían caricaturas, humor y las emotivas poesías de Nicolás.

Para Nicolás era una labor que, aunque no le reportaba beneficio ni lo necesitaba, pues sus padres le costeaban los estudios y caprichos, le satisfacía plenamente y le granjeaba amistades y popularidad. A Julia, por el contrario, fallecido su padre, trabajar en la imprenta le permitía obtener un jornal, estudiar lo que quería e independizarse, en cierta forma, de la familia, para vivir tal como quería. Aunque ella siempre se mostraba alegre y jovial, al llegar la noche, en su habitación, a menudo se mostraba triste. Cada día que pasaba, sin poder evitarlo, recordaba con nostalgia a José. No sabía nada de él y había pasado ya tanto tiempo... Parecía haber desaparecido de su vida para siempre, y eso no podía ni quería aceptarlo. Por ello, aunque no era muy religiosa, al regresar a casa, tras las agitadas jornadas de imprenta, risas y discusiones políticas

con Nicolás y sus amigos, no dudaba en visitar la iglesia de San Pascual para pedir. No rezaba, tan solo se santiguaba y le rogaba al santo noticias sobre su amado. Luego, prendía una vela por el alma de su padre y otra para que José regresara.

Aquel 25 de diciembre de 1935 daban inicio unas extrañas Navidades, repudiadas por unos, deseadas por otros, y añoradas por todos. Traían un paréntesis al doloso ambiente de conflicto entre patronos y obreros que todo lo impregnaba ante la caída de los jornales, la subida de los precios del mercado y el asfixiante paro que no paraba de crecer. Una tensa situación, fomentada por políticos extremistas que se acusaban de todo desde sus poltronas, buscando su propio beneficio y el voto fácil de la desesperación, y que nada reparaban para el bien del pueblo. Por todas partes surgían rumores de revolución o de golpe de Estado, pero había muy pocos discursos de unidad, de diálogo y esperanza. Ante los frecuentes estallidos de violencia, todo el mundo se temía un terrible desenlace y algunos parecían desearlo. Se había iniciado en toda España la campaña política de las próximas elecciones nacionales, que llegaban en unos meses, con sus mensajes y coacciones. Sería la consulta clave donde los demócratas esperaban vencer a los extremismos, superar la crisis abierta y estabilizar al país hacia una república más madura y moderna.

Aquel día, aquella Navidad, un atractivo teniente del Ejército español llamó al timbre del hogar de Julia.

—¿Esperas a alguien? —preguntó ella, asomándose a la cocina.

—No. Tu hermano tiene llave —contestó su madre, meciendo la masa para preparar unos buñuelos—. Anda, abre, será el lechero, o el panadero en busca del aguinaldo.

Cuando la joven abrió la puerta, sus ojos se engrandecieron como nunca, a la vez que su boca se desencajó, atónita por aquella gran sorpresa. Y se puso muy seria. Una solitaria lágrima recorrió su mejilla, delatando su emoción.

—Hola, Julia —dijo José.

—No puede ser, tú aquí —sollozó por unos momentos. Acto seguido, se abrazó a él con toda su fuerza y lo besó en los labios, como nunca había hecho, dejándose llevar por esa llama interna que tanto la había hecho esperar ese momento y que José avivó apretándola contra su cuerpo, sumándose a ese dulce beso de amor tan deseado.

—¿Quién es? —preguntó la madre desde la cocina.

—Pero ¿dónde estabas? —dijo Julia ignorando a su madre—. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué no te despediste de mí? ¿Por qué nunca me escribiste? ¿Por qué...? ¿Qué haces vestido así?

José, abrumado ante aquel abrazo y tanta pregunta, la mantuvo fuerte entre sus brazos, como si no deseara soltarla nunca.

—¡Qué hermosa... estás! —acertó a decir.

—¿Quién es? —insistió la madre de Julia, asomándose ante tal recibimiento, buscando descubrir quién era ese hombre uniformado que tenía a su hija entre los brazos, como si novios fueran de verdad.

—¡Mira, mamá! ¡Es José, el hijo de Pepe!

—Me alegro mucho de verla, señora. Está usted inmejorable, se le ve muy bien.

—¿José? —preguntó la madre sin dejar de estudiar a aquel joven militar, su cuidado traje, su aseo perfecto, su exquisito vocabulario y aquella arma en la cintura.

—¿Todo bien, señora? ¿Puedo servirla en algo? —preguntó José.



—No, gracias. ¿Cómo estás? ¿Y tus padres? —respondió la madre.

—Bien, gracias a Dios todo está muy bien.

—Pasa hijo, pasa. No te quedes ahí —lo invitó la madre.

Si en otro tiempo la familia de Julia nunca hubiera permitido que aquel joven entrara en su casa cogido del brazo de su hija, ahora era otra cosa. José se mostraba como un militar de distinguido porte e impresionó en aquel hogar. Entraron en un ancho comedor con grandes mesas y una biblioteca enorme, y se dirigieron a una mesa baja que se encontraba cerca de la ventana del jardín, rodeada por dos butacas y un pequeño sillón, donde se sentaron.

—¿Quieres un café o algo de beber? ¿Un brandy, o tal vez anís? —preguntó la madre.

—No, gracias, no bebo. No se preocupe, solo quería saludar a Julia. Ya veo que está muy bien y me alegra tanto... En todo este tiempo no supe nada de ella, solo lo que me contaba mi madre, y me tenía preocupado —respondió José.

—¿Qué te decía? —preguntó Julia, interesada.

—Que cuando volviera te iba a encontrar más guapa que nunca.

Julia se sonrojó. La madre miró al joven con agrado.

—Pero ¿por qué no te despediste de mí? —preguntó la joven.

José se quedó en silencio.

—Bueno, os dejo. Ya veo que tenéis cosas de qué hablar... Prepararé la comida, tu hermano no tardará en llegar —dijo la madre—. ¿Quieres quedarte a comer?

—Me encantaría, señora. Gracias. Pero me esperan mis padres, hoy es un día especial.

La madre de Julia asintió y se levantó para alejarse de la estancia. En cuanto desapareció, Julia acercó su rostro a

José y se besaron dulcemente en los labios, a la vez que entrelazaban los dedos. Los dos jóvenes enamorados no pararon de mirarse a la cara, ahondando el uno en el otro, como queriendo descubrir todo sin citar palabra alguna. El tiempo, en vez de hacerlos olvidar, había acrecentado sus deseos, sus sentimientos. Un sencillo beso colmó de nuevo los labios de Julia, y ella se abrazó a él deseando que nunca más la dejara.

Entre bastidores, la mirada de la madre de Julia todo lo observaba. ¡Se estaban besando en los labios! Perpleja, no sabía si intervenir o no, pues aquello, aunque reprobable sin duda, no le molestaba lo más mínimo. Pero ¿y Marcelino?, se preguntó. Finalmente, decidió interrumpir aquel flirteo. La cosa iba a más, o eso le pareció al ver las manos de José recorrer la cintura de su hija. Andrés se lo impidió, asiéndola por detrás del brazo.

—Hijo, ¿qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, madre. Acabo de llegar y ya te pillo espiando —le dijo Andrés, que ya era todo un caballero; apuesto, bien vestido y de mirada penetrante.

—Ya está bien, eso que hacen no es decente.

—Déjala, madre. Está claro que tu hija no será monja, quizá no sea ni virgen.

—Pero hijo, no paran de tocarse. Ahí, en el sofá.

—Bien, a ver si es verdad que ese militar se la lleva y la hace una mujer decente de una vez. Estoy harto de verla con ese maricón, que parece que sean novios y no hace más que llenarle la cabeza de pájaros y meterla en líos de política. ¡Y con los comunistas! ¡Los rojos! A ver si el Marcelino, esa mariquita masona, sale también corriendo cuando vea a José.

—Hum... Un militar... ¡Si tu padre levantara la cabeza, le daba algo!



—Deja a papá descansar en paz. Esos canallas lo mataron. José parece un buen marido para Julia, seguro que es un hombre de verdad. Pobre, pero honrado. Yo siempre lo pensé.

—Hijo, tu padre falleció a causa de aquel accidente.

—No, madre, no me vengas con esas. Los rojos lo asesinaron. Me lo ha dicho gente de confianza que lo vio todo. A él y al perro.

—¿Quién te lo ha dicho? Eso no es cierto.

—¿Crees que fue casualidad que un día apareciera muerto el perro y al día siguiente tuviera ese accidente? Lo mataron, pero primero le hicieron sufrir. Sabían lo que quería a su perro de caza. Y tú bien lo sabes.

La mujer bajó levemente la cabeza, como si fuera una realidad que se negaba rotundamente a creer. «¿Cómo van a matar a mi marido, y el asesino, un vecino, seguir impune en la calle?», se preguntó en silencio.

—Pero es el hijo del lechero, mucho tiene que haber prosperado para ser un buen partido para tu hermana —apuntó a decir finalmente, dejando atrás aquellos terribles pensamientos.

—Madre, cualquier hombre un poco decente es un buen partido para tu hija. ¿No ves en qué jaleos anda siempre liada? ¿No ves que nadie la quiere, que ningún mancebo de interés la mira para hacerla su esposa? Todos la tratan como si fuera una cosa rara, una loca. Siempre del brazo con el mariquita del pueblo o huyendo de Marcelino. O con el Grasas, el hijo del carnicero, otro que tal. Además, veo que José lleva rango de teniente y eso no es tontería.

Ajenos a la conversación que se daba en la estancia siguiente entre cortinas, José y Julia separaron finalmente sus labios y se miraron a los ojos, con alegría desbordante.

Había pasado tanto tiempo y era tanto el deseo que apenas podían contener sus abrazos.

—¿Nicolás y Miguelón saben que estás aquí? —preguntó de pronto ella.

—No, primero pensé en visitarte a ti. Bueno, antes estuve con mis padres y los ayudé un poco con las vacas que les donó el general —contestó José.

—Vamos, Nicolás estará en la imprenta. Hoy no se iba hasta mediodía, está preparando una edición especial Fin de Año. ¡Ya verás qué sorpresa le das! ¡Se va a caer de culo!

—Me hace ilusión verlo tras tanto tiempo. Pero no sé si a él le hará mucha.

—Claro que le hará, ¿por qué no? Te hemos echado mucho de menos. Y veremos a Miguelón, puede que también esté allí. No hay día que no hablemos de lo felices que éramos antes de que te marcharas. Ya no vamos al viejo roble por tu culpa. Pero hoy te lo perdono todo, excepto que no me escribieras. No entiendo por qué me dejaste así, sin despedirte ni nada.

—Te escribí, Julia, pero veo que mis cartas no te llegaron. Lo siento.

—¿Me escribiste? ¿Lo siento? Mentiroso. Eso se lo dices a Nicolás. No sé si te matará y te comerá a besos, o si primero te comerá a besos y luego te matará, o si será todo lo contrario... Lo que sí sé es que le va a dar algo.

José y Julia cruzaron la plaza de la Vila, pasaron bajo los arcos medievales que la adornaban y marcharon con prisa sobre los adoquines de la estrecha calle hacia la planta baja del pequeño periódico. Iban cogidos del brazo, muy juntitos, levantando susurros entre los vecinos. A la feliz pareja no les importaba lo más mínimo. Es más, les gustaba tanto sentirse unidos de nuevo que no repararon en nada.

—¿Y tu padre? No lo he visto —preguntó José.



—Hubo unos altercados en el ayuntamiento... Fue un accidente, dicen. Lo cierto es que cayó y se golpeó en la cabeza. Quedó ido. Falleció hace medio año —contestó ella, con el semblante triste.

—Lo siento, no sabía.

Julia abrió la puerta de la imprenta y entró.

—¡Nicolás! —gritó varias veces, mientras lo buscaba por el taller.

—No está, acaba de salir —respondió un joven desde detrás de la rotativa.

—¿Y Miguelón?

—Está con Nicolás.

José entró tras los pasos de su amada, estudiándolo todo. Tomó uno de los pasquines impresos que destacaban sobre una mesa y observó con escepticismo el dibujo que lo ilustraba. Se trataba de un horrible militar, que protegía tras de sí a un cura que parecía un demonio y a un burgués rico y gordo con los bolsillos llenos de billetes, mientras pisaba a un obrero que sostenía un fusil calado con bayoneta. Debajo un eslogan: «Por un futuro digno: Proletario, lucha por tu libertad». Al lado, la hoz y el martillo comunistas. Y miró otro cartel, uno de la CNT que rezaba: «La guerra y la revolución son inseparables».

Julia lo miró y lo vio triste. Por primera vez desde que trabajaba en la imprenta, se fijó bien en los pasquines y reflexionó sobre la realidad de su contenido. Y no los vio como una simple caricatura reivindicativa. Ante ella, un teniente del Ejército español mantenía uno de aquellos papeles que invitaban al pueblo a una revolución armada contra la República.

—No hagas caso. Ya sabes cómo es Nicolás, siempre exagerando —dijo ella, tratando de restar importancia a los pasquines.

—¡Hostias putas! —dijo una de las personas que se hallaban allí, y corrió a retirar varios panfletos de la mesa.

Tres camaradas más salieron por la puerta, y uno, un anciano de pelo cano y largas ojeras, el Ernesto, dueño de la imprenta, se puso a reír mientras grapaba unas octavillas.

—Pero coño, Julia, ¿cómo traes a un militar aquí? —le preguntó.

—Es José —contestó ella.

—Como si fuera Pepito Membrillo o Paquito Chocolatero —interrumpió el anciano—. ¿Quieres que mañana venga un grupo de fascistas y nos quemén la imprenta?

—No es un fascista. Es un amigo de siempre, también de Nicolás y de Miguelón. Ha venido a verlos. Acaba de llegar de Madrid, queremos darles una sorpresa.

—Sí, seguro que será una gran sorpresa —sonrió irónicamente Ernesto—. Pero mejor se la das fuera de aquí o puede que a mis muchachos les dé algo al corazón.

José dejó el pasquín donde lo había tomado, sin decir una palabra, y volvió a estudiar aquel lugar. Todo incitaba a una revolución que instaurara un nuevo orden comunista, o a saber. Y se sintió insultado. Él no era un fascista, sino un soldado de la República española.

—¿Nos vamos? —le preguntó a Julia, de forma amable, pero sentida.

—Sí. No debí traerte aquí. No pensé que... —dijo ella, sin querer comprender qué estaba pasando.

—Salgamos de este lugar —la interrumpió él.

—¿Qué hace aquí ese militar? —preguntó con voz autoritaria Nicolás, entrando en la imprenta junto a los hombres que habían salido como huyendo.

Lo acompañaban Marcelino y Eva. Él era el joven que ansiaba conquistar el corazón de Julia y que ella tanto



ignoraba; su rostro era hermoso, de labios gruesos, largas patillas y bigote fino. Ella era una muchacha de larga melena rubia, de grandes ojos castaños que profundizaron, presa de la curiosidad, de inmediato, en aquel teniente.

—¡Nicolás! ¿Acaso no lo reconoces? —preguntó Julia.

Por un momento se hizo un silencio total. Nicolás tembló el mentón, tragó saliva y estiró los labios.

—Ya veo. Eres tú. ¿Qué quieres? —preguntó fríamente, ante la sorpresa de Julia.

—¡Nicolás! —exclamó ella, reprendiéndole su comportamiento.

—¡Qué!

—¡Es José! —aseguró Julia.

—¿Este es José? —preguntó Eva, que conocía los secretos íntimos de Julia. Y observó el uniforme, el arma y aquellas grandes manos.

Marcelino lo miró de lado, con recelo, levantando la cabeza, sin decir nada.

—Él es Marcelino, un compañero de la imprenta; y ella, mi amiga Eva, su hermana —terminó la presentación Julia.

—Yo no veo a José, sino a un militar. Mejor te lo llevas donde nadie lo vea a nuestro lado —ordenó Nicolás, con una voz casi imperceptible, como si de un susurro indiferente se tratara.

—Sí, mejor salimos de la imprenta —comentó José, rotundo.

—Te esperamos junto al viejo roble —dijo ella, malhumorada, dirigiéndose a Nicolás, que bajó la cabeza y alzó los ojos, reflexionando el momento, viendo cómo José se dirigía hacia la salida de la imprenta.

—Perdonad. Ha sido una sorpresa inesperada —aseguró Nicolás, reaccionando de pronto.

—No pasa nada, lo entiendo —contestó José—. ¿Y Miguelón?

—No lo sé. Se fue a almorzar otra vez, a la carnicería de sus padres, bien lo conoces —respondió Nicolás—. Es Navidad, hoy ya no volverá a la imprenta.

—¿Nos vemos luego? —se despidió José con una pregunta.

—Si vais al viejo roble, nos encontramos en una hora; tengo que acabar unos asuntos —aseguró Nicolás.

—Bien. Allí estaremos —respondió José y salió acompañado por Julia, que no hacía más que volver la cabeza de vez en cuando para recriminar con su mirada la conducta de su amigo.

Nicolás se quedó estudiando a José, embelesado por su atractiva apariencia, cautivo de sus recuerdos. La fuerza del deseo y sus temores se aceleraron, desatando en su corazón una inquietud que creía olvidada. Pero aquella herida seguía abierta y apretó los dientes, lleno de rabia. Y se enardecía más al verlo intimar del brazo de Julia, como él no había conseguido en todo este tiempo.

José, de pronto, se paró en la puerta y se volvió.

—Me gustaron mucho los poemas que me mandaste —dijo posándose la gorra de teniente.

Nicolás asintió sin comentar palabra.

—Veo que además de plasmar textos hermosos, también sabes escribir basura que atenta contra España —aseguró José, dando un último vistazo a los carteles revolucionarios que ambientaban la imprenta.

Nicolás estiró el cuello y observó cómo sus camaradas lo miraban, como esperando una respuesta.

—Me alegro de que te gustaran mis poemas, pero me entristece ver que sigues ciego ante la corrupción del poder y el sometimiento que sufre el pueblo —contestó finalmente.



—Nos vemos luego. Sabes que yo no entiendo de política —se despidió José.

Subidos a las gruesas ramas del viejo roble, José y Julia hablaron como antaño hicieran. Sus manos no se habían separado apenas un momento durante todo el tiempo. El constante deseo de sus corazones los unía a menudo en caricias que se fundían con apasionados besos.

—Mis padres me comentaron que Marcelino ahora es tu novio —murmuró él, de pronto.

—¿Qué dices? Yo no tengo novio —contestó ella.

—Eso me han dicho.

—Será porque nos ven juntos. Ahora nos reunimos a menudo Nicolás, Miguelón, Marcelino, su hermana Eva y yo. Somos una pandilla traviesa y lo pasamos bien.

—¿Aquí, en el árbol?

—No, en la imprenta. El roble es solo nuestro.

—Entonces, ¿no sales con Marcelino?

—¿He oído que te gustan los poemas de Nicolás? —dijo ella cambiando de tema, recostándose contra él, presa de sus brazos.

—Me encantaba escucharlo en sus mañanas de inspiración lírica. Ahora que sé leer mejor, los disfruto a menudo —contestó José.

—Nunca me dijo que te escribía. Creía que no sabía nada de ti.

—Tiene arte para escribir... y para mentir, lástima que el odio lo lleve por tan mal camino.

—¿Qué dices?

—Ya sabes que sufrió mucho cuando éramos pequeños. Los demás niños le pegaban y se reían de él. El tiempo que estuvo en el seminario... No sé qué le pasó, nunca me habló de ello, pero sé que algo ocurrió. Acabó, primero, por temerlo todo y, después, por odiarlo todo.

Julia no contestó, simplemente asintió levemente.

—Siempre te tuvo a su lado para defenderlo. Eso estuvo bien. Sin ti, una persona tan frágil y emotiva como él no lo hubiera soportado —aseguró luego.

—No creas que es tan frágil —contestó José.

—Los demás niños lo chinchaban asegurando que tú eras su novio —rio ella sin maldad.

—Debe de ser complicado... Desesperante.

—¿El qué?

—Ser una mujer dentro del cuerpo de un hombre.

Julia abrió los ojos y estiró los labios con cierta sorpresa ante las palabras de José. No supo qué decir.

—Me escribió unos poemas muy bonitos, preciosos —continuó José—. Me sorprende tanto que la misma persona sea capaz de escribir también cosas tan horribles como «la revolución a través de la guerra».

—¿De verdad te mandó poemas a Madrid? —preguntó Julia, sin poder creérselo.

—¿No te lo comentó?

—No.

—Entonces, no sabes nada, ¿verdad?

—Un día me acerqué a tu casa con la excusa de ver las vacas. Tu padre me dijo que estabas en Madrid, que te habías marchado con ese general. Solo eso sé.

—¿Nada más?

—Ya sabes que a tu padre no le caigo muy simpática. Miguelón no sabía nada y Nicolás siempre me dijo que no tenía noticia alguna sobre tu destino.

—Debió decírtelo. Julia, yo sí fui a despedirme de ti aquella noche en la que partí. Nicolás no quiso acompañarme para poder verte y tu madre se negó a llamarte. Si él hubiera querido, yo habría podido decirte lo que sentía antes de irme.



—¿Lo que sentías?

—También te escribí, y mucho.

—¿Me escribiste de verdad?

José asintió.

—Nunca recibí respuesta alguna por tu parte —dijo, ladeando la melena negra de Julia con una tierna caricia.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Sabía que tus padres tirarían mis cartas nada más verlas, así que se las mandé a Nicolás para que te las hiciera llegar. Confíe en él, puesto que me mandaba sus poemas.

—Me temo que Nicolás no vendrá a vernos —aseguró Julia, comprendiendo. Y miró de reojo el camino por donde debería aparecer, con ganas de reprenderlo, de pedir explicaciones y exigirle disculpas.

—No, no creo —dijo José.

A lo lejos, de pronto, se escuchó un grito alegre. Un personaje tan enorme como gordo se acercaba veloz por la carretera de tierra, saludando y llamándolos con voz fuerte. Pedaleaba una bicicleta que amenazaba con desarmarse en cualquier momento.

—¡Es Miguelón! —exclamó Julia.

José marchó pasada la Navidad, antes de Año Nuevo. Durante aquellos tres días en los que el joven militar permaneció en la ciudad, Julia no apareció por la imprenta ni un solo momento, ante la preocupación de Nicolás, quien se pasaba las horas asomado a la ventana del local, esperando verlos, sin saber qué decirles.

Finalmente, el día que Julia regresó a la imprenta, no le comentó nada a Nicolás de lo hablado con José. Le dio un beso como si nunca hubiera pasado nada, como si lo ignorara

todo, y se dispuso a trabajar. Ella esperaba que él le contara, que se disculpara sin tener que sonrojarlo. Y confió en que llegara ese momento.

Con la marcha a Madrid del joven teniente, llegó de nuevo la tristeza para Julia. La alegría y el recuerdo de los primeros días, tras su marcha, se fueron diluyendo. Ahogó la pena en el trabajo y en sus devaneos políticos junto con Nicolás, Miguelón, Marcelino, Eva y los personajes que hacían andar día a día aquella imprenta. Aunque ahora sabía que debía esperar, que José la quería, que un día volvería y, además, podía escribirle.

Marcelino comenzó a comprender con angustia que Julia nunca sería suya, ni tan siquiera de Nicolás, como a veces había creído ante las constantes evasivas de la muchacha. Dio por cierto que el corazón de aquella joven por la que suspiraba ya tenía dueño, el tal José, y dejó de verse tan a menudo por la imprenta.

CAPÍTULO 5 · EL 5º ANIVERSARIO

Tras las elecciones de febrero de 1936, huelgas salvajes, enfrentamientos urbanos, cargas policiales y atentados contra las autoridades, sedes políticas y comercios sacudieron la mayoría de las poblaciones de España. La situación, en vez de mejorar, era cada vez más difícil para una república fragmentada que se esforzaba por mantener la legalidad. ¡Tenía tanto que ofrecer a quienes no querían escuchar! A los actos violentos de la izquierda radical se unieron las inquietantes arengas públicas de los monárquicos y fascistas, abogando por un golpe militar que frenara las aspiraciones bolcheviques, la temida y aireada revolución roja.



—Hoy hace cinco años que llegó la República —dijo Julia, con un pequeño vaso colmado de mistela, con los ojos entrecerrados, ante una pequeña mesa de la imprenta abarrotada de chatos vacíos y botellas temblando.

Alrededor de ella estaban sus amigos.

—¡Viva la República! —brindaron al unísono y se sentaron en unos pequeños sofás que parecían hechos para niños, entre eructos y posturas de tanto comer y beber.

El característico olor a tinta y papel había desaparecido. Es su lugar, el humo del tabaco, el sabor salado de las cocas de tomate, el aroma dulzón de las pastas, del anís y la mistela flotaban en el ambiente.

—¡Viva! —exclamó vagamente el viejo Ernesto, que permanecía empotrado entre unos cajones y la rotativa, medio durmiendo la borrachera.

Aquel 14 de abril todos celebraban el 5° aniversario de la Segunda República Española en la pequeña imprenta. Ya habían terminado con los roscones de vino, la segunda botella de anís y la tercera de mistela.

—¡Fiifa! —exclamó Eva, con voz borracha, y bebió de un solo sorbo un chato rebosante de licor.

—Todo se va a ir a la mierda, me lo veo venir —expuso Julia, de pronto, y se quedó pensativa mientras un párpado se le bajaba sin remedio—. ¿A qué viene tanto jaleo con las procesiones de Semana Santa? Toda esta mierda extremista está dividiendo España, y tocarles las pelotas a los católicos no es buena idea.

—Eso es verdad. Mis padres, que eran de izquierdas de toda la vida, ahora son de derechas. Todo por la tontería de las procesiones. Y no veas la de iglesias que están quemando los revolucionarios por todo el país —apuntó Miguelón.

—Pandilla de insensatos —insistió Julia.

—¿Y los fascistas qué? Hatajo de cabrones —replicó Nicolás, que, sentado frente a ella, bebía de una botella de mistela casi vacía.

—¿Y de los que quieren instaurar de nuevo la monarquía no se habla? ¡Están locos! —exclamó Marcelino, que acompañaba a su hermana y se mantenía el más sobrio de todos—. No lo entiendo, camaradas. Con lo que nos ha costado quitarnos de encima a los Borbones y quieren volver a tener otro rey. ¡Un parásito! ¡Para qué?

—Marcelino, ¿tú por qué estás metido en estas mierdas políticas? —preguntó Julia.

—¿Por qué no? ¿Acaso no debería, camarada?

—No me llames camarada, no me gusta. Lo que está pasando es...

—¡Es la revolución! —interrumpió Nicolás y alzó el puño.

—¡Curas al paredón! —gritó el viejo Ernesto, desde detrás, como si despertara, para caer de nuevo durmiendo.

—La clase obrera debe adueñarse del poder político. La democracia es incompatible con el socialismo y, como el que tiene el poder no ha de entregarlo voluntariamente, pues hay que ir a la guerra... ¡Revolución! —expuso Nicolás.

—Me aburres con tus sermones —continuó ella.

—Yo estoy con Julia —aseguró Marcelino—. El socialismo no solo tiene cabida en la República, sino que la democracia es el único camino para la convivencia.

—¿Convivencia? ¡Qué tontería! ¡No se puede convivir con fascistas! —aseguró Nicolás.

—¡Fiifa la República! —volvió a exclamar Eva.

Acto seguido, la muchacha eructó, bebió otro chato a rebosar de anís y apoyó la cabeza en el enorme hombro de Miguelón, rodeando sus anchas espaldas con el brazo.

—¡Bapo! —le dijo zozobrando, haciéndole ojitos y pasándole un dedo por la oreja.



—¡Viva! —exclamó él, mirándola con cierta sorpresa y deseo.

—Nos estamos cargando nuestra democracia entre todos —aseguró Julia.

—La democracia solo es un paso intermedio para la victoria del proletariado. Mi deseo es hacer de España un país sin lucha de clases. Para eso es necesario que desaparezca una de ellas —expuso Nicolás y vertió un poco de mistela en el vaso de Julia.

Ella observó cómo se mezclaba el vino dulce con el anís y alzó la vista sobre Nicolás.

—Comprendo. Apoyas lo que está ocurriendo —expuso finalmente y se bebió el licor—. Hablas de libertad, pero quieres coartar la de aquel que no piense igual que tú; en verdad, lo vuestro no es un movimiento libertario, sino liberticida.

—Bueno, no te lo negaré, una pequeña limpieza es necesaria. Hay que evitar males mayores. Los rusos tuvieron que acabar con el zar y con todos los zaristas antes de poder vivir en paz.

—¿Quién te dice todas esas tonterías, Nicolás? —preguntó Julia.

—No son tonterías —contestó Nicolás, algo molesto.

—Dime que no estás con ellos, con esos salvajes —replicó tajante ella—. Esa no es nuestra España democrática, aquella con la que soñábamos, por la que hemos trabajado tanto. Me hablas de la Revolución bolchevique, vaya ejemplo. La Rusia de Stalin es como la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini. Países autoritarios, reaccionarios y temidos, sin libertades y comandados por un militar.

—La Constitución es lo único que garantiza la libertad del pueblo —apuntilló Marcelino.

Julia lo miró y sonrió, complacida. Nicolás emitió un pequeño gruñido, bebió y negó con la cabeza.

—Ya conseguimos la libertad. Ahora hay que afianzarla y desarrollarla —insistió Julia y posó el chato sobre la mesa, vacío—. Creo que no voy a beber más.

—Mi querida amiga, no seas ingenua —contestó Nicolás—. Eso es lo que ellos quieren que creas. Los fascistas contaminan y destruyen todo lo que puede molestar al poder. No respetan la República, ¿y pretenden que lo hagamos nosotros? Créeme, se están preparando para acabar con todo. ¿Acaso no oyes el ruido de sables?

—¡Fiifa! —exclamó Eva, de nuevo, dando hipitos. Después, se bebió de un trago un nuevo chato de anís y cayó sobre la enorme barriga de Miguelón, con los ojos cerrados y la boca desencajada.

—Vaya un desastre —murmuró Julia.

—Julia, tampoco es tan exagerado —afirmó Marcelino.

—¿No? Grupos descontrolados están acosando, matando a clérigos y pensadores, a republicanos demócratas, sin más... Son ya cerca de cien muertos. ¿Crees que exagero? Son los datos del Gobierno, los que están en la prensa, en nuestro propio periódico —dijo Julia.

—Algo habría hecho esa gentuza —aseguró Nicolás, alzando las cejas ante el silencio de Marcelino.

Miguelón no dijo nada, solo bebió e hizo un gesto de no entender. Acarició la melena rubia de Eva y ella le contestó vomitando en su vientre.

—Parece que le han sentado mal los roscos a tu hermana —dijo Nicolás, riendo ante la cara perpleja de Marcelino.

—Sí, los roscos —rio Julia.

—No es nada, ya lo limpio —dijo Miguelón, con cara de circunstancia. Seguidamente, acomodó a Eva en la silla, con cuidado, y fue en busca de un cubo y un trapo.



—¿Algo habrían hecho? La intolerancia ha hecho presa en las clases políticas, hasta en los trabajadores. Tras ella viene el radicalismo totalitario, vuestro particular comunismo —murmuró Julia, mirando cómo Miguelón limpiaba el estropicio—. Pronto empezaréis vosotros también a matar gente y quemar iglesias aquí mismo.

—Tampoco es eso, mujer. Ese amigo tuyo te ha comido un poco la cabeza, ¿verdad? —preguntó Marcelino, observando cómo su hermana trataba de llenarse un chato con anís sin conseguirlo.

—¿Qué has dicho? —respondió Julia, frunciendo el ceño.

—Has cambiado mucho desde que vino ese teniente —respondió Marcelino—. Ya no salimos a pasear ni al cine ni a ningún lugar. Nicolás tiene razón, cuando dice que ese...

—Julia, ¿sabes algo de José? —preguntó de pronto Nicolás, interrumpiendo, cambiando de tema, como si nada fuera o poco importara lo que se fuera a comentar, evitando que Marcelino continuara hablando.

—¡Fifa la Reeplúuublida! —entredijo Eva e, incapaz de servirse, dejó caer la botella y bebió el culo de un vaso casi vacío. Y observó, con un ojo cerrado y el otro apenas abierto, sentarse de nuevo a su lado a Miguelón.

—¿Estás bien? —le preguntó Miguelón.

La joven lo abrazó y fue a hablar, pero ladeó la cabeza y se quedó dormida en su regazo.

—José me manda una carta todas las semanas. ¿A ti no te escribe? —respondió Julia, buscando una respuesta, sin dejar de mirar a Eva, sorprendida por la cogerza que llevaba su amiga.

—No —respondió Nicolás.

—¿Le sigues escribiendo poemas? —insistió Julia.

—No.

—No debiste ocultarme las cartas que te envió para mí.

—Solo pretendía protegerte —se justificó él, desconcertado, sin darle más importancia.

—Vaya —murmuró Marcelino, un tanto decaído.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Julia.

—No. Si lo hubiera sabido... Si hubiera sabido antes que lo amabas, no hubiera hecho el tonto ante todo el pueblo como un...

—Tú no has hecho el tonto. Nuestra amistad es importante para mí —lo interrumpió Julia.

—¿Amistad? Me voy a casa, se ha hecho tarde —dijo Marcelino, en voz baja, y se levantó, molesto—. ¿Y tú qué haces sobando a mi hermana? —le soltó a Miguelón, que acariciaba el cabello de Eva mientras dormía abrazada a él.

—¿Yo? ¡Eh, qué dices! —respondió Miguelón—. ¡Si se ha puesto ella encima! ¡Mira cómo me ha puesto de vómito! ¡No has visto lo que he limpiado?

Marcelino no respondió. Tomó a Eva del brazo y se la colgó del cuello para alejarse dando tumbos ante la mirada y la sonrisa de sus amigos.

—Creo que estoy algo borracho. Necesito dormir —aseguró Miguelón un tanto decepcionado, mirando su camisa y los pantalones manchados de babas, anís y mistela.

—Llévate a Ernesto, su mujer lo estará esperando —le pidió Nicolás.

—Sí, creo que también le sentaron mal los roscos —apuntó Julia.

Julia y Nicolás se quedaron sentados, solos. Y se sirvieron un nuevo cuenco de licor mientras escuchaban la puerta de metal cerrarse con un fuerte golpe.

—Marcelino está dolido —aseguró Nicolás.

—¿Por qué? —preguntó Julia.



—Se pensaba que era tu novio.

—Pero yo no soy su novia.

—Todo el mundo lo creía hasta que llegó José.

—Nunca lo he sido ni lo he pretendido. Además, él tampoco me lo ha pedido... No digas tonterías.

—Marcelino entró a trabajar en la imprenta para estar cerca de ti. Incluso quería que Eva se hiciera tu amiga para poder verte con frecuencia.

—No me lo creo.

—Julia, ¿se pensó que eras bolchevique! ¡Por eso está en esta mierda! Siempre lo has tenido enamorado. Podrías hacer con él lo que quisieras. Lo sabes y le diste esperanzas.

—¿Yo?

—Él no tenía ni idea de lo de José. Eso no está bien. Lo has dejado hecho polvo.

—Bien, ya me has dejado claro lo muy mala que soy con Marcelino. Pero no me has contestado, no hemos hablado de ello nunca, de las cartas que me envió José...

—Cuando llegaron las primeras cartas pensé que no volvería jamás, en serio —la interrumpió Nicolás, justificándose con cara inocente—. Creí que se olvidaría de nosotros, ahí metido con los fascistas en la gran ciudad. Los militares solo salen del cuartel para ir al burdel, lo sabes. Supuse que conocería a otras chicas, que te haría mucho daño y no quise verte sufrir. Pero siguió escribiendo y no supe qué hacer. Y regresó. Debí dártelas, no tengo excusa.

—Ya pasó —aseguró Julia, queriendo creer las palabras de Nicolás.

—Lo siento de corazón —murmuró él—. Mañana te las traeré; aunque están abiertas.

—¡No era necesario que las leyeras!

—Nunca me perdonará.

—Si yo te he perdonado, seguro que él también puede hacerlo. Siempre te ha querido y defendido como a un hermano. ¿Por qué no le escribes un poema de esos que tanto le gustan? Yo sé que le encantará.

CAPÍTULO 6 · PRIMAVERA CALIENTE

A finales de aquella primavera de 1936, con el asesinato de numerosos políticos y religiosos, ardieron en España centenares de iglesias y conventos a manos de los revolucionarios de izquierdas. Lejos de encontrar una salida a la situación, no paraban de producirse atentados y graves altercados en toda la geografía, unos hechos que ahondaron profundamente en la inestabilidad del país, a pesar de los esfuerzos del Gobierno por controlar aquella espiral de odio. Por su parte, los grupos radicales de derechas, encabezados por la Falange Española y los requetés carlistas, habían dado muerte a cerca de cincuenta personas y destruido numerosos inmuebles sociales. España se dividía en dos bandos violentos bien definidos, cada vez más, que empleaban el «estás con nosotros o contra nosotros» sin recato alguno. Los que no querían saber ni entendían de política huían de unos y de otros, y los que pertenecían a una facción acosaban sin pudor a todos. Muchos vecinos, aquellos que no tenían una idea clara de lo que era un fascista ni un marxista, temerosos de encontrarse con personas indeseadas en un momento o lugar equivocado, salían muy poco por la noche, lo estrictamente necesario. Los que más, incluso a plena luz del sol andaban con cuidado. Eran días turbulentos, difíciles para España y para los que creían en la democracia, en la libertad. Si era

peligroso pertenecer a una facción violenta, parecía que más lo era no pertenecer a ninguna.

Tristemente para Julia, la tolerancia y la razón que fundamentaban la Segunda República Española se fueron diluyendo rápidamente en beneficio de los extremismos que todo lo devoraban. Cada día se encontraba más desencantada de la política y los políticos. Para ella, se había acabado el participar en los mítines, no le gustaba lo que veía y escuchaba. Con cierta pena, decidió alejarse del ambiente hostil en el que siempre andaban envueltos sus amigos y de aquellas ideas revolucionarias con las que cada vez comulgaba menos. Dejó de trabajar en la imprenta y de frecuentar lugares públicos con militantes comunistas, a los que detestaba ya tanto como a los propios falangista y carlistas, a los que ella consideraba los verdaderos enemigos de la República.

Gracias a sus estudios de enfermería, su hermano Andrés le consiguió una entrevista para un puesto de auxiliar en la clínica del doctor Pelayo, un hombre mayor y de respetada clientela, y, a su vez, una persona de prestigio, atenta y simpática.

—Buenos días, señorita. Pase, por favor —le indicó el doctor.

—Gracias —contestó Julia y se quedó asombrada al ver la sala de la consulta, tan limpia, pulcra y espaciosa, con una docena de diplomas cubriendo las paredes y con aquellas enormes estanterías llenas de libros—. ¿Todos son suyos?

—¿Los libros? Sí, claro. ¿Te gusta leer? —respondió el doctor, ciertamente sorprendido.

—Me encanta.

—No son novelas rosas.

—Lo veo.

—Tu hermano me dijo que has estudiado enfermería, que

eres muy lista y una joven responsable. ¿Tienes el título? ¿Sabes hacer algo más?

—Sí, también sé algo de leyes y escribir a máquina.

—¿De leyes?

—Sí, me gusta la abogacía. Un día me gustaría ser doctora y abogado.

—Vaya, yo soy abogado también. Pero no ejerzo, en estos tiempos revueltos es mejor ser médico. Es mejor atender heridas que provocarlas —sonrió el doctor.

Julia asintió levantado las cejas.

—Me ha dicho Andrés que su novio es un oficial del Ejército español. ¿Piensa casarse?

—Sí, claro... Bueno, supongo. ¿Por?, ¿tiene algo que ver con mi trabajo?

—Me gustan las jóvenes comprometidas con un futuro, sea cual sea. Y con el trabajo. Aunque si se casa, no sé si usted podrá ser esposa, estudiar y trabajar a la vez.

—Podré. Además, José no sé cuándo volverá de la academia militar, puede que en dos años o más. Ni si le buscarán un destino cerca o si se dedicará a otra cosa. Él tiene tierras aquí en el pueblo y le gusta trabajar el campo.

—Bien, muy bien —asintió el doctor—. Mi hija Bernarda está en Madrid, pronto se doctorará en Medicina. ¡Ah, mi pequeña! Ya tiene su propia clínica en el Paseo del Prado.

Julia no dijo nada, sabía que Bernarda se veía con su hermano.

La entrevista fue más una grata conversación sobre los clientes, el trabajo a desarrollar y los horarios que otra cosa. Al doctor Pelayo le habían sobrado, para confiar en Julia, todas las palabras desde que vio que leía libros de ciencias y letras, y ella hubiera ido a trabajar gratis, solo por tener a su alcance aquella grandiosa biblioteca. El doctor le ofreció



el triple de lo que sacaba en la imprenta y el seguro médico; además, aquel hombre incluso le propuso ayudarla en los estudios. Ella salió muy contenta del despacho, aunque, observadora como era, se percató enseguida del crucifijo que tenía el doctor sobre su silla, en la pared, y en la pequeña bandera rojigualda que adornaba el pisapapeles de la mesa.

—Vaya, resulta que el viejo Ernesto no es tan generoso como se cree. Tanto que habla de los derechos de los trabajadores y nos da cuatro perras —murmuró Julia cruzando la calle y pensando en lo poco que ganaba en la imprenta, sin seguro ni nada.

Al día siguiente, de madrugada, cuatro desconocidos robaron y le propinaron una brutal paliza al doctor Pelayo en la puerta de su domicilio, usando barras de hierro y grandes porras.

—¡Fascista asqueroso! —le gritaban mientras lo golpeaban duro en las piernas, en el torso y en la cabeza. Y salieron corriendo en cuanto los vecinos empezaron a llegar alarmados.

El doctor quedó inválido, muy grave, allí tirado en la acera, gimiendo en agonía.

Sin apenas poder creerlo, Julia, conforme llegó, abandonó la clínica su primer día de trabajo, tras despedirse de sus dos compañeras y de un enfermero. La consulta cerró. Conmocionada ante la triste noticia, regresó a casa y no pudo más que llorar. Esa misma noche, el doctor Pelayo falleció.

Entrado el verano, en aquella soleada mañana, las campanas repicaron con fuerza en Villarreal. La gente salía de la Arciprestal Sant Jaume en grupos, saludándose

y despidiéndose entre comentarios y noticias interesadas que a todos preocupaban. Las mujeres lucían sus mantillas y vestidos, y los hombres sus trajes de domingo. Los jóvenes flirteaban con miradas descaradas y sonrisas tímidas, y los niños jugaban inocentes rondando la iglesia y a sus padres.

Julia tomaba un café con unos bollos, sentada en una pequeña cafetería junto a los arcos medievales que adornaban la plaza de la Vila. La acompañaba Eva, siempre tan dicharachera y coqueta. Las ocasiones en que se encontraban hablaban de moda, de ofertas y de hombres, especialmente de los jóvenes que desfilaban siempre gallardos con una gran sonrisa ante ellas. Nunca debatían sobre política. Tras la muerte del doctor Pelayo, Julia había decidido alejarse por completo de aquel mundo que solo ofrecía violencia. Nunca creyó que se tratara de un robo.

—Hola, Julia. Hacía tiempo que no te veía. ¿Qué tal, Eva?
—saludó Nicolás, llegando hasta ellas, y se sentó—. No molesto, ¿verdad? ¿Puedo invitar?

Julia no dijo nada, se limitó a observarlo.

—¡Claro, siéntate! —exclamó Eva.

—Míralos, ahí están, pastando como borregos —aseguró él, dirigiendo la mirada a los fieles que salían de la misa.

—¿Aún estás cazando santos? —preguntó Julia.

—Nos preparamos para la guerra. ¿Lo estás tú?

—¿Qué guerra? En verdad no sois tantos los que queréis destruirlo todo. Eso sí, tanto unos como otros hacéis mucho ruido manoseando a la gente, pintando paredes y asesinando a personas indefensas.

—¡Ja! ¡Cómo has cambiado! ¿Ya no crees en la libertad?
—le dijo Nicolás.

—Nadie debería hablar en nombre de la libertad para justificar sus crímenes, ni correr a salvar el mundo pisando a los demás —sentenció Julia.



—Los rumores de un golpe militar llegan hasta aquí. ¿No te preocupa? Yo estoy aterrada —intervino Eva.

—No te preocupes, Eva. Sería un fracaso más de esos fascistas, el pueblo está con nosotros —contestó Nicolás.

—Nicolás, tú no conoces al pueblo, a pesar de hablar siempre en su nombre. Mira dónde está el pueblo: saliendo de misa.

—Quemaremos todas las iglesias.

—Quemando santos y agrediendo a la gente no se conseguirá nada.

—Los bolcheviques sí que lo consiguieron.

—¡Ya estamos con los rusos! España no necesita una revolución soviética, sino un gobierno para todos, y la República puede ofrecerlo. Pero cuando te escucho, pienso que todo se perdió. En tres meses han sido asesinadas más de doscientas cincuenta personas en el país... Y aquí en Villarreal, en nuestro pueblo, ¡han estallado dos bombas!

Nicolás no contestó.

—¿Sabes? Hay varias características idénticas que definen tanto a los fascistas como a vosotros, que tan distanciados os creéis. Ambos sois gente obtusa incapaz de reflexionar, carecéis de empatía, desconocéis la tolerancia, el respeto y la vergüenza. Y lo que es peor, odiáis y deseáis eliminar a quien no piensa igual que vosotros —aseguró Julia—. ¡Asesinos!

Nicolás se quedó en silencio, tragando saliva con cierto enfado, y con la mirada cruzó el cielo. Eva bebió y solo se escuchó en aquel tenso momento su leve sorbo.

—Veo que te afectó mucho lo de ese doctor —apuntó Nicolás, queriendo comprenderla.

—Vosotros lo matasteis.

—Eso no es verdad. Pero por si te vale de algo, yo no tuve nada que ver. La policía dijo que fueron unos delincuentes

comunes, que le robaron. Era un buen hombre, aunque fuera de derechas. Ya está bien de echarnos la culpa de todo lo que ocurre, ¿no crees? Además, tú no estás hecha para ser la enfermera de nadie. Eres una líder nata, aunque no quieras aceptarlo.

—Ya estás con tus tonterías. Mejor no hablemos más de esas cosas, por favor. La política ya no me interesa nada —contestó Julia.

—Eva, ¿y con Miguelón?, ¿qué tal? —preguntó él, cambiando de tema—. Me han dicho que últimamente se os ve muy juntitos.

—¡No! ¿Quién te ha dicho eso? ¡Eres un cotilla! —exclamó Eva, ruborizada.

—¡Eva, no me habías dicho nada! —exclamó Julia.

Lejos de allí, en una modesta casa de Madrid, José acompañaba al general que, en su día, salvó de morir ahogado. La nobleza y lealtad del joven lo habían convertido en la sombra del militar, en su hombre de confianza, lo suficiente como para estar presente en aquella reunión donde casi todos eran altos mandos del Ejército español.

—¡Señores! ¡Esta aberración debe concluir! ¡Por España y los españoles! Nadie se merece lo que está sufriendo la patria: atentados, huelgas, palizas, muertes, altercados, robos, paro, hambre... —aseguró uno de ellos, hablando como un líder.

—Sí, pero se ha de tener en cuenta que no tendremos el apoyo de todo el país. El adoctrinamiento comunista ha hecho mella en algunos sectores de la población civil, incluso entre algunos militares. Por otra parte, son muchos los patriotas que creen poder enderezar el camino sin necesidad de acabar con la República —dijo el general.



—Lo sabemos. También somos conscientes de que, para cuando esos patriotas se den cuenta de la urgente necesidad, ya será tarde, España se habrá convertido en una república soviética más, o a saber el caos anarquista en que vivirá. Es nuestro imperioso deber impedirlo, salvar nuestra civilización del contubernio judeo-masónico y comunista que la acecha. Tenemos que actuar cuanto antes —contestó otro de los militares, sin titubeo alguno.

—Francia y Gran Bretaña no nos apoyan, pero se lo pensarán antes de actuar contra nosotros. Los asesinatos de religiosos, así como la tan anunciada revolución roja que esos miserables predicán, les hace temer una España socialista —aseguró uno más de los altos mandos allí reunidos.

—Alemania e Italia nos apoyarán, incluso Portugal. Estoy seguro de ello, tengo garantías —expuso un joven general de pronunciadas entradas en el cabello y con bigote fino.

—Amigo mío, no sé cómo lo consigues ni me importa —dijo uno de los generales—. Me alegra que al final entraras en razón y te unieras a nosotros por el bien de España. Recuerda que será esencial para el éxito de la empresa que las tropas crucen el estrecho de Gibraltar lo antes posible. Una vez se toque diana, no hay marcha atrás, y las necesitaremos. La chusma judeo-masónica, los anarquistas y demás rojos de todas clases saldrán a la calle rabiosos, como las alimañas que son, no lo dudo ni un instante. Y hay que contenerlos, barrerlos. Yo mismo desplazaré una columna hasta Madrid para apoyar el alzamiento en la capital. Allí nos veremos.

—Contamos con las milicias de la Falange y los requetés carlistas. Su presencia en las calles debería contener cualquier respuesta hasta hacernos con el mando total de las Fuerzas Armadas y de la Guardia Civil —comentó otro de los generales.

—Bien, señores, recuerden: ha de ser un golpe rápido para evitar un baño de sangre. Pero sin titubeos, se ha de emplear la máxima violencia. Ante la duda, decisión y empuje. Ni un paso atrás. Una vez tomado el poder, con la ayuda de Dios, la Junta Militar se encargará de reestablecer el orden y el prestigio internacional de nuestro maltrecho país —aseguró otro de los altos mandos, uno que había permanecido en silencio, escuchándolo todo.

—¿Tenemos fecha? —preguntó el general.

—El 17 se tomará la iniciativa y el 18 se proclamará el Alzamiento Nacional.

CAPÍTULO 7 · ALZAMIENTO NACIONAL

—¡Nicolás! ¡Nicolás! —gritó Julia entrando en la imprenta.

—¿Qué? ¿Qué te ocurre? —respondió él saliendo con un diario en la mano.

—¡Julia! ¡Qué sorpresa, hacía tiempo que no se te veía el pelo por aquí! —exclamó el viejo Ernesto al verla.

—¡Un golpe de Estado! ¡El Ejército está en la calle! En Madrid, milicias armadas están fusilando gente. ¡En Teruel ondea la vieja bandera roja y gualda! —exclamó Julia atropellándose con sus propias palabras.

—Lo sé, tranquilízate. Empezó ayer en Marruecos, aunque los noticiarios apenas comentan nada —respondió Nicolás fríamente—. Las fuerzas revolucionarias de la izquierda han salido a la calle en todas las capitales, en apoyo de la República. ¡Exigimos armas para el pueblo! Vamos a rodear los cuarteles y a acabar con los facciosos sublevados.

—¿Qué será de José? —preguntó ella angustiada.



—No te preocupes, en unos días estará todo controlado.

—¿Cómo?

—El golpe ha fracasado. Los militares solo han secundado su Alzamiento Nacional en cuatro puntos aislados del país, ni siquiera son grandes capitales —aseguró Nicolás.

—Está muriendo mucha gente.

—Lo sé.

—Nicolás, esto es muy grave. Abre los ojos; están a tiros en toda España y gran parte del Ejército apoya la sublevación. ¡Es la guerra!

—¡No! ¡Es la revolución! Ahora que todos han descubierto la verdadera cara de esos «demócratas de derechas», podremos con ellos y los tiraremos de España para siempre.

—Esto es lo que querías, ¿verdad?

—No, Julia, no. Sé que no me creerás, pero nunca pensé en serio que la guerra estallaría. Creí que antes lograríamos hacer de la República un Estado socialista, o, al menos, una verdadera democracia. Una cosa es lo que se dice y otra cómo se actúa. ¿Quién puede querer una guerra en verdad, con el horror que significa? Solo ellos, los facciosos que pretenden justificar el golpe culpando a la izquierda de todos los males del mundo con tal de no perder sus privilegios.

Pegados a la radio, sin dejar de escuchar cada noticia, comenzaron a pasar las horas en la imprenta del viejo Ernesto en aquel amargo 18 de julio de 1936. Todos, pendientes del golpe de Estado, esperaban oír en cualquier momento que todo había acabado, que la rebelión militar había sido sofocada. No fue así.

Cuando Julia llegó a casa, caída la noche, apenas cenó ni pudo dormir consumida por sus temores. ¿Qué sería de José? Se levantó y se asomó por la venta. No se veía apenas a nadie por la calle, solo circulaban patrullas alumbrándose

con antorchas y candiles, armadas con aperos de labranza, escopetas y alguna pistola. Se cubrió con un batín y bajó al primer piso. Su hermano Andrés estaba pegado a la radio, y su madre llorando en el cuarto. Ante los diferentes partes, desmentidos y comunicados que muchas veces se contradecían, nadie sabía qué estaba pasando más allá de su propio municipio, o incluso de las cuatro paredes de su casa. El país entero vio pasar los días, atento a cuanto acontecía, entre pequeñas batallas, ajusticiamientos y asaltos militares cada vez mayores. En apenas unas semanas, la triste realidad superaba cualquier ficción en detrimento de la República. No solo no se había sofocado la rebelión militar, sino que, como respuesta al golpe de Estado, anarquistas y comunistas, sindicatos y algunos partidos políticos de izquierdas habían creado los comités de defensa antifascista y armaron milicias con un control independiente y paralelo al del Gobierno, los cuales tomaron el poder en numerosas poblaciones, proclamaron la revolución e iniciaron la expropiación de tierras y bienes a los terratenientes, hacendados y religiosos.

El viejo Ernesto comenzó a recibir información privilegiada, manipulada y sesgada para sus publicaciones, impuesta por sus amigos del Comité Antifascista. Nicolás convirtió el periódico en un boletín donde se exaltaba abiertamente la revolución que emprendían anarquistas y socialistas, sin cabida para otras alternativas. La opinión crítica, el humor y la poesía desaparecieron. En la imprenta todos trabajaban como locos tratando de sacar una tirada nueva con cada suceso; cuando no, algunos de ellos corrían a engrosar los grupos de milicianos que recorrían las calles en grupos o en pequeños camiones, estableciendo el toque de queda a su gusto, pegando tiros y gritos al aire, y buscando posibles fascistas que detener.



Los revolucionarios clausuraron el convento de las monjas clarisas, de las dominicas y el local social de la Congregación de los Luises, convirtieron la Arciprestal en un almacén, e incendiaron el convento y la iglesia de los padres franciscanos. En su cruzada anticatólica, asaltaron la ermita de la Virgen de Gracia, sacaron la antiquísima estatuilla que la representaba, la rociaron de gasolina tras las caballerizas y le prendieron fuego. Pronto fue asesinado impunemente en Villarreal el primer religioso, a la vista de todos. Llamaron a su puerta y un disparo en la cabeza lo dejó empotrado en el portal de su propia casa. Seguidamente, llegaron las detenciones y comenzaron los «paseillos» de ilustrados, empresarios, políticos y trabajadores acusados de ser contrarrevolucionarios, dando una nueva dimensión al horror del conflicto en la ciudad.

Encerrada en su casa con su madre y hermano, Julia permanecía ajena a aquella locura que, día y noche, parecía consumir a todo el mundo. Buscando huir de una terrible pesadilla, despertaba a la realidad cada mañana sin saber qué hacer, con miedo. Y se quedaba en su habitación leyendo y observando desde la ventana, tras las cortinas, a los grupos de milicianos pasar una y otra vez.

Hasta que Eva fue a buscarla.

—Debes ayudarnos. En la imprenta solo quedan Nicolás y el viejo Ernesto. ¡Los demás andan por ahí pegando tiros!

—¿Y Miguelón? ¿Y tu hermano?

—Miguelón dejó de ir a la imprenta hace tiempo, apenas sale de la carnicería. Mi hermano se alistó, creo que está en el frente, luchando contra los sublevados.

—¿En el frente? —contestó Julia sorprendida.

Eva asintió dos veces con la cara descompuesta.

—No sé si debería. Ya sabes que yo no... —dijo Julia.

—¿Amas la República? —la interrumpió Eva.

—Sí.

—Pues tendrás que hacer algo por defenderla. No te estoy pidiendo que vengas con una antorcha, sino a informar al pueblo de lo que está ocurriendo.

Julia se mostró dubitativa, miró hacia el interior de su vivienda pensando en su madre y en su hermano.

—Te necesitamos —insistió Eva.

—Vamos —dijo finalmente Julia.

Julia entró en la imprenta bajo la mirada certera y con ojeras de Nicolás, que tanto la había echado de menos. Se sentó en una mesa junto a Ernesto, que permanecía ordenando letras impaciente y apenas le hizo caso alguno. El suelo de local y las paredes parecían un caos, con recortes y manchas de tinta por todos lados, botellas con dos dedos de licor, humo espeso de cigarrillos y restos de bocadillos. Los grandes bloques de papel permanecían en blanco junto a la maquinaria, en esperaba una orientación certera sobre lo que acontecía.

—¿Alguna noticia? —murmuró Eva al entrar, buscando una novedad que la aliviara.

—Nada —respondió Nicolás.

—Mi hermano Andrés vive pegado a la radio —comentó Julia—. Me ha comentado que el Alzamiento Nacional ha triunfado en gran parte del país, ¡que una nueva España está naciendo! ¿Es verdad?

—Tu hermano es un faccioso de la hostia, pero no le falta razón. La cosa cada vez está más fea. La Legión se prepara para invadir por completo la Península y se han traído un montón de moros —aseguró Nicolás.

—¡Es muy jodido, hija! ¡Son los mejores militares del país! —exclamó Ernesto—. ¡Y está Franco!



—¿Franco? ¿Quién es Franco? —preguntó Eva.

—Un general castrense; machacó el movimiento revolucionario de Asturias. La cosa va muy en serio, ese hombre no entiende de política, sino de guerra. Es un ministro de la muerte —contestó el anciano.

—Pero el Ejército en Madrid, Valencia y Barcelona no ha secundado la rebelión de esos militares —apuntó Eva.

—Eso es verdad. Ni en Bilbao, Málaga, Murcia... Todo se arreglará —insistió Julia.

—No, jovencitas, no. Este polvorín ha estallado y se va a liar gorda. Creedme —insistió el anciano.

—No han conseguido un golpe limpio —apuntó Nicolás lentamente.

—Pero sí desencadenar una guerra —concluyó el viejo Ernesto.

—¿Por qué dices eso? Según las noticias de tu propio periódico, apenas nadie ha secundado ese Alzamiento Nacional —replicó Julia.

—¿Nadie? Eso era ayer. Se les ha unido mucha gente. Hoy dominan la mitad del territorio español. Controlan Galicia, Oviedo, Castilla y León, Álava, Navarra, Cáceres, la mitad occidental de Aragón y Toledo, Sevilla, Córdoba, Cádiz, Granada, más todo el protectorado de Marruecos y, casi por completo, Canarias y Baleares. ¿Te parece poco?

—Eso no sale en los periódicos —apuntó Julia.

—No podemos desmotivar a nuestra gente —asintió Nicolás—. Pero es la realidad.

—Estamos jodidos, muy jodidos. Ya veréis —asintió el viejo Ernesto.

—¿Has oído los bandos de guerra de los sublevados? —preguntó Nicolás—. Su traición a República la llaman «la reconquista cristiana de la España civilizada ante las hordas

rojas que quieren destruirla». Están vendiendo una cruzada. No nos consideran ni tan siquiera españoles, a nosotros, los republicanos. ¡Serán cabrones! Se creen que España les pertenece... ¡Sin más! —dijo Nicolás.

—Quieren ganarse el favor de los católicos y apelan a la familia, a la unidad, al patriotismo. Saben lo que hacen —asintió Ernesto.

—Pues será un desastre —apuntó Julia.

—Sí. La Iglesia tiene mucha influencia en este país de beatos —expuso Nicolás.

—Y la labor que habéis hecho matando religiosos, quemando iglesias y maltratando a los creyentes no nos ayudará ahora mucho —le recriminó Julia.

—Los curas se les han pegado como las moscas a la mierda y nos harán mucho daño con sus sermones —murmuró el viejo Ernesto.

—Debimos matarlos a todos cuando pudimos —señaló Nicolás.

—Aún estamos a tiempo —apuntó el viejo Ernesto ante la incredulidad de Julia.

Sonó el teléfono. Todos se miraron. Ernesto se levantó y caminó lentamente hasta alzarlo en sus manos. Escuchó atentamente sin pronunciar palabra. Pasados unos minutos, colgó.

—¡A trabajar! ¡Tenemos un titular! —exclamó optimista.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Julia.

—La Armada está con la república. Los buques de guerra están bloqueando el estrecho de Gibraltar para que no puedan llegar más legionarios a la Península. ¡Y el general Sanjurjo, el cabecilla de los sublevados, murió hace unos días en un accidente de aviación cuando se dirigía a tomar el mando de su Alzamiento Nacional! ¡Está confirmado!



—¡Bien! —exclamó Julia sin poder reprimir su alegría ante unas noticias que parecían cambiar el rumbo de los acontecimientos. Y se quedó en silencio.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Eva.

—Nada... Es que nunca pensé que podría alegrarme por la muerte de alguien.

Esa noche de principios de agosto, Julia llegó a casa bien entrada la noche, cansada, pero contenta. Madrid se mantenía firme al amparo del Ejército republicano, la Guardia Civil había plantado cara en Barcelona a los militares sublevados, y la Armada seguía fiel a la República. Parecía que aquel terrible mes de julio quedaba atrás, y, al final, se veía una luz; aunque sentía cierto temor por las disposiciones del Gobierno, que habían permitido que el pueblo se armara. «¿Qué harán después con las armas? ¿Devolverlas? ¿Continuarán con su ansiada revolución?», se preguntaba mientras entraba al comedor con un periódico en sus manos.

—¿De dónde vienes, hermanita? —le preguntó Andrés.

Estaba sentado en un pequeño sofá con cara de pocos amigos. A su lado, la madre de Julia se balanceaba en una mecedora, en silencio, mientras hacía punto. En la mesa esperaba un plato, ya frío, con una pechuga de pollo a la plancha y media patata cocida, con los cubiertos y la servilleta a cuadros al lado y un vaso con agua.

—De trabajar —contestó Julia.

—Hija, la cena estará helada —le dijo su madre con cierta pena.

—¿Has vuelto a esa imprenta? Debes dejar de ir allí —le exigió Andrés.

—¿Por qué?

—Sabes lo que está pasando. Están matando a gente. Personas de toda clase, ya no importa nada. Debes ser cauta.

—Ayer dos hombres siguieron a tu hermano —insistió la madre preocupada.

—Todo terminará pronto —aseguró ella, y le entregó el periódico a su hermano.

—Pero ¿qué habéis escrito aquí? —preguntó él, con cara incrédula y cierto sarcasmo, observando los titulares.

—Lo que lees.

—«La rebelión militar ha fracasado. Los sublevados no logran avanzar hacia Madrid. Los legionarios se quedan estancados en Marruecos. Las heroicas milicias están recuperando las zonas sublevadas de Aragón» —leyó en alto Andrés, pasando hojas rápidamente.

—En unos días todo volverá a la normalidad —apuntó Julia.

—¡Todo es mentira! —respondió su hermano indignado—. Los milicianos no han podido conquistar ninguna de las tres capitales aragonesas, se han limitado a crear un frente de risa. Sanjurjo ha muerto, pero Franco está en Sevilla, y los aviones alemanes están trasladando tropas regulares y a los legionarios hasta la Península, y pronto se les unirán los aviones italianos.

Julia se quedó blanca. Toda su alegría e ilusión por una rápida reposición del orden republicano desapareció de pronto.

—La República está acabada —insistió Andrés—. Un gobierno que reparte armas al pueblo es un gobierno que se ha quedado sin instrumentos para garantizar el orden público e imponer la autoridad. Los obreros están emborrachados con su revolución, pegando tiros por todas partes con quienes no pueden rebatirlos. Pero ¿acaso crees que esos milicianos que se limitan a gritarse entre ellos y matar santos van a poder enfrentarse a las disciplinadas tropas de Franco?



—Está el Ejército de la república.

—¿A esa panda llamas ejército? La gente está simpatizando con la causa por todas partes, huyen de la zona republicana para unirse a las tropas sublevadas.

—Eso no puede ser cierto.

—¿No?

—No puedo creerlo...

—Pues créelo. Las unidades militares organizadas y disciplinadas de que dispone la República se pueden contar con los dedos de una mano, y ni tan siquiera esperamos encontrarlas con todos sus mandos. ¿Qué tiene la República? Milicias de obreros que no se fían de sus oficiales y que quieren hacer cada uno la guerra por su cuenta. Son un caos en el frente. Los legionarios los machacarán.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Julia, yo también tengo contactos. Sé que nunca me escuchas, que siempre has hecho lo que has querido. Eres la niña bonita de la casa y al final siempre te sales con la tuya. Pero esta vez tienes que abrir los ojos. España está sumida en una guerra civil que será larga y se llevará por delante medio país, o más... Y la República no va a vencer. No quiero perderte, eres mi hermana y te quiero. Quédate en casa con mamá, aquí no te pasará nada. Olvida a ese maricón y a sus amigos bolcheviques. Yo tengo que marchar. Me han avisado de que los rojos quieren matarme como mataron a papá. Ya nadie lo esconde, se vanaglorian de ello los muy miserables.

—No, no... —tartamudeó Julia.

—Hija —sollozó su madre angustiada—, hazle caso a tu hermano.

Julia se sentó, con la mente en blanco.

—Me marchó esta misma noche. Si no lo hago, tus amigos vendrán a buscarme con su brigada móvil para llevarme a un

barranco, para pegarme un tiro. Creía en la República, en la Constitución, en la democracia. Ayer no estaba a favor del golpe de Estado, lo condenaba, pero hoy he de alcanzar la zona sublevada si quiero vivir. —Andrés se acercó a su hermana, la besó y se despidió con una tierna mirada—. Cuida de mamá, no la dejes sola —dijo antes de salir de casa.

Una lágrima recorrió la mejilla de Julia, y escuchó la puerta de la calle cerrarse. Se levantó sin poder reaccionar. Observó a su madre asomada a la ventana, despidiéndose en silencio de Andrés, quien se perdía rápidamente entre las alargadas sombras de la noche junto a tres hombres más.

—Hija, la cena... —murmuró su madre, mientras las lágrimas comenzaban a rodarle por las mejillas.

Madre e hija acabaron abrazadas.

A pesar de los esfuerzos del Gobierno, cualquier movimiento táctico desarrollado fue un desastre en la zona republicana debido a su fragmentación política. El Ejército y la Guardia Civil se reorganizaban de forma apresurada, tratando de incorporar mandos y efectivos leales, y eliminar a los facciosos de sus filas. Las milicias antifascistas y sus comités, por su parte, se hallaban más ocupados en su revolución que en atender la causa general de la guerra. Todo lo contrario ocurría en la disciplinada zona sublevada, que avanzaba pisando fuerte y con un objetivo muy claro.

Julia pudo comprobar cuánta razón tenía su hermano. Aun así, decidió seguir trabajando en la imprenta; necesitaba hacer algo por su amada República y por la gente que creía en las libertades, y a menudo se decía: «Podemos vencer», tratando de animarse y seguir adelante. Agotada, regresaba siempre a casa antes de que anoheciera, acompañada por



Miguelón, quien la esperaba en la puerta de la imprenta. Ante la violencia extremista, no era prudente que anduviera sola; ni ella ni nadie. Su familia no era bien vista por los revolucionarios. Además, por otro lado, levantaba suspicacias entre las gentes de la derecha, que la consideraban una mujer libertina de ideas bolcheviques por su relación con Nicolás.

—Gracias por acompañarme —dijo Julia llegando al jardín de casa.

—No me des las gracias, lo hago con gusto y, además, me viene de camino para ver a Eva —contestó Miguelón en el portal conforme ella abría.

—Dale un beso de mi parte.

—Julia, quería decirte que es posible que marche al frente en unos días —tartamudeó él, bajando la vista, como buscando su aprobación.

—No vayas al frente —le rogó ella de inmediato.

—Todos los mozos se van, no me puedo quedar. Voy con Marcelino; estaremos bien.

—¿Te vas con Marcelino? —lo interrumpió ella—. Es por no quedar como un cobarde, ¿verdad?

—Tengo que ir, ¿qué pensaría Eva de mí? Su hermano y los demás jóvenes están allí, luchando. Además, estoy harto de la carnicería y de que la gente me hinche la cabeza todos los días diciéndome lo inútil y gordo que soy. Pero no me lées, escúchame, no vayas sola a la imprenta del viejo Ernesto, o mejor ni te acerques, he oído cosas —le advirtió Miguelón.

—¿Qué cosas?

—Dicen que los legionarios y los moros asaltan pueblos enteros... y que tu hermano está con los sublevados, que alcanzó la zona nacional y se alistó en sus tropas. Que tú podrías ser quintacolumnista. La gente quiere represalias.

—Pero yo no soy...

—¿Y qué? Mataron a tu padre y no era un fascista. No te preguntarán ni querrán saber nada. Muchos andan ciegos y solo quieren sangre.

—El horror de la guerra se ve de lejos, pero la revolución está aquí —comentó ella, triste.

—Tu hermano hizo bien en huir. Lo sea o no, todo sospechoso de ser afín a los sublevados puede ser fusilado de inmediato sin causa ni juicio. Ya sabes, no es necesario mucho para acabar en una cuneta con un tiro en la cabeza.

—No te preocupes, sabré cuidarme. Anda, Eva seguro que te está esperando.

El joven asintió y retrocedió, miró a ambos lados de la calle y cruzó.

—¡Miguelón no vayas al frente! —le exclamó Julia, de pronto, sin poder evitarlo.

—Tengo que ir —contestó él y siguió su camino.

Miguelón marchó al frente de Teruel tan decidido como temeroso. Julia, por su parte, apenas salía de casa. Le había bastado la primera pedrada recibida en la espalda para dejar de ir a la imprenta. Ya no se fiaba ni de dejar a su madre a solas.

Vivir en la ciudad se había convertido, para muchos, en un temor constante que se hacía pánico cuando alguien llamaba a la puerta una vez caída la noche. El alcalde había mandado instalar unos grandes altavoces en el ayuntamiento, desde donde se lanzaban proclamas sarcásticas contra la religión y se arengaban las acciones revolucionarias. Aquella caza de brujas que se había desatado podía alcanzar a cualquiera, simpatizante o no del Alzamiento Nacional, y sacudía no solo a Villarreal, sino a todo el país.



Julia lloraba a menudo pensando en qué sería de su amado José y de su hermano Andrés. Nada sabía de ellos. Temía por las vidas de Miguelón y de Marcelino, que estaban pegando tiros en el frente. Nunca se los había imaginado así, de militares, matando gente. Se le hacía imposible. Sufría con cada noticia que llegaba, más cuando todo parecía ir a peor. Aterrada, leía y escuchaba la feroz contienda desatada, los horrores que llegaban tras el paso de los sublevados en las tierras arrasadas de la «España liberada».

—Hola, ¿cómo estás? Hace tiempo que no te vemos. —Se presentó Eva en casa de Julia, con un periódico bajo el brazo.

—Hola Eva, qué bien te veo, ¿no? Pasa, tómate unas pastas y me cuentas. ¿Qué sabes de Miguelón y de tu hermano?

—Nada. Ten.

—¿Qué me traes?

—El periódico.

—Al final tenéis quien os ayude a imprimir, ¿no?

—Sí, dos de los muchachos han vuelto del frente y no los veo con ganas de regresar. ¡Cobardes! Nicolás te envía besos.

—¿Está bien?

—Dice que vuelvas a la imprenta cuando quieras. Te echamos de menos. Además, nadie te va a hacer daño; todos saben ya que eres de los nuestros, nadie lo duda. Nicolás se encargó de ello.

—Yo no soy de los vuestros... Ni de los otros —aseguró ella, con una sonrisa extraña y haciéndose con el periódico—. ¿Qué noticias tenemos?

—Los intentos del Gobierno por parar la guerra están abocados al fracaso ante el desprecio de los generales sublevados, no queda otra que seguir con la guerra —aseguró Eva, como si se tratara de un gran titular—. La revolución acabará con el fascismo, la Iglesia y la derecha en España.

—Vaya, parece que nadie quiera una solución pacífica. Solo se busca el exterminio, y en ello están fascistas y revolucionarios.

—No deberías hablar así. Marcelino y Miguelón están luchando por la revolución, en el frente de Teruel. Y no quieren exterminar a nadie, solo vencer a los facciosos y acabar con la sublevación, con la guerra.

—No, no, no... Ellos están luchando por la República, que es diferente.

—No te entiendo.

—Eva, prométeme que no participaras en actos incívicos ni en venganzas e injusticias propias de fascistas y asesinos.

—Vale, te lo prometo —expuso Eva, sin comprender.

—¿Y Nicolás?

—Se pasa el día en la imprenta. Cuando no está trabajando en la edición, está pegado al teléfono o a la radio. Julia, algunas noches, cuando salimos de la imprenta, se va con un grupo de esos de las brigadas en una camioneta. No sé a dónde va ni me cuenta nada, y no sé qué pensar.

—Mejor no pensar —suspiró Julia abrumada.

—Desde que se fue Miguelón, me siento tan sola... —aseguró Eva, de forma melancólica.

—Quédate en casa, al lado de tus padres. Con Marcelino en el frente, nadie te molestará.

—Mis padres marcharon a Valencia hace cuatro días a ver a mis tíos, pero nunca llegaron, no sé qué les ha podido pasar. Temo por ellos, estoy asustada. Tienes que acompañarme, no quiero estar sola en la imprenta.

—Está Nicolás, ¿no?

—Tengo miedo.

Julia cerró los ojos y levantó la cabeza.

—No te preocupes, no estarás sola. Volveré a la imprenta.



CAPÍTULO 8 · ARDE SAN PASCUAL

El 13 de agosto de 1936, Marcelino regresó del frente de Teruel. No vestía como un miliciano, sino de militar, con galones de sargento. Fue acogido como un héroe por una multitud de amigos y curiosos que no paraban de preguntar que cómo estaba el frente, que si habían tirado a los fascistas, que si había matado a alguien... Se presentó en la imprenta luciendo su uniforme, con el fusil colgando del hombro y una pistola en la cintura, como si fuera un mariscal. Eva le saltó encima, emocionada, mientras los demás lo saludaban eufóricamente.

Julia fue la única que nada le habló, tan solo lo observó un tanto perpleja.

—¿No me vas a preguntar nada? —le instó Marcelino, acercándose a ella.

—¿Dónde está Miguelón?

—Se quedó pegando tiros, tiene el hombro morado de tanto disparar. Es un valiente.

—Pero ¿está bien? —interrumpió Eva un tanto preocupada.

Marcelino la miró de lado y se preguntó si sería verdad que su hermana pequeña, tan linda, chiquita y hermosa, se había liado con el gordo, rústico y enorme de Miguelón.

—Sí, no te preocupes —le indicó levantando las cejas.

Entonces, dos desconocidos entraron en la imprenta sin llamar. El viejo Ernesto los observó con recelo, no conocía a ninguno. Pero sabía lo que eran, bien mostraban sus armas en la cintura y el hombro; miembros de algún tribunal revolucionario y parecían venidos de fuera.

Nicolás, que había permanecido toda la mañana serio y distante, los recibió en silencio y se acercó a un cajón. Tomó

un pequeño revólver que ocultaba en su interior y lo guardó en el cinto. Miró a Julia con cara de circunstancias y se dirigió con ellos hacia la salida.

—¿A dónde vais? —preguntó ella.

—A hacer justicia, camarada —respondió uno de los desconocidos.

—No me llames camarada —dijo ella frunciendo el ceño.

—¿Quieres venir? —preguntó Nicolás.

—¿A hacer justicia? No.

—Creí que vendrías, más después de lo ocurrido.

—¿Qué?

—No lo sabes aún, ¿verdad?

—¿No sé el qué?

Todos quedaron en silencio, a la expectativa. Parecía que algo grave había ocurrido y que el único que lo sabía era Nicolás, quien se acercó y tomó a Julia de los hombros.

—Nicolás, me estás asustando —murmuró ella, fijándose en sus ojos.

—Las ratas fascistas están batiendo ciudad por ciudad, masacrando al pueblo, asesinando a mucha gente... Es horrible... José ha muerto —expuso firme Nicolás.

Las rodillas de Julia cedieron por un momento con un ligero lamento. Su mentón tembló. Miró de nuevo a los ojos de Nicolás y a sus amigos, buscando una palabra que negara lo que acababa de escuchar.

—Sus padres están de duelo. Fue asesinado cerca de Madrid, en un camino de cabras, por permanecer fiel a la República. Julia, esos hijos de puta nos han matado a José —aseguró Nicolás.

Ella se derrumbó, rompió a llorar y se le abrazó con fuerza, apretando las uñas en la espalda de su amigo, gimiendo en su hombro con el corazón destrozado. Y ambos cayeron



sentados en los escalones próximos a la salida de la imprenta, abrazados en llanto. Eva se sumó, tratando de consolarla. Marcelino, desubicado, agachó la cabeza y se alejó un poco para apoyarse junto al viejo Ernesto en una máquina de prensa, sin saber qué hacer ni decir ante aquella noticia.

—Nicolás, te esperamos en la plaza en un par de horas. Ya habrán llegado los demás camaradas —dijo uno de los desconocidos.

—Lo sentimos —aseguró el otro dirigiéndose a Julia.

Y se fueron.

Pasó media hora larga hasta que se levantaron. Sin decir palabra, Julia tomó la pistola de la cintura de Nicolás. Revisó la carga y lo miró con ojos temblorosos. Y ambos se dirigieron hacia la salida de la imprenta.

—¡No vayas! —exclamó Marcelino, avanzando rápido tras ella.

—Han matado a José, lo pagarán caro —replicó Julia.

—Nadie del pueblo lo mató. Tú no eres así. No vayas.

—¿Y tú? ¿Ya no quieres luchar? ¿Te has rendido?

—Lo que yo haga no importa... Nunca te importó.

—¿Por qué has vuelto del frente?

—No quiero hacer una revolución de milicias. Mi idea es luchar por la República. Pronto se articulará un ejército capaz y necesitarán de todos nosotros. No vayas. Quédate conmigo. La guerra no se libra aquí, el frente está lejos —le dijo, y la agarró del brazo.

—Suéltame —respondió Julia, soltándose de un tirón para salir de la imprenta.

Eva se acercó con disimulo al cajón buscando otra arma y vio una pistola. La escondió en sus anchos bolsillos, bajo la atenta y risueña mirada del viejo Ernesto, y corrió tras Julia y Nicolás. Marcelino quedó en la puerta, triste.

—Están todos locos —aseguró Ernesto negando con la cabeza.

Julia desató su ira contra todo lo que se movía fuera de la milicia armada, a empujones y pedradas, alimentando su odio con cada tropelía que aquellos hombres realizaban en su decidido camino. Desfilando por las calles de la ciudad, se unieron a otros vecinos y a un nutrido grupo de personas que formaban un tribunal revolucionario llegado de fuera de la ciudad, que no era más que una milicia de extremistas armados. Se dirigieron hacia la iglesia de la Sangre entre vítores, disparos al aire e improperios. Sin que nadie se atreviera a impedirlo, dictaron sentencia, como si dispusieran de autoridad magna, y asaltaron el pequeño edificio, quemando las imágenes religiosas y cuanto quisieron. Muchos de ellos se disfrazaron con las ropas de los religiosos y los romanos de las procesiones, y robaron todo aquello de valor que encontraron.

—¡A San Pascual, con dos cojones! —gritó Nicolás.

Julia se volvió de inmediato al oírlo. La iglesia de San Pascual Baylón, patrón de Villarreal, estaba en el punto de mira de los milicianos. Comprendió para qué había venido al pueblo en verdad aquella gente desconocida. Y quedó inmóvil, cabizbaja. En otro momento hubiera hecho algo por impedirlo. Confusa, alzó la cabeza y el brazo en alto, con la pistola en la mano. Pensó en José, en lo injusto de su muerte, y disparó al aire varias veces. Eva la miraba sin saber qué hacer, negando levemente.

—¡A San Pascual! —gritó Nicolás.

Vestidos con los uniformes de romano, con las sotanas y tiaras que habían sustraído de la iglesia, acompañados por un gran redoble de tambores, los integrantes de la milicia recorrieron las calles de la ciudad como si se tratara de una



gran procesión, entre cantos y vítores a la revolución, hasta llegar frente la iglesia de San Pascual y su convento.

—¿Qué vais a hacer? ¿Estáis locos? ¡Fuera de aquí! —gritaban unos vecinos, los más valientes, desde ventanas y portales.

Algunos incluso salieron al encuentro de los milicianos; estaban dispuestos a impedir lo que parecía inevitable entre gritos y empujones. Las balas al cielo todo lo callaron. La gente desapareció rápidamente. Los portales y las ventanas se cerraron, como los ojos de aquellos que rezaban en sus casas sin querer ver ni escuchar.

—Quien vuelva a salir... ¡será ejecutado de inmediato! —dijo un miliciano barbilampiño, que portaba una chaqueta marrón con insignias de capitán y un yelmo de romano en la cabeza.

Un silencio abismal se hizo en toda la zona. Julia guardó su arma en la cintura y bajó la cabeza; no le gustaba lo que veía. Y se preguntó: «¿Qué hago aquí?». Aquello no iba a revivir a José.

—¡No quiero a nadie en la calle! ¡Encerraros en vuestras casas y cerrad a cal y canto puertas y ventanas si no queréis arder también, beatos de mierda! —gritó con fuerza aquel hombre.

Los milicianos entraron. Observaron cada rincón de la iglesia, se santiguaron con el agua bendita y sonrieron. Uno de ellos orinó tranquilamente, con un gemido de placer, ante el altar. En unos segundos estaban sobre los bancos, destrozándolo todo a patadas, golpes y tiros. Amontonaron asientos, cuadros, cruces y otros objetos religiosos. Después, a golpes, sacaron el cuerpo incorrupto del santo de su urna sagrada y lo arrastraron por el suelo, haciéndole perder varios dedos y un pie. Uno de aquellos hombres alzó al aire

la momia de san Pascual y circuló bailando con ella, como si de un vals se tratara, al son de las palmas y burlas de sus compañeros.

—¡Bailad, bailad, malditos! —gritaba.

Al final, cayó al suelo, sobre la momia, de la velocidad que alcanzó girando con el cuerpo, ante las risas desencajadas de todos, excepto de Julia y Eva, que dieron un paso atrás, con los ojos abiertos y muy serias ante lo que acontecía. El cuello del santo crujió, y la cabeza se separó para rodar unos metros por el suelo.

—Está acartonado este viejo —dijo el miliciano. Acto seguido, se levantó y lanzó la momia sobre la pira.

—Mejor, así arderá bien —continuó Nicolás.

Al momento, sus compañeros lo rociaron todo con gasolina y prendieron fuego. Julia se mantuvo fija ante aquel espectáculo macabro, viendo arder al santo al que tanto había orado y pedido felicidad, al que siempre rogaba por José. Y se sintió fatal. Aquel olor a quemado la desesperó... Él nunca hubiera aprobado aquella tropelía. Nunca. Y pensó que aquello no era revolución, sino vandalismo.

Uno de los milicianos golpeó hacia las llamas, como si fuera un balón, la cabeza del santo, que rodó por encima de la pira y cayó a los pies de Nicolás. Con un palo, la insertó y la dejó caer sobre el fuego.

—Vámonos. Mi hermano tenía razón, no debimos venir —dijo Eva al comprobar la pena de Julia, sujetándose a su brazo y deseando salir de allí.

Ambas jóvenes se alejaron hacia la puerta, sin decir nada, dejando atrás el altar conforme las llamas comenzaban a devorarlo todo. Escucharon más disparos y gritos. Eva sacó la pistola de su bolsillo, asustada, al tropezar en su apresurada salida con uno de los milicianos.



—¿Ya os vais? Os perderéis lo mejor —dijo aquel hombre sonriendo.

Ninguna de las dos dijo nada; agacharon la cabeza y avanzaron deprisa. No podían parar aquella locura por más que quisieran. Sabían que nada podían hacer contra aquellos hombres armados de odio y balas. Y salieron de la iglesia.

—No teníamos que haber salido de la imprenta —aseguró Eva.

Al salir de la iglesia, Julia observó perpleja una pequeña camioneta, en cuya vagoneta se hallaban tres religiosas y un fraile, quienes, aterrorizados, se mantenían abrazados y agazapados en un rincón, orando con los ojos cerrados. Tres hombres armados los custodiaban. Los milicianos salieron de la iglesia con numerosos saquillos entre sus brazos, portando el escaso botín hallado. Nicolás, que los acompañaba bastante exaltado, subió al vagón con un madero, golpeó con fuerza en el cráneo al fraile, y se lio a patadas con él. Cuando paró, se sintió poderoso, a la vez que una sensación de calma invadió todo su ser al verlo allí encorvado, con una brecha en la cabeza y la cara destrozada de las patadas recibidas. Las indefensas monjas atendieron al religioso como podían, temerosas, sin quitarse el «Dios mío» de la boca.

Mientras los cadáveres del cementerio monacal eran sacados de sus féretros y colgados en clavos para servir como blanco de tiros y dichos macabros, el cuerpo incorrupto de san Pascual ardía con virulencia; el fuego se propagaba por todas partes. Los últimos asaltantes abandonaron la iglesia a gritos, borrachos de poder, y comenzaron a disparar por doquier.

—¡Vamos! —ordenó Nicolás, y arrancó la camioneta.

—¡Nicolás! —exclamó Julia, temiendo por las vidas de aquellas personas que se hallaban a merced de la locura.

Nadie la escuchó, y el vehículo se alejó rápidamente. Julia y Eva se alejaron del lugar arrepentidas, dando largas zancadas, repudiando y tratando de dejar atrás aquella barbarie en la que se habían dejado envolver. De pronto, la puerta de una casa se abrió y salió una joven religiosa, de pelo corto, sin hábito, y llorando su pena.

—¡Malvadas sois! ¿Cómo habéis podido? —les gritó con las manos en la cabeza y las llamas de la iglesia reflejadas en sus pupilas.

Julia escondió su rostro, avergonzada, y aceleró su paso, pero Eva se volvió, asustada, y, sin pensarlo, con un acto reflejo, disparó su arma. La religiosa cayó al suelo, agonizando con las manos en el vientre. Estirando el mentón, temblando toda ella ante una muerte segura, trató de hablar. No pudo. Una gran mancha oscura comenzó a rodearla. Eva se puso una mano en la boca, horrorizada ante lo que veía, ante lo que había hecho, ante aquel crimen, sin poder reaccionar. Y soltó el arma. Julia regresó, quedó perpleja ante el cadáver. Angustiada, recuperó la pistola, tomó la mano de su amiga y tiró de ella mientras escuchaba voces de horror cada vez más cercanas. Huyeron cobardes calle arriba, deprisa, tratando de dejar atrás aquella locura que se empeñaba en perseguirlas. Un hombre, armado con una guadaña, corrió tras ellas llorando de rabia, gritando su dolor. Otros se unieron. Apenas a unos pies de distancia, uno de ellos lanzó una enorme piedra que impactó en la cabeza de Eva, la cual rodó por la acera, desgarrada y sangrando. La piedra se deslizó por el suelo y quedó bajo el pie de una bota militar. Mientras Julia trataba de ayudar a su amiga, uno de aquellos hombres, con los ojos henchidos de furia, alzó la guadaña sobre ellas.

—Quieto o te vuelo la cabeza —aseguró Marcelino apuntándolo con su pistola.



—¡Han matado a mi hermana! —respondió aquel hombre, con la mano inquieta y la curva hoja de metal muy en alto.

—No han sido ellas. Marchaos de aquí o la brigada os fusilará a todos. ¡Marchaos! ¡Ya! —replicó Marcelino, tensando decidido su brazo hacia la cara de aquel hombre, con el dedo acariciando el gatillo.

—No olvidaré jamás tu rostro de asesina —le dijo el hombre a Eva, y miró a Julia, apretando los dientes, mientras las lágrimas le bañaban el rostro.

Aquellas personas retrocedieron lentamente para alejarse, entre palabras confusas de venganza, hasta llegar a la altura del cadáver de la religiosa. Allí se concentraban algunos vecinos, llorando y gritando de pena.

Marcelino atendió a su hermana sin apartar la vista de Julia, que todo lo estudiaba sin argumentar palabra.

—¿Está muerta? Yo... Se me disparó la pistola —aseguró Eva, sollozando, tratando de justificar lo injustificable, con la mano tapando la brecha que inundaba su rostro de sangre—. ¡Oh, Dios, qué he hecho!

Mientras se alejaban del lugar, los vecinos comenzaron a salir de sus casas, temerosos y consumidos por la rabia que otorga la impotencia. Observando a los lados, vieron el cuerpo sin vida de la religiosa y, más allá, la iglesia arder. San Pascual era una gran bola de fuego que todo lo consumía. Gente de todos los barrios de la ciudad, poco a poco, fue congregándose allí. Un abrumador silencio, tan solo roto por el crepitar de las llamas y el ruido que se produjo al caer parte del techo de la capilla, lo envolvió todo. Y nada podían hacer, pues los milicianos habían dejado retenes armados para que nadie pudiera apagar el fuego.

—Los rojos han quemado San Pascual —murmuró finalmente, atónita, una vecina, conforme se santiguaba.

Esa noche Nicolás no pudo dormir. Los remordimientos de cuanto había sucedido lo asaltaban por momentos, haciéndolo dudar de todo. Sabía lo lejos que distaban aquellas acciones de sus propias ideas libertarias, por más que tratara de justificarlas ante sí mismo.

—¡Qué cojones, ellos se lo han buscado! ¡Que se hubieran marchado! —exclamó finalmente. Luego, se levantó y observó por la ventana de su habitación.

El resplandor del fuego iluminaba parte de la ciudad y ensombrecía su alma. Bajó lentamente la cabeza y regresó a la cama con un desasosiego que no comprendía. Su particular venganza no había despertado en él la felicidad esperada. Quizá debió haber intervenido para evitar algunos actos, pero ¿cómo parar el voraz tornado una vez alimentado su viento de destrucción? Era imposible. Quiso pensar que la revolución tenía estas cosas, que no era la primera vez que las veía ni sería la última. Y arrugó los labios, consciente del destino final de las tres monjas y del fraile.

En el fondo de un barranco, entre arbustos y basuras, amontonados junto a otros muertos, los cadáveres de aquellas religiosas y del fraile eran consumidos por cientos de moscas, escarabajos y larvas. Otros cuerpos sin vida los cubrieron pronto.

La iglesia de San Pascual y el convento ardieron durante varios días, consumiendo historia y arte, esperanzas y creencias. Mientras, la imprenta donde trabajaba Nicolás funcionaba a buen ritmo, llenando la ciudad de pasquines y diarios donde todo apuntaba a los dones de la nueva república socialista que se avecinaba, enfatizando los supuestos bienes de una revolución libertaria que prometía un país libre de caciques, fascistas y religiosos. Los crímenes



de las checas no aparecían nunca entre sus páginas, y las detenciones se justificaban como causa legítima contra el Alzamiento Nacional cuando se daba cuenta de ello. No existía competencia política ni cívica en la prensa, pues el semanario *Villarreal*, acusado de contrarrevolucionario, había sido clausurado, y su director, fusilado.

No había transcurrido un mes cuando, vestida de luto por su amado José y pálida como una muerta, Julia observaba por la ventana, con la mirada perdida, a dos niñas jugar al sambori. Las niñas habían dibujado los cuadros con una tiza blanca y reían saltando a la luz del candil en aquel atardecer. A pesar del horror que todo lo sacudía, del miedo, allí estaban ellas, jugando como si nada pasara. «Divina infancia, inocencia bendita», pensó.

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¿Qué será de mi hijo Andrés?
—sollozó su madre, que tras ella se mecía aligerando el punto de aquel jersey de lana que nunca acababa.

Julia asintió con resignación y pena. Frunció el ceño cuando, de pronto, vio a un hombre con un fusil al hombro jugar con las niñas. Lo observó; lo conocía, pero no mucho. Era Aniceto, el carpintero que había instalado en casa los armarios de la cocina. Estiró el mentón, apretando los labios, cuando lo vio acariciar la melena de una de las niñas, darle un beso en la mejilla, un fuerte abrazo y alejarse con lágrimas en los ojos, sin dejar de saludar a la pequeña.

—¿Qué será de nosotros? ¡Ay, mi Andresito! —insistió su madre.

—Ya vale, mamá. Sabes que está a salvo.

—¿Quién está a salvo con tus amigos por ahí matando y quemando?

Julia levantó la cabeza y suspiró. No quería contestar, y menos a su madre. Tampoco lo deseaba. ¿Cómo defender la barbarie? ¿Cómo explicar los crímenes de guerra o de aquella revolución? No tenía fuerzas ni moral para nada. Su mente se perdía en aquella monja asesinada, en aquel carpintero que dejaba a su hija jugando al sambori mientras marchaba al frente, como habían hecho Marcelino y Miguelón, para matar o morir. Y tragó saliva pensando en su amado José, muerto.

—Mis amigas purisimeras están aterradas, ya no nos reunimos ni rezamos juntas. Los rojos vistieron a la Virgen de republicana, la llevaron de procesión y la quemaron —insistió la madre.

—Al menos las rosarieras han escondido bien a su virgen, los milicianos solo han podido quemar la peana —respondió Julia apartando la mirada de la ventana.

La anciana levantó la vista y dejó de hacer punto.

—No la han quemado porque es la Virgen roja, a la que rezan los rojos —aseguró contundentemente.

—Vamos, mamá. No digas esas cosas, ¿no ves que eso no es cierto? No hagas caso a las cosas que se dicen por ahí, es veneno de gente maliciosa de un lado y de otro.

—Ya, por eso han quemado a una sí y a la otra no —murmuró la madre.

Unas voces desde la calle acabaron con aquella conversación.

—Algo ocurre —dijo la madre, nerviosa, y se asomó al balcón.

Julia la siguió. Las niñas habían desaparecido, y numerosas personas corrían por la calle. Alzó la vista y vio de nuevo el temido resplandor del fuego en el aire. Un edificio se adivinaba en llamas mientras una intensa humareda se difuminaba en la oscuridad de la noche. La imprenta del viejo



Ernesto ardió aquel 4 de septiembre, el mismo día que debía haber sido bajada desde el ermitorio hasta San Pascual, para su adoración, la Virgen de Gracia, si los milicianos no hubieran destruido la estatuilla ni la iglesia. Era un día en el que la lluvia, como retenida a propósito por la divina voluntad en los inmensos nubarrones que se alzaban sobre la ciudad, no se decidía a caer.

Sentado en la acera, angustiado frente a las llamas que consumían sus sueños de letras y rimas, sus discursos y artículos revolucionarios, Nicolás veía arder el edificio, víctima de la vorágine desatada por la dulce venganza. Unas gotas de agua caían dispersas sobre su rostro, como una burla cruel de tormenta. Truenos y relámpagos estremecían la noche mientras fuertes rachas de viento avivaban el fuego a la vez que dibujaban la tragedia en su rostro.

Julia llegó corriendo.

—Hijos de puta —murmuró Nicolás.

Ella se sentó junto a él y lo meció entre sus brazos, sin apartar la mirada del fuego. Nicolás no pudo más que apoyar la cabeza en el hombro de su amiga y llorar. Pronto aparecieron Eva y Marcelino, y algunos vecinos más con cubos y agua.

—¡Dios! ¿Qué ha pasado? —preguntó Eva.

—Los facciosos han quemado la imprenta —contestó Nicolás de forma penosa.

Julia pensó muchas cosas, contradictorias y enfrentadas, horribles todas. Pero en ese momento se abstuvo de decir nada. Por una parte, su corazón le pedía venganza; por otro, su alma le pedía cordura ante la horrible espiral de violencia desatada.

—Menos mal que no estabas dentro —murmuró Eva tratando de consolarlo.

—El viejo Ernesto y los muchachos estaban dentro —sollozó Nicolás.

—¡No! —exclamó Julia volviendo su mirada hacia las llamas.

—Sus gritos... Fue horrible, ardieron vivos —afirmó Nicolás—. La imprenta ardió por los cuatro costados. Así, de la nada. ¡Perros fascistas! Atrancaron la puerta y le pegaron fuego sabiendo que no podrían salir.

—Pensarían que tú también estabas dentro —aseguró Marcelino sin titubear, como si fuera lo más lógico.

—Salí a por algo de cena. Teníamos mucho que hacer —murmuró Nicolás.

Junto a él, una taleguilla con cuatro bocadillos, un bote de olivas y una botella de vino permanecía en el suelo.

—Maldita guerra —dijo Eva tragando saliva.

—No ha sido la guerra, el frente está lejos —apuntó Julia y se levantó—. Ha sido el odio.

—¿El odio? —preguntó Nicolás enfocando su mirada en las llamas.

—Sí —contestó Julia sin querer contenerse más—. ¿No querías... la revolución? Pues es hora de que te levantes y luches. No tendrás revolución sin muertos ni penas. Mira esas llamas. Si no vencemos a los sublevados, todos nosotros arderemos como la imprenta, como San Pascual, o acabaremos, como tantos que os lleváis, en un barranco con un tiro en la cabeza, como José.

—No es lo mismo —negó Nicolás—. Nosotros tenemos la legitimidad del Comité de Defensa Antifascista.

—¿Legitimidad para asesinar a tus vecinos? Cargáis a personas indefensas en camiones, sin más, como si fueran borregos de camino al matadero y acabáis miserablemente con sus vidas en la rambla del Mijares, en el pantano de María



Cristina, en el río Belcaire... ¿Acaso crees que no lo sé?, ¿que el pueblo no lo sabe?

—Yo no he asesinado a nadie —aseguró Nicolás.

—El Gobierno de la República no apoya esos actos. Se ha creado un tribunal para juzgar los delitos de rebelión y todos aquellos cometidos contra la seguridad del Estado, vengan de donde vengan —replicó Marcelino, suavemente, distanciándose de los actos cometidos por las checas.

—¿Ahora quieren controlar las ejecuciones indiscriminadas? —preguntó Julia.

—Es tarde, sí, y no sé si lo conseguirán. Pero al menos lo intentarán, que es mucho más de lo que hacen los facciosos —expuso Marcelino.

—Eran culpables —se justificó Nicolás.

—¿Todos? —preguntó Julia con desánimo y amargura.

—Sí, todos —respondió Nicolás.

—¿Culpables de qué? —insistió Julia.

—De conspirar contra la revolución.

—¿Así que no hubo ni un solo inocente entre los detenidos?

—No.

—¿Todos muertos?

—Sí.

—Entonces, ¿de qué te sorprendes si sus familias queman la imprenta y matan a los que pueden? ¿Acaso esperas que se queden con los brazos cruzados, que se dejen asesinar?

—No me gusta cómo hablas, camarada —dijo Nicolás levantándose, sin dejar de mirar las llamas.

—¿Vas a fusilarme a mí también? ¡Y no me llames camarada! —contestó Julia.

—Julia, cállate. Déjalo ya —solicitó Marcelino.

—¿Y tú? ¿Para eso has vuelto? ¿Para decirme que me calle? —replicó ella.

—Lo siento, no pretendía... —se excusó Marcelino.

—Hace un rato he visto al Aniceto, el carpintero, despedirse de su hija. Se marcha al frente. Esta noche salen unos camiones. Me uniré a ellos. Vayan donde vayan. Me da igual —afirmó Julia de forma rotunda—. Mientras vosotros hacéis vuestra revolución matando vecinos, yo iré a luchar contra los fascistas antes de que lleguen hasta aquí y os expliquen lo que es una guerra.

—¡Julia! —exclamó Nicolás, y la vio marchar enfadada y amargada.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Marcelino.

—No lo dudes, bien la conoces —respondió Nicolás con una sonrisa extraña.

—Pues yo me voy con ella —aseguró Eva.

—Tú no digas tonterías —le apuntó con el dedo su hermano.

—¿A dónde se dirige esa columna? —preguntó curioso Nicolás.

—Se marchan a Barracas, con el batallón de Pitarch. Allí esperan más de mil voluntarios de Villarreal para unirse a la Columna de Hierro y avanzar hacia Teruel —contestó Marcelino—. Pero a saber, cualquier camioneta se llena de milicianos de pronto, y para el frente que se van, gritando, sin saber muy cierto por dónde ir.

—Pues ahora serán mil milicianos y dos milicianas —apuntó Eva. Después se fijó en su hermano, que la miraba perplejo—. Ya verás qué sorpresa le doy a Miguelón.

—Ni se te ocurra —le contestó Marcelino—. No quiero veros en el frente. Corre y convence a Julia de que se quede aquí.

—¿Tú no te ibas a Madrid? —replicó Eva.

—Sí. En unos días, no sé la fecha. La defensa de Madrid es



prioritaria. Si la capital cae en manos de los facciosos, todo se perderá.

—Seguimos sin noticias de papá y mamá. Si me quedo, tras lo que pasó con Teresita, la monja, me matarán. Tengo las manos manchadas de sangre, no puedo quedarme aquí sola.

—No te harán nada si te quedas en casa. Papá y mamá volverán pronto.

—No, no me engañes. No regresarán y tú seguro que lo sabes, por eso no hablas nunca de ello.

—Eva, debes...

—Mil milicianos y dos milicianas —interrumpió ella ignorando las palabras de su hermano y dejando bien claras sus intenciones.

—Nuestros padres están en la zona nacional —aseguró Marcelino.

Eva se quedó en silencio y agachó la cabeza intentando comprender.

—No les hizo gracia que les requisaran algunas de sus tierras ni los almacenes. Tras la muerte de algunos empresarios, han decidido desaparecer hasta que todo termine —continuó Marcelino.

—Mil milicianos y dos milicianas —insistió Eva de nuevo y se alejó tras los pasos de Julia.

CAPÍTULO 9 · MIL MILICIANOS Y DOS MILICIANAS

A finales de noviembre, alejado de la cruenta guerra, sin noticias de sus amigos, Nicolás observaba con tristeza el paso firme de una comitiva fúnebre. Multitud de personas se habían congregado en las frías calles de Villarreal para ver pasar el

féretro del líder de las milicias revolucionarias de la CNT-FAI. Una bala perdida había acabado con la vida de aquel héroe. Lo habían asesinado y no eran precisamente los fascistas los responsables. Lo sabía. El distanciamiento entre socialistas, anarquistas y comunistas era cada vez más insalvable, como ocurriera en la Revolución rusa. Entre ellos no solo discutían, también se mataban. Y pensó que Julia tenía razón, así no se podría detener a los sublevados.

—¡Viva Durruti! ¡Asesinos! —gritó uno de los presentes.

—¿Quién es ese? —preguntó una abuela vestida de riguroso luto.

—Un buen hombre, un visionario, un revolucionario que quiso cambiar el mundo —contestó Nicolás.

—Ya veo. Por lo visto, al fin ha encontrado el lugar que le corresponde —afirmó la anciana. Luego, se santiguó y se alejó un poco sin querer saber más y sin dejar de observar aquel ataúd con una sonrisa de cierta satisfacción.

Nicolás la miró y se volvió ante la multitud. Pocos lloraban, aunque los congregados miraban con la curiosidad y pena que aquel triste ambiente desprendía. Entonces comprendió que no todos estaban allí mostrando respeto, sino alegrando sus almas dolidas.

—¿Es usted Nicolás, el hijo del maestro? —le preguntó de pronto un militar con galones de cabo, acompañado por cuatro soldados.

—Sí —respondió sorprendido.

—Tenga, es la orden de alistamiento. Hemos ido a su domicilio, pero no había nadie. Me alegro de verle aquí, nos ahorra volver de nuevo mañana. Debe personarse en reconocimiento y marchar a Valencia.

—Pe... Pero... —tartamudeó Nicolás, comprendiendo que aquellos hombres formaban un pelotón de reclutamiento.



—Necesitamos hombres valientes en el frente, como usted.

—¡Yo no puedo! —exclamó de pronto—. Tengo el diario, la propaganda... —se disculpó.

—Es una orden. Si no la cumple, vendrán a por usted. ¿Qué le ocurre? ¿Acaso no desea luchar por la república?

—Ya lo hago, con mi periódico. Lo mío es la información, la agitación revolucionaria y la contrainformación, pero no el frente.

—Tengo entendido que ya no trabaja en la imprenta.

—La quemaron los fascistas...

—Ahora podrá vengarse con el uniforme del Ejército.

—¿Ejército? ¡Si no sé ni disparar un rifle de perdigones! ¡Yo soy escritor, un artista, no un soldado!

—Ya veo. No le gustan las trincheras.

—¡Me pueden matar!

—No me haga reír.

—Yo...

—Mañana le esperan o será juzgado como desertor por un tribunal revolucionario.

A Nicolás se le cayó el mundo encima. Apenas podía tragar saliva. En aquel momento, mientras los militares se alejaban, tembló, consumido entre sudores fríos, y pensó en la guerra como en algo terrible muy cercano, tan serio y real como nunca lo había imaginado y que podría arrastrarlo sin piedad, no como siempre la había visto, como una brutalidad lejana y ajena a su vida, una cosa de otros que apenas le afectaba en su revolución. Volvió la vista y vio a la anciana sonreír, como si supiera que iba a ir al frente, a morir. Y corrió hacia casa, desesperado, en busca de sus padres.

«Luchan frente a frente dos Españas, dos clases sociales, dos sistemas, dos mundos: uno que se va y se defiende en su caída; otro que avanza, que construye algo nuevo. Es más que una guerra civil, una revolución universal que lucha en esta su estampa nacional española contra todos los monstruos del pasado unidos en un fascio: la Iglesia, el Ejército, la realeza, la aristocracia, la burguesía, el capitalismo...», leía Julia en la primera página del periódico El Pueblo, apoyada en la pared de una vieja casa de Sarrión, a escasos 19 km de Teruel, a la débil luz del candil de una esquina. A su lado, en tierra, una cuartilla abandonada con un bando del Comité Revolucionario de Játiva: «Se ordena a todos los vecinos que depositen en la plaza pública más inmediata cuantos objetos, imágenes y estampas de carácter religioso tengan en su poder, con excepción de los que por ser de metales preciosos puedan tener valor, los cuales deben ser entregados en el Departamento de Orden Público de este comité. Se concede el plazo de cinco días, pasados los cuales se realizará investigación en todos los domicilios, y, en el que se encontrasen objetos de los indicados, serán declarados facciosos sus moradores y, en tal carácter, serán pasados por las armas»

—¡Dios, qué frío! ¡Vaya Navidad de mierda nos espera! ¿Qué haces? —le preguntó Eva sentándose a su lado con una lata de alubias abierta. Cogió la cuartilla, la miró por encima, la arrugó y la tiró a un lado—. ¿Quieres?

—No, gracias.

—¿Por los pedos? Aquí, entre tanto soldado, nadie los nota. Huele mal todo el tiempo —dijo Eva.

—¿Qué hacéis? —les preguntó un guardia civil, joven, sin rango y con un ralo bigote incipiente. El uniforme le estaba un tanto desgarrado y no portaba tricornio.



Ellas no contestaron, solo lo miraron.

—Mañana salimos de nuevo a ver si logramos acercarnos a Teruel, se está planeando una buena para tirar de allí a los fascistas —dijo el joven y, luego, se sentó junto a Eva.

Ninguna dijo nada.

—Ya veo, la traición de Puebla de Valverde os hace creer que todos los guardias civiles somos facciosos —comentó el joven guardia.

Las dos amigas continuaron con su silencio, sin quitarle ojo de encima. Julia se fijó en el Mauser que el miembro de la Benemérita portaba encima. Se veía un arma nueva y disponía de mira telescópica.

—¿Qué traición? —preguntó Eva.

—Una columna integrada por guardias civiles y milicianos fue aniquilada en ese pueblo —respondió Julia con desgana.

El joven guardia calló.

—¿Y...? —insistió Eva.

—Fueron los mismos guardias civiles de la columna. Se rebelaron y acabaron con todos los milicianos. Luego, fusilaron a los cuarenta y tantos que hicieron prisioneros, huyeron a Teruel y se unieron a los sublevados. Fue una matanza —contestó Julia.

—Eso no quiere decir que todos seamos iguales. Dicen que discutieron, que los guardias civiles se cansaron de que los milicianos asaltaran a gentes indefensas con la ocupación de cada pueblo, matando a quienes querían sin más, y al final decidieron cambiar de bando —se justificó el joven.

—Ya lo tenían pensado desde que salieron de Sagunto —aseguró Julia.

—No creo. Conocí a varios de ellos, gente de honor. Si los milicianos se comportaran como soldados, como hombres, no ocurrirían estas cosas. Demasiados presos comunes hay en

sus filas, un hatajo de delincuentes liberados de las cárceles que están aprovechando la coyuntura para enriquecerse. Si no imponemos cierto orden entre nuestras tropas, entre nuestra propia gente, ¿cómo vamos a reestablecer el orden nacional? Son muchos los guardias civiles que luchan contra los fascistas, los que han muerto por la República, y nadie se fía de nosotros. Siempre estamos en primera línea de fuego, mientras ellos se dedican a saquear iglesias y fusilar gente en los pueblos.

—Si piensas eso, ¿entonces qué haces en esta columna?

—preguntó Eva.

—El teniente es un gran hombre, no permite tales desmanes. Es un gran soldado, un español con principios.

Julia no dijo nada. Sabía que el cuerpo de la Benemérita, al igual que cualquier fuerza del Estado, estaba dividido entre los que apoyaban a los sublevados y los que seguían fieles a la República. Pero los últimos acontecimientos la hacían desconfiar de cualquier guardia civil, pues la gran mayoría se estaban pasando al bando contrario. También pensó que era cierto que en algunas columnas deambulaban ciertos elementos indignos de la causa, que hacían mucho daño con sus acciones criminales. Y quiso creer en él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó finalmente.

—Oriol —contestó el joven—. ¿Y vosotras?

—Yo soy Carmela y ella es Pepa —respondió Julia—. No se ven muchos guardias civiles entre los nuestros ya.

Eva la miró con las cejas en alto, sorprendida por la mentira al decir sus nombres.

—Se los han llevado a otros cuarteles, lejos de Castellón —aseguró el guardia—. Por eso llevo el tricornio en el morral y estoy en la milicia. Yo quiero luchar, demostrar a todos que la Guardia Civil sigue fiel a la República. ¿Y vosotras?



—¿Nosotras? —preguntó Eva.

—Sí, ¿qué hacéis aquí? ¿Sois milicianas? Me han dicho que hay mujeres luchando en algunas columnas, pero no lo creía. Tenía que verlo con mis propios ojos, por eso me he acercado al veros, quería conoceros. Sois muy valientes.

—Pues ya ves —contestó Julia.

—Llevamos varios meses saltando de una columna a otra, esperando la ocasión de poder luchar contra los fascistas —explicó Eva.

—¿Puedes conseguirnos un arma? —preguntó Julia.

—¿Un arma? Si la mitad de los nuestros no tienen fusil —contestó el guardia.

—Queremos luchar. ¿Podrías? —insistió Julia, seria, como exigiendo.

—Podría, sí. Pero no creo que le sacarais provecho a un fusil.

Julia lo miró un tanto agraviada por aquellas palabras.

—Llevas mira, debes de ser buen tirador —aseguró ella.

—Por eso sigo en esta columna y me respetan. El teniente agradece un buen tirador, aunque sea un guardia civil. —Sonrió el joven—. Yo solo, con mi Mauser, hago mucho más daño que todos esos milicianos gritando. Con cada disparo mío cae un oficial fascista. Eso sí que les hace daño. Los desconcierta, y sus hombres se quedan sin mandos que ordenen, enseguida se retiran y entonces caen presa de la fusilería.

Julia escuchó con interés aquellas palabras.

—Consíguenos un fusil como el tuyo. Nosotras sabemos disparar —insistió Eva.

—A ver —le dijo el joven, ofreciéndole su arma.

Ella cargó el fusil y lo miró con serenidad atenta, como preguntando contra qué disparaba. Oriol tomó la lata de

alubias y la lanzó con fuerza hacia una explanada exterior mal iluminada, en la que apenas se veía, y la instó con la mirada para que hiciera blanco en ella. La joven apuntó sin prisa, mordiendo levemente los labios, y disparó. El «pac» del arma resonó entre las casonas, pero la lata no se movió ni un ápice. Varios milicianos se acercaron presa de la curiosidad y del sonido temprano del tiro. Eva quedó traspuesta, dando un paso atrás y echándose la mano al hombro, apretando los dientes para no llorar del dolor producido por el retroceso del arma. Los milicianos rieron al verla descompuesta y ofreciendo el fusil a su dueño.

—Le has dado a aquel árbol, está a más de seis metros de distancia de la lata. No sabéis disparar —afirmó Oriol.

Sin más, cargó y disparó. La lata saltó por cuatro metros hacia atrás. Y sonrió observando a las dos jóvenes con orgullo, lleno de ego, sabiéndose un buen tirador. Julia estiró la mano. El guardia civil le entregó el rifle con un gesto de duda. Ella estudió el arma por unos segundos. Apuntó tranquilamente y deslizó su dedo índice suavemente por el gatillo. El bote volvió a volar por los aires.

—¡Vaya! —exclamó Oriol, posando una mano en el mentón.

—¡Anda, le ha dado! —exclamó uno de los milicianos.

—Es la suerte del novato —aseguró otro de ellos.

Julia volvió a disparar y el bote se revolvió en el suelo, dando vueltas sobre sí mismo.

—No, no es casualidad —aseguró Oriol un tanto asombrado—. Pero no es lo mismo disparar a un bote que a un hombre, a un enemigo en movimiento.

Eva frunció el rostro y corrió hasta alcanzar el bote, ante la mirada de los milicianos. Lo tomó en su mano y observó los tres agujeros que le habían propinado a la lata. Se fijó en



su amiga, asintió con determinación y lo lanzó al aire con fuerza. Julia disparó sin pensarlo, recordando los tiempos de cacería con su añorado padre, y el bote silbó en el aire para ascender más y perderse, en la caída, entre la maleza del bosque cercano y la oscuridad de la noche.

—Bien, no hay duda; sabes disparar —aseguró Oriol un tanto perplejo.

—¿Qué hostias pasa aquí? —exclamó un miliciano de abrigo largo, con dos estrellas de seis puntas sobre una boina negra, acercándose apresurado.

—Solo unas pruebas de tiro, mi teniente —exclamó Oriol mientras tomaba rápidamente su arma de las manos de Julia.

—Cada uno a sus puestos, marchamos en dos horas. Quiero ver a todo el mundo en su sitio, con los cojones bien atados y el fusil cargado —ordenó el teniente.

Los milicianos se dispersaron con prisas, comentando lo acontecido. El teniente quedó fijo en el guardia civil y observó a las dos jóvenes.

—Es muy buena con un fusil —aseguró Oriol.

—Regrese a su destacamento, soldado. Vosotras dos, si queréis hacer algo útil de verdad, marchad con los sanitarios o a cocinas —ordenó firme el teniente.

Julia y Eva se quedaron heladas. No les habían gustado nada aquellas palabras.

—Hijo de puta —susurró Julia, observando alejarse a aquel teniente de vestimentas variopintas y boina negra.

Al día siguiente, aquel 25 de diciembre de 1936, se iniciaba la toma de Teruel. Las tropas republicanas habían estado esperando con ganas el momento, y se coordinó entre todas las milicias un plan conjunto para tirar a los sublevados de los enclaves turolenses. El grueso de aquel ejército de diez

mil hombres estaba formado por las columnas milicianas que guarnecían el frente desde el inicio de la guerra, aunque no respondían a ningún tipo de organización militar. Como contraparte del Gobierno republicano y apoyo decisivo para iniciar el asalto, aunque carecían del poder necesario para imponerse a aquel conglomerado de formaciones bélicas, llegaron la 22 Brigada Mixta y la XIII Brigada Internacional, con numerosas baterías de apoyo, asesores rusos y varias escuadrillas de aviones.

Durante la ofensiva, Julia y Eva siguieron la estela de los seiscientos hombres que formaban la columna donde habían conocido a Oriol, alternando como auxiliares de enfermería y en la cocina, trasladando heridos hacia la retaguardia, pelando patatas y esperando su oportunidad. Y esta llegó, sin proponérselo, tras los pasos confiados de la columna por una cañada olvidada que los acercaba al enemigo. Pero el interés de ambas por hacerse con el arma de un caído decayó en cuanto, de pronto, las bombas comenzaron a sembrar su alrededor de metralla y cadáveres descuartizados. Horrorizadas, retrocedieron, como tantos milicianos, chocando entre ellos al ver la terrible verdad del infierno en el que se habían adentrado.

Desde la derecha, de frente y por la izquierda, la intensa fusilería enemiga y sus obuses destruyeron por completo la columna republicana, sorprendiéndolos por su contundencia y certeza. Cientos de heridos gemían, entre los muertos, formando un coro angustioso de dolor que a menudo sobrepasaba el silbido de las balas, el paquear de los fusiles y el estallido de las bombas.

—Retroceded, es una emboscada —gritó el teniente.

Una bala le saltó la boina negra y la parte trasera del cráneo, salpicando a Eva de sangre y cerebro. Julia se quedó



con el cuerpo sin vida de aquel teniente sobre ella. De un empujón se lo quitó de encima, tomó de la mano a Eva y salió veloz de allí. Observó a los lados sin dejar de correr y vio que, delante suyo, todos los milicianos caían acribillados. Estaban cercados. Se volvió y tomó un fusil de las manos de un muerto y saltó hacia la izquierda, donde se veía más maleza, entre dos piedras y un tronco. Disparó hacia aquel flanco sin cesar ni ver, una y otra vez, hasta descargar el arma. Una potente explosión, que las estremeció haciéndolas temblar, se alió con ellas, provocando una intensa neblina de humo y polvo.

—¡Corre! —exclamó Julia.

—¡Dios! ¿Qué dices? ¡No oigo una mierda! —respondió Eva con las manos en los oídos.

—¡Corre, coño! —le gritó tirando de ella.

Ambas jóvenes salieron por aquel lado huyendo veloces, tropezando con piedras y ramas, lacerándose la cara y los brazos con la vegetación y las caídas. Corrieron hasta quedar exhaustas y, luego, anduvieron durante horas, en línea recta, en círculos, a saber, sin destino, lo más lejos posible.

Dos días estuvieron deambularon de un lado a otro sin salir del bosque, escondiéndose de todo, sacando valor donde solo hallaban desesperación. El rugir de la batalla en los alrededores de Teruel no cesaba. Habían quedado aisladas en la retaguardia del bando sublevado. En la fría noche no se atrevían ni a hacer fuego por si el resplandor las delataba; el hambre las acosaba haciendo rugir sus estómagos como nunca habían sentido.

—¿Cómo nos sorprendieron así? —se preguntó Eva.

—No lo sé. Es como si nos estuvieran esperando —murmuró Julia.

Eva se le abrazó.

—Tengo frío —sollozó, y se acurrucó junto a su amiga. Al momento, comenzó a llorar.

A pesar de la superioridad numérica y armamentística de las tropas republicanas, la ofensiva estaba resultando un tremendo fracaso. Las columnas que debían marchar sobre Teruel fueron machacadas en las líneas defensivas de la ciudad por unos combatientes bien preparados, disciplinados y armados. Ninguna columna ni las brigadas consiguieron su objetivo y, tras varios días de cruenta batalla, empezaron a retroceder en su empeño. La guarnición sublevada de Teruel se alimentaba de refuerzos llegados desde Zaragoza y, con la nutrida presencia de los guardias civiles huidos de la zona republicana, infligió una severa derrota a los republicanos.

Con el nuevo amanecer, unos disparos cercanos sobresaltaron a las dos jóvenes despertándolas de golpe. Estaban heladas, hambrientas, sedientas y cubiertas de barro. Se asomaron levemente entre unos troncos, pero no vieron nada.

—Debemos llegar hasta los nuestros —susurró Julia.

—Sí —dijo Eva, pero no se movió.

—Vamos —la instó Julia tomándola del brazo.

Apenas habían avanzado unos cincuenta metros cuando se encontraron con un grupo de seis milicianos abatidos y desarmados. Los habían despojado de cuanto llevaban en los bolsillos, así como de las botas. A algunos les habían quitado los pantalones e incluso la ropa interior.

—Tenemos que ir con cuidado, los fascistas no andan lejos —aseguró Julia.

Eva buscó en las pocas mochilas que encontró y en los bolsillos vacíos de los cadáveres. No encontró comida, pero sí agua. Bebió con ansia de una cantimplora y se la pasó a Julia.



Un crujido les heló la sangre. Ambas volvieron la cabeza hacia atrás al unísono. Un castaño de dientes se dejaba oír en una pequeña hondonada llena de hojarasca y maleza espinosa. Se asomaron con prudencia. Aniceto, el carpintero, se retorció en su agonía con las manos en el vientre. Al lado, un Mauser y, poco más allá, otro fusil y una pistola. Julia lo observó y recordó aquel abrazo, aquella niña jugando al sambori. Apretó los dientes y saltó para acercarse a él, soportando el dolor de las zarzas. No pudo hacer nada; apenas le levantó un poco la cabeza, Aniceto murió. Una leve exhalación salió de la boca de la joven, un triste suspiro de pena y rabia, y cerró los ojos. Luego, se hizo con los dos fusiles y la pistola. Se acercó de nuevo al cadáver y lo registró, tomando las municiones que llevaba encima y una granada, así como el morral. Sacó un mendrugo y un trozo de queso, y mordió con ganas. Salió del foso de maleza y se acercó a Eva. En unos momentos, devoraron todo y se bebieron el agua de las cantimploras. Sentadas contra el tronco de un árbol, Eva estiró la mano y quitó, con delicadeza, unas espinas del brazo y el cuello de Julia, que estaban hundidas casi por completo en su carne. La observó con asombro y orgullo; su querida amiga se veía inmune al dolor, parecía disponer de un aguante del que ella carecía.

—¿Qué será de nosotras? —preguntó.

—Saldremos de esta, no te preocupes —afirmó Julia cargando el Mauser. Y le entregó la pistola a Eva, cargada.

Con los fusiles en el hombro y la pistola en el cinto, reemprendieron el regreso hacia la zona republicana sin hacer un ruido, guiándose por los disparos que escuchaban en el frente.

—¡Allí! —exclamó Eva.

Julia dirigió la vista al frente de inmediato.

Una compañía de guardias civiles estaba disparando desde una loma, por delante de ellas. Julia se deslizó y observó desde un saliente a un grupo numeroso de milicianos clavado en aquella situación comprometida, bajo el fuego certero de los guardias y sin escapatoria posible.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Eva.

Julia se quedó en pie observando cómo morían aquellos hombres, tal cual había caído la columna de aquel teniente al que había llamado hijo de puta y del que nunca llegó a conocer su nombre. Y pensó en José. Sin pensarlo, alzó su arma apuntó y disparó, un oficial enemigo cayó muerto. Otro disparo, otro muerto. Al momento, lanzó la granada que había recogido, haciendo saltar la retaguardia de los guardias sublevados. Después, se tumbó y comenzó a disparar sin pausa ni prisa, certeramente, desconcertándolos ante su puntería. Y Eva, una vez acabada la munición de la pistola, se limitó a cargar los fusiles.

—¿Qué está ocurriendo ahí? —preguntó el capitán de los milicianos, un hombre joven de marcadas facciones, barbilampiño y con un llamativo acento ruso. Tomó entre sus manos unos prismáticos y se parapetó entre dos rocas.

Los guardias civiles se volvieron para cubrir su retaguardia y comenzaron a acribillar la loma superior donde se escondían las milicianas. Las balas levantaron tierra al aire y silbaron muy cerca de ellas, asustándolas.

—¡Vamos, aquí no estamos a salvo! —dijo Julia al verse desprotegida. Y corrió, seguida de Eva, exponiéndose por unos breves segundos, hasta un saliente de granito que disponía de una pequeña brecha vertical.

—¡Son dos mujeres! ¡Deben de ser tiradoras! —exclamó uno de sus hombres, animado.

—¿Tiradoras? —preguntó Iván interesado.



—Los guardias han cesado en su maniobra, se han vuelto para responder al ataque —le dijo un hombre con galones de cabo.

—Es la oportunidad de salir de esta ratonera —aseguró el capitán.

—Las freirán —contestó el cabo—. Quizá deberíamos ayudarlas.

—¿Con qué munición? —preguntó el capitán.

Julia seguía hostigando sin piedad a los guardias civiles, oculta en aquella piedra de granito que solo dejaba al descubierto el cañón de su arma.

—¡Están subiendo! —exclamó Eva—. ¡Mierda!

—¡Corred, corred! —exclamó el capitán de acento ruso, que aún no salía de su asombro.

Aquellas dos mujeres que había logrado divisar por unos segundos les estaban salvando la vida al distraer el fuego enemigo. Sus hombres aprovecharon el momento y salieron de aquella encerrona alcanzando una quebrada y alejándose por el bosque hacia las filas republicanas.

Julia estudiaba el avance de los guardias civiles hacia ellas, pensativa, observando satisfecha cómo huían los milicianos protegidos por sus disparos.

—Solo quedan cuatro balas —aseguró Eva.

Julia distinguió a un sargento y recordó las palabras de Oriol. Apuntó y, por un momento, se vio en la campiña, con su padre, cazando... Disparó y el suboficial cayó abatido. De inmediato lo siguió un cabo primero. Todos los guardias se agacharon como esperando una orden, y ella escudriñó de nuevo lentamente al enemigo, acariciando el gatillo, buscando, hasta que vio un tricornio y dos estrellas de seis puntas, y disparó.

Un extraño silencio invadió la escena. Nadie decía ni ordenaba nada, ningún guardia civil avanzaba.

—Vámonos de aquí, es el momento. Por un tiempo quedarán pensando qué hacer —dijo Julia dando una palmada en la espalda a su compañera.

Caída la noche y con bastante tierra de por medio, Julia y Eva encontraron una pequeña hacienda reducida a escombros, en un claro devastado, y se resguardaron del frío bajo su techo. Sus temblores eran tales que se atrevieron a encender fuego entre las cuatro paredes de una paridera de ovejas para acurrucarse en una esquina cubriéndose de paja y excrementos.

—¿Qué has sentido? —preguntó Eva dejándose acariciar la frente y el cabello.

—¿Qué dices? —contestó Julia, sin dejar de acariciarla, tumbada a su lado.

—Al matar a esos hombres.

—Nada.

—¿Nada? No es posible. Dímelo.

Julia se incorporó levemente y vio una pequeña arandela que había quedado descubierta al juntar la paja para cubrirse.

—Nada —insistió—. Alguno habrás matado tú con la pistola.

—No —respondió Eva—. Tengo tan mala puntería que soy incapaz de darle a un elefante a dos metros. Dime, ¿te sientes mal?

Julia la miró, seria, y volvió la vista sobre aquella arandela.

—Realmente no sentí nada. No noté la satisfacción de la caza ni ninguna otra. Ni pena. No pensaba en si sentía o no sentía, solo apuntaba y disparaba. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó Eva.

Julia se levantó, limpió los excrementos del suelo y vio que la arandela estaba unida a un madero, una posible trampa.



La alzó ante los ojos expectativos de Eva. Un pequeño foso donde apenas cabían un par de personas, relleno de paja y hojas secas, y con una pequeña almohada y unas mantas raídas por el tiempo se ocultaba allí. A un lado, un cajón con cebollas, ajos pasados, un trozo de pan duro, una bola de queso mohoso, un botijo, un cuchillo grande oxidado y un pequeño candil de aceite.

—Debe de ser el refugio del pastor —dijo Eva.

—Apaga la hoguera, ya tenemos la cena y una cama caliente —susurró Julia.

De pronto, se alzó la trampilla, y la luz del sol que se filtraba por el derruido techo alumbró el interior del pequeño foso. Un guardia civil, con su tricornio y una enorme sonrisa, sostenía la trampilla ante la sorpresa de las dos jóvenes. El sueño de ambas había sido tan profundo que habían perdido cualquier noción del tiempo y de la situación; apenas sabían dónde estaban.

Sin poder ver bien, deslumbrada por la repentina luz, Julia buscó el rifle con una mano y lo levantó de inmediato. Todavía le quedaba una bala con la que luchar.

—¡Quieta, Carmela! ¿Qué haces? ¡Soy yo!

—¿Oriol?

—Sabía que tenías que ser tú la tiradora —aseguró levantando las cejas sin dejar de sonreír—. Dame el arma y la mano, deja que os ayude. Tenéis que salir de ahí, los facciosos no andan lejos.

—¿Cómo nos has encontrado? ¿Estás solo?

—Sí, estoy solo, podéis salir. Anoche me pareció ver fuego por un momento. Me acerqué a comprobarlo —dijo Oriol y tomó el fusil de Julia. Luego, estiró la mano para ayudar a salir a Eva del foso—. Nos dieron fuerte esos cabrones.

Julia escuchó un crujido en el exterior, un lamento de gusto seguido de un pequeño chorro, y como si alguien diera unos pasos cortos, descuidados. Así, alarmada, de inmediato, saltó, agarró de la bota a Oriol y tiró fuerte hacia el interior foso. El muchacho perdió el equilibrio y cayó dentro, golpeándose la cabeza al caer, y quedó conmocionado.

—¿Qué haces? —exclamó Eva.

—¡Calla! —exclamó Julia con un susurro.

Luego, se alzó, apoyándose en la madera, alcanzó el fusil y lo tiró dentro del foso. Salió y puso un montón de paja, maderos y excrementos apoyados en la puerta de la trampilla abierta; saltó dentro y la cerró. La paja cayó sobre esta, ocultándola en parte.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —insistió Eva a oscuras.

—¡Los fascistas!

Oriol entreabrió los ojos y se revolvió de inmediato, violentamente.

—¡Mi sargento! —gritó.

Julia saltó sobre él tapándole la boca, empezando un duro forcejeo al que se sumó de inmediato Eva para tratar de inmovilizar al joven guardia civil. Con fuertes puñetazos en los costados, Oriol se deshizo de ellas. Eva estiró la mano dentro del cajón de cebollas, palpando, y tomó el cuchillo oxidado que se encontraba ahí. De un golpe, lo hundió en el vientre del joven, que empezó a gemir. Julia volvió a saltar sobre él tapando de nuevo su boca.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —exclamó.

Eva, comida por los nervios y a oscuras, temiendo herir a Julia, acuchilló tres veces seguidas el cuerpo de Oriol. Unos pasos resonaron sobre ellas. Unas botas militares se posaron sobre la trampilla.

—¿Oriol? ¿Dónde está, cabo? —se escuchó.



Las dos mujeres miraron hacia arriba aterrorizadas. Apenas vieron unos leves haces de luz que se colaban por las estrechas rendijas de la trampa, oculta por paja y mierda de oveja. Un sargento de la Guardia Civil paseaba por la paridera, observó los restos de la lumbre y miró a su derecha. Un guardia se asomó por la entrada.

—Mi sargento, al oeste hemos divisado un grupo de rojos; si nos damos prisa les daremos caza antes de que logren zafarse.

Oriol comenzó a gritar tratando de alcanzar, en su agonía, la manilla de la trampa. Eva le asestó dos cuchilladas más, notando la sangre caliente recorrer sus brazos. Pero el joven, con una mano tapando su boca, aún trataba de alzarse. Julia le hundió la cabeza entre sus pechos en un intento de que no se escucharan sus gemidos, de asfixiarle, y él, sin apenas poder respirar, comenzó a morder con fuerza. Ella aguantó el dolor, arrancó de las manos de Eva el cuchillo, le fijó la oxidada punta en la nuca y hundió toda la hoja en el cráneo de un golpe, contundente.

Silencio. Los pasos se alejaron. El sargento de la Benemérita salió de la paridera.

—¿Por dónde van?

—Por allá, cerca de la cañada. No tienen salida.

—Vamos, acabemos con ellos —escucharon las jóvenes.

Ambas quedaron tumbadas sobre el cuerpo sin vida de Oriol, envueltas en la oscuridad del foso, notando el calor espeso de la sangre cubrir sus cuerpos. El temor las hizo permanecer el resto del día encerradas sin atreverse a salir, a hablar ni a realizar ruido alguno.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Eva finalmente, una vez la oscuridad lo cubrió todo matando la tenue luz que se filtraba durante el día.

—¿El qué? —respondió Julia.

—Que era un traidor.

—Nos dijo que estaba solo, y escuché a alguien mear fuera. Su uniforme estaba limpio y compuesto, demasiado para ser un superviviente. Tenía un galón de cabo, ¿desde cuándo? Además, este cobarde nunca se hubiera atrevido a ponerse el tricornio en compañía de milicianos.

—Debemos irnos. No soporto más estar encerrada en este foso con un muerto.

—Sí, pueden volver, y esta vez puede que no tengamos tanta suerte.

Las dos jóvenes salieron del foso. Julia corrió a asomarse por si se distinguía a alguien. Eva se le acercó y se apoyó en ella, asomándose levemente también.

—El fusil —dijo Julia.

Eva regresó al foso, palpó el fondo notando el cajón, tomó el fusil y salió de nuevo sin perder tiempo.

—No, ese no, el suyo. Y toda su munición.

—¿El suyo?

—Sí, es mejor.

—No veo.

—Enciende el candil, no se ve a nadie.

Conforme dio luz, Eva vio el rostro desencajado de Oriol, la gran mancha roja que cubría el fondo del foso y el mango del cuchillo asomar por la nuca del joven. Vomitó de inmediato, varias veces, y comenzó a llorar tapándose la boca. Julia regresó junto a ella, la abrazó y miró al guardia civil. Pensó que, sin ninguna duda, él había vendido a su columna, por eso habían caído en aquella emboscada. Saltó dentro, le quitó el fusil de la espalda y registró sus trinchas recogiendo la munición. Salió y observó bien el Mauser, la mirilla y los cargadores. Se alejaron de la zona caminando con cautela



de un lado a otro, adentrándose en la sierra turolense. Para entonces ya eran conscientes de que la ofensiva había fracasado, de que el frente se había reestablecido y que no podrían alcanzar la zona republicana fácilmente.

Finalmente, llegaron a un pequeño arroyo. Allí se lavaron de la abundante sangre que las cubría y descansaron bajo un enorme tronco, resguardándose del frío.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Eva.

—Estamos solas —comentó Julia—. Si tratamos de volver con los nuestros y nos descubren, nos matarán.

—Tenemos que intentarlo —se animó Eva.

—Hay demasiadas patrullas.

—¿Qué vamos a hacer?

Julia miró el Mauser, desmontó la mirilla y vio que estaba manchada de sangre. Y se dispuso a limpiarla con un pequeño trapo que sacó de su bolsillo. La limpió en silencio ante la mirada triste de su amiga, que esperaba una respuesta. La volvió a colocar en su sitio y apuntó con el arma a la luna, calibrando.

—¿Qué has sentido? —preguntó Julia.

—¿Qué? —le respondió Eva.

—Has matado, y esta vez ha sido intencionadamente.

Eva calló por unos instantes. Luego, apretó con tristeza los labios.

—Miedo, mucho miedo. Una agonía horrible. Lo mismo que cuando vi a esa religiosa muerta en el suelo. Yo no quise hacerlo... Ella... —contestó recordando la muerte de Teresita.

—Lo sé —la tranquilizó Julia.

—Año Nuevo ya debe de haber pasado. Debemos estar en 1937 —aseguró Eva cambiando de tema—. ¡Dios, hace un frío que pela!

—¡Feliz Año Nuevo! —la felicitó Julia sin apartar la vista de la mirilla, de la luna.

—No se oyen disparos.

—La batalla terminó y no se consiguió nada.

—Solo muertos y más muertos —expresó Eva con cierta desolación.

—Mientras los demás se preparan para el próximo envite, nosotras libraremos nuestra propia batalla —afirmó Julia y apretó el gatillo, sonando el percutor en la recámara vacía.

CAPÍTULO 10 · EN EL FRENTE

A principios de marzo de 1937, un convoy militar del Ejército Popular llegó a la población turolense de Cedrillas. Los soldados bajaron de los camiones a buen ritmo y se afanaron en montar un campamento de intendencia donde acantonar las tropas para pasar la noche. Nicolás alzó la cabeza con los ojos fijos en todas partes, vigilante con su uniforme nuevo y sus galones rojos. La nieve lo cubría todo de blanco como si estuvieran en la misma Siberia.

—¡Cabo! —le gritó un teniente de delgada figura y pelo abundante que le surgía bajo la gorra con largos penachos acaracolados.

—A la orden, mi teniente —contestó Nicolás caminando a su lado.

—Mañana llegará nuestra división a la población de Alfambra, pero nosotros partiremos hoy mismo, tras la comida. Quiero acercarme a Celadas. Busque al capitán de la Brigada Internacional. Dígale que lo envío yo. Que preparen un vehículo para nuestra marcha. Por cierto, Nicolás, ¿cómo están sus padres? ¿Sabe algo de ellos?



—Están bien, mi teniente. Gracias por su interés. Me enviaron un paquete con una botella de vino y algo de jamón.

—Me alegro. Bien, marche pues y cumpla mis órdenes. Ah, cabo, no se olvide de traerme ese vino y el jamón.

—No, no, señor. ¡Cómo se me iba a olvidar! —exclamó Nicolás consciente de que su teniente le estaba requisando aquel delicioso manjar.

Tras un periodo de instrucción en Valencia, Nicolás había sido destinado a la división del teniente Cañas, un amigo de su padre que, gracias a sus ruegos, lo había ascendido a cabo y hecho su asistente personal, impidiendo así que acabara en el frente de trincheras. No podía negarle el vino, el jamón ni nada. El joven revolucionario había cambiado mucho. En nada parecía un libertario de maneras afeminadas, ni un disidente de las armas, ni un atrevido agitador. Nada protestaba. Sabía muy bien dónde estaba y dónde podía acabar.

Al atardecer, se pusieron en marcha con un coche negro escoltado por un camión que transportaba una patrulla de nueve hombres. Un miliciano, de la confianza del teniente, conducía. En el asiento trasero viajaban Cañas y un capitán francés de la Brigada Internacional. Hablaban y reían mientras devoraban el jamón y tragaban el vino de Nicolás, que hacía de copiloto rumiando su descontento sin comentar palabra.

Una explosión resplandeció en la lejanía.

—¡El frente de Teruel! —exclamó el teniente Cañas—. Ahí resisten los sublevados como garrapatas.

—No es trabajo para milicianos. ¿Cómo pretender que agricultores, panaderos y jornaleros se enfrenten a verdaderos soldados? —se preguntó el oficial de la brigada con cierto desprecio y su acento francés—. No entienden que es necesario un mando único y un objetivo común, a priori tan necesario como vital, y que no es otro que ganar la guerra.

—Teruel es el ejemplo de todos nuestros males —expuso el teniente Cañas—. Anarquistas y comunistas se mofan entre ellos de sus respectivas derrotas. Cada columna hace su propia guerra por su cuenta y sin conexión alguna con nadie. Se preocupan más de requisar tierras y bienes alrededor de Teruel que de lanzar una verdadera ofensiva.

—Los milicianos españoles acuden al frente como quien va de fiesta, sin más objetivo que pegar cuatro tiros y regresar a la noche para comentar la batalla en bares y ambientes de alterne, cacareando entre mujeres bonitas y cervezas. ¡Desconcertante!

—Esta guerra no la podremos ganar así. Lo de Teruel no tiene nombre.

—Falta disciplina.

Nicolás levantó un poco la cabeza para observarlos a través del retrovisor. Ambos oficiales devoraban el jamón, entre trago y trago, sin dejar de mirar por la ventanilla del vehículo. No daba crédito a lo que oía. Tanta sangre derramada para nada y, encima, despreciada por aquellos mandos del Ejército que lo había militarizado. Y pensó que, si estaban tan cerca de Teruel, había sido gracias a las columnas de milicianos que habían frenado la expansión fascista y reconquistado numerosas poblaciones. Sin embargo, no dijo nada.

—Ahora que estamos aquí con el Ejército Popular y las Brigadas Internacionales, la cosa cambiará. Les daremos por el culo a los fascistas —aseguró el teniente Cañas de forma prepotente, seguro de sí mismo y de sus fuerzas.

—Mi teniente, llegamos a Celadas —interrumpió Nicolás conforme el vehículo frenaba.

Nicolás salió del coche, pisó la alfombra de nieve, abrió la puerta de los oficiales, y un enorme estallido lo tiró violentamente hacia atrás. Cayó al suelo temblando todo su



ser y con la mano aún sujeta a la manilla, con parte de la puerta encima. Sus oídos parecían haber reventado, y un hilillo de sangre le recorrió la frente. El vehículo, convertido en una masa ennegrecida por el humo y embravecida por las llamas, voló sobre él para caer a diez metros. Sonó otra explosión cercana, y la nieve saltó unos metros por encima. Se cubrió la cabeza con las manos y hundió la cara en la nieve. Los soldados de la compañía de escolta saltaron del vagón del camión y se pusieron a cubierto armando sus fusiles. En su nerviosismo, calaron las bayonetas mientras buscaban con la mirada un enemigo que no estaba. Acto seguido, dispararon hacia cualquier lugar donde una brizna de aire levantara un copo de nieve. El cielo resplandeció y, aterrorizados, soportaron el impacto de siete obuses más, seguidos, dando apenas un exiguo respiro entre una explosión y otra. El camión saltó destrozado, en llamas. Tres soldados quedaron esparcidos en pedazos y uno gritando sin rodilla, tobillo ni pie.

Nicolás irguió la cabeza. El ataque parecía haber terminado. Se levantó lentamente, escrutando el cielo, temiendo un nuevo destello de muerte. Observó el coche oficial, convertido en un amasijo de hierro candente, y los cadáveres humeantes del teniente Cañas, del capitán francés y del conductor. Por un segundo había salvado la vida. Volvió la mirada hacia el camión, a su alrededor, y vio los restos humanos tintando de rojo el manto blanco y a sus compañeros corriendo de un lado a otro. Y cerró los ojos lentamente. Muerto el teniente Cañas, nada impedía que acabara en una trinchera embarrada, frente al enemigo, acompañando a miles de sucios militares sin nombre que podían perder la vida en cada segundo que respiraban.

Pasadas unas semanas, un convoy del Ejército Popular llegó a la pequeña población de Villalba. Los soldados salieron de los camiones y formaron inmediatamente con las armas listas, la moral alta y el miedo en el cuerpo.

Con un gesto amargo de resignación, Nicolás tragó saliva y empuñó su arma; disponía de un nuevo destino donde nada podían el vino y el jamón de sus padres. Ante él desfilaba su amigo Marcelino con rango de sargento. Al final, con la reconversión del Ejército republicano, tras varios destinos y permisos, habían acabado juntos en la misma compañía y destinados al frente de Teruel.

—Tranquilízate —dijo Marcelino dando una palmada en la espalda de Nicolás.

—Estoy tranquilo —susurró él, consumido por los nervios, y miró al cielo.

Decenas de aviones republicanos sobrevolaban sus cabezas hacia el frente. Poco después, la compañía se desplegaba en línea para avanzar. Ante ellos, el resplandor de las bombas y su brutal estruendo estremecía sus corazones. Rezaban para que el terrible bombardeo acabara con el enemigo antes de que llegaran hasta las trincheras, para no hallar a nadie que les disparara. Como respuesta, en cuanto los aviones se alejaron, la artillería de los sublevados comenzó a sembrar de metralla y muerte el frente. El avance se frenó abruptamente. Nicolás se escondió aterrado en un barranco, junto con varios soldados. Era su primer combate en la misma línea de fuego, ante un enemigo cierto. Nunca había visto, ni tan siquiera imaginado en sus peores pesadillas, algo igual. Se vio rodeado de explosiones continuas, aullidos incesantes, vísceras y restos humanos. La muerte galopaba dichosa ante sus ojos de poeta, pero no vio nada heroico ni épico ni romántico, y



quiso salir corriendo. No pudo más que agacharse cuerpo a tierra con las manos en el casco. Era la antesala del infierno, la matanza brutal e inmisericorde de la batalla. Allí pasó la noche escuchando el sonido artillero que no cesaba, chillando con cada explosión cercana que retumbaba en su alma, que descomponía su cuerpo. Lloró, vomitó y se cagó encima varias veces. Testigo del dantesco espectáculo de la guerra, llegó a rezar a Dios por su vida entre los restos de sus compañeros.

La batalla se alargó durante días. La compañía de Marcelino fue avanzando lentamente, esquivando el fuego artillero entre barrancos. Las noches se hacían interminables sin discernir al enemigo, tan solo sombras y destellos de pólvora. Cada minuto se hacía insufrible para aquellos que tenían que permanecer junto a los cuerpos desmembrados de sus compañeros, sin apenas comida ni agua.

Con la luz del sol, llegaban de nuevo las órdenes de avanzar, la urgencia de acabar con un enemigo que apenas veían y que no dejaba de masacrarles.

—Pero ¿qué se han propuesto? —preguntó Nicolás, que apenas lograba sobreponerse, sin poder apartar la vista de un cadáver sin cabeza ni brazos—, ¿que nos maten a todos?

—Nos acercamos a Cerro Gordo, es nuestro objetivo —aseguró Marcelino—. Y cálmate, estás poniendo nerviosos a los demás.

—¿Yo? ¡Los muertos y el fuego de mortero es lo que los está poniendo nerviosos!

En ese momento, una potente ráfaga llegada del cielo cruzó toda la línea buscando el barranco por el que trataban de alcanzar sus objetivos.

Varios soldados cayeron acribillados.

—¡A tierra! ¡Es la aviación fascista! —gritó el capitán y se lanzó al suelo.

Era aquel hombre joven, barbilampiño y de acento ruso.

Los cazas italianos realizaron un duro castigo sobre las tropas republicanas, impidiendo el avance en todo el frente. Durante horas, Nicolás, Marcelino y sus hombres miraron al aire observando aquellos mordaces aparatos aparecer una y otra vez, rasantes, hasta hacer perder la cabeza a más de uno con el rugido del motor y el martilleo de las armas. A veces daba la sensación de que iban a estrellarse; pero no, tras descargar sus mortíferas ráfagas se elevaban dejando caer varias bombas.

De pronto, sin más, el silencio.

—¡Atrás! ¡Nos retiramos! —ordenó el capitán con su peculiar acento.

—¿Qué? —preguntó Nicolás, incrédulo ante aquella gran noticia.

—¡Venga! ¡Nos vamos! ¡Rápido! —le insistió Marcelino.

El oficial no necesitó repetir la orden. La compañía retrocedió lo conquistado de inmediato sin recibir fuego artillero, por lo que aprovecharon para acelerar sus pasos hasta llegar a la carretera que unía la población de Celadas con Teruel.

—¡Sargento!

—Sí, mi capitán —contestó Marcelino.

—Arme una guardia y controle este paso. El resto de los hombres que se dirijan a Villalba.

—A la orden, mi capitán —contestó Marcelino observando cómo aquel oficial se alejaba y sintió una sensación de calma que recorrió todo su cuerpo.

La muerte y los muertos al fin quedaban atrás, en el frente... De momento.



Marcelino formó una patrulla. Quiso que toda la compañía se quedara. Eso era imposible, por ello seleccionó entre sus hombres de confianza también a algunos de los soldados más jóvenes, a los que no vio preparados psicológicamente para ir al frente. Luego, dudó si realmente alguno de aquellos soldados estaba preparado para la batalla. Pensó que no. «¿Quién podría estar preparado para semejante horror?», se preguntó y maldijo en silencio.

—Nicolás, ¿qué prefieres?: ¿Marchar a Villalba o quedarte aquí conmigo? Necesito un cabo para mi pelotón de guardia —le preguntó Marcelino.

—Me quedo. A saber a dónde se llevan la compañía —contestó Nicolás—. Seguro a un matadero.

—Sí, seguro que mañana están de nuevo en el frente —le confirmó Marcelino.

—¡Ah, odio esta guerra!

Marcelino sonrió de forma leve.

—Aquí tampoco estás a salvo —dijo finalmente.

—Los fascistas no saldrán de Teruel; así que, si nosotros no nos acercamos, entonces no tenemos mucho que temer —contestó Nicolás.

—Parece que Celadas ha caído en nuestro poder. Por lo menos el ataque ha servido para ganar alguna población. A estas alturas, es mucho.

—Es una mierda y lo sabes. Podrías darme un permiso, solo unos días. Necesito ir a Villarreal, ver a mis padres...

—Forma la guardia y no me toques los cojones.

Como olvidados por la guerra, Marcelino y Nicolás pasaron los días en el puesto de control creado en la carretera, junto a una guardia de relevos de doce soldados. Veían a menudo pasar bombarderos republicanos hacia Teruel, y

tenían que ocultarse cuando aparecían los cazas fascistas ametrallando la carretera. Nicolás hacía el recuento de las tropas que pasaban por el puesto de control hacia Celadas. Miraba aquellos camiones cargados de muchachos vestidos con uniformes impolutos. Todos lo estudiaban a él con los ojos deseosos de cambiar su situación, con envidia y poca alegría. El romanticismo se había acabado en el frente de Teruel. Las noticias de los cientos de muertos registrados en los combates se habían encargado de ello. A aquellas alturas de la guerra, la mayoría de las milicias se habían disuelto para regresar a sus hogares; las demás habían sido absorbidas definitivamente por el nuevo Ejército Popular de la República.

Aquella mañana, Marcelino observaba distante junto a su pelotón de guardia y se acercó a Nicolás, que controlaba el paso de un convoy.

—Parece que se inicia una nueva ofensiva contra Cerro Gordo —aseguró Marcelino.

—Otra vez al matadero —murmuró Nicolás.

—Otra vez —asintió Marcelino.

—Pronto los veremos regresar... a pedazos, lo que quede de ellos.

—¡Aviones enemigos! —gritó alguien de pronto, y los hombres de la patrulla de Marcelino comenzaron a correr, saltando de la carretera entre voces de alerta.

Un camión del convoy saltó por los aires mientras los demás eran cosidos por la metralla, sacudiendo toldos, cristales y las vidas de aquellos muchachos. Allí quedaron muchos, muertos dentro de los vehículos antes de poder reaccionar. Nicolás escuchó el rugir de los cazas alemanes, brutal, como si le cayera encima uno de ellos. Se volvió y apenas pudo ver la hélice y unos destellos conforme una bala del tamaño de un dedo le atravesaba el hombro.



CAPÍTULO II · PAELLA DE TRINCHERAS

A pesar de la terrible virulencia de la lucha en otros puntos de la geografía española, en el frente de Teruel el conflicto parecía haber terminado a principios de septiembre de 1937. Había pasado más de un año ondeando la bandera nacional en los edificios de la ciudad, resistiendo los continuos envites republicanos. Una calma relativa era el resultado del atroz estallido que había desembocado en una tediosa guerra de trincheras. Los soldados republicanos apenas lograban avances, por lo que desistían una y otra vez en su empeño. Los sublevados no retrocedían de sus enclaves defensivos gracias a la poderosa protección aérea que le ofrecían italianos y alemanes. Pero tampoco avanzaban, su única meta era resistir; una estrategia de desgaste que, con el paso del tiempo y el aumento de los muertos, propició que en diferentes zonas nadie se esforzará más allá de lo estrictamente justo y necesario, creándose un frente permeable y poco activo donde lo más sensato para cada soldado parecía ser estarse muy quieto.

—¡Coño, Miguelón! ¡Qué alegría! —exclamó Marcelino sentado en su trinchera.

—Me dijeron que había gente de Villarreal en esta compañía, así que he venido hasta aquí para ver quiénes eran —aseguró Miguelón acercándose para darle un fuerte abrazo.

—Pues hay unos cuantos “borratxos” más por ahí —sonrió Marcelino.

—Solicitaré el traslado al capitán. ¿Y Nicolás?

—Está en la retaguardia, lo hirieron. Cualquier día lo traen de nuevo al matadero.

—Dicen que esta zona es muy tranquila.

—Pues sí. Hasta jugamos al guiñote con el enemigo, es la única forma de conseguir vino y papel de fumar.

—No sois los únicos. Oye...

—No, no sé nada de Eva —contestó Marcelino viéndose venir la pregunta.

—Vaya, pensé que igual estaba por acá. No las vi en ningún permiso ni saben de ellas en Villarreal. Nunca regresaron a casa, deben de estar en alguna trinchera de estas —apuntó Miguelón soplando con fuerza.

—Seguro que están bien; cualquier día nos las damos de bruces. Llevo meses esperando encontrarme con ellas. Por esta zona no están.

—Todas las mujeres regresaron del frente, pero ellas no. No están en ningún hospital ni en cocinas ni en la retaguardia. Desde que supe que habían venido al frente de Teruel, no he parado de buscarlas. A veces pienso que...

—Eva y Julia no son mujeres de retaguardia. Estarán por ahí, en algún lugar —interrumpió Marcelino.

Aunque en algunas zonas apenas unos cincuenta metros separaban los parapetos de la línea de fuego, los ataques se habían convertido en pequeñas escaramuzas, y las charlas con el enemigo resultaban a menudo incluso amenas, además de injuriosas. Como cualquier otro día de aquel verano que se negaba a concluir, los soldados republicanos se ocupaban más de la caza que de controlar a los inoperantes sublevados.

—Mira qué conejos más hermosos han caído en los lazos —dijo Miguelón mostrándoselos a sus compañeros con ganas de comerlos allí mismo, crudos y con pelo.

—¡Eh, pringados, tenemos conejo! ¿No estáis hartos de gato? —gritó Marcelino apoyado en la trinchera.

—¡Nos gusta más el gato! —se escuchó tras las líneas enemigas—. ¡Además, tenemos buen jamón!



—¡La hostia, tienen jamón! —exclamó Miguelón.

Marcelino levantó la cabeza y observó detenidamente el parapeto enemigo. Se agachó lentamente. A su lado, junto a Miguelón, se encontraba mirándolo fijamente Alberto, un soldado de Burriana, seco como un espárrago y dicharachero hasta aburrir a una vaca, con el que había entablado amistad. Todos asintieron sin dudar, y volvió a asomarse. Frente a él, divisó en la distancia la mirada de un soldado rebelde con una enorme sonrisa.

—¿Nos lo jugamos al guiñote? —preguntó Marcelino en voz alta.

—¡Y una mierda bien hermosa, tenéis las cartas amañadas! —se escuchó.

Silencio.

—¿Y a los chinos? ¡También tenemos una perdiz! —insistió Marcelino.

—Nosotros tenemos arroz y aceite del bueno —contestaron los sublevados.

—¡Cojonudo! ¿Nos vemos en el hoyo diez? —preguntó Marcelino.

—Llevad sal y agua —contestaron.

—¡No olvidéis el vino y el aguardiente, llevamos tabaco! —apuntó Alberto.

—¡Y el jamón! —añadió Miguelón.

Marcelino se levantó preparado para iniciar una aventura muy peligrosa, pero que le encantaba; aunque podía resultar embarazoso si eran descubiertos por sus propios mandos. No era la primera vez. Todo había empezado semanas antes con un «no hay cojones para hacer una paella». Los largos meses de verano habían pasado sin apenas actividad en el frente, y los encuentros amistosos con un enemigo, del que ya conocían hasta sus nombres, no eran extraños.

Con sigilo, Marcelino, Miguelón y Alberto avanzaron fuera del parapeto hasta alcanzar una pequeña garganta en forma de hoyo, el denominado diez, que no era más que un cráter de dos metros de profundidad formado por dos obuses caídos en un mismo agujero. Allí estaban tres soldados sublevados con el fuego encendido, un perol, una pata de jamón bastante avanzada, varias botellas de vino, el arroz y el gato muerto. A dos de ellos, de aspecto gitano, ya los conocían de otras charlas, eran el Bernardo y Paco el Gitano. El tercero era un joven zagal de apenas quince años que permanecía en silencio, al que le quedaban grandes las botas y las trinchas, y más el casco, que le bailaba en la cabeza.

Aquella tarde comieron jamón hasta hartarse, degustaron un delicioso arroz con conejo y perdiz, y bebieron abundante vino. Hablaron de la guerra y el tiempo, de mujeres y amores, de familia y sueños, de leyendas e historias de trincheras mientras fumaban y bebían, intercambiando tabaco y anís.

—Esas mozas que tenéis en el frente, ¿follan mucho? —preguntó, de pronto, el Gitano.

—¿Qué mozas? —exclamó Miguelón.

—Ya no hay milicianas, fueron enviadas a la retaguardia —contestó Marcelino.

—Joder, pues por la zona oeste de Teruel hay un par dando guerra que te cagas. Llevan de culo a las patrullas y a cualquiera que se menee. A los oficiales los tienen fritos, son buenas tiradoras y no se dejan ver —afirmó Bernardo rascándose una incipiente barba.

—No puede ser —murmuró Marcelino.

—Sí, payo. Quedaron aisladas tras vuestras primeras intencionas de jodernos Teruel. ¡Qué burros sois, leñe! ¡Mira, tantos que sois y no podéis con una guarnición de mierda! —exclamó entre risas el Gitano.



—Han traído un tirador de los buenos, un héroe de África, para eliminarlas. ¿Es la Carmela esa de la que tanto hablan? —preguntó Bernardo rascándose el pecho.

—¿Carmela? ¿Qué Carmela? —murmuró Marcelino.

—Sí, esa, que es muy zorra... Por lista, que no por puta. Menuda hembra —contestó el Gitano.

—Ya me gustaría tener entre mis brazos a una de ellas... o a las dos —babeó Bernardo rascándose la entrepierna.

—Estás algo encendido, ¿verdad? —preguntó Alberto con una gran sonrisa.

—Verdad verdadera —asintió Bernardo.

Todos rieron con ganas, excepto Bernardo, que los miró sin entender de qué se reían.

—¿No hay mujeres en Teruel? —insistió Miguelón.

—Han huido casi todas y las que quedan son demasiado beatas, unas mojigatas que se matan a pajas antes que acercarse a un soldado —explicó Bernardo.

—Y eso que nosotros no hacemos ascos a nada —apuntó el Gitano.

—Está difícil encontrar una mujer con ganas, ya no quedan muchas gallinas, y no veas el genio que tiene la burra —dijo el Bernardo, todo serio y un tanto preocupado.

—Esas milicianas de las que hablas pertenecerían a alguna columna anarquista —asintió Alberto pensando en aquellas palabras tan raras sobre gallinas y una burra.

—Pues lo tienen jodido ahora con ese tirador. Tiene un montón de medallas, una cara de hijo de puta y una mala hostia que te cagas —afirmó el Gitano cambiando su mueca.

—Oiga, sargento, si me paso a los suyos, ¿qué me puede pasar? —preguntó el Bernardo.

—Nada, serás bienvenido —contestó Marcelino.

—¡No jodas! ¡Nos vas a traicionar tú! —exclamó el Gitano.

—¡Hostias, Gitano! ¡Tienen tías en el frente! ¡Se hincharán a follar! —arremetió el Bernardo alzando los brazos de forma desmedida, con una pata de conejo entre los dedos—. ¡Vente tú también! ¡Igual consigues mojar con algo que no tenga plumas!

—Joder, si luego nos pillan con los rojos, nos fusilan —dijo el Gitano.

—Para eso tendrían que ganar la guerra —asintió Marcelino animándolos a cambiarse de bando—. Además, vosotros parecéis gente de bien, deberíais estar con nosotros.

Un silencio lo colmó todo.

—Somos buena gente —aseguró el Bernardo.

—Nosotros vamos a ganar la guerra. ¿Acaso lo dudas? Os barrerán los legionarios y los moros de Franco —afirmó el Gitano.

—Ya no tardarán. Nos joderán las paellas; es una pena. Miedo me da —asintió el Bernardo con cierta pena.

Un disparo al aire, no muy lejano, les llamó la atención.

—Creo que deberíamos volver a nuestros puestos —dijo Miguelón.

—Vamos, rápido, recojamos —ordenó Marcelino.

—A ver si al final nos van a fusilar a todos —expuso Alberto.

—¿No queréis el gato? —preguntó el Gitano.

—No, llévate tú —contestó Marcelino.

—Mañana no tendréis conejo —sonrió Alberto.

—Nos consolaremos con un buen estofado de gato —sonrió el Bernardo.

—¡Vamos, como nos pille el capitán nos fusila! —apremió Miguelón.

En apenas unos minutos recogieron todo, incluido el reparto de la comida para los compañeros de trinchera, y



cada patrulla volvió a su parapeto. En aquel cráter quedaron abandonadas las brasas de la hoguera, restos de comida, las colillas pisadas y las botellas de vino y anís vacías como triste testimonio de la condición humana y de la estupidez de la guerra.

De regreso en la trinchera, Marcelino paseaba con las manos en el cinto. En su mente, más que preocuparle la prohibida fraternidad con el enemigo, una acuciante sospecha inquietaba todo su ser: esas mujeres de las que habían hablado los rebeldes. Todas las milicianas habían sido desmilitarizadas. Muchas habían muerto en el frente, valientes. Lo sabía. Julia y su hermana habían sido dadas por desaparecidas en las primeras embestidas milicianas contra Teruel. «¿Y esa Carmela?», se preguntó. Carmela no existía, o tal vez sí. Y sonrió lleno de esperanza.

—Oye, Marcelino, ¿tú crees que pueden ser ellas? —preguntó Miguelón asomando la cabeza en su parapeto.

—Son ellas. Julia salía a menudo de caza con su padre, sabe manejar un arma y tiene buena puntería. A mi hermana la veo incapaz de pegar otro tiro. Pero... ¡a saber!

—Tenemos que encontrarlas —aseguró Miguelón.

—Miguelón, ¿estás liado con mi hermana?

—¿Yo? Pues no sé.

—¿No sabes?

—Sí. Somos novios. ¿Te molesta?

—No, no me molesta.

—Yo la quiero de verdad; a su lado me siento un hombre afortunado.

—Me alegro por ella, Miguelón. Eres un buen hombre.

—La verdad es que pienso mucho en Eva, hace tanto que no la veo. ¿Y si las han matado? No las han matado, ¿verdad?

—No, no creo. Son ellas. Tienen que ser ellas. Lo averiguaremos.

Al día siguiente, animados por aquella información, ambos iniciaron una intensa búsqueda a lo largo de las trincheras. Preguntaron a cada guardia de relevo y se acercaron a los parapetos de otras compañías, sin resultado alguno sobre el paradero de Julia y Eva. Nadie parecía conocerlas. Sin embargo, a base de patear el frente, descubrieron que algunos de los más veteranos habían oído hablar y mucho de la tal Carmela, si bien nunca la habían visto.

Pasados cuatro días, todo seguía igual cuando llegó la patrulla de Marcelino al parapeto relevando a los soldados que habían pasado la noche de guardia. Miguelón bostezaba entre bostezo y bostezo. La oscuridad dejaba paso al azul intenso del nuevo amanecer.

—¿Sabéis algo nuevo? —les preguntó Alberto, consciente de la preocupación de ambos.

—Nada —murmuró Marcelino.

—Quizá nuestros amigos del otro lado tengan más información, parecían saber más de lo que hablaron. El capitán se ha marchado a la retaguardia; es un día propicio para otra paella —aseguró Alberto animándolos, atraído por aquel mito al que llamaban Carmela.

—¡Eh, pringaos! ¿Os queda vino? —gritó Marcelino con voz fuerte dirigida al frente.

No hubo respuesta.

—Seguramente los han destinado a otro lugar —aseguró Miguelón.

—O prefieren el puto gato —apuntó Alberto.

—No creo —respondió Marcelino. Luego, alzó la cabeza, con mucha precaución, por encima del saco terrero y no vio



nada. Una bala se estrelló a un palmo de su cara. Se agachó enseguida con el rostro cubierto de polvo y el corazón en un puño.

—Quizá sí prefieran el puto gato —cambió de opinión Marcelino.

—Pues vaya mierda. Nos quedamos sin aguardiente —añadió Alberto.

—¡Eh, mamones! Os habéis acojonado, ¿eh? Es el niño, que tiene el gatillo fácil y no aprende —se escuchó de pronto la voz ronca de Bernardo.

—¿Qué tenéis, perdiz o conejo? —le siguió la voz del Gitano.

Marcelino se volvió para asomarse con precaución.

—Tenemos tres gazapos que deben de estar tiernísimos guisados con vino —gritó.

—Eso está hecho; nos vemos en el hoyo diez —contestó Bernardo.

Marcelino se aseguró de que la zona estaba controlada y de que ningún superior estaba por allí. Se preparó y tomó los conejos en sus manos. Entonces escuchó dos disparos secos, contundentes. Alzó la mirada. A diez metros, en una zanja de la trinchera, estaba Nicolás con el fusil tenso en el brazo, apuntando al frente. Y volvió la cabeza hacia las líneas enemigas.

—Eran tres fascistas, acabé con dos de ellos —aseguró Nicolás nervioso.

Marcelino alzó las cejas y volvió la vista hacia aquel cráter. Vio dos cuerpos en el suelo, un caldero y un joven corriendo a lo lejos. Supo que Bernardo y el Gitano nunca llegarían con el vino al hoyo diez. Tragó saliva consumido por la pena. Apretó los dientes y bajó la mirada, y lanzó las crías de conejo contra el suelo con mala gana.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicolás al ver la cara de decepción de Miguelón y Alberto, que aparecieron ante él con los fusiles en las manos.

—¿Qué haces aquí? —replicó Marcelino.

—Me dieron el alta y, tras varias semanas de espera, me han mandado de nuevo al frente. Me comunicaron que estabas aquí. Este es mi sitio.

—¿Por qué has disparado? —insistió Marcelino.

—Eran enemigos, corrían hacia la quebrada. ¡Estaban ahí al lado!

—¿Acaso nos disparaban? ¿Quién te dio la orden de abrir fuego?

—No lo entiendo. ¿Tenía que dejarlos marchar a su antojo? Eran fascistas...

Marcelino pasó ante Nicolás y se alejó ignorando sus palabras, con notable enfado.

—Llevamos meses sin pegar un puto tiro... Ya has llegado —dijo Miguelón apenado.

—Nos has jodido el guisado de conejo —apuntó Alberto negando con la cabeza. Y se fue.

Nicolás se quedó solo en aquella trinchera, mirando a los lados, sin comprender nada.

Aquel tórrido día pasó sin más novedad, como el siguiente y el otro. Marcelino no salió apenas de su pequeño despacho de tierra y piedra situado en un mirador contiguo a los parapetos. El miserable destino de Bernardo y del Gitano lo habían devuelto a la terrible realidad. La muerte de aquellos dos soldados rebeldes lo había conmocionado, pues eran amigos, o eso pensó. No merecían una muerte así. «¿Por qué luchaban en el bando sublevado?», se preguntó. Tenía claro que no eran fascistas, eran buenas personas. Entonces, ¿por qué?



Nicolás, por su parte, andaba recorriendo las trincheras, siempre al acecho, disparando contra todo lo que se movía a pesar de su mala puntería. Él no tenía amigos en el frente, cualquier soldado rebelde era un fascista que abatir. Era así, debía ser así, lo contrario no tenía ningún sentido en la guerra.

—¡Hijos de puta! ¡Rojos de mierda! ¡Asesinos! —se escuchaba con frecuencia desde el bando sublevado. Era la voz del zagal.

El muchacho había presenciado la muerte traidora de sus compañeros y, ahora, consumido por la rabia, se pasaba los días disparando sobre las posiciones republicanas. Nicolás respondía siempre con más disparos, y otros soldados lo seguían, con lo que, al final del día, se desataba una lluvia de plomo sobre ambos bandos. A menudo se incrustaban las balas enemigas en el parapeto de Marcelino, buscando la vida de cualquiera. Miguelón y Alberto observaban sin comentar nada, sin pegar un tiro, sentados en el fondo embarrado, viendo pasar el tiempo y esperando los acontecimientos. La fraternidad con el enemigo, las paellas de conejo, la cocina caliente y el aguardiente se terminaron. La tranquilidad en la zona se había acabado, y la guerra había vuelto a las trincheras.

—Esa pestaza me va a matar —dijo Nicolás.

—Si tanto te molesta, sal ahí fuera y entiérralos —expuso Marcelino.

—¿Yo?

—Tú los has matado.

CAPÍTULO 12 · EL TIRADOR ROJO

En el centro de una mira telescópica, el ojo sagaz de un tirador acechaba a un alférez que mandaba a las tropas sublevadas contra las trincheras republicanas. Recorrió su pecho con la vista, sin parpadear, y observó detenidamente la estrella de seis puntas. Los rebeldes trataban de romper aquella posición y desbloquear así la zona oeste. El dedo apretó el gatillo y el arma rugió. El oficial se sacudió aguijoneado por la muerte súbita.

—¡Es inaudito! ¡Hay que acabar con ese tirador! —exclamó con furia el comandante rebelde en el despacho del cuartel general de Teruel, rodeado de sus mandos directos.

—En ello estamos, mi comandante —comentó un oficial.

—¡En ello estamos! ¡En ello estamos! —reprochó el comandante aireando los brazos.

—Yo acabaré con él —aseguró un teniente de tez morena, con unas enormes patillas y un bigote ancho y espeso, mientras entraba con paso firme en el despacho. Y se cuadró marcialmente, saludando y mostrando el respeto debido.

El comandante lo miró de soslayo y se acercó hasta un pequeño mueble bar. Se sirvió con paciencia una copa de brandy y la saboreó.

—Teniente Gutiérrez, tirador de primera de la Legión Extranjera, a sus órdenes, mi comandante —se presentó aquel oficial de tez morena.

—¿Quiere una copa, teniente?

—Seguro; cuando acabe mi empresa. Gracias, mi comandante.

—Bien... Tenemos un problema con ese tirador rojo. Está acabando con mis oficiales. No hay mayor desbarajuste que una tropa sin mando.



—¿Solo abate oficiales?

—Generalmente, sí... Y a suboficiales —contestó otro de los mandos reunidos.

—A veces soldados, pero no a menudo. Les arrebatamos las municiones, la cantimplora y el zurrón con el pan y las chocolatinas —apuntó un tercero.

—Vaya. Debe de ser bueno. Sabe esperar, contener su ansiedad y elegir. Así no se descubre fácilmente y abate buenas presas —contestó el teniente Gutiérrez.

—¿Buenas presas? —preguntó el comandante.

—Es, digámoslo así, una forma de hablar. Acabaré con ese tirador rojo.

—Eso espero.

—¿Qué saben de él? Dicen que es una mujer, ¿es así? —preguntó Gutiérrez.

—Eso dicen; no lo sabemos con certeza. Carmela la llaman —expuso un mando.

—No creo tal cosa, ¿cómo podría ser? —preguntó retóricamente el comandante.

—Debe de ser un tirador adiestrado que, quizá, actúe acompañado de una mujer —aseguró otro oficial.

—Veo que no tienen mucha idea —apuntó Gutiérrez—. Actúa en el sector oeste, ¿verdad?

—Se mueve mucho. Aunque ha aparecido en dos ocasiones al norte, esa es la zona más propicia en la que actúa desde la última ofensiva de los rojos. El frente es bastante permeable en ese sector, pero aún permanece ahí. Quizás esté aislado.

—Si sabe moverse bien, podría haber huido fácilmente a la zona roja —indicó Gutiérrez.

—Pues no lo ha hecho.

—Entonces está cómodo. Quiere luchar —apuntó Gutiérrez.

—Se provee con nuestras municiones —expuso un tercero—. Las roba a los muertos.

—¿Qué come? —preguntó Gutiérrez—. No puede vivir de chokolatinas.

—Con esa puntería no le faltará caza en el monte. Además, hay numerosas familias escondidas de la guerra por la zona, a saber —le contestaron.

—Teniente, espero que le meta un tiro a ese rojo. ¡Entre ceja y ceja! Y cuanto antes —le ordenó el comandante—. Nos hace más daño ese fusil que las miles de balas que nos castigan a diario.

—Confíe en mí, comandante. Lo encontraré; para eso he venido. Solo necesito un poco de tiempo.

—No tenemos tiempo. ¡Acabe con él! ¡O con ella! ¡Lo que sea! Pero dele candela.

El teniente Gutiérrez tuvo que esperar una semana hasta que el tirador republicano actuó de nuevo. Está vez abatió a un sargento y dos guardias civiles que se habían acercado a la paridera de una casona en busca de carne. Sus cuerpos fueron hallados sin munición ni armas, con una bala certera en el pecho cada uno. Los labriegos dueños de aquel pedazo de tierra, un hombre mayor y su mujer, acompañados por sus cinco hijos, de catorce años el mayor y apenas seis el menor, permanecían en silencio ante los soldados rebeldes. Mientras, la cosecha y el ganado eran requisados para trasladarlos de inmediato a Teruel.

—No sabemos nada; créame, capitán —aseguró el anciano ante Gutiérrez.

—No soy capitán, sino teniente —aseguró el oficial revisando lentamente su pistola, dejando bien claras sus intenciones.



—Les dimos carne y grano en abundancia a sus guardias y, entonces, de la nada, escuchamos los tiros. Nosotros no hemos sido. Siempre hemos colaborado con ustedes — insistió la mujer.

—A ver, niños, poneos en fila por edad. Mirando a la casona —ordenó con una sonrisa el teniente Gutiérrez—. Vamos a jugar a un juego muy divertido. Señora, seré indulgente, ¿qué prefiere? ¿De mayor a menor o de menor a mayor?

La mujer, al ver que el oficial se colocaba tras los niños y estiraba el brazo con la pistola en la mano, apuntándoles a la cabeza, saltó desesperada a sus pies.

—¡No, mis hijos no! ¡Le juro que no sabemos nada!

Los niños miraban a la casona. Mientras el mayor de ellos temblaba y las lágrimas le brotaban, el menor sonreía tratando de adivinar la causa del juego.

—¡Por Dios, teniente! —le rogó el anciano—. Mi hijo luchó contra los rojos y murió. Y sus hombres siempre fueron atendidos en nuestra humilde morada. ¿Por qué nos hace esto?

El oficial levantó levemente la cabeza, sin apartar la mirada y el arma de la nuca del menor de los niños. Un sargento se acercó y se situó a su lado.

—Es verdad, mi teniente. Muchos propietarios de las zonas rurales nos apoyan desde el primer día. Al padre de estos mocosos lo conocí yo. Lo llamaban Joaquín; le pegaron un tiro los rojos cerca de Teruel.

Gutiérrez alzó el brazo armado, apretando los labios. Se alejó guardando el arma y miró hacia un cerro encrespado no muy lejano.

—¿Y dispararon desde allí? —preguntó dando un paso atrás.

La mujer abrazó a sus hijos entre lloros.

—Yo diría que fue desde la loma de al lado, mi teniente —contestó el anciano.

—¿Ya no jugamos? —preguntó el menor de los niños, corriendo con una sonrisa inocente hasta donde se encontraba el teniente Gutiérrez y quedó mirando al cerro.

—Tu madre no quiere que juguemos. Cree que podríais haceros daño. Pero ten, un premio —contestó el teniente obsequiando al zagal con una chocolatina.

—¡Ah, qué bien! ¡Como las de tía Carmela! —exclamó el niño todo contento.

Gutiérrez lo miró con una sonrisa decreciente y alzó su vista hacia la madre.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó amablemente mientras le quitaba la envoltura a la chocolatina.

—José, pero todos me llaman Pepito —contestó el niño.

—Pepito, hijo, ¿no sabes dónde está tía Carmela? ¡Ten, otra chocolatina!

—No. Va y viene de allí —aseguró el niño, contento y señalando con el dedo el cerro encrespado—. ¡Siempre nos trae chocolatinas como estas! ¡Están muy ricas!

—Hijo... —susurró la madre, descompuesta.

Bajo el manto estrellado, el llanto desconsolado de un niño se hacía escuchar en la sierra turolense. Arrastrado por el viento, penetraba en el bosque y las quebradas. En el silencio de la noche, aquella voz llegaba a oídos de todos. En el bando republicano se preguntaban qué pasaba, qué hacer. Los soldados de guardia, inquietos, levantaban la cabeza para escuchar mejor. En el bando rebelde, conscientes de lo que ocurría, esperaban ansiosos el devenir del tiempo.

Amparada en la oscuridad, la mira del rifle del legionario apuntaba a la cabeza del zagal. La trampa estaba preparada

con esmero, nada podía fallar. Para llegar hasta Pepito, la ansiada presa tenía que descubrirse a la luz del pequeño candil que alumbraba al niño.

—No vendrá, es muy tarde —aseguró el sargento ladeándose.

—Vendrá. No me toque más los cojones. ¿Conque conocía a Joaquín, eh? No tiene usted ni puta idea de la guerra —le recriminó el teniente Gutiérrez.

—Yo... Lo siento, mi teniente. No pensé que pudieran ser traidores.

—Silencio, sargento. Ya habrá tiempo de hablar.

—Tampoco era necesario que... No sé qué pensará el comandante de esto.

Gutiérrez lo miró de forma asesina.

El sargento volvió la vista al frente y calló.

Un movimiento ligero cerca de la casona alertó al cazador, alguien se acercaba finalmente al cebo. Sonó un disparo en la distancia, y el candil saltó por el aire haciéndose la oscuridad. Pepito dejó de llorar. Sin poder ver, Gutiérrez disparó dos veces. El sargento se asomó para ver si había alcanzado a alguien y cayó sacudido hacia atrás con una bala alojada en la cabeza.

De nuevo, el silencio. Aquella noche únicamente se escucharon esos cuatro disparos en todo el frente.

Al amanecer, los graznidos de cuervos, grajas y cornejas se hacían escuchar cerca de la casona. En el granero se hallaban, amontonados en un charco de sangre, los cuerpos inertes del anciano, la mujer y cuatro de sus hijos.

El teniente Gutiérrez se había desplazado veinte metros a la derecha, cubierto por una pequeña vaguada, hasta un grueso tronco caído, desde donde se divisaba la casona y

el cerro escarpado. Seguía pendiente de todo sin ver nada extraño. Pepito no estaba. Allí permanecía el puntal clavado en tierra y la cuerda sesgada con la que había sido atado. Volvió la vista hacia la izquierda y observó el cadáver del sargento. Tres dedos de distancia y la curiosidad de aquel hombre que se había empeñado en permanecer junto a él para hacer méritos lo habían separado de una muerte cierta.

—Aún estás ahí. Esperando, ¿verdad? Sí, eres bueno, muy bueno —murmuró tenuemente el teniente con cierta emoción, vivo ante el desafío. En su mente analizaba lo acontecido esa noche. Pensó que, sin duda, mientras alguien se llevaba al niño, el tirador rojo había estado esperando a que él disparara para descubrir su situación. Sabía que salir ahora de su escondite, sin localizarlo, lo condenaría a muerte.

Tocaba esperar.

Tal vez mejorar la posición y vigilar.

No, mejor no.

A media mañana, una patrulla de soldados rebeldes se acercó a la casona.

—¡Teniente Gutiérrez! —exclamó el cabo primero que la guiaba.

Nadie contestó. El suboficial anduvo por el lugar y los soldados revisaron todo.

—¡Dios! Mi primero, en el granero están la mujer de Joaquín y los niños. Y el abuelo. Todos muertos.

—¿Qué diablos ha ocurrido aquí? —se preguntó el cabo primero estudiando los cadáveres, indignado ante aquel brutal crimen.

—Los fusiló el teniente ese que han traído. Los mató uno tras otro. Está loco —contestó uno de los soldados.

—Como todos los legionarios —señaló otro de ellos.



—Pero ¿por qué los iba a mandar fusilar? ¿Quién te dijo eso? —preguntó el suboficial.

—Uno de los guardias que los acompañaron me lo contó ayer en la cantina. Por lo visto, la mujer de Joaquín ayudaba a la tal Carmela. Le prepararon una trampa con el menor de los niños. Se quedaron el sargento y ese teniente para esperarla.

—Puto legionario. Esto es una masacre. ¿Qué culpa tendrían los niños? ¡Revisadlo todo! A ver si encontramos al niño con vida —exclamó el cabo primero.

—¡Mi primero! —exclamó uno de soldados desde fuera del granero—. ¡Aquí está el sargento! ¡Frito! ¡Le han volado la cabeza!

Aquel soldado levantó la vista y vio al teniente tras el grueso tronco, con un dedo sobre los labios ordenándole silencio.

—¡Mi teniente! ¡Está usted herido! —exclamó el soldado.

Gutiérrez insistió abriendo exageradamente los ojos y mirando continuamente a la mira de su fusil, fija sobre el cerro.

—¿Qué ocurre, soldado? —preguntó el cabo primero saliendo del granero.

Sonó un disparo y un pequeño destello polvoriento se vio en el cerro. Una bala se incrustó en la cabeza del cabo primero. El teniente Gutiérrez disparó a su vez y permaneció en guardia. Los soldados saltaron poniéndose a cubierto y abrieron fuego. Un centenar de balas impactó contra las rocas del cerro.

A través de la mira telescópica, el teniente estudió cada palmo tratando de localizar al tirador republicano. Solo veía los impactos de sus soldados taladrar la zona. Quitó el dedo del gatillo y se levantó lentamente. La presa estaba muerta o había huido.

Cuando las botas del teniente Gutiérrez se posaron sobre la loma del cerro, enseguida localizó el lugar desde el que se habían efectuado los disparos y halló los cartuchos de las balas que habían acabado con el sargento y con el cabo primero, y con el que había apagado el candil.

—Tres tiros limpios, efectivos, no más —murmuró.

Una mancha de sangre le delató que su presa había sido alcanzada. La hierba aplastada, el roce de las botas en el suelo... Todo indicaba que el tirador había permanecido fijo en aquella posición, esperando sin delatarse. Estudió el terreno y siguió un leve rastro de sangre. Poco más abajo, descendiendo la loma por la pendiente contraria, encontró el envoltorio de una chocolatina. Se agachó y estudió el abrupto terreno que se abría ante él.

—¡Mi teniente! —escuchó y se volvió.

—¿Sí?

—¡Hay una ofensiva en el sector sur! ¡Debemos regresar! ¡Los rojos avanzan, aquí no estamos seguros!

—Estás ahí, no muy lejos —murmuró Gutiérrez, observando el monte y dio un paso adelante.

La artillería republicana se dejó escuchar con un rugido atronador. Acompañando el fuego artillero, la Gloriosa empezó a bombardear la zona, llegando a sobrepasar las trincheras hasta Teruel. Gutiérrez gruñó con cierto enfado, retrocediendo. Más cuando vio acercarse a numerosos soldados enemigos que trataban de hacerse con el cerro.

—¡Regresemos a los parapetos! —ordenó a la vez que abría fuego sobre los republicanos.

Con una mirada atrás, pareció perdonar la vida del tirador que, sin duda, pensó debía de permanecer por allí, quizá malherido, con quien lo estuviera ayudando, y seguro que con el pequeño Pepito.



CAPÍTULO 13 · LA OFENSIVA DE TERUEL

El Ejército Nacional, como se autodefinió el bando sublevado, estaba compuesto por divisiones completas y disponía del apoyo de la aviación alemana e italiana. Sus tropas habían avanzado por todos los frentes, con éxito bajo el mando único de Franco, proclamado a finales de 1936 por la Junta Militar (de generales sublevados) como Generalísimo de todos los ejércitos y jefe de Estado de la nueva España.

El firme avance de los sublevados en todo el territorio español a lo largo de 1937 hizo que la verdad dejara de ser ignorada en aquellos largos meses donde tantos murieron y nada se ganó. El sentimiento de que para vencer se necesitaba el esfuerzo de todos, olvidar la revolución e intentar frenar el Alzamiento Nacional se hizo incuestionable. El Gobierno republicano logró conducir totalmente las milicias a lo largo de aquel funesto año, organizó por completo el Ejército Popular con la ayuda de la Unión Soviética y preparó una gran ofensiva para tratar de recuperar el frente de Aragón y expulsar a los sublevados de Teruel. Numerosos efectivos militares comenzaron a llegar a la zona.

Las refriegas en el frente se intensificaron conforme pasaban los meses, con diferentes intentonas de asalto por ambos lados. Sin éxito. Se había pasado de un frente tranquilo y permeable en primavera, donde se podía echar un guiñote con el enemigo, a una tensa línea de fuego en invierno donde no cabía fraternidad alguna.

Con la llegada del más duro invierno, a mediados de diciembre, más de setenta mil soldados del Ejército Popular iniciaron la nueva ofensiva. Se encontraban seguros de la victoria por la gran desproporción de material y hombres entre los dos bandos. Apenas cuatro mil sublevados defendían

Teruel. Las fuerzas republicanas avanzaron por el sur logrando cerrar completamente el cerco sobre la ciudad. Y acometieron contra la cresta situada al oeste, la Muela, cuya posesión era decisiva para la conquista de la plaza.

—¡Se retiran al interior de la ciudad! —gritó Marcelino sin dejar de disparar.

—¡La Muela es nuestra! —exclamó Miguelón, que no andaba lejos de Nicolás y Alberto.

—¡Sargento! —se escuchó tras ellos.

—A la orden, camarada capitán —respondió Marcelino.

—Tome posiciones y forme un perímetro defensivo en la Muela, y que no cese el fuego —ordenó aquel capitán de acento ruso.

Conquistada la cima, Marcelino mantuvo a sus hombres sobre la Muela, desde donde observaba a los soldados de las tropas republicanas luchar y morir en los alrededores de Teruel. Ellos tenían un respiro, pero la batalla continuaba.

—No se esperaban una ofensiva tan potente —dijo Marcelino.

—¡Al fin avanzamos! —exclamó Miguelón sonriendo.

—Mierda, pues podríamos avanzar por otro lado. ¿Tenía que ser por Teruel? ¡Con lo tranquilos que estábamos por aquí! —contestó Nicolás.

—Por algún sitio teníamos que avanzar —expuso Miguelón.

—No es casualidad, la ciudad estaba ya rodeada por nuestras tropas. La debilidad de los sublevados ha convertido Teruel en un objetivo apetecible para el Ejército Popular. ¡Necesitamos una victoria! —explicó Marcelino.

—¡¿Y para qué quieren ese montón de ruinas?! —exclamó Nicolás.

—Creo que el objetivo no es Teruel, que también, sino aliviar la situación en Madrid —confesó Marcelino.



—¿Y qué tiene que ver Madrid con Teruel? ¿Se quedan sin jamón? —preguntó Miguelón.

—Es necesario fragmentar las fuerzas sublevadas para evitar la inminente caída de Madrid —aseguró Marcelino—. Tenemos que defender nuestras posiciones, dar efectivos golpes de mano y esperar que la política internacional se decida de una vez a intervenir a nuestro favor.

—Mierda de guerra. Mientras ellos juegan al gato y el ratón, nosotros, los pupas, a pagar los platos rotos como siempre. ¿Verdad? —preguntó Nicolás.

—Nicolás, son nuestros platos —respondió Marcelino—. Los fascistas están ahí, quieren nuestro pellejo y nadie luchará por nosotros si no somos los primeros en dar la cara.

—¡Sargento! —gritó Alberto corriendo hasta ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcelino.

—¡Esas mujeres, las milicianas! —exclamó Alberto.

—¿Qué milicianas? —preguntó Nicolás.

—Las han visto en el frente oeste. Al ocupar la zona sublevada, encontraron a dos milicianas que llevaban un crío encima —explicó Alberto.

—¿Dónde están? —preguntó Marcelino visiblemente emocionado.

—Siguen luchando, no están lejos. Dicen que entregaron el niño a los sanitarios y se dirigieron hacia Teruel. Nadie se atrevió a ordenarles que regresaran del frente, y eso que una de ellas está herida —apuntó Alberto visiblemente excitado.

—¿Quiénes? ¿De qué milicianas habláis? —insistió Nicolás.

—¡De Carmela y su compañera, coño! —contestó Alberto.

—Julia y Eva, solo pueden ser ellas —aseguró Marcelino con una gran sonrisa, ante la sorpresa de Nicolás.

—¡Sí! ¡Están vivas y dando guerra! —celebró Miguelón.

En los alrededores de Teruel comenzaron a desarrollarse intensísimos combates bajo una tremenda nevada. Los soldados ahondaban casa por casa hacia el interior de la ciudad, en un ambiente tenso y confuso que provocaba que numerosos combatientes sobrepasaran la línea del frente para acabar a tiros en la retaguardia del enemigo.

Caída la noche, dos milicianas permanecían ocultas entre los cascotes, con los fusiles en alto, sin poder avanzar ni retroceder. Estaban heladas, tiritando ante el horrible frío de Teruel, cubiertas de nieve y con escarcha hasta en las cejas. Tras ellas, tres soldados se cubrían del fuego enemigo apoyados en la esquina de una casa derruida. Por delante, numerosos combatientes de diferentes bandos corrían en direcciones ambiguas, envueltos en las espesas nubes de humo producidas por las explosiones.

—Solo faltaría que, después de todo, muriéramos aquí congeladas —se dijo Julia.

—Vuelves a sangrar. ¡Mierda! Ese legionario cabrón casi te vuela la cabeza —dijo Eva observándole el hombro, castañeteando los dientes.

—No debimos dejarnos llevar... —Regresemos, que te miren ese hombro —le propuso Eva.

—¿Por dónde? Esto es un caos.

—¡Mierda! —exclamó Eva y disparó a una sombra que corría hacia ellas con la bayoneta calada.

—¿Le has dado? —preguntó Julia asomando la cabeza.

—No lo sé.

—Era de los nuestros —aseguró Julia lamentándose.

—No puede ser, venía de las posiciones enemigas y con la bayoneta.

—Pues era uno de los nuestros.

—¡Pues esos no lo son! ¡Dispara! —exclamó Eva.



Una compañía abrió fuego por encima de ellas, abatiendo al enemigo que se les echaba encima.

—¡Vamos, vamos! ¡Hay que retroceder! —ordenó el sargento ignorándolas en un primer momento y gritando a los soldados republicanos que se hallaban por la zona dispersos.

—¿Huir...? ¡Otra vez! —exclamó Eva.

—¡Mierda!, salgamos de aquí.

—¡Dios! ¿Estáis bien? —preguntó el sargento acercándose rápido a ellas, cubriéndolas con sus disparos.

—¡Marcelino, hermano! —exclamó Eva.

—¡Eva! ¡Julia? ¡Llevamos tanto tiempo buscando!

Por unos momentos, Eva y Marcelino quedaron abrazados.

—Solo podíais ser vosotras las últimas milicianas del frente de Teruel, es más, teníais que ser vosotras. ¡Al fin os hemos encontrado! —aseguró Marcelino, y soltó a su hermana para atender a Julia.

—No se ve nada, mi sargento —dijo Alberto en referencia al enemigo, con la boca abierta, embelesado ante la presencia de Julia, aquella hermosa y mítica miliciiana.

—Nos vamos —ordenó Marcelino—. Julia, ¿estás bien? ¿Y ese hombro?

—No es nada —murmuró ella y, con una gran sonrisa, observó más allá.

Marcelino volvió la vista y vio a su hermana abrazada con fuerza a Miguelón, quien la apretaba tanto que parecía que iba a asfixiarla entre sus enormes brazos.

—¿Nos estabais buscando? ¿Has venido por nosotras? —le preguntó Julia.

—Sí. ¿Qué órdenes tenéis? —preguntó Marcelino.

—¿Órdenes? —se preguntó Julia—. Hace tiempo que nadie nos ordena nada.

—A nuestro teniente le pegaron un tiro en la cabeza hace más de un año. La columna en la que estábamos fue

masacrada. Un guardia civil nos vendió —continuó Eva separándose un poco de Miguelón.

—Fue una carnicería. No sabemos qué ha sido de los demás, si es que alguien sobrevivió —dijo Julia.

—Venid con nuestra compañía, nosotros nos replegamos por unos días a un pueblecito. La gente nos trata bien y podréis descansar, os lo tenéis merecido. Además, me han dicho que en unos días llegan refuerzos de Valencia. Tiraremos a los fascistas de Teruel.

—No creo. Aquí cada uno hace la guerra por su lado —aseguró Julia.

—¿Qué dices? No sabes nada de cómo va la guerra, ¿verdad?

—No sé mucho, no. Hemos estado aisladas y muy ocupadas durante este tiempo. Solo sé que no debe de ir muy bien, pues aún están ahí —contestó Julia señalando con el dedo hacia atrás, hacia las posiciones de los sublevados—. Pero me sorprende ver un ejército de verdad para enfrentarse a los facciosos, ya era hora. ¿Y las milicias?

—El Ejército Popular de la República está plenamente constituido. Se han necesitado tres presidentes de Gobierno, el apoyo soviético y muchos fracasos para que las milicias comprendieran la necesidad de un mando único, de ese ejército de verdad que tanto pedías.

Julia alzó las cejas, incrédula.

—¿Tú eres Carmela? —preguntó Alberto inquieto, como si ella fuera una celebridad.

—Todos saben que habéis estado muy ocupadas, ¡Carmela! —aseguró Marcelino.

—¿Tú eres la que se cargó media compañía de la Guardia Civil? ¿La que tiene fritos a los oficiales fascistas? Todos hablan de tus proezas, eres una heroína —insistió Alberto.



Julia apenas asintió un poco, algo desconcertada por aquellas palabras.

—Lo sabía, no podía ser un bulo cuando tanto les jodía —sonrió Alberto.

—Quedamos aisladas, estuvimos luchando por nuestra cuenta. Aquel día que dices, nos encontramos una compañía de guardias civiles acosando a los nuestros y logramos sorprenderlos —afirmó Julia.

—Pues menos mal que les distéis plomo; nos hubieran machacado —afirmó Alberto.

—¿Tú estabas con ellos, con esos milicianos?

—Sí, y el capitán también.

Una fuerte explosión los hizo dejar la charla y resguardarse de inmediato.

—Vamos, salgamos de este infierno —ordenó Marcelino.

—¿No estáis en la ofensiva? —preguntó Julia extrañada.

—No, nuestra posición está en la retaguardia —contestó Marcelino.

—Entonces, ¿es verdad que habéis venido por nosotras? —preguntó Eva emocionada.

—Sí —le dijo sonriendo Miguelón, y la tomó en brazos para salir con ella corriendo de allí.

La compañía de Marcelino se alejó de la ciudad y fue ascendiendo hasta alcanzar la cima de la Muela de Teruel. Allí permanecían unos camiones militares con muchos soldados, y no paraban de llegar más. En el lugar se había alzado un campamento itinerante donde el alto mando se reunía para observar el devenir de la batalla.

—¡Sargento! ¿Quiénes son esas mujeres? —preguntó el capitán, con su claro acento ruso, nada más verlas llegar al campamento.

A su lado, dos oficiales más observaban tediosos.

—Son milicianas, señor —contestó Marcelino.

—¡Milicianas! No diga tonterías, sargento. Retíreles las armas y mándelas a intendencia.

—¿Qué? —preguntó Julia exaltada.

—Sargento, obedezca —ordenó el capitán.

—¡Una mierda me vais a desarmar! —exclamó Julia.

—¡Marcelino! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó Eva afianzándose a su pistola.

Con un movimiento de cabeza, el capitán ordenó a sus hombres apresar a las jóvenes, que fueron zarandeadas y desarmadas en unos segundos, cayendo a tierra desconcertadas.

—Estoy harto de putas en el frente —aseguró el capitán.

—Creí que esto se había acabado —expuso uno de los oficiales.

—Por lo visto aún quedan algunas haciendo sus negocios —asintió el otro.

—Pero... ¿Qué coño? ¡Hijos de puta! —exclamó Julia, dolida, echándose mano al hombro.

—Mi capitán, es mi hermana Eva y una amiga... Carmela —intervino Marcelino.

—¿Carmela? —preguntó el capitán en voz alta, y todos los presentes volvieron la vista hacia aquellas dos jóvenes.

—Llevan combatiendo firmemente durante más de un año. Solas. Su valor y determinación están fuera de toda duda. Ellas salvaron el culo a su columna hace un tiempo y han eliminado a muchos mandos entre los sublevados. No son putas, son verdaderas guerreras.

Aquellas palabras silenciaron al capitán, que se acercó lentamente y ayudó a Julia a levantarse, mientras Miguelón alzaba a Eva.



—Carmela —susurró el capitán recordando la fugaz visión que tuvo de ellas a través de los prismáticos en aquel cerro.

—Mi nombre es Julia.

—Estás sangrado mucho. Veo que estás herida en el hombro. ¿No te llamas Carmela?

—Carmela solo es una estúpida canción.

—Sí, ya sé. La cantaban los guerrilleros que luchaban contra las tropas de Napoleón —afirmó el capitán sin dejar de estudiarla—. Debéis disculpar nuestra severidad. Mi nombre es Ivanovich Rostov, pero puedes llamarme Iván.

—Le llamaré capitán, es su rango —replicó Julia con la mano en el hombro.

—Nos costó mucho formar un ejército regular como para permitir cualquier infiltración miliciana. El nuevo ejército no contempla en sus filas féminas combatientes —aseguró Ivanovich pausadamente.

—No puede ser cierto —protestó Eva.

—Nos estáis discriminando por ser mujeres... ¡Ahora! Después de todo —apuntó Julia.

—Necesitamos mano de obra en la retaguardia, atención en nuestros hospitales e intendencia para los hombres del frente. Se acabó que un hijo se preocupe más de su madre o de su amante en el frente que de abatir al enemigo. Se terminó la distracción y el romanticismo revolucionario. La guerra no es un juego.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julia a la defensiva.

—La mujer en el frente nos hace débiles —afirmó uno de los oficiales.

—Eso es una vulgar justificación, digna de un cabrón.

—No insistas más, mujer. La sífilis y la gonorrea nos causaban más bajas que el enemigo —afirmó el otro oficial hiriendo la sensibilidad de las dos mujeres.

—Putos cabrones... —murmuró Eva.

—Nosotras luchamos por la República para ser libres, no para que ahora vengan unos soviéticos a decirnos lo que tenemos que hacer llamándonos putas y con la intención de enviarnos de nuevo a la cocina de una cueva —aseguró Julia.

—¡A planchar calzoncillos! —apuntó Eva.

El capitán Ivanovich levantó las cejas y sonrió al verlas exaltadas de tal forma.

—Sargento, llévase a su hermana y a esta mujer revoltosa, Carmela, Julia o como quiera que se llame. Que se asean. Denles ropa adecuada y que coman algo. Huelen que apestan y se las ve heladas de frío —ordenó finalmente mientras tomaba el fusil de Julia. Luego, se volvió ignorando por completo a las dos mujeres.

—¿Revoltosa? ¿Yo revoltosa? ¡Dame mi fusil! —gritó Julia indignada.

—Que le miren ese hombro, sangra mucho. Y que las manden a la retaguardia —añadió Ivanovich y se alejó con el arma, observando la mira telescópica y la culata, ambas manchadas de sangre seca.

—A la orden, capitán —respondió Marcelino.

A la mañana siguiente, Julia despertó con la herida de su hombro curada y un enfado monumental, solo superado por el que mostraba Eva. Salió y observó su entorno sin decir una palabra, tratando de situarse. Habían sido trasladadas a una casona perdida, rodeada por un extenso manto de nieve. Allí vivía una familia de la población de Celadas. El hombre era muy delgado, y la mujer gorda, muy gorda. Parecía que todo lo que le faltaba a él le sobraba a ella. Eran muy simpáticos, daba la sensación de que la guerra no existía para ellos a pesar de haber enterrado parte de la familia. Los hijos habían



sido muertos por los sublevados; y el abuelo, fusilado por los republicanos. Tenían una hija de unos ocho años, Lolita, quien siempre iba de la mano de una anciana de aspecto afable a la que llamaban Antonia.

—Debes descansar, esa herida lo precisa, y ahí afuera, créeme, nadie te necesita —le dijo la anciana.

Julia gruñó y arrugó la nariz ante la mirada curiosa de la pequeña Lolita.

—¡Buenos días! —exclamó Ivanovich. Tras él entraron en la casona Marcelino y Miguelón, quien, de inmediato, desapareció con Eva.

—¿A dónde nos has traído? —le replicó Julia.

—Cálmate. Debes descansar, estás al borde de la extenuación. Durante la operación, desfalleciste. Me sorprende que sobrevivieras a tu herida.

—¡Marcelino! —le requirió una explicación fijando la vista sobre él.

—El capitán tiene razón. Ya has hecho mucho.

—Os odio —respondió ella.

—Pasarás un tiempo con esta familia y, cuando la nieve se despeje y estés mejor, podréis volver a vuestro hogar —ordenó el capitán.

—¿Qué haces aquí? Ese recado me lo podía haber traído Marcelino. No hacía falta que vinieras. No quiero verte. ¿Y mi fusil?

Ivanovich no supo qué responder en principio. Era verdad, «¿qué hacía él allí?», se preguntó en silencio. Había ido a verla. No dijo nada, solo pudo cruzar los ojos con los de ella, y los vio llenos de rabia, pero de una belleza tal que calaban en su interior hasta lo más hondo de su corazón sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—He venido a darte las gracias por salvar a mis hombres en aquella quebrada.

—Vale, pues ya lo has hecho; ahora puedes marcharte — espetó ella con enfado.

—Capitán, sargento, siéntense a la mesa, les traeré un caldo bien calentito —los invitó la anciana, para disgusto de Julia—. Lolita, ponle cubiertos al capitán.

—Gracias, señora Antonia. Usted siempre tan amable — respondió el capitán, y acarició la cabeza a la pequeña Lolita, que le llevaba un plato, una cuchara y un mendrugo. ¿Y tú cómo estás, princesa?

A principios de enero de 1938, el Ejército Popular consiguió doblegar finalmente la enconada resistencia de los sublevados en Teruel. Tras varios días sin municiones, alimentos ni agua, los soldados que todavía resistían entre las ruinas se rindieron.

Julia y Eva, desarmadas, habían asistido impotentes al rugir de los combates desde la distancia, escuchando sin ver. Sus amigos Marcelino, Miguelón y Nicolás se acercaban siempre que podían a visitarlas. Los solía acompañar Ivanovich con la excusa de descansar un poco de las obligaciones del frente. El capitán apenas decía nada, solo escuchaba y observaba. Todos sabían por qué visitaba aquella casona, menos Julia.

—Niña, ayúdame con el puchero —le dijo Antonia, la afable anciana, en la cocina.

Julia la ayudó llevando la enorme olla, donde todo se cocía, al centro de la hoguera. La pequeña Lolita la acompañaba llevando el cazo y una sonrisa.

—¿Qué te pasa? ¿Aún estás enfadada porque no te dejan luchar? —preguntó Antonia.

Julia asintió, remugando y alzando una mano en señal de protesta.

—Pues deberías alegrarte. Allí solo hay muerte. Un día, todo pasará y solo quedarán los huesos de los muertos.



Nadie recordará lo que pasó aquí, o no importará. Y créeme, dará igual quién sea el vencedor o el perdedor —aseguró la anciana.

—No puede decir eso. En esta guerra se decide mucho —contestó ella.

—No. Todo seguirá igual o peor para nosotros. ¿Qué puede cambiar? La cosecha se tiene que recoger, el ganado ha de pastar, el queso se ha de curar y el jamón secar —aseguró Antonia, y, de pronto, paró de hablar y de menear el caldero.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Julia.

—Mi marido... Mis nietos... ¡Me los han matado! ¡Y qué sabían ellos sino de parideras, sembrados y gazapos! —lloró la anciana, y Lolita se le abrazó.

—No llores, abuelita —le pidió la niña.

Julia tragó saliva. Comprendió el sinsentido para aquella anciana de la barbarie desatada en su tierra por personas que ni tan siquiera conocía y que, bien cierto era, nada cambiaría para ella.

—¿Y ese capitán? ¿Acaso no te gusta? —dijo súbitamente la anciana limpiando sus lágrimas, tratando de dejar atrás su pena.

Julia quedó impávida y la miró extrañada.

—Haríais buena pareja —insistió la anciana.

—¿Qué dice, señora Antonia? —le preguntó con cara de no querer saber nada.

—El ruso ese bebe los vientos por ti. ¿No te has dado cuenta?

—No estoy yo para tonterías. Lo que tiene que hacer es devolverme mi fusil.

—Cualquier día lo matarán, entonces todo habrá acabado sin haber dado opción al amor.

—¡Qué triste! —sonrió la pequeña Lolita.

—No lo matarán. Los sublevados se han rendido, la batalla terminó —aseguró Julia.

—No, hija, te equivocas. Seguramente Franco no opina igual —dijo Antonia.

Por unos momentos se hizo el silencio.

Julia degustó el caldo y sonrió tímidamente.

—Está sabrosísimo.

—¿No te gusta como novio? —le preguntó Lolita.

Unos golpes en la puerta de la cocina alertaron a las dos mujeres y a la niña. Ivanovich golpeó de nuevo dos veces más con sus nudillos y entró.

—¡Qué bien huele aquí —dijo con una sonrisa encantadora.

—Es el cocido de la abuela —contestó Julia escéptica.

—Ahora mismo estábamos hablando de ti —sonrió Antonia inquietando la mirada censurante de Julia.

—No era nada bueno —apuntó Julia viendo cómo la niña le daba dos besos al capitán.

—Veo que te has recuperado totalmente de tu herida en el brazo —apuntó Ivanovich—. Pronto podrás regresar a tu casa, lejos de esta guerra.

—Aún me duele.

—Está dolida, pues usted no la deja pegar tiros. —Sonrió Antonia.

—Qué disgusto se llevaría ese legionario prepotente si sospechara que estás viva. Solo por ello me dan ganas de devolverte tu fusil —dijo Ivanovich.

—¿Qué legionario? —preguntó Julia de inmediato.

—El que te metió esa bala en la clavícula. ¿Cómo has podido estar tanto tiempo en el campo sin atender la herida?

—Me curó Eva.

—Sí, ya me dijeron en la enfermería la chapuza que te había hecho tu amiga. No te has desangrado de puro milagro



y puedes dar gracias de que al final te encontráramos. La esquirra de plomo que se te quedó incrustada podría haberse desplazado hacia tu pecho y hubiera sido fatal.

—¿Ahora creen los comunistas en milagros?

—No soy comunista. Pasaba algunos veranos en Leningrado, no más. Me bastó la primera visita a la Unión Soviética para despertar de mi sueño idílico.

—Vaya, ¿entonces qué hace un ruso aquí, luchando?

—Soy español y creo en la República.

—¿Y ese acento?

—Mi padre es de Moscú, mi madre de La Coruña. ¿Te gusta mi acento?

—No.

—Bueno, niña, también puedo hablarte de otra manera —apuntó Ivanovich con un marcado y gracioso acento gallego.

Julia lo miró atónita, buscó la mirada de Antonia y Lolita, y rompió a reír sin poder evitarlo.

—¿Quiere un plato de cocido, capitán? —sonrió la anciana, y le acercó una silla a la mesa.

—Póngaselo, a ver si gana algo de peso el gallego este —apuntó Julia.

—¿Me ves delgado? —preguntó el capitán.

—Un día, si no se te lleva una explosión, lo hará el viento. El capitán sonrió.

—Veo que te preocupas por mí. Gracias, sí, tomaré ese plato de cocido con mucho gusto.

—¿Por qué usas el acento ruso? —preguntó Julia.

—Los soldados me respetan más, confían en mí y no dudan de mis órdenes. Ya lo sé, puede parecer una tontería, pero es la verdad.

—Háblame de ese legionario —dijo Julia retomando el tema.

—¿Te interesa?

—Digamos que sí.

—Se llama Gutiérrez y se cree un héroe de las guerras de África. Es un carnicero. Su puntería le ha valido ser tirador de primera. Dicen que vino al frente de Teruel solo por ti, que le envió el mismísimo Franco para aliviar el castigo al que tenías sometidos a los oficiales sublevados.

—Se necesita algo más que puntería para ser tirador de élite.

—Tú lo sabes bien, ¿verdad?

—Es un cazador, disfruta acechando a su presa. Lo necesita.

—Me ha dicho Eva que os montasteis en un camión en Villarreal, y, desde allí, os trajeron hasta aquí sin alistaros ni nada. Así de fácil. ¡Me voy al frente! Querías vengar a tu novio. ¿Seguro que no eres tú también una cazadora?

Julia lo miró a los ojos sin decir una palabra.

—¡Come! —le dijo ella finalmente, y se levantó.

—Siento lo de tu novio.

—Eva es una bocazas.

—El teniente Gutiérrez no estaba entre los muertos ni entre los que se rindieron. Te dieron por muerta, mejor dicho, por muerto, y regresó a su unidad en Soria. Eso nos ha dicho uno de los prisioneros.

—Soria no está muy lejos.

—Demasiado para ti. Pero no te preocupes, volverá; la batalla no ha terminado.

—¿No?

—Acaba de empezar. Los fascistas han desistido de ocupar Madrid; ahora su punto de mira está fijo en Teruel. No por su valor estratégico, sino por lo que representa ceder una victoria a la República ante la opinión internacional. Además, su ego no les permite perder una ciudad que ha sido leal a su causa desde el inicio de la sublevación.

—Pero, ahora continuará nuestra ofensiva, ¿no?

—No, Julia, no. Tenemos órdenes de organizar la resistencia, no de seguir avanzando.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Me temo que no tenemos fuerzas para ello. Nuestros mandos se muestran satisfechos con lo conseguido. A la victoria militar se une la resistencia de Madrid. El desplazamiento que se está produciendo de las tropas sublevadas hacia Teruel desbarata la ofensiva que preparaban sobre la capital.

—No lo entiendo. Caerán sobre nosotros y nos harán pedazos.

—Así es. La resistencia de Madrid tiene un coste que tendremos que pagar nosotros. Esa es nuestra triste victoria.

—¿Victoria? No podremos resistir en Teruel si se nos echa encima todo el ejército franquista.

—De momento hemos ganado un tiempo precioso para negociar un armisticio favorable o conseguir la ayuda de las potencias antifascistas.

—Hablas como si hubiéramos perdido la guerra.

—No hemos perdido la guerra, pero no creo que podamos ganarla sin ayuda.

—Entonces, ese legionario vendrá de nuevo por aquí...

Ivanovich no respondió. Se echó un poco hacia delante armándose de valor, y pasó sus dedos entre los rizos de Julia y acarició su cabello. Después, su mejilla.

Ella lo miró sin mover un músculo.

—¿No temes que te pegue una gonorrea? —dijo finamente, retirándole la mano de su cara.

—No he parado de pensar en ti desde que nos conocimos, y... —aseguró él, cerrando la mano, atrapando la de Julia, entrelazando los dedos.

—¿Y...? —preguntó ella deslizando sus dedos hacia fuera, esquivando los sentimientos de aquel hombre, temiendo lo que fuera a decirle.

—Espera —le contestó Ivanovich, y salió de la cocina.

Julia alzó las cejas, quedando a la expectativa, y cruzó su mirada con la de Antonia y Lolita, que, pícaras, la miraban. Aquel hombre, si no fuera porque le había quitado su fusil, podría incluso parecerle atractivo. La había hecho sonreír y eso era mucho en su situación. «¿Se habrá enamorado de mí?», se preguntó apoyando el codo en la mesa y la cabeza sobre la mano.

—Idiota —susurró con una sonrisa.

—Te he traído esto —le dijo Ivanovich entrando de nuevo en la cocina.

Julia se alzó sorprendida. El capitán le mostró su Mauser con la mira telescópica, limpio y compuesto.

—No pienso perder a un tirador de primera solo por el extraño suceso de que sea una mujer —argumentó. Acto seguido, dejó sobre la mesa el fusil y diez cajas de municiones.

Julia se alzó con el arma en la mano y lo revisó. Miró de soslayo al capitán con cierto agrado. Y, entonces, le pareció tremendamente atractivo.

—Haré buen uso —aseguró ella.

—No lo dudo —contestó él—. Pero ten cuidado; ya sabes qué te pasará si te capturan.

—No lo harán. Antes me pego un tiro.

Ivanovich dejó una pistola en la mesa, se volvió y se acercó a la puerta de salida.

—¡Capitán! —exclamó ella.

—¿Sí? —preguntó él mirándola con un brillo especial en los ojos.

—Espero que nos podamos ver de nuevo. Suerte.



—Sí, sin duda la necesitaremos. Me gustaría poder invitarte una noche de estas, podríamos degustar un buen vino, una buena cena. Mejor que sea tras la guerra —aseguró despidiéndose.

—Sí, camarada capitán, tras la guerra. —Sonrió ella sin soltar el fusil y viéndolo alejarse.

—Sí te gusta —aseguró la pequeña Lolita riendo vergonzosa.

CAPÍTULO 14 · LA CACERÍA

A principios de febrero de 1938, dos generales del Ejército franquista, de altiva presencia y destacada importancia en el Alzamiento Nacional, se reunieron en un campamento a escasos kilómetros de la castigada Teruel. Junto a ellos, otros mandos de rango elevado debatían en voz baja y esperaban órdenes bajo las lonas de la tienda que los cubría, saboreando un ligero tentempié. La señora Antonia tenía razón, Franco no opinaba igual y trasladó la élite de su ejército hasta las puertas de la ciudad. Las bombas no paraban de caer. Como una terrible realidad cotidiana, no había descanso ni respiro. Tras la sangrienta toma de Teruel conseguida por los republicanos, todo cambió, se invirtieron los papeles. Ahora eran ellos los sitiados que resistían como podían.

—Solo quedan escombros. Deberíamos continuar con la liberación de Madrid —aseguró uno de los generales franquistas, de apariencia notable y fino bigote.

—El Generalísimo no desea ver ni un día más Teruel en manos de los rojos —contestó el otro general, un legionario, alto, delgado, con gafas y tez morena.

—Será necesaria una operación envolvente. Primero tenemos que castigar la bolsa que han formado en el río Alfambra —apuntó un oficial—. Es la mejor opción, mi general.

—Y usted, Gutiérrez, creímos que había acabado con ese maldito tirador. No es lo que me comentan desde el frente —expuso de pronto el general de tez morena, volviendo su mirada hacia el teniente que acababa de incorporarse a la reunión.

—Algo he oído. Quizá sea otro, mi general —contestó Gutiérrez.

—No me venga con excusas de crío consentido. Es la Carmela de siempre, esa roja de los cojones —le replicó el general.

—No sabemos si es una mujer o solo un bulo, mi general —comentó un oficial.

—¡Bah, no me extrañaría nada que fuera una mujer! ¡Con tanto maricón! —contestó el otro general pasando el dedo sobre su fino bigote y frotándose el mentón—. Gutiérrez, nos tiene un tanto decepcionados con este tema.

—Esta vez no escapará, mi general —se apuró en contestar Gutiérrez.

—Acabe con ella de una vez... Aunque quizá podríamos convencerla de que se uniera a la causa. Vista su labor, teniente, una mujer así, capaz de avergonzar a nuestro mejor tirador, nos vendría muy bien —le dijo el general de tez morena, con lentas y mordaces palabras mientras limpiaba los cristales de sus gafas.

Gutiérrez no contestó. Serio y firme, se tragó aquellas palabras que herían hasta lo más hondo su orgullo legionario.

Entonces, de improviso, se escuchó la detonación de un disparo, y una bala inesperada se alojó en la cabeza de un



suboficial que, justo en ese preciso momento, se cruzó ante el general legionario con ánimo de servirle un té, y todos se lanzaron al suelo.

—¡Maldita sea! ¡Tenía que ponerse en medio ese desgraciado! —remugó Julia observando por la mira telescópica del fusil. Y apretó de nuevo el gatillo.

—¡Coño, Julia! ¡Era un general de la Legión! ¡Se te ha escapado! —exclamó Eva.

El segundo disparo acabó con la vida de un alférez. Con el tercero cayó el capitán antes de que pudiera cubrirse. Los soldados abrieron fuego sobre la loma rocosa desde donde se habían realizado los disparos, y una compañía entera, cubierta por dos ametralladoras, corrió para acabar con el tirador.

—Es hora de irse —expuso Eva dando una palmada a la espalda de Julia.

Dejando atrás una lluvia de balas, las milicianas corrieron por la vía prevista de escape hasta un barranco. La escarpada orografía y la espesa vegetación las ocultó de inmediato, protegiéndolas de los disparos y de sus perseguidores.

—¡Teniente Gutiérrez! ¡Acabe con esa tiradora de una puta vez! —espetó el general legionario alzándose furioso.

En la carrera, alejadas del lugar, Eva se detuvo de pronto.

—¡Julia, mira!

Una pequeña cueva hecha ermita, incrustada entre dos grandes rocas y oculta en parte por la vegetación, permanecía olvidada de la guerra. No se veía a nadie. Las milicianas observaron con interés.

—Es un buen sitio para esconderse —apuntó Eva penetrando en la gruta.

—Sí. Nos vendría bien un lugar seguro y que no comprometa a nadie. Miremos si tiene otra entrada o alguna salida —asintió Julia estudiando la gruta.

—¡Mierda! Allí hay una luz —dijo Eva sujetando firme su fusil hacia el frente.

La tenue lucecilla que habían descubierto al penetrar en una galería se apagó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Julia—. ¡Encended esa luz!

—¡Mostraos o nos liamos a tiros y no se escapa ni Dios! —exclamó Eva.

Se escucharon unos pequeños ruidos en la oscuridad, seguidos de temblorosos sollozos y quejidos lastimeros, como de mujeres llorando.

—¡La luz! —insistió Julia nerviosa.

La gruta se iluminó tenuemente al calor de un candil y las milicianas bajaron sus fusiles. Se encontraban en una pequeña estancia de piedra, de tallados relieves, con un altar a la Virgen María cubierto de ofrendas y flores. En el suelo, acurrucadas entre mantas, tres religiosas con el pelo corto, enmarañado, observaban con los ojos llenos de lágrimas, asustadas y abrazadas entre ellas. Desaliñadas y delgadas, se mostraban en precarias condiciones, sucias. Poco más allá, una cuarta mujer, en un lecho de paja, acurrucaba a un tierno bebé entre sus brazos, el cual sacó las manitas entre las telas que lo cubrían y abrió los ojos y la boca de golpe, comenzando a llorar.

—¡Coño! —exclamó Eva.

—No nos hagan mal. Nada tenemos que ver con la guerra —suplicó una de ellas, la que parecía mayor con apenas unos veinte años.

—¿Y el bebé? —preguntó Julia estremecida.

—Es fruto del pecado, pero él es inocente de todo. Un soldado violentó a sor María. Ella falleció al dar a luz. Hace un mes. No pudimos salvarla —aseguró la monja que sujetaba al bebé.



—Hace casi un año, unos hombres llegaron pegando tiros al convento. Quemaron la iglesia y fusilaron al párroco. A muchas, a las más jóvenes, nos violaron y nos encerraron. A las ancianas las mataron —expuso otra—. Al día siguiente, un buen hombre nos ayudó a huir mientras todo ardía, y llegamos hasta aquí.

—Sabíamos que la virgencita nos protegería. ¿Tenéis comida? —preguntó una tercera.

—¿Tenéis comida? —insistió la cuarta de ellas.

—¿Tenéis comida? —se levantaron todas tratando de vencer su miedo.

Las dos milicianas se miraron mutuamente con el corazón encogido.

—Vamos, os llevaremos a un lugar seguro —dijo Julia.

—Podréis comer y atenderán al bebé —apuntó Eva.

—Alabado sea el Señor —murmuraron las religiosas.

—Dígame, señorita, los nacionales... ¿Ya están aquí? —preguntó una de ellas esperanzada.

—Sí, no se preocupe, ya están cerca —contestó Julia con cara amarga.

—¡Gracias a Dios! —exclamó otra de las religiosas.

Cuatro días después, a primera hora de la mañana, el Ejército Nacional rompió las líneas republicanas por tres puntos y cayó sobre su retaguardia en Alfambra mientras Teruel temblaba bajo las bombas. Los regulares y los legionarios avanzaron en cabeza, con celeridad, destrozando a un enemigo que se hallaba perdido bajo el incesante bombardeo de la aviación fascista y de las numerosas piezas artilleras que los rodeaban. Fueron hechos más de siete mil prisioneros y miles de cuerpos quedaron allí sin vida. Muchos

de los soldados republicanos que no quedaron cercados bajo el constante fuego fueron víctimas de la aviación durante su precipitada huida. La victoria fue completa para el ejército franquista antes de que los republicanos pudieran enviar unos refuerzos que, cuando llegaron a la zona, eran pocos y demasiado tarde. Solo pudieron cubrir la retirada de algunas tropas mientras otras quedaban al destino impuesto por sus enemigos.

Como ausente de todo, Julia se centraba en su delicado trabajo. Sabía que la cacería requería de mucha voluntad, paciencia y algo de suerte. Su padre le había enseñado bien en aquellas madrugadas de campiña. En la oscuridad, desde la distancia de su atalaya de roca, recorría con su mira telescópica las luces y sombras que proporcionaban los candiles y las hogueras de aquel destacamento de legionarios que cubría la carretera de acceso a Teruel.

Eva la acompañaba, vigilante y buscando un posible objetivo que no encontraban mientras devoraba una chocolatina robada a un muerto.

Por un momento, Julia alzó la mirada, dirigiéndola hacia atrás. Observó el continuo movimiento de tropas republicanas que se apreciaba a lo lejos, hacia el sur. Los bombardeos habían amainado en los últimos días, y esa noche no había caído una sola bomba sobre Teruel, por lo que se temió lo peor.

—Eva, ¿cómo llevas lo tuyo con Miguelón? —preguntó de pronto en voz baja.

—Muy bien. Es mi osito, mi enorme y peludo osito.

—¿Todo es tan enorme?

—Sí.

—¿Todo?

—Todo, todo.



Por unos momentos, las dos rieron como niñas. Y callaron de inmediato, al unísono, al pensar en lo peligroso de la situación si eran descubiertas.

—¿Sabes?, te envidio. Nunca lo hubiera pensado. ¡Se te ve tan feliz cuando estás con él! No entiendo por qué te has empeñado en acompañarme otra vez.

—Regresemos a la granja, pronto amanecerá —dijo Eva.

—Yo pienso a menudo en José. Quiero creer que no ha muerto, que un día volveremos a encontrarnos.

—Julia, amiga mía, lo siento tanto. José murió, debes aceptarlo y reiniciar tu vida... Si esto es vida.

—Lo sé. Me pregunto si debería...

—Claro que deberías. Ya hace dos años que acabaron con él esos asesinos. Y todo este tiempo te he visto sufrir como nadie, pegada a su recuerdo. Debes dejar que la luz inunde de nuevo tu corazón, que despeje tus sombras. Aunque aquí no creo que encuentres novio.

—¿Tú crees?

—Si estás pensando en mi hermano, llegas tarde. Se está viendo con una señorita pelirroja de Valencia. No parece mala chica. Aunque te quiere, tiró la toalla. Sabe que nunca lo amarás como amaste a José, y eso lo mata.

—No pensaba en tu hermano.

—¡Coño, Julia! ¡Entonces es verdad lo del capitán ruso!

—Ya veo que has hablado con Antonia. Esa anciana lo chisnea todo.

—¡Te gusta! Me alegro por ti. Debes olvidar el pasado y luchar por el futuro. Pero ahora debemos irnos, está amaneciendo, nos descubrirán.

—Un momento más. Aparecerá alguien con alguna estrella en las hombreras. Tú vigila. Con lo que nos ha costado llegar hasta aquí sin que nos descubran... ¡No nos vamos

a ir de vacío! —dijo Julia, y posó el ojo de nuevo en la mira telescópica.

La luz del nuevo día comenzó a inundarlo todo, la fina capa de escarcha del rocío de la noche desaparecía formando una tenue neblina apenas perceptible, que hacía hermoso el amanecer. Julia estudió aquel campamento. Le pareció una división entera de tantos legionarios que había y que seguían llegando. Las primeras compañías desfilaban al toque de diana. Todos, altivos y risueños, parecían cansados pero felices. A la cabra no la vio. Y fijó su mirada en el cielo de Teruel. Los aviones fascistas no aparecían tal y como habían hecho durante semanas para bombardear sus ruinas y gentes.

—Vámonos —insistió Eva.

Julia se alzó un poco, apuntó con el fusil y buscó con su mira un blanco que no hallaba. Solo veía soldados, cabos y algún sargento que otro.

—Si no fuera porque me resulta imposible de creer, diría que se están escondiendo —aseguró Julia desconcertada al no hallar ningún oficial al que abatir.

—Sí, te tienen miedo hasta los legionarios —contestó Eva.

De pronto, en su recorrido con el ojo puesto en la mira, Julia descubrió un fusil con mira telescópica apuntando directamente hacia ella. El gorro de legionario, la borla roja, un enorme bigote, grandes patillas y dos estrellas de teniente llenaron el visor. Se ladeó instintivamente, de inmediato. Una bala rebotó en la roca, a un dedo de su cara. Los ojos se le llenaron de tierra y gimió asustada. El sonido del disparo aceleró aquel campamento y asustó a las bandadas de estorninos que llenaron el aire, desapareciendo como una gran mancha negra que se encoje en la distancia.

—¡Julia! ¿Te ha dado? —gritó Eva.

—No, no, no... Vámonos. Ni se te ocurra asomarte, ese cabrón me estaba esperando.

—¡Pues sí que es verdad que se estaban escondiendo! — exclamó Eva.

Las dos milicianas se arrastraron hacia atrás con los codos en tierra y, una vez a salvo de los disparos, corrieron por una estrecha senda, entre rocas y arbustos, hasta ocultarse tras un saliente vertical.

Cuando el teniente Gutiérrez llegó a la posición con sus legionarios, encontró los envoltorios de dos chocolatinas y una cinta roja con largos cabellos morenos. La tomó entre sus dedos y aspiró aquella fragancia con deleite. Observó hacia el bosque y apretó su puño.

—No hay duda, el tirador es una mujer —murmuró.

—La tal Carmela —le dijo un sargento acercándose a él.

—No anda lejos —aseguró Gutiérrez escrutando la zona.

—Ha huido, mi teniente. Le hemos dado un buen susto.

Gutiérrez entrecerró los ojos y arrugó los labios. Tras unos minutos de tensa meditación, tiró los envoltorios y el lazo al suelo. El que su tirador fuera una mujer lo enfureció más si cabe. Había vuelto a escapar tan solo por una milésima de segundo.

—No, está ahí. Esa no se asusta tan fácilmente —murmuró levemente el teniente.

Como había sospechado, Julia no había huido a pesar de la insistencia de Eva. Por el contrario, permanecía oculta en el barranco observando al teniente. Podría descerrajarlo, lo tenía a tiro, pero entonces, ni Eva ni ella podrían huir de los legionarios que merodeaban la zona. En silencio, las dos jóvenes lo estudiaban todo.

—Vámonos —insistió Eva.

—Vete tú. Ya encontré mi presa —contestó Julia con la vista fija en el teniente.

—Otro día, ¿no es posible? Están muy cerca.

—Es el carnicero que mató a la familia de Pepito. Además, no parará hasta que me mate. Seguro que no espera que siga al acecho. Pero tú debes marcharte. Ahora no necesito que vigiles y pronto tendré que correr, y mucho. ¡Vete y controla mi huida!

Eva calló por unos momentos.

—Pues yo tampoco me voy, coño. A mí no me ganas a correr —aseguró después—. ¿Y si te hieren como la última vez, qué? ¿Quién te va a sacar de aquí? ¿No lo has pensado? Por eso me quedé a tu lado. ¿Cómo iba a dejarte sola?

—Shhh.... Calla, no alces tanto la voz —le pidió Julia.

Los legionarios permanecieron por un tiempo allí; no mucho, vigilantes. Hasta que se decidieron a volver al campamento. Conforme se alejaron, las dos milicianas regresaron a hurtadillas sobre la posición de tiro y se tumbaron. Julia preparó el fusil y la mira. Aseguró la munición y deslizó el dedo por el gatillo.

—Acaba con él —dijo Eva.

—No, están muy cerca. Necesitamos que se alejen más, si no, podrían alcanzarnos en la huida.

Impaciente, Eva asintió.

Julia buscó a través de la mirilla los galones del teniente entre los legionarios, hasta que lo halló descendiendo de espaldas. Y sonrió presa de las ansias de venganza. Deseaba dar muerte a aquel hombre, un carnicero fascista que había acabado con la familia de Pepito y con tantos otros inocentes. Se encontraba bien, muy bien, acariciando el gatillo. Por primera vez sentía algo ante un objetivo, una víctima humana. De pronto, su sonrisa se quebró. Aquel teniente volvió la cara un poco; tenía la tez muy blanca, las patillas no estaban pobladas y el bigote era incipiente.

—Mierda —murmuró.



—¿Qué pasa? ¿Se largó? —preguntó Eva asomándose tras la roca para ver, y se alzó un poco.

—¡No, Eva!

El seco disparo de un fusil las estremeció. Una bala atravesó el vientre de Eva, y esta cayó doblada gritando de dolor. Julia reaccionó inmediatamente, fijó su mira telescópica hacia donde había surgido el disparo y apretó el gatillo en cuanto vio un ligero movimiento. El teniente Gutiérrez cayó hacia atrás con un impacto en el hombro. Julia volvió a disparar, y el fusil del legionario saltó por los aires. Un tercer disparo ahondo en el pecho del teniente; y un cuarto, en la cara, destrozándole un ojo.

Julia soltó el arma y se abalanzó sobre su amiga herida.

—¡Aguanta, aguanta! —gritó angustiada.

En el suelo había una gran mancha de sangre, como en el vientre y la espalda de Eva. Julia se quitó la chaqueta y se arrancó la camisa, la arrugó rápidamente y la usó de compresa sobre la herida de su amiga, tomó la cinta roja del suelo con desespero y se la anudó en la cintura para que la prenda hiciera presión. La ayudó a levantarse, inquieta y llorando. Luego, se pasó el brazo de Eva por encima de los hombros; con gran esfuerzo, la cargó de costado y salió con prisa, a tropezones, cayendo una y otra vez, por la senda de escape prevista.

Unos legionarios corrieron a socorrer al teniente Gutiérrez. Otros subieron de nuevo a la posición de tiro. Allí encontraron el fusil de Julia abandonado y abundante sangre por todos lados.

—Parece que hayan degollado un gorrino —aseguró uno de los legionarios.

—Seguid el rastro, traedme el cuerpo de esa tiradora —ordenó el sargento.

Sin dejar de mirar atrás, a traspiés con Eva, como sintiendo el aliento de sus perseguidores en la nuca, Julia llegó a la ermita donde apenas unos días antes habían encontrado a las religiosas.

—No, no entres. No tendremos salida; seguirán mi rastro de sangre, encontrarán la cueva —murmuró Eva retorciéndose en los brazos de Julia, comida por el dolor, aterida por el frío que la consumía—. Huye, déjame aquí, o te matarán a ti también.

Julia, nerviosa y sin dejar de llorar entre maldiciones, dejó a su querida amiga apoyada contra un árbol y le acarició la frente, deslizándole el flequillo por detrás de la oreja.

—No digas eso. Nunca te dejaré —aseguró.

Miró hacia todos lados. Escuchó los ruidos inquietos que llegaban del bosque. Sus perseguidores se acercaban. Corrió hacia la cueva y deslizó su mano manchada de rojo por la abertura de la gruta. Anduvo unos pasos buscando la oscuridad hasta que no pudo ver, dejando rastros de sangre por todas partes. Escarbó un pequeño agujero en el suelo e introdujo una bomba de mano, levantó la pestaña de detonación y colocó una piedra plana sobre ella, presionando, y salió corriendo. Se echó a Eva a la espalda y volvió sobre sus pasos, sorteando los árboles. Escuchó voces y tembló toda ella buscando dónde ocultarse. La hojarasca crujía con el paso de los legionarios.

Las dos milicianas se escondieron bajo un enorme tronco que estaba cubierto de musgo y, en su parte interior, hueco casi al completo. Eva, abrazada a Julia, apretó sus dientes encharcados de rojo púrpura, tratando de no delatar su situación a causa del tremendo dolor que la estremecía. Julia permanecía sobre el cuerpo de su amiga, alerta, con una pistola en la mano, observando el paso de las botas de seis legionarios a través de las grietas de la madera podrida.



—¡Aquí, mi sargento! —exclamó uno de ellos.

El sargento observó la mancha de sangre en la boca de la cueva y se asomó, taimado, alumbrando con una linterna.

—Ya la tenemos, vamos —ordenó y penetró en la oscura gruta.

Tres legionarios más lo siguieron y dos quedaron fuera. Julia no apartaba la mirada, esperando que cayeran en la trampa.

—Venga, venga —murmuró impaciente. Sabía que debía llevar a Eva cuanto antes a la granja para que pudiera ser atendida de la herida, o podría morir.

Eva se estaba desangrando, el dolor la mataba y apenas podía contenerse entre jadeos. Malherida y consciente de su situación, apretó la cara contra el pecho de Julia conforme se convulsionaba, con fuerza, evitando el llanto entre dientes para no delatar su posición.

Los legionarios avanzaron por la cueva, paso a paso. Ninguno pisó la piedra que presionaba la pestaña. Un ruido en la oscuridad los guio y se volvieron alumbrando el pequeño altar y se quedaron mirando aquella estatuilla de la Virgen María. Entonces, un zorro ladró y chilló como si fuera un fantasma y salió veloz. Uno de ellos, sorprendido, disparó rápidamente por dos veces y el animal cayó abatido. De los dos legionarios que quedaron fuera, uno entró corriendo y el otro permaneció en guardia apuntando hacia el interior de la gruta.

—¿Todo bien? ¿La tenéis? —preguntó el que corría hacia el interior, guiándose por la luz de sus compañeros. En la oscuridad de su camino, alzó la piedra a su paso y la pestaña de detonación voló.

—Era un puto zorro —dijo el sargento.

La potente explosión de la bomba reventó a los legionarios e hizo caer parte del techo de la cueva.

Una gran polvareda salió del interior, cubriendo al que esperaba fuera.

—¡Sargento! ¡Sargento! —gritó asomándose, tratando de ver algo.

Como respuesta, un crujido enorme resonó en el interior de la gruta, y esta se vino por completo abajo. La entrada quedó bloqueada por enormes rocas y abundante tierra. El legionario llamó a voces a sus compañeros, tratando de hallar una entrada, o de escuchar sus posibles respuestas. Desplazó algunas rocas y escarbó con rapidez sin dejar de llamarlos. Momentos después, dio dos pasos atrás y se colgó el fusil al hombro, observando la boca de la gruta, totalmente taponada, consciente de que de allí ni saldría ni entraría nadie jamás. Luego, abandonó el lugar dándolos a todos por muertos.

—Vamos, Eva. Debemos marcharnos. Te llevaré a la granja, allí te... —susurró Julia al ver alejarse al legionario.

Pero, sin más, se quedó en el más triste de los silencios conforme se abrazaba con fuerza desgarradora a su querida amiga, apoyando su frente contra la de ella. La desolación colmó su corazón, y el mentón le tembló mientras las lágrimas asomaban por sus hermosos ojos.

—No... No... —susurró con una ternura amarga, y lloró sin consuelo.

Eva había muerto sin un lamento que las delatara, con la cabeza hundida en su pecho y el vientre destrozado por aquella bala.



CAPÍTULO 15 · EL CAPITÁN FRANQUISTA

Amanecía en la pequeña granja de la señora Antonia. El cielo estaba nublado, gris. Era un día triste en el que no se oía ni el canto de un pájaro ni el sisear del viento. Nada. Bajo un enorme álamo negro, cerca de un arroyo de aguas cristalinas, se encontraba Julia con las rodillas hundidas en la tierra húmeda. Al frente, ante ella, la tumba de Eva.

—¿Por qué no te hice caso? Debimos regresar —se decía una y otra vez negando con la cabeza, llorando su pena.

Había pasado la noche allí, agotada, entre lágrimas, hasta quedar dormida recostada contra el álamo, culpándose del trágico final de su querida amiga.

—¡Julia, Eva, debéis huir! —gritó de pronto Marcelino, quien, surgiendo entre los senderos del bosque, cruzó el arroyo acompañado por Nicolás y un pequeño grupo de siete soldados.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Y Miguelón? —preguntó Julia incorporándose.

—Rápido. Los moros están por todas partes —la apremió Marcelino.

—¡Miguelón está al otro lado del barranco con el capitán, liado a tiros! —gritó Nicolás—. ¡Nos retiramos hacia Sagunto!

—¡No! —exclamó ella—. ¿Dónde están los refuerzos!

—¡Vamos, vamos! ¡No hay tiempo! Debéis daros prisa. Los fascistas tratan de cortar las comunicaciones por carretera y ferrocarril. ¿Y Eva? —preguntó Marcelino.

Julia bajó la cabeza, sin poder evitar su pena.

—¿Qué es esto? —preguntó Marcelino adivinando aquella tumba.

—Lo siento. Debí volver a Villarreal —murmuró Julia con una enorme lágrima recorriendo su mejilla.

—No —susurró Marcelino—. ¡Noooo! —gritó de inmediato.

—¡Tenemos que irnos! —insistió Nicolás, y tragó saliva con la vista ida sobre la tumba.

Marcelino lo ignoró y se echó sobre la tierra húmeda, removida, y escarbó como un loco, tratando inconscientemente de recuperar a su hermana.

—¡Los moros están ahí, tenemos que replegarnos hacia el sur! —insistió Nicolás.

Julia puso la mano en el hombro de Marcelino, que paró de escarbar y la abrazó en llanto. Lentamente, se levantaron. Ella le limpió las manos de tierra y lo miró con tristeza, sin palabras.

—¿Marcelino? —preguntó Nicolás—. Lo siento, pero debemos irnos —apremió de nuevo sin dejar de observar aquella tumba y a todas partes.

—Sí, sí —asintió Marcelino con el alma destrozada.

—Iros vosotros. Yo me esconderé en el bosque, me quedaré de nuevo tras las líneas enemigas donde podré castigarlos con dureza —expuso Julia.

—No, debes venir con nosotros. Ya perdí a mi hermana, no quiero perderte a ti también —contestó Marcelino.

—Me quedaré —aseguró Julia.

—No, vámonos de aquí antes de que...

Una bala interrumpió las palabras de Marcelino, que cayó al suelo con un golpe de sangre al aire. Numerosos disparos resonaron por todos lados. Nicolás saltó hacia el arroyo mientras tres soldados republicanos cayeron sin poder defenderse. Julia tomó una granada de las trinchas de un soldado abatido y la lanzó con fuerza tras un ribazo. Tres moros saltaron por los aires con sus armas a la vez que una bala le perforaba su hombro, el mismo donde tenía la vieja



herida, y cayó mareada notando la sangre caliente cubrir su pecho y el brazo derecho.

El resto de los soldados republicanos corrieron a guarecerse dentro de la casona. Ninguno logró alcanzarla, se hallaban cercados. La afable Antonia y las religiosas, con el bebé en brazos, despertadas y aterradas por los tiros, trataban de esconderse corriendo por la casa hacia el sótano. La puerta se abrió de golpe y las puntas de los fusiles lo impidieron.

Sonó un disparo y Julia miró hacia los lados desde tierra, limpiando su cara con la mano. Solo pudo ver cómo tres moros arrastraban a las religiosas hacia el granero tirando de ellas de los pelos. A una la llevaban entre dos, bajo el brazo, mientras otros le arrancaban la ropa a tirones entre risas y burlas. El llanto desesperado del bebé lo llenaba todo mientras Antonia, retenida sobre el cuerpo abatido de su hijo, gritaba horrorizada el nombre de Lolita.

Julia se sentó como pudo, presa del dolor, buscando la pistola de su cinto. El estrepitoso rugir de las armas aceleró su pulso y miró hacia atrás. Vio cómo eran asesinados a quemarropa los soldados que se habían entregado. Apuntó y disparó reventándole la cabeza a uno de aquellos moros. Notó un fuerte golpe en la mano, venido de atrás, y su arma salió despedida. Alzó la cabeza y vio a un soldado moreno, de enormes orejas y una sonrisa aún más grande, lanzar su puño contra ella. Al instante, mientras sentía el sabor amargo de la sangre en su boca, se sintió alzada al aire, desnudada a tirones y despojada de sus ropas hechas jirones. Cayó al suelo notando la tierra bajo su cuerpo y se arrastró buscando algo que usar como arma mientras oía chillar a las religiosas, sin poder verlas, y el llanto del bebé que no paraba. Notó un puño tirar de su melena hacia atrás, mientras unas manos

sucias apretaban sus muslos y se estiró violentamente tratando de impedir lo irremediable. Lágrimas de rabia e impotencia surgían de sus ojos. Volvió la cabeza y vio al bebé estrellarse brutalmente contra la pared de piedra de la casona. El llanto cesó. El pequeño cuerpo, por un momento, quedó pegado a la pared para, seguidamente, deslizarse hasta el suelo dejando un rastro oscuro.

Julia giró la cara, presa de la angustia, y vio a Nicolás correr monte abajo. Había logrado zafarse cruzando el arroyo. Un soldado lo apuntaba directamente por la espalda. Y ella cerró los ojos al notar el calor sucio y sudoroso de aquel hombre que se erguía sobre su cuerpo, aquel miembro entre sus piernas, aquellas manos que le separaban las nalgas violentamente.

Un disparo al aire lo paró todo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó un capitán franquista golpeando con la mano el fusil del soldado que apuntaba a Nicolás.

Aquella voz penetró en el cerebro de Julia como un resorte, empujándola a levantar la cabeza, a buscar algo que creía imposible.

—José —sollozó al verlo—. ¡José! —gritó con desgarró.

—¡Julia! —exclamó él.

—¡José! —gritó ella de nuevo, mientras los moros reculaban subiéndose los pantalones.

El capitán anduvo con su pistola en la mano y, sin mediar explicación, disparó sobre los dos soldados que habían tratado de violentarla.

Una compañía de legionarios llegó al lugar y numerosos soldados franquistas comenzaron a recorrer la zona. Mientras, José tomaba entre sus brazos a su amada, cubriéndola y guardándola de todo. Observó al bebé aplastado, a los



muertos y a los moros. Y ella se abrazó a su cuello con fuerza, manchándolo de sangre.

—Las monjas están dentro... Los moros las están... —sollozó Julia.

—¡Sargento! —gritó José.

—Sí, mi capitán —corrió el sargento de la compañía.

—Entre en ese granero —ordenó José con furia, abrumado por lo que veía.

—A la orden, mi capitán.

—Creí que estabas muerto, me dijeron que habías muerto —lloró Julia.

José no supo qué contestar. La abrazó con fuerza, sin dejar de cubrirla, observando cómo sus hombres ayudaban a las religiosas a salir del granero, las cuales estaban casi desnudas, apenas vestidas con sus hábitos destrozados, y daban gracias a Dios continuamente y a aquel capitán franquista, con los ojos muy abiertos y sin dejar de mirarlo, agradecidas. Tras ellas salieron cuatro moros mostrando mal genio, vistiéndose entre palabras que nadie entendía, protestando con la cabeza baja.

—Sargento, atienda a esas monjas, a los civiles y a los heridos como es debido.

—¡A la orden, mi capitán!

José observó la herida del hombro, la sangre que la bañaba y el cuerpo magullado. Y vio sacar de la casona, en brazos de sus soldados, a una niña de apenas ocho años, desnuda de caderas abajo, con los muslos ensangrentados, la cabeza colgando y la mirada perdida entre lágrimas.

—Ay, no, Lolita —gimió Julia.

—¡Sargento!

—Sí, mi capitán.

—A los responsables de esta barbaridad... ¡Fusíelos de inmediato! —ordenó.

—Pero...

—¡A todos!

—¡A la orden, mi capitán!

Julia fue trasladada a un hospital del campamento de la Legión, donde fue atendida en la sala de oficiales. Abrumada, tras haberle sacado la bala en un precario quirófano, quedó reposando de sus heridas y golpes en una estrecha cama rodeada de las sábanas blancas manchadas de tierra y sangre que hacían de paredes y le daban cierta intimidación.

Aquella primera noche, José estuvo en todo momento a su lado sin soltarle la mano. Tranquilizándola en cada sobresalto, presa de las pesadillas, dándole su apoyo, su calor, una esperanza cuando no la encontraba ya en ningún lugar.

Al día siguiente, Julia permaneció en cama toda la mañana. Sin atreverse a salir más allá de las sábanas, consciente de dónde se encontraba, esperó que José regresara junto a ella. Hasta que volvió con una flor en la mano y una sonrisa sin fin.

—¿Y Marcelino? ¿Está aquí también? —preguntó ella tomando la flor.

—No, pero no te preocupes; para él, la guerra ha terminado —respondió José.

—¿Qué le pasará?

—Nada. Me ocuparé de que lo traten bien. Tranquila, no será fusilado. Me he encargado de que eso no ocurra.

—¿Y Nicolás?

—Logró escapar.

—Impediste que lo mataran. Eva murió.

—Lo sé. Me lo dijo una de las religiosas. Está rezando en la capilla por ti y por el alma de Eva. Nos han contado que les salvasteis la vida, de morir de hambre en aquella gruta, y eso me vale de mucho ahora.



—¿Y Lolita? ¿Y Antonia?

—Están bien atendidas. La señora Antonia y su familia están de nuevo en la granja. Una patrulla hace guardia allí. No les pasará nada más. Cuidaron de las monjas y de vosotras, así que los he declarado afectos al Alzamiento Nacional. Siento no haber llegado antes...

—Entre tanta pena, me alegra volver a verte, que estés aquí conmigo.

—¿Quién te dijo que yo había muerto? —preguntó José deslizándose sus grandes manos por las mejillas de Julia.

—Nicolás.

—¿De verdad? ¡Qué mentiroso es!

—Lo dijo a todo el pueblo. Todos creímos que te habían asesinado.

—Ya ves que no estoy muerto.

—Creí que luchabas por la República. Me sentí tan desgraciada y luego tan orgullosa... Quise matarlos a todos. Pero no, ya veo que te sublevaste contra el Gobierno.

—Sabes que lo mío no es la política. Mi general es un buen hombre y está con Franco, por algo ha de ser. Además, nunca entendí la revolución de Nicolás, las matanzas de curas... Creo que hago lo correcto, aunque no creo que nadie esté orgulloso de nada en esta guerra.

—Te han hecho capitán. Debes de haber sido un buen oficial, haber matado a muchos...

—Sé por dónde vas. No es así. Es la guerra y he visto cosas horribles tras la liberación de algunas ciudades. Bien, no soy partidario de tales represiones. Lo impido siempre que puedo, aunque resulta imposible controlar las acciones de todos, y más las de los moros. Son como bestias salvajes, acostumbrados a la barbarie africana. No respetan nada. Otros oficiales, lamentablemente, permiten tales desmanes

como represalia por la muerte de miles de los nuestros, asesinados cobardemente en las zonas donde gobiernan los rojos.

Julia lo miró y acarició su pecho. Sabía bien de las terribles matanzas realizadas por los tribunales revolucionarios, las «sacas» de las prisiones.

—Eso no es excusa. Un asesinato no justifica otro asesinato. Debes ayudar a Marcelino y a todo el que puedas, son buenas personas. Su único crimen es defender su país, a la República. Al final, esta guerra es un infierno de hermanos contra hermanos —interrumpió ella.

—Lo hago.

—José, ¿qué haces con los sublevados? ¿Por qué luchas con los fascistas?

—No somos fascistas.

—¿Por qué? —insistió, tomando entre sus manos la gorra de José, y pasó los dedos por aquellas tres estrellas de seis puntas sobre las que no hubiera dudado en disparar un día antes.

—No se podía permitir lo que estaba ocurriendo en España. Los revolucionarios estaban acabando... Mejor dicho, habían acabado con la Constitución y sus libertades. Solo buscaban la dictadura del proletariado socialista con sus crímenes, destruir la Iglesia y la fe, nuestra civilización, imponer sus criterios soviéticos y matar a todo el que se opusiera. Los sublevados en verdad son ellos, no nosotros. Rojos, bolcheviques y separatistas solo buscaban en su desidia destruir España, ni tan siquiera se hacían llamar españoles.

—Eso no es así. Por Dios, quedaba tanto por hacer —murmuró Julia. Acto seguido cerró los ojos lentamente con un ligero suspiro y una negación explícita.



—Julia, no me equivoqué de bando. Bien sabe Dios que no. Gracias a ello estuve allí cuando más me necesitaste. Es lo único que ahora me importa —expuso José.

—Abrázame. No me dejes nunca más, abrázame —asintió ella finalmente.

Una enfermera apartó la sábana blanca a un lado. Traía un pedazo de pan, sopa caliente y pollo asado con patatas fritas, todo un manjar en aquellos tiempos que corrían. Pero los ojos de Julia no hicieron caso de la succulenta cena, se clavarón en la camilla de al lado. Un hombre con grandes patillas y espeso bigote estaba allí tumbado con la boca entreabierto, con el pecho vendado y un ojo cubierto por abundantes gasas bajo un parche. En la mesita de al lado, una gorra de la Legión con la borla roja y las dos estrellas de teniente.

—Es el teniente Gutiérrez, un gran legionario —comentó José.

Julia alzó solo los ojos, permaneciendo con la boca abierta mientras un calor sofocante recorría todo su cuerpo.

—Un héroe, le han concedido otra medalla. Acabó con un tirador de élite que nos produjo serios quebrantos de cabeza —insistió José.

—Es un asesino —murmuró Julia muy enfadada consigo misma, y se recostó en la camilla dejando de lado la cena. Luego, le dio la espalda a José y pensó: «¿Cómo es posible?, le pegué tres tiros».

José la observó con una sonrisa que decía mucho de su amor por ella, con las cejas en alto. No sabía qué papel había desempeñado Julia en el frente de Teruel, aunque lo sospechaba si había estado con Nicolás y Marcelino. En verdad, aquello era algo que no importaba, le daba exactamente igual. Lo importante era que estaba allí con él, a salvo. Y se sintió feliz de haberla encontrado, de haberla salvado de aquellos

moros, de tenerla a su lado de nuevo. Luego volvió la vista sobre el teniente Gutiérrez, que allí permanecía, dormido, recuperándose. Le había dado la sensación de que su amada no era la primera vez que veía a aquel legionario. Tampoco le importó.

Aquella noche Julia no pudo dormir presa de remordimientos y penas. Añoraba a Eva y se maldecía por no haberla escuchado. José roncaba levemente sentado en una silla a su lado. Y pensó en las sabias palabras de Antonia.

—¡Cuánta razón tenías! —murmuró repasando lo ocurrido en los últimos meses.

El frente de Teruel se había reestablecido tal cual estaba a principios de enero de 1937, antes de la gran ofensiva republicana.

—¿De qué han valido tantas muertes? Todo sigue igual. Los sublevados en Teruel y los republicanos en las trincheras. Espero que, al menos, Madrid aguante —se dijo para sí misma pensando en las palabras de aquel joven capitán de acento ruso que había captado su atención. Finalmente, cerró los ojos y, entre tanta pena, halló consuelo. José estaba vivo, con ella, y eso lo cambiaba todo. De soslayo trató de ver al teniente Gutiérrez, pero la sábana lo impedía. Y quedó con la boca torcida, mirando al techo.

—Tengo que matar a ese cerdo asesino —murmuró.

CAPÍTULO 16 · EL CASTILLO DE MORELLA

—¡Eh, despierta, dormilona! —le exclamó José al oído.

Julia, sobresaltada, se incorporó sobre la cama de inmediato. La cálida luz del sol irrumpía por la ventana de



aquel improvisado hospital de campaña. Miró a José y a los lados. La sábana que hacía de cortinilla estaba pasada a un lado. El teniente Gutiérrez estaba sentado con unos papeles en la mano y su único ojo fijo en ella, escrutándola por completo.

—Tenemos que irnos, es mediodía y no puedes quedarte aquí por más tiempo —le dijo José y besó sus labios de forma rápida.

—Corre la sábana —murmuró ella.

José obedeció complaciente mientras Gutiérrez seguía con su vista la mirada de Julia.

—Te he traído ropa nueva y unos zapatos. Espero que te estén bien. Si no, saldré a buscarte otros. ¿Te gusta? —preguntó José mostrándole un vestido azulado, modesto, con estampaciones algo más oscuras.

—Sí, sí —dijo ella sin apenas mirar nada—. Sácame de aquí, por favor.

José salió tras la sábana blanca para que ella se vistiera, un tanto defraudado, con los zapatos en la mano. Había pasado parte de la mañana buscando aquella ropa y a ella parecía que no le había gustado. «¿Hubiera preferido otro color?», se preguntó.

—¿Ya está mejor su novia, mi capitán? —preguntó el teniente Gutiérrez.

—Sí, no era nada. Solo un susto, teniente —contestó José—. ¿Y usted? ¿Está mejor de sus heridas?

—Sí, mucho mejor. No hay rojo que pueda conmigo, mi capitán.

—Ya veo. Aunque esta vez ha estado cerca.

—Tuerto me dejó ese cabrón. Pero un buen tiro le metí, acabó sepultado en una cueva.

—Sí, ya me contaron.

—¿Y su novia? Parece que tenía también un tiro en el hombro, ¿los milicianos?

—¡Fueron los moros, teniente! ¿Se lo puede creer? Cuando la encontré estaba escondida con unas religiosas. Unos paisanos las ocultaban en su granja. ¡Y los moros jodiéndolo todo!

—Sí, son animales. No distinguen quién es quién y arrasan con todo, los muy jodidos. ¡Cómo les gusta! ¿Se imagina si los mandos de los regulares fueran moros también, en vez de españoles? ¡Se nos comerían! Hizo bien usted en pegarles un tiro, solo de pensar en esos monos saciando sus instintos con las pobres monjas se me ponen los pelos de punta... y con esa niña... ¡Y con su novia!

—Llegué a tiempo; logramos rescatar a las religiosas y a la niña con vida, y a Julia no le ocurrió nada grave, gracias a Dios.

—Yo les hubiera arrancado las tripas y se las hubiera hecho comer antes de fusilarlos. Por cierto, mi capitán, ¿qué pintaba su novia allí? ¿Estaba huyendo de los rojos con las religiosas?

—Algo así; sabía que yo estaba cerca de Teruel y vino a buscarme, no podía más sin verme y se sentía en peligro en nuestro pueblo —mintió José. —Lo ha pasado muy mal, los rojos mataron a su padre y su hermano tuvo que huir...

—Bueno, capitán, espero que se recupere pronto. Es muy bonita, tiene usted suerte.

La sábana se corrió un poco y asomó Julia.

—Los zapatos —dijo sin apartar la vista del teniente Gutiérrez, el cual la observó, estudiándola de nuevo con su ojo sano.

—¿Quién le pegó ese tiro?

—Un moro —respondió ella de forma escueta.

—No, digo el anterior. La enfermera me dijo que tenía otra herida de bala.



—Un hijo de puta —aseguró Julia desde el fondo de su corazón, mientras se calzaba.

—¡Vaya! ¡Tiene genio! ¡Me gusta! —exclamó Gutiérrez—. Yo estuve por allí. La tenía liada con un tirador rojo. Era bueno, sí. Algunos dicen que era una mujer, ¿usted qué cree?

—Dicen que es usted un héroe. Debió de ser un adversario de verdad.

—Sí, un digno adversario. Me guardo su fusil como recuerdo, como trofeo. Me hubiera gustado verle la cara así de cerca, como a usted.

Julia sonrió sin saber realmente qué pretendía decirle aquel teniente ni si acaso sospechaba de ella o si alguien la había delatado. Quizá la anciana, pensó. No lo creyó posible. O las religiosas, pero ellas no sabían nada.

—Espero que se mejore, teniente —dijo José pasando la mano por la cintura de Julia, y ambos marcharon.

El teniente Gutiérrez se quedó en la habitación pensativo. No comprendía qué hacía allí la novia del capitán, en una granja perdida en el frente de Teruel. Demasiado cerca de donde actuaba el tirador rojo, Carmela. Esa melena morena lo hacía pensar, ese perfume... Se levantó con un amargo quejido y se asomó a la ventana para verlos marchar. Después volvió su mirada hacia la camilla donde había permanecido Julia y pasó la mano por encima de la sábana como queriendo atrapar su aroma. Desvió su ojo bajo la mesilla, donde un viejo petate oscuro guardaba la ropa que Julia llevaba cuando entró en el hospital. Escarbó. Sacó aquel vestido desgarrado por los moros, unas bragas manchadas que no dudó en olfatear lentamente y unas alpargatas con agujeros. Después, una camiseta manchada de abundante sangre. Luego, un pantalón descosido, de cuyo bolsillo cayeron dos chocolatinas. Y vio una cinta roja, la misma con la que Julia trató de evitar la hemorragia de Eva y que él ya había visto antes, en el cerro.

Alzó las cejas y sonrió. Perspicaz, asintiendo, le quitó el envoltorio a una de las chocolatinas para comerla lentamente. Guardó la ropa y se asomó de nuevo a la ventana disfrutando del sabor dulce que embargaba su paladar y su mente.

—¡Sargento! —gritó de pronto.

El suboficial de enfermería entró raudo y se presentó ante él, saludando firme:

—A la orden, mi teniente.

—Mi ropa y mis cosas. Estoy harto de este hospital, huele a matasanos que apesta.

—Pero mi teniente, aún no puede marcharse. Sus heridas...

—¿Está usted sordo?

La sala de oficiales del hospital quedó vacía. En la mesita que había junto a la camilla donde dormía Julia, quedaron los envoltorios de las chocolatinas. La cinta roja se la llevó el teniente Gutiérrez, bien guardada en su bolsillo.

A principios de abril de 1938, las tropas franquistas entraban en la histórica ciudad de Morella. Las murallas del castillo, las casas y los ventanales estaban engalanados con numerosas banderas nacionales con sus colores rojo y gualda. La gente se agolpaba por todas partes y los vítores a España hallaban eco en las calles. Julia subió a la cima del castillo para ver aquella entrada triunfal junto a su amado José. En silencio, observaba todo, especialmente a las gentes que se volcaban gritando el nombre de Franco como si se tratara del Mesías, del libertador del yugo comunista. Lo era, o eso parecía, sin duda. La tristeza colmó su corazón. Tantas batallas, tantos muertos y, caído el frente, los mismos que antes luchaban contra el Alzamiento Nacional ahora lo apoyaban como sus más fervientes seguidores.



—La guerra no puede durar mucho más. Los representantes de la República han solicitado un acuerdo para la firma de un armisticio. Están derrotados y lo saben —aseguró José.

—¿Crees que se firmará la paz?

—No lo sé. Espero que sí. Cualquier otra cosa es alargar indefinidamente este horror. Pero, de momento, el Generalísimo ha denegado cualquier acuerdo y exige la rendición incondicional.

—Eso dejaría a su merced a miles de personas que han luchado por el pueblo.

—¿Por el pueblo? Mira el pueblo cómo nos recibe, hastiado de revolucionarios y veneno. Julia, vi a tu hermano Andrés en Soria. Está en el Ejército Nacional, es sargento. He solicitado su traslado. Me contó que los rojos mataron a tu padre y cómo él mismo tuvo que huir de la ciudad que lo vio crecer para luchar en una guerra que no era suya, contra personas que no conocía ni deseaba matar.

Julia miró el rostro de José. Permaneció impávida recordando al bueno de su padre, los días de cacerías en que lo acompañó y las ideas democráticas que le inculcó, y, por primera vez en la evolución de todo el conflicto armado, dudó. Y se preguntó: «¿Sería verdad que no existía otro remedio que la rebelión militar para impedir una revolución marxista?, ¿que la Constitución, sus leyes y libertades ya estaban muertas antes de que se pegara el primer tiro en esta maldita guerra?». No lo creyó así. Eso no era posible. Nada justificaba el terrible golpe militar perpetrado contra su amada República.

Aquella misma noche, asomada a la ventana de la lujosa casa de decoros rústicos en que habían sido instalados, el sonido de los continuos fusilamientos en las afueras de

la ciudad le recordó de nuevo el horror que arrastraban aquellos libertadores, la tragedia del vencido y la sangrienta verdad del franquismo. Pensó en Nicolás y en Miguelón; nada sabía de ellos. También en Marcelino, internado en un campo de prisioneros; en Eva, muerta; en Aniceto y en aquella niña que jugaba al sambori; en aquel legionario tuerto; en el bebé estrellado contra el muro; en Antonia y en su nieta Lolita, tan pequeña y ya ultrajada.

Julia deseó tomar un arma y huir, volver a luchar. Debía intentarlo, debía alcanzar de nuevo la línea del frente para luchar por las libertades que tanto amó.

Quizá no sea tarde y la República aún pueda vencer. — Quiso soñar.

—¿Qué piensas? —le preguntó José y se acercó a ella, por detrás, para abrazarla. Desnudó su hombro y la besó dulcemente.

—En huir —confesó a la vez que se escuchó una nueva descarga.

—Son criminales de guerra, no puedo hacer nada por evitarlo —se justificó José.

—¿Haréis lo mismo en Villarreal? —preguntó ella.

José no respondió. Se quedaron abrazados a la luz de la luna, asomados a la ventana observando el horizonte, escuchando los disparos de los fusilamientos sin sobresaltarse. Al final, cualquiera puede acostumbrarse incluso al horror de la guerra.

—Muchos más morirán, ¿verdad? —insistió Julia.

—Las órdenes son tajantes. Especialmente con los que han combatido en las milicias quemando iglesias y matando civiles —habló lentamente José.

—¿Lo dices en serio?



—La guerra no es un juego y tiene sus consecuencias. Si los rojos vencieran, harían lo mismo. De hecho, lo llevan haciendo desde antes del Alzamiento Nacional, con su maldita revolución anticatólica..., antitodo. La barbarie roja, así la llaman los medios de comunicación extranjeros.

—Sabes que será una matanza.

—Solo serán detenidos los culpables de causas de sangre, los asesinos.

—Eso me recuerda ciertas palabras que un día dijo Nicolás y que le reproché. Cerca de cien detenidos por las checas fueron asesinados en nuestro pueblo, quizás alguno más. Ninguno había pegado un tiro en su vida. Sus cuerpos fueron abandonados en barrancos. ¡Y lo justificó! ¡Todos eran culpables! Ahora, tú me dices lo mismo.

—Julia, se tiene que neutralizar al enemigo por completo para crear la nueva España. Eso no quiere decir que se cometan atrocidades como las que ellos cometen.

—¿Qué España?

—Una España donde podamos vivir en paz.

—Cuando un militar se hace con el poder por las armas, eso no sucede nunca. Si gana la guerra, no viviremos en paz, sino con miedo. ¿No lo ves? No le es suficiente un armisticio negociado, ¡quiere la rendición incondicional!

José calló, consciente de que Julia podía estar en lo cierto. Era algo que no se había planteado, quizá porque tampoco le importaba mucho. Y pensó que el mismo día que fue liberado el Alcázar de Toledo, Franco fue elegido Generalísimo del Ejército Nacional y jefe del Gobierno del Estado mientras durara la guerra. Pero también sabía que, al día siguiente, cuando se publicó el decreto, se había cambiado el «mientras durara la guerra» por «quien asumirá todos los poderes del nuevo Estado».

—Y dices que no se cometerán atrocidades, ¿acaso no sabes lo que está ocurriendo en las zonas «liberadas»? ¡Es horroroso! Matarán sin contemplaciones a Nicolás, a Miguelón e incluso a mí podrían fusilarme —apuntó Julia.

—Eso no ocurrirá; no lo permitiré —aseguró José y acarició la larga melena de Julia, perdiendo su mano entre el sedoso cabello. La besó y la abrazó con fuerza.

—José, yo te quiero, te quiero y te quiero... Pero...

—¿De verdad quieres huir? —la interrumpió.

—José, no quiero huir. Quiero luchar. Franco arruinará todas las libertades conseguidas por la República e instaurará un régimen fascista. Para mí y para muchos nunca habrá paz, y, menos, libertad. Solo terror y miedo, ¿no lo comprendes? A la guerra, si Franco vence, la seguirá el exterminio.

—A mi lado no te descubrirán nunca, nada te ha de pasar —aseguró José y la abrazó con fuerza, y ella descansó la cabeza sobre su hombro.

A la mañana siguiente, Julia despertó sola en el lecho. Se levantó buscando a su amado y caminó cubierta por la sábana hasta el ventanal. El día era precioso, aquel amanecer colmaba la estancia de aire fresco, y una luz cálida la envolvió toda. Y cerró los ojos para volverse rápidamente sobre la cama. Allí había una pistola y numerosa munición. La maleta de José no estaba en la silla donde la había dejado. Abrió el armario y lo vio vacío. El petate, los uniformes y las mudas habían desaparecido. Corrió a la puerta y la abrió. Un joven cabo que hacía guardia se levantó de la silla.

—Buenos días, señora —la saludó militarmente.

—Buenos días. ¿Y José?

—¿José?

—¡El capitán!



—Señora, el capitán partió esta mañana, muy temprano, con su compañía hacia Vinaroz.

—¿Algún recado?

—Sí, señora —dijo el cabo y le entregó una carta cerrada.

Julia la tomó de un tirón y cerró la puerta, de golpe, ante el asombro del cabo. Nerviosa, se sentó sobre la cama y abrió el sobre de dos rasgadas. En un momento clavó sus ojos en aquella escritura:

“Mi muy amada Julia, es mi deseo que seas libre en verdad, como siempre quisiste ser, como debe ser. No hay belleza que no marchite enjaulada. Espero que un día, tras esta terrible guerra que a todos azota, con la victoria sea cual sea, podamos vernos y disfrutar de nuestro amor como siempre quisimos. Te quiero, te quiero y te quiero. Tu José.”

—¡Idiota! —exclamó Julia, y corrió de nuevo hacia la ventana limpiándose las lágrimas de los ojos y de la cara.

Pasó una hora sentada en la cornisa observando pasar a los soldados franquistas, a las gentes del lugar y a los camiones militares. Después se dirigió hacia la cama, tomó la pistola y la revisó. La dejó de nuevo en el mismo lugar y se metió en la ducha. Durante largo tiempo estuvo bajo el agua caliente, pensativa. Hasta que, de pronto, cerró el grifo y el agua dejó de salir. Se vistió decidida y cargó la munición. Con el arma oculta, recorrió la muralla del castillo y miró hacia el sur, donde aún resistía su amada República.

CAPÍTULO 17 · EN LA RETAGUARDIA

A mediados de mayo de 1938, las temperaturas subieron; los tormentosos días de abril habían pasado. La guerra seguía asolándolo todo y, con el buen tiempo, se recrudeció el avance militar de los sublevados. Tras alcanzar el mar Mediterráneo, sin tregua ni respiro, el Ejército Nacional inició una gran ofensiva hacia Sagunto y Castellón. La aviación fascista no cesaba en sus bombardeos, y las piezas artilleras tronaban sin cesar. Sin embargo, a la enconada resistencia de los soldados republicanos se sumó la complicada orografía en el noroeste de la provincia de Castellón, lo que impidió que se derrumbara todo el frente.

El decidido avance franquista se tornó lento, tenaz y muy costoso en vidas y material.

—¡Están aquí! —gritó Miguelón, que ya lucía galones de sargento, al ver a los regulares asaltando los parapetos de su derecha apenas a unos cien metros.

—¡Mierda, vienen a por nosotros! —exclamó Nicolás.

Numerosos regulares se acercaban gritando, con las bayonetas caladas en los fusiles.

—¡Atrás! —gritó el capitán Ivanovich.

De un salto, los soldados republicanos salieron de los parapetos y corrieron campo a través, al descubierto, hacia una enorme arboleda. Nicolás apenas podía correr, las piernas le temblaban y a menudo se quedaba clavado en el terreno o caía, como tantos otros, tragando saliva ante los restos de sus compañeros desmembrados por las bombas, o cosidos a balazos.

—¡Venga! —le gritó el capitán.

Vio pasar corriendo, dando saltos, como si se tratara de un enorme gamo, a Miguelón. Alberto se esforzaba por



seguirlo con el fusil entre las manos. Y corrió tras ellos. De un empujón, Nicolás llegó finalmente al bosque y se lanzó tras un enorme tocón crujido de un bombazo. Sus compañeros estaban tumbados en el terreno fangoso, disparando sin cesar. Los regulares intentaron en un primer momento alcanzarlos, pero, finalmente, frenaron su ofensiva ante las numerosas bajas que les ocasionaba el avance al descubierto hasta el bosque.

—¡Los moros se retiran! —exclamó Nicolás.

—¡En marcha, rápido! —ordenó Ivanovich empujando a sus soldados a través de la arboleda, cruzando hacia el terreno abierto.

—Pero... ¡Aquí, tras los árboles, estamos a salvo! —se quejó Nicolás.

—¡Si salimos nos freirán! —gritó Miguelón.

El capitán los ignoró y gritó fuerte, repitiendo las órdenes. Luego, miró a Miguelón y, sin más, lo empujó con fuerza.

—¡No sea estúpido, sargento! ¡Obedezca si quiere vivir! —le espetó.

Miguelón salió veloz, tanto como pudo, que era mucho a pesar de su corpulencia. Nicolás se aferró a la sombra del capitán y corrió tras él, junto a numerosos soldados, y volvió la vista para ver a algunos compañeros que se quedaban escondidos entre los árboles, negando con la cabeza, creyéndose a salvo.

—¡Ese ruso nos matará a todos! —gritó Alberto, y salió corriendo tras Miguelón.

—¡Quedaos aquí! —gritó un soldado negándose a abandonar la aparente seguridad del bosque.

Nicolás no le hizo caso y corrió tras los pasos de Ivanovich y sus amigos. Apenas habían pasado unos escasos minutos cuando aquel bosque desapareció por completo bajo las

bombas de la aviación fascista. Árboles, soldados y animales volaron despedazados en llamas y gritos. El calor llegaba hasta la espalda de Nicolás, que apretaba los dientes y aceleraba su carrera por aquella meseta, esquivando los ataques de los cazas enemigos. Saltaron a un barranco que se abría hacia el sur, al pie de un escarpado rocoso donde se encontraban a salvo de los aviones. La meseta era ahora su aliada. Para llegar hasta ellos, los regulares debían atravesarla al descubierto. Los soldados franquistas lo intentaron en dos ocasiones. Pronto desistieron. Aquel puñado de rojos que huían desesperados no les pareció tan esencial como para perder numerosos compañeros en el ataque. En su lugar, conforme caía la noche, se dedicaron a saquear los cuerpos de los caídos.

Con la espalda apoyada en la pared del barranco, y con las manos prietas en el fusil, Nicolás trataba de calmarse resoplando y maldiciendo aquel día, los pasados y los que vendrían.

—Esta vez nos ha ido justito. —Sonrió Miguelón.

Pasaron dos jornadas enteras, con sus noches, allí, ocultos junto a los supervivientes de la compañía, sin mostrarse. Se alimentaron de los pocos mendrugos que aún les quedaban. El agua de las cantimploras se acabó.

Amaneció el tercer día bajo el estruendoso rugido de los cañones. La contienda se desplazaba hacia Castellón. La compañía de Ivanovich parecía haber sido abandonada a su suerte en la apresurada huida, allí tirada en aquel barranco.

—En marcha, tenemos que alcanzar nuestras líneas —ordenó el capitán.

—¿En marcha? —preguntó Nicolás y señaló su pie descalzo, había perdido una bota.

—Pronto estarán aquí los moros. ¿Quieres que te arranquen hasta las muelas? Yo tampoco tengo calzado —aseguró el capitán mostrando sus pies envueltos en toallas.



Los soldados lo miraron hastiados, cansados, hambrientos y sedientos tras tantos días sin alimentación ni intendencia alguna. Su aspecto era terrible, con los uniformes rotos, con el calzado destrozado y manchados de barro y sangre por todos lados.

—Mi vestimenta es un asco, y mi cantimplora está vacía, como mi estómago. Pero debemos continuar, los moros no hacen prisioneros —aseguró mostrando sus pantalones descosidos y rotos hasta el extremo de mostrar los testículos, las nalgas y las rodillas.

—Capitán, estamos con usted. En nuestras tripas no hay ni mierda, pero aún nos queda munición —dijo Miguelón, que, aunque todavía era un armario, había adelgazado al menos treinta kilos durante los últimos meses.

—Recorramos el barranco hacia el sur. De momento, nos alejaremos de esta zona antes de que los moros vuelvan a por nosotros. No tardaremos en dar con los nuestros, deben de estar replegándose hacia Sagunto —expuso Ivanovich.

Nicolás miró atrás, hacia aquel bosque muerto donde tantos de sus compañeros habían quedado destrozados y calcinados.

—Apenas queda nada de la compañía —aseguró Miguelón.

—Vamos, esto aún no ha terminado —ordenó el capitán.

—Esto no termina nunca. Nos pasa como a los caballos que llevan a la plaza, que después de cansados de trabajar y jugarse la vida ante el toro, los llevan al matadero. Así acabaremos: destripados, esa será nuestra recompensa —dijo Nicolás rumiando entre dientes.

—Vamos, déjate de cháchara —le insistió el capitán y lo empujó para que avanzara con prisa.

Perdidos, recorrieron el barranco entre aristas y aliagas durante todo el día, sin hallar nada que comer ni beber. Unos

soldados comenzaron a caer rendidos, presos del cansancio y el desaliento. Sus compañeros los ayudaron cargando con ellos a duras penas. Miguelón se echó al hombro derecho a Nicolás como si fuera un saco de patatas, mientras con el izquierdo cargaba con los fusiles de ambos. Con el paso de las horas, finalmente, algunos quedaron atrás, rendidos, a merced de lo que ocurriera, pues ya no había quien pudiera cargar con ellos.

No transcurriría mucho tiempo para que el paquear de los fusiles que acababan con las vidas de los rezagados avisara al capitán Ivanovich de que los regulares andaban tras ellos. Se amontonaron en un recodo de piedra. Sin dejar de escuchar cañonazos y tiros, unos trataron de dormir entre retortijones y dolores. Hambrientos, otros mascaron cortezas, hierbas y comieron los pocos insectos que atraparon. Sedientos, algunos bebieron su propia orina vertida en el casco. La oscuridad y el silencio de la noche lo envolvió todo en una tensa calma. El centinela comenzó a dar cabezadas tratando de no dormir, mientras intentaba fijar la vista en la retaguardia, inquieto por si veía al enemigo aparecer en cualquier momento.

El sonido seco de un disparo, seguido de dos más, los despertó al amanecer. Una patrulla de regulares los cercaba, y estaban encima. Habían logrado acercarse hasta ellos en silencio, pero, ante la sorpresa del capitán, estos fueron abatidos de forma sistemática. Ivanovich disparó sin dejar de estudiar la precisión de aquellos disparos que, sin duda, habían evitado que los masacraran allí mismo mientras dormían. El centinela se había dormido.

—¿Quién estaba de guardia? —preguntó el capitán, sabiéndolo.

Nadie contestó. Un disparo crujió el aire, y el último soldado enemigo cayó muerto. Ivanovich sonrió, emocionado



al pensar en la posibilidad de que pudiera ser Julia la autora de aquellos disparos. Luego, pensó que no era posible y se permitió pensar en sus hermosos ojos, con nostalgia. «¿Qué habrá sido de ella? ¿Será verdad que ese legionario la ha matado?», se preguntó apenado. Eran los dichos que corrían entre trincheras, que Carmela había sido abatida y enterrada en una cueva.

Durante unos minutos no se alzó ruido alguno. Los soldados republicanos miraban buscando un posible enemigo. Nada vieron. De pronto, corrieron como alimañas hambrientas hacia los cuerpos abatidos de los regulares y robaron el agua y aquello comestible que llevaban encima. Allí mismo bebieron y lo devoraron todo con ansia, sin dejar nada.

El capitán se fijó en varios de los cadáveres. Seis regulares habían sido abatidos por disparos certeros en la cabeza, y cuatro por los disparos de sus hombres. Y estudió su entorno buscando al tirador responsable.

—Allí, mi capitán —lo previno Nicolás observando un grupo numeroso de soldados en la distancia—. ¿Son de los nuestros?

—¡Son moros, coño! —exclamó Miguelón.

Tensando aún más el momento, y surgida como de la nada en el cielo, apareció una escuadrilla fascista de tres cazas. Sus motores en rasante rugieron con potencia y la metralla atravesó cadáveres y soldados.

—¡A cubierto! —gritó el capitán.

Nicolás cayó al barranco junto a varios compañeros que se cubrían con los cuerpos de los muertos, tratando de evitar aquel barrido mortal. Los pilotos volaban tan bajo que se podían ver sus ojos brillar al ametrallar el barranco.

—Si no salimos, nos alcanzarán los moros —apuntó Miguelón.

—¡Y si salimos nos acribillarán los cazas! —exclamó Alberto.

Un nuevo disparo, seco y preciso, acaparó la atención del capitán. Nicolás levantó la vista entre dos cadáveres y vio a uno de los cazas, que volaba muy bajo, voltear en el aire para caer en picado, estrellándose estrepitosamente contra el llano a unos cincuenta metros de su posición. Un disparo más resonó y otro de los cazas se ladeó con una estela de humo, para alejarse rápidamente seguido del otro aparato. Luego, llegó una tensa espera, expectante, sin movimiento alguno.

El día fue avanzando y una tenue niebla comenzó a cubrir la zona conforme caía la tarde.

—¡Capitán! —exclamó Nicolás.

Un regular se acercaba con una bandera blanca en la mano. Tras él llegaban unos diez más, dispersos entre la niebla y con las armas bajas, pero preparadas para la acción.

—Dejad que se acerquen, que nadie dispare —ordenó el capitán.

—¿Se rinden? —preguntó Nicolás sin entender qué pretendían.

—Tratan de rescatar al piloto —expuso Miguelón.

—No, quieren engañarnos —corrigió el capitán y miró en torno suyo, tratando de divisar de nuevo al tirador.

Los regulares se acercaron lentamente hasta llegar junto al aparato. El piloto estaba muerto, un certero tiro había atravesado la ventanilla e impactado en su cuello. Con una extraña mueca, sonrió el suboficial que los dirigía. Se habían acercado mucho a la posición enemiga sin una sola baja, usando la bandera blanca. Con la bayoneta calada, miró hacia el barranco, y, conforme, alzaba su brazo para dar la orden de ataque, una bala le atravesó el pecho.



—¡Fuego, fuego! —exclamó Ivanovich, sorprendido de nuevo por el tirador.

Los soldados republicanos dispararon desde sus posiciones. Los regulares, sorprendidos y fallada su intentona, apenas pudieron ocultarse entre los restos del aparato caído. Todos fueron abatidos, incluso el que portaba la bandera blanca, que cayó y, muerto, quedó sin soltarla.

Cuando cesaron los disparos, nadie salió a comprobar si quedaban más soldados enemigos por la zona. Ivanovich trató de distinguir algo, sin éxito. La caída del crepúsculo y aquella niebla lo impedían. Una larga noche esperaba.

—Nicolás, haz el primer turno de guardia.

—A la orden, camarada capitán.

—Nicolás...

—Sí.

—Si no es por ese tirador, los moros hubieran acabado con todos nosotros esta mañana.

—Entiendo, señor. Le debemos la vida, ha sido muy oportuno.

—No, no entiendes. Como vuelvas a dormirte en una guardia, te vuelo la cabeza. ¿Has entendido ahora?

Al amanecer, no había rastro del enemigo. Con los ojos cansados, el capitán pudo observar entre la niebla la silueta del tirador acercarse al aparato, y su corazón tembló.

—¡Es una mujer! —exclamó Alberto.

—¿Qué busca? —preguntó Nicolás al verla registrar un cadáver.

—Una chocolatina —contestó Ivanovich sonriendo.

—Julia —susurró Nicolás ante la mirada perspicaz del capitán.

—¡Julia! —exclamó Miguelón.

—¡Vamos! Recojamos los alimentos y las municiones que lleven esos moros antes de que vengan más —ordenó el capitán.

Los soldados corrieron los escasos cincuenta metros que los separaban del aparato caído y de los cadáveres, y se echaron sobre ellos. Revisaron los macutos buscando provisiones y agua.

Julia los observaba, caminando entre los muertos mientras se guardaba en un zurrón unos mendrugos y las chokolatinas que había robado a uno de los regulares. Vio a sus amigos correr hacia ella y sonrió con la cabeza baja y los ojos altos. Como embestida por un gorila, quedó prisionera de un tremendo abrazo que le propinó Miguelón a la vez que la besaba una y otra vez en las mejillas.

—¡Julia! ¿Cómo estás? —exclamó Nicolás observándola.

—Viva, Nicolás, viva —contestó con una sonrisa.

—¿Otra vez aquí? —le preguntó Ivanovich acercándose animado.

Ella no contestó. Lo miró extrañada, como si no lo reconociera, y se agachó para recoger una cantimplora. Lo que sentía por aquel hombre la confundía, aunque no había dejado de pensar en José ni un solo día.

—¿Vienes por mi fusil? —preguntó ella, indecisa, tentada de abrazarle.

—No, creo que no. Tu lugar es este, aunque no me guste. ¿Sigues haciendo la guerra por tu cuenta?

—Sí. No me queda otra.

—¿Sola?

—Sola estoy mejor.

—¿Y Eva? —preguntó Miguelón.

—Creo que regresó a casa —contestó espontáneamente Julia, incapaz de comunicarle que su amada había muerto.



Luego volvió su rostro, presa de su propia mentira. Comprendió que Nicolás no le había dicho nada y pensó que poco ganaría en el frente sabiéndolo. Ya habría un lugar mejor donde poder hablar con él y consolarle, si era posible alguna de las dos cosas.

—¡Dios, cuánto me alegro! Temía tanto que le pasara algo —resopló Miguelón.

Nicolás la miró a la cara, serio.

Ella alzó las cejas sin comentar nada.

—Nuestras líneas están barranco abajo, en dos horas las podréis alcanzar y ponerlos a salvo. Al norte hay un destacamento de legionarios que avanza hacia el este. Muy pronto esto estará lleno de fascistas, no os conviene permanecer por mucho tiempo en esta posición —dijo Julia.

—Ven con nosotros —le dijo el capitán.

—No.

—Cuando los moros vean esta carnicería, te buscarán y querrán venganza.

—Nadie sabe de mí. Y tú no informarás de nada. Así podré seguir con mi guerra.

—Si te capturan, no quiero pensar lo que harán contigo —murmuró el capitán dubitativo.

—No me pillarán viva. Hay una bala con mi nombre preparada en mi pistola. Además, tengo una cita privada con un legionario.

—¡Soldados! ¡Prendedla! —ordenó Ivanovich ante la sorpresa de Julia.

En unos momentos, a pesar de su resistencia, se hallaba desarmada y custodiada por dos soldados que trataban de esquivar la mirada de aquella hermosa tiradora a la que ninguno conocía, pero de la que todos habían oído hablar y respetaban.

—No te capturarán, ni viva ni muerta —aseguró el capitán—. No lo permitiré. De momento descansarás unos días. Luego, ya veremos. Yo cuidaré de tu fusil.

—Pe... ¡Pero serás cabrón! ¡Me has vuelto a quitar mi fusil! —exclamó ella.

—Venga, Julia, no te pongas así. Acompáñanos y descansa unos días —le dijo Miguelón con su enorme sonrisa.

Barranco abajo, anduvieron toda la tarde, entre matorrales y quebradas, esquivando las patrullas y los cazas que los sobrevolaban. Lograron llegar a las líneas republicanas sobre las diez de la noche. El cañoneo no había parado durante toda la travesía; por el contrario, se intensificó. Debidamente atendidos gracias a las rápidas órdenes de Ivanovich, los heridos fueron evacuados a un hospital de campaña. Prácticamente diezmada la compañía, el resto de los soldados fueron acogidos en una pequeña granja de la retaguardia, en espera de un nuevo destino.

—Parece que al fin hemos logrado parar a los fascistas —expuso Nicolás sentado frente a una vieja mesa de madera, escribiendo su nombre con la punta de la bayoneta en el canto.

—Siguen avanzando, aunque más despacio —murmuró Ivanovich vertiendo un poco de vino en su vaso, con el pie en alto, sobre la mesa, envuelto en toallas calientes.

—Les estamos dando duro —apuntó Miguelón, que permanecía al calor del fuego de la chimenea, donde se cocía un caldo de carne en una olla enorme y negra, y respiró aquel agradable olor a leña, ajo, pollo, tocino y jamón hervido que flotaba en la estancia.

—¿Dónde está nuestra aviación? ¡La Gloriosa! —se preguntó Alberto y bebió.



—Si no fuera por sus malditos aviones, no podrían tirarnos de nuestras posiciones —se quejó Ivanovich.

—La guerra está perdida —aseguró Julia bajando las escaleras de madera del piso superior de la vivienda—. Solo queda resistir en busca de un armisticio benévolo. Si acaso.

Miguelón y Nicolás se volvieron para observarla. Alberto se levantó para saludarla. Ivanovich retiró rápidamente el pie de la mesa y se alzó también. La vio tan hermosa como enojada. Ella entró en la cocina y se colocó junto a Miguelón, al lado de la chimenea, observando el caldo.

—¿Quieres un cazo? ¡Está que se puede cortar con un cuchillo! —exclamó Miguelón.

—Ya lo huelo, debe de estar riquísimo. Sí, gracias —contestó ella cazando con la mano el aroma sobre la olla y llevándolo a su nariz.

—No eres muy optimista —dijo Ivanovich invitándola a sentarse con ellos.

—Iván, tú lo sabes igual que yo —aseguró Julia sentándose.

—No. Yo no lo sé —contestó el capitán.

—Vi las tropas franquistas pasear por Morella. Ya se hicieron con Vinaroz y pronto estarán en Castellón. Nuestro ejército ha mejorado, sí, lo que nunca pensé, mucho, pero muy tarde, y todavía no podemos compararnos con sus divisiones. Malogramos la ventaja del número, fuimos incapaces de gestionar un mando único, las armas y el terreno. Y perdimos los apoyos internacionales cuando los comunistas enviaron el oro de la república a Moscú, soñando con que los rusos lo darían todo por apoyarnos hasta la victoria.

—Rusia nos apoyó —aseguró Nicolás.

—Rusia nos hundió —expuso Julia—. Hace tiempo que solo nos envían chatarra y ánimos, muchos ánimos. Además, perdimos los apoyos de Francia e Inglaterra. Incluso los

americanos apoyan en silencio a los sublevados, temerosos de que un Estado comunista pueda arraigar en Occidente. Ese oro debía haber ido a Estados Unidos.

—Sin el apoyo militar soviético, la guerra ya hubiera terminado hace tiempo. Los fascistas nos hubieran aplastado —dijo Nicolás.

—Sí, y con el mismo resultado que tendrá ahora, pero con unos cientos de miles de muertos menos.

Miguelón posó ante ella un cazo con caldo caliente.

—¿Estados Unidos apoya a los fascistas? —preguntó sorprendido.

—Sus petroleras les sirven desde que empezó la guerra, a crédito. No son los únicos, los ingleses también están en ello —contestó Julia—. ¿No lo sabías, capitán?

—Algo había oído —contestó Ivanovich sin querer darle más importancia.

—Todos prefieren la nueva España de Franco antes que una España comunista. Franco no representa ninguna amenaza para ellos, solo es peligroso para los españoles —se lamentó Julia, y probó el caldo—. ¡Ah, esto levanta a un muerto!

—Siempre quiso dedicarse a la política —aseguró Miguelón.

—En España ya no —aseguró Ivanovich.

—Muerta la República, no, no podrá ser —asintió Julia.

—Pero nosotros todavía seguimos luchando. Quizá la guerra no esté tan perdida —dijo Alberto, tratando de ser optimista, sin dejar de sonreír ante Julia.

—Luchemos hasta el final, que sepan esos hijos de puta que, hasta el rabo, en la República todo es toro —asintió Nicolás.

—¿Me mandarás a la retaguardia? —preguntó Julia, dirigiendo su mirada hacia el capitán.

—Debo hacerlo.



—Pensé que me apoyabas.

—Te apoyaba, es cierto.

—¿Entonces?

—He cambiado de opinión. Posiblemente la guerra está perdida como dices. Si caemos, la patria necesitará de personas como tú para recordarle al mundo lo que aquí pasó. Para que nadie olvide que un día España fue un país libre. Lo he estado pensando desde que llegamos: Nicolás te acompañará a tu pueblo. Él es como tú, un pensador. No es un soldado, nunca lo fue ni lo será. Y un día de estos le pegaré un tiro si no se marcha. Que os acompañe Miguelón. Si su novia está en Villarreal, no se me ocurre mejor momento para darle un permiso.

—¿Quieres que abandonemos el frente? —preguntó Julia, sin entender, y miró a Miguelón, alegre, tal como se mostraba ante la posibilidad de ver pronto a Eva.

—Eres de allí, ¿no? —respondió Ivanovich.

—Sí... Pero...

—Nicolás me habló de un novio fascista. Él te dijo lo de los americanos, ¿verdad?

—Vaya —murmuró Alberto un tanto desilusionado.

—José no es fascista y Nicolás es un bocazas.

—Ya veo, es verdad. Mejor, con ese capitán franquista estarás a salvo. Si lo analizamos fríamente, tienes razón. El frente se derrumbará por mucho que luchemos, es cuestión de tiempo. En una semana han desertado más de cuatrocientos soldados —dijo Ivanovich.

—Muchos de ellos se han pasado directamente al bando fascista —se lamentó Miguelón.

—¡Traidores! —exclamó Nicolás.

—Pronto nos replegaremos a la línea XYZ, será nuestra última baza para conseguir ese armisticio que asegure una paz

con condiciones en nuestro país. Aquí solo estamos ganando el tiempo necesario para crear esa muralla infranqueable. Y costará muchas vidas.

—¡Resistir es vencer! —exclamó Nicolás.

—Franco no quiere un armisticio, quiere la rendición incondicional, aplastar todo atisbo de resistencia, acabar con todo aquello por lo que hemos luchado —dijo ella.

—Escúchame, Julia —ordenó el capitán tomándola de una mano y mirando fijo a sus enormes ojos—. Tu lugar está en la retaguardia. Quiero que estés en tu casa, con tu madre, antes de que lleguen los fascistas. No quiero que te relacionen con la milicia ni con el tirador que los volvió locos, con Carmela... No quiero que mueras en el frente ni reventada por una bomba o vejada por los moros.

—No me matarán, sé cuidarme —respondió ella, atónita ante el interés de aquel hombre.

—No digas eso. Es tu destino si te quedas en el frente. Quiero que vivas lo que nosotros no podremos vivir. Si te matan, todo por lo que he luchado entonces sí que habrá sido en vano, pues tú representas ese todo para mí. ¿Lo comprendes?

Julia se quedó en silencio y bebió sin desviar la mirada de Ivanovich. Miguelón, Nicolás y Alberto permanecían en silencio como si no se hallaran delante.

—Desde que nos despedimos la última vez, no hubo ni un día que no maldijera haberte devuelto el fusil. Cada anochecer creí que te matarían. Pensé cosas horribles. Tienes que obedecerme, por favor. No quiero que mueras, de nada valdrá que te maten. En esta guerra no es necesaria tu sangre —insistió Ivanovich.

—Capitán, yo... —murmuró Julia, sorprendida ante aquellas palabras. Después asintió mientras notaba el calor y la presión de la mano del capitán sobre la de ella.



—Lo ha entendido, mi capitán. Nos marcharemos mañana mismo. Yo cuidaré de ella —expuso Nicolás.

—Más bien cuidará ella de ti —replicó el capitán.

—Te haré caso, sí. Pero no volveré a Villarreal todavía, esperaré a que el frente se derrumbe por completo. Si pretendemos frenarlos hasta que esa línea de defensa esté bien fortificada, todos debemos arrimar el hombro —asintió Julia, esquivando la responsabilidad de volver a la ciudad con Miguelón en busca de Eva.

—¡No jodas! —exclamó Nicolás.

—Aún puedo ser útil con mi fusil. Lo he demostrado varias veces, y si algo les duele a los fascistas es un tirador que elimine sistemáticamente a sus oficiales.

—¡Cabezota! —insistió Nicolás.

—Esta es mi Julia —sonrió Miguelón.

Nicolás y Alberto fueron los primeros en retirarse a descansar. Miguelón los siguió poco después, no sin antes guiñar un ojo a Julia. Ella se quedó sentada frente a Ivanovich, al calor de la chimenea. Ambos permanecieron observando los troncos arder, escuchando el crujir de la madera y el siseo de las llamas que calentaban sus corazones. Nada más se dijeron. Solo se dirigían miradas cómplices, de deseo, de resignación y consuelo cada vez que cruzaban los ojos. Finalmente, Julia se levantó y azuzó el fuego, para quedar apoyada en la chimenea.

—¿Qué hacías antes de la guerra? —preguntó.

—Era fotógrafo.

—¿Fotógrafo?

—Sí, me gusta plasmar imágenes con perfiles humanos. Siempre soñé con viajar a Nueva York y exponer mi trabajo en Manhattan. Es otro mundo, un mundo lleno de oportunidades.

—¿Nueva York? ¡Qué interesante! ¿Has estado allí?

—Sí, hace unos años, antes de todo este desastre. ¿Y tú?, ¿qué hacías?

—Yo estudiaba Medicina. Bueno, Enfermería. Mi ilusión era ser política. ¡Quería hacer tantas cosas por mi amada República! ¡Por nosotras, las mujeres! Ahora me conformaré con morir o ser ama de casa. Así están las cosas.

—¿Quieres un poco más de caldo? —preguntó el capitán.

—No, es muy tarde. Voy a dormir —contestó ella.

—Julia, yo...

—No. Es tarde, Iván, muy tarde —lo interrumpió ella.

Acto seguido, lo besó tiernamente en los labios, acarició la cara barbilampiña con las yemas de sus dedos, con una mirada sentida y se fue escaleras arriba, buscando su cuarto. Ivanovich se levantó y la siguió con la mirada, deseando retenerla, abrazarla, besarla, hacerla suya.

—Quizás un día, cuando todo acabe, nos encontremos en Nueva York —dijo ella haciendo un alto en la escalera, sin mirar atrás. Continuó y entró en la habitación. Cerró, apoyó la frente sobre la puerta y esperó por unos segundos, deseando que Ivanovich la siguiera. Luego, pasó el pestillo.

El capitán se quedó en pie un instante, tentado de subir aquellas escaleras. Apretó los labios y se sentó de nuevo ante la chimenea, al calor del fuego, con la botella de vino en la mano y una extraña expresión de desolación en la cara.

Al día siguiente, cuando despertó sentado en aquella silla, con la botella de vino vacía, Julia y su fusil habían desaparecido.

Tras duras semanas de intensa lucha, las tropas franquistas consiguieron algunos avances en el frente Teruel-Segorbe. Pero no los suficientes, las bajas eran enormes y el



descontento entre los mandos cada vez mayor. La República también sufrió enormes pérdidas en su enconada resistencia. Las mermadas divisiones del Ejército Popular se veían obligadas a recomponerse una y otra vez, pero lograron estancar al enemigo en las abruptas sierras de la región.

El capitán Ivanovich y sus hombres apenas habían gozado de unos días de descanso cuando fueron llamados de nuevo a filas. El agradable y cálido aroma de la granja fue sustituido por el hedor a sudor y pies del tren que los trasladaba, que enganchaba una larga tira de vagones donde apenas podían subir más personas. Esta vez los destinaron al frente de Castellón con la idea de reforzar las compañías que organizaban su defensa. Cuando llegaron, la ciudad entera hervía de soldados y civiles que se preparaban para la batalla.

—Estamos muy cerca de Villarreal, ¿verdad? —preguntó Ivanovich apenas puso el pie en el cemento de la estación. Llevaba una pequeña caja en la mano, como de zapatos, pero más cuadrada. Y miró a ambos lados.

—Sí, mi capitán —respondió Nicolás—. ¿Piensa en Julia?

—No, pienso que los fascistas deben de estar muy cerca de aquí.

—Ya, yo también pensaba eso. ¿Cree que volvió a su casa?

—Si es la mujer que creo, estará en el frente.

—En cuanto podamos, nos escapamos un rato a Villarreal para ver a Eva —exigió Miguelón con una sonrisa.

—Piensa que es posible que no esté en el pueblo, tras lo de San Pascual no quería estar mucho por allí. Es posible que esté en Valencia con sus tíos, o a saber —comentó Nicolás.

—Qué mamón eres —le contestó Miguelón.

—Miguelón, ya tendrás tiempo de ver a tu novia —le dijo Ivanovich—. Ahora escucha. Tengo una buena noticia que darte. Marcho a Valencia, necesitan un traductor ruso...

—¿Para qué necesitan un traductor ruso en Valencia? —preguntó Miguelón.

—Quieren a alguien que pueda comunicarse con los soviéticos en una reunión, las cosas no nos van bien ni tan siquiera con ellos.

—Veo que Julia tenía razón —dijo Miguelón.

—No me interrumpas, es importante.

—Escucho, camarada capitán.

—Sargento, a partir de mañana será usted el alférez de mi compañía. Y estará al mando hasta que yo regrese. Salgo dentro de una hora para Valencia. Cuide de mi tropa —le comunicó de forma solemne.

—¡Alférez! —exclamó Miguelón—. ¡Ja! Ya verás cuando lo sepa Eva. Pero, oiga, no me estará tomando el pelo.

—Yo mismo he promovido su ascenso —aseguró y le entregó la caja que llevaba.

Miguelón la abrió y vio una gorra de oficial con una estrella de seis puntas y, junto a ella, las estrellas bordadas para las hombreras.

Nicolás remugó con cierta envidia, luego asintió. «¿Quién sino Miguelón se merecía un ascenso?», pensó. Sintió una enorme pena, pues sabía que su amigo nunca podría disfrutar con Eva de aquel ascenso. Estaba muerta, había visto su tumba, las lágrimas de Julia y el llanto de Marcelino. Y sintió en su interior que no era el único desgraciado que andaba por allí, en aquella estación repleta de soldados; aunque, a diferencia de sus compañeros, por lo menos él sabía lo desgraciado que era, lo solo que estaba en verdad. Esa noche la pasó escribiendo poemas, hermosas rimas que terciaban del amor perdido, de la tristeza de la soledad, del drama humano y del horror de la guerra.



CAPÍTULO 18 · LA LIBERACIÓN DE CASTELLÓN

A mediados de junio de 1938, aunque en las escarpadas montañas del interior de la provincia los republicanos lograron parar la ofensiva, en la costa las fuerzas franquistas consiguieron avanzar hasta los alrededores de Castellón. Mientras la orden de evacuación llegaba a la ciudad, millares de civiles huían hacia Valencia.

Los cañones resonaron con fuerza en el norte, y, tras el bombardeo, las entradas de Castellón fueron castigadas duramente por la fusilería. El Ejército Popular hizo todo lo posible por impedir el avance de regulares y legionarios, pero tras dos días de continuos ataques, de lucha sin piedad entre escombros y viviendas derruidas, antes de que pudieran darse cuenta y a pesar del esfuerzo, los franquistas estaban luchando en las calles del centro de la ciudad, entre vítores de bienvenida y, a menudo, con la inesperada ayuda de la población civil.

—¡Tenemos que salir de esta ratonera! —exclamó Miguelón.

—¡Traidores! ¡Todavía no nos hemos ido y ya nos han vendido! —expuso Nicolás al ver, de las casas, colgar banderas rojigualdas.

Desde algunas terrazas, los vecinos comenzaron a dispararles con escopetas de caza y a lanzarles piedras y palos. Miguelón se quedó perplejo al ver a una anciana tirarles una maceta con geranios desde el balcón, buscando descalabrar a alguien. Varios soldados se acercaron corriendo, entre ellos iba un teniente que no paraba de rumiar maldiciones.

—¡Alférez! ¡Esos soldados que saquen a la gente de sus casas y que luchen! —ordenó, con la intención de proteger su retirada.

—Pero son civiles, la mayoría viejos y niños —contestó Miguelón.

—¡Todo aquel que pueda empuñar un arma debe luchar! ¡Al que se niegue le pegáis un tiro! Es un traidor —contestó el teniente.

Miguelón cumplió la orden, sin entender muy bien. Los soldados tumbaron las puertas de dos casas a patadas y sacaron a la gente que encontraron dentro, pero, en vez de luchar, la mayoría de aquellas personas salieron corriendo, buscando refugio, otras caían remolonas sobre las esquinas, atemorizadas y cubriendo sus rostros.

—¡Si no queréis luchar, marchaos! ¡Tenemos orden de evacuar la ciudad! —gritó Miguelón incapaz de dispararles.

—¡Iros de una vez, dejadnos en paz! —le gritó una mujer y salió dando un traspiés, con un niño en brazos y dos jóvenes zagales, a ocultarse de nuevo en el interior de su casa.

Indignado, aquel teniente lanzó una bomba de mano por la puerta de la vivienda. Los zapatos de la mujer saltaron por la ventana entre astillas, entrañas, casquillos, humo y una mano. Aquel oficial estiró el cuello y se volvió sobre otras personas que, inmediatamente, trataron de huir, y comenzó a disparar. Muchos de los soldados lo siguieron, provocando la muerte de decenas de vecinos que se negaban a abandonar su hogar o a luchar contra los franquistas. Miguelón se quedó blanco, con el arma colgando de la mano. Los soldados sacaron de las casas, a empujones, a un pequeño grupo de vecinos que llevaban las manos en alto.

—¡Todo el que pueda que tome un arma! ¡Y a pegar tiros! —gritó el teniente.

La llegada de las tropas regulares y de los legionarios los sorprendió. Las balas silbaron, acabando con los que se hallaban más expuestos en la calle, sin distinción alguna. El



estruendo de las bombas de mano retumbó con fuerza sobre las posiciones de Miguelón y su compañía, que se olvidaron de inmediato de los vecinos para centrarse en un enemigo que se les echaba encima.

—¡Atrás! ¡Salgamos de aquí! —ordenó Miguelón.

—¡Disparad, disparad! ¡Hay que contenerlos! —ordenó el teniente, rebatiendo la orden de Miguelón. Y, encolerizado, lo miró como si le perdonara la vida.

Luego, le entregó el fusil de un soldado abatido a un muchacho que levantó a tirones del suelo, quien, aterrorizado, soltó el arma y, cojeando, huyó a saltos hacia su hogar. El teniente sacó la pistola del cinto y le disparó. El joven cayó, estrellando pecho y cara contra la pared. Miguelón quedó con los ojos tremendamente abiertos.

—¡Matad a todo el que se niegue a defender la República! —ordenó el teniente.

—¡No! —ordenó Miguelón.

—¿Cómo, alférez? —le recriminó el teniente.

Miguelón disparó su arma dos veces, y aquel teniente dobló las rodillas, sin fuerza, notando el calor espeso que manchaba su cuerpo.

—¿Qué has hecho? —se giró Alberto sorprendido.

—¡Tenemos que replegarnos! —ordenó Miguelón empujando a sus hombres.

—¿Y los vecinos? —preguntó Nicolás.

—Déjalos. No podemos matarlos, ni obligarlos a marchar ni a luchar contra legionarios y moros. No ganaremos nada asesinando viejos, mozas y niños —contestó Miguelón.

—¡Rojos asesinos! —se escuchó por las calles, desde los balcones, por todas partes.

—¡Traidores! —respondió Nicolás.

—Larguémonos, aquí todo está perdido.

Apenas desaparecieron los soldados republicanos, los vecinos salieron a la calle, temerosos, observando a los legionarios y a los regulares que avanzaban con precaución sin resistencia alguna. Los «vivas» a España y a Franco resonaron por todas partes, y un estallido de júbilo colmó las calles, engalanadas de banderas nacionales, para recibirlos como auténticos héroes libertadores.

—Castellón es nuestra —expuso con tranquilidad José, enfundando su pistola.

—Sí, los rojos se dirigen con el rabo entre las piernas hacia Villarreal —comentó Andrés, que, atendida la petición de José, había sido incorporado en su compañía.

—Pretenden hacerse fuertes en los barrancos del río.

—Pronto estaremos en nuestro pueblo. ¿Crees que mi hermana Julia estará allí?

—No creo, Andrés —contestó José con cierta pena.

Mandos y soldados franquistas recorrieron las calles observando victoriosos, buscando cualquier indicio republicano que abatir.

—¡Dios Santo! —suspiró un soldado saliendo de una vivienda calcinada.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó José al verlo.

—Es una matanza, mi capitán.

—Aquí hay más muertos —comentó un cabo, saliendo de otra casa con un trapo sobre la nariz—. Los rojos los han masacrados.

—Hay varias casas asaltadas, mi capitán. En algunas han tirado bombas de mano sobre personas desarmadas —les comentó otro soldado, acercándose para informar.

—¿Sin más? —preguntó Andrés.

—Esos miserables pagan su frustración con los civiles —contestó José.



—Por eso estos rojos de Castellón nos reciben como héroes —aseguró Andrés.

—La gente está cansada de la guerra. No son rojos ni de los nuestros... Solo personas que quieren vivir de nuevo en paz —dijo José.

—Creo que aún queda mucho para hablar de paz, mi capitán. Antes tenemos que limpiar esta cloaca de ratas.

—Sargento, quiero que se fotografíe y documente este horror —ordenó José—. Ocúpese de que las imágenes y la información precisa lleguen al alto mando lo antes posible. España y el mundo entero deben saber el terror bolchevique que se abate a diario sobre las poblaciones que liberamos. Es hora de que conozcan la verdadera cara del comunismo libertario, de que conozcan los asesinatos, las tropelías, las crueldades y las destrucciones practicadas por la barbarie roja sobre el pueblo indefenso.

—A la orden, mi capitán —contestó Andrés.

José se ladeó observando los muertos. Sintió pena al ver los rostros sin vida de niños, mujeres y ancianos. Le hubiera gustado que Julia viera aquello. Aunque sabía que no comprendería las acciones cometidas por el bando franquista, quizá se diera cuenta de que el horror de la guerra salpicaba a todos. Para él no era una lucha de buenos y malos, sino de personas que morían por una causa en la que creían y de unos asesinos extremistas vestidos de uniforme, que se beneficiaban de aquella tragedia, bien para desatar su odio o, simplemente, para robar y enriquecerse. Preocupado, pensó en la suerte de sus padres y sonrió. El rumor de que él había muerto luchando contra los sublevados, sin duda, los mantendría a salvo. ¿Cómo se le había ocurrido aquella historia a Nicolás?

Miguelón llegó a la orilla del río Mijares con un puñado de soldados, atravesando huertos de naranjos para esquivar los bombardeos que arrasaban la carretera hacia Villarreal. Saltaron barranco abajo buscando un puesto donde hacerse fuertes, junto con otros soldados republicanos que, entre ráfagas, tiros y bombazos, trataban de reorganizarse para detener la ofensiva. La aviación fascista, tanto alemana como italiana, no cesaba de castigar sus posiciones. Las cabezas de puente establecidas en el río saltaron destruidas por el impacto de toneladas de bombas. Los defensores demostraron una vez más su enconada resistencia ante las tropas de choque franquistas. Pero, ampliamente superados en efectivos y número, el frente cayó y se inició una nueva desbandada.

—Vamos, debemos alcanzar el puente —ordenó Miguelón a los pocos soldados que quedaban con vida en su diezmada compañía.

—Desde allí podremos cruzar Villarreal y alcanzar a nuestras tropas —asintió Nicolás.

—¿Dónde está Alberto? —preguntó Miguelón al percatarse de que no estaba con ellos.

—Creo que siguió hacia delante, dijo algo de Burriana —aseguró un soldado.

—¿Será posible? ¡Se ha ido! —exclamó Miguelón sin apenas creerlo.

—Vámonos nosotros también —le indicó Nicolás.

Una ráfaga les impidió abandonar sus posiciones. Rápidamente se tumbaron al suelo esquivando las balas. No podían avanzar ni retroceder, y comenzaron a escuchar numerosas voces que los incitaban a rendirse.

Miguelón se asomó buscando una vía de escape.



—Estamos jodidos —murmuró, viéndose rodeado de regulares.

Los disparos cesaron.

—¡Dejad las armas y salid de ese agujero! —se escuchó con fuerza.

—Mierda, mierda, mierda —susurró Nicolás.

—Llegó el momento de rendirse —murmuró Miguelón sin hallar alternativa.

—¿Rendirse? ¿Qué dices, loco? —se extrañó Nicolás.

—No quiero morir. Eva me espera.

—De nada nos vale morir en este puto parapeto —dijo uno de los soldados—. Mejor un campo de prisioneros, la guerra acabará pronto.

—¿Qué cojones? ¡Son moros de mierda, nos matarán a todos! —exclamó Nicolás.

—También hay legionarios, los he visto —apuntó otro soldado—. Ya me da igual quién gane. No quiero morir aquí, tan cerca de casa ahora que la guerra está terminando.

—Si salimos de estampida entre la maleza, no podrán pillarnos —indicó Nicolás—. Uno u otro caerá y morirá, sí... o alguno más, pero la mayoría podremos huir. ¡Tenemos una oportunidad!

Miguelón negó con la cabeza. Pensó que lo que proponía Nicolás sentenciaba a todos sus hombres, pues eran muchos fusiles los que los apuntaban. Tomó de su morral un pañuelo blanco, lo atravesó con la punta de la bayoneta del fusil y lo alzó lentamente por el borde del parapeto.

—¡No queremos luchar, estamos hartos de esta guerra! —gritó Miguelón.

—¡Asomad la cabeza! ¡Entregaos y respetaremos vuestras vidas! —se escuchó de nuevo.

—¡No, nos matarán a todos! —le gritó Nicolás a Miguelón.

—Nicolás, yo quiero regresar a casa con vida, poder estrechar de nuevo en mis brazos a Eva y decirle cuánto la quiero. La guerra está perdida, no quiero morir por nada.

—¡Eva está muerta, y dentro de nada lo estarás tú si te entregas!

Miguelón se quedó blanco. Luego, sonrió.

—Puto cabrón, casi me lo creo. Eres capaz de decir cualquier cosa para salirte con la tuya y obligarnos a seguir pegando tiros. Quédate tú si quieres aquí con los muertos, quizá no te descubran. Nosotros nos rendimos.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo? —preguntó Nicolás, perplejo al ver que Miguelón no se había creído que Eva estuviera muerta.

—¡Vamos saliendo con los brazos en alto! —se escuchó.

Miguelón se asomó lentamente con las manos arriba y sus hombres lo siguieron, solo quedaban ocho de toda la compañía. Pudo ver un grupo de regulares acercarse corriendo, sin dejar de apuntarlos.

—Dile a Eva que la quiero, que estoy bien —murmuró Miguelón volviendo la cara atrás.

—Así lo haré, aunque quizá la veas tú mucho antes que yo —contestó Nicolás resignado mientras tintaba su cara de sangre y buscaba hueco entre los muertos.

En un momento, los soldados de Miguelón se hallaron rodeados y desarmados. Los regulares los sacaron del barranco a empujones.

Nicolás quedó oculto bajo dos cadáveres, todavía calientes, cubierto de abundantes entrañas. Se asomó levemente, colocando la cabeza sobre el lomo abierto de un muerto. Tal era la sangre coagulada que cubría su cara que bien parecía carecer de piel y cuello. Tragó saliva al ver a sus compañeros alejarse custodiados por el enemigo.

—No sabéis lo que estáis haciendo —murmuró.



Miguelón caminó cabizbajo junto a sus hombres. Los llevaban prisioneros. El miedo había pasado, la guerra había terminado para ellos. Entonces vio a un teniente legionario, con un parche en el ojo, acercarse a la columna y hacer un gesto negativo con su pistola. El sonido de los cerrojos de los fusiles le heló el cuerpo. Dio un salto rápido hacia el campo de naranjos, pero una bala le atravesó un muslo y otra el pecho. Cayó escuchando el sonido de los disparos que estaban acabando con sus hombres. Rodó y quedó herido, empotrado bajo las ramas de un naranjo. Ante él, alzó su frente morena un regular con una sonrisa perversa.

—¡Mi teniente, es un alférez! —gritó aquel moro.

—¡Pégale dos tiros más! —contestó el teniente.

Se escucharon tres disparos. Los últimos hombres de la compañía habían sido asesinados ante la mirada indiferente del teniente Gutiérrez.

Miguelón volvió la vista y pudo ver el destello impío en los ojos de aquel hombre moreno que lo apuntaba. Escuchó el crujido del fusil y sintió su pecho reventar, abrasado. Pensó en Eva, en su sonrisa, en su amor, y quiso llorar. De soslayo, con los ojos entrecerrados, pudo ver alejarse a su verdugo. Se llevaba su reloj, la medalla de san Pascual y poco más de lo que portaba encima.

—Mi teniente, los rojos malditos están todos muertos —dijo uno de los regulares revisando los cuerpos inertes mientras recogía las armas.

Uno de ellos bajó al barranco, donde estaban los cadáveres del resto de la compañía. Revisó bolsillos, cuellos y muñecas en busca de cualquier objeto de valor. Miró la cara sucia de Nicolás y le echó mano a la mandíbula. Le abrió la boca y metió un dedo en busca de algún diente de oro. Seguidamente le miró los dedos y registró sus bolsillos. Finalmente, el

moro se levantó con el botín que habían escarbado sobre los cadáveres de unos soldados que lo único que poseían de valor era sus vidas. Y se alejó sin descubrir que uno de ellos aún respiraba.

Nicolás se quedó allí mismo, inmóvil por todo el día, soportando el calor, las moscas y el espantoso olor de la muerte. No quiso mover un músculo hasta estar seguro de que los soldados enemigos se habían marchado. Caída la noche, se arrastró por debajo de los cadáveres hasta una zona arbustiva. Se paró para echar una última mirada sobre los cuerpos sin vida de Miguelón y de los demás compañeros masacrados.

—Os lo avisé —murmuró con pena.

Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Hijos de puta —dijo después con rabia.

Sin más, bajó la cabeza y se desprendió de la guerrera para alejarse por el río, nadando por su orilla y corriendo entre la vegetación palustre.

Las explosiones que sacudían los alrededores de Villarreal retumbaban en sus oídos, así como los disparos, las órdenes y los alaridos. A menudo se tumbaba en el suelo para permanecer inmóvil durante horas sin haber visto nada o sin saber si había sido descubierto, hasta que el temblor de sus canillas desaparecía, y volvía a recorrer aquellas sendas que bien conocía.

Al amanecer cruzó el puente medieval de Santa Quiteria corriendo agachado, después saltó entre los huertos y llegó al molino del Terraet. Desde allí pudo ver el avance de las tropas franquistas por la otra orilla del río y resopló con una expresión amarga.



CAPÍTULO 19 · LA BATALLA POR VILLARREAL

—¡Eh, tú, maricón!

Nicolás se volvió rápidamente. Sorprendido, vio al padre de José con una vieja escopeta de caza en una mano, una guadaña en el cinto y las riendas de un burro en la otra. El pequeño ratonero Matías gruñía a su lado, mostrando los caninos.

—¡Usted! ¡Dios, cómo me alegro de verle!

—¡Arriba las manos!

—¡José está vivo! ¡Lo he visto! —exclamó Nicolás antes de que el anciano pudiera decir algo más o gritar pidiendo ayuda.

El padre de José se quedó atónito. La única noticia que había tenido de su hijo es que había caído en Madrid, a manos de los sublevados.

—¡Sí, está vivo! —insistió Nicolás.

—¡Calla Matías! —le gritó al perro, que comenzaba a ladrar—. ¿Qué dices, muchacho?

—José nunca quiso que nada les pasara a ustedes, por eso me pidió que corriera la voz de que había sido ejecutado por los franquistas. En verdad es capitán de la España nacional, solo yo lo sé... y Julia.

—¿Mi hijo está vivo?

—Sí.

El padre de José sonrió nervioso y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Cualquier día viene a verles. Ya debe de estar muy cerca —insistió Nicolás.

—¿Es eso verdad? ¿No me estarás engañando?

—Se lo juro. No hace mucho que lo vi, estaba con Julia.

—¿Con Julia? Pero... tú estás con los rojos.

—Yo no estoy con nadie, están todos locos. Solo trato de salvar mi vida.

—¿Por qué te escondes entonces de los nacionales?

—No se puede discutir con los moros. Primero te matan y luego te roban, nada importa quién seas.

—Ya. Acompáñame, te daré cobijo en la alquería hasta que llegue José. Si está vivo y es capitán, él te protegerá. Los rojos huyen y, como las ratas rabiosas que son, destruyen todo a su paso. Dicen que los moros aún son peor.

—Sí, no dejan a nadie con vida.

—Asco de guerra. Me temo que salimos de la sartén para caer en el fuego. Uno ya no sabe quién es quién. Cuando me cruzo con algún soldado, no sé si tengo que gritar «¡Viva España!», o «¡Viva la república!». Esto es una mierda, cualquier día me pegan un tiro a mí y otro al Matías.

El ratonero lo miró, volviendo a un lado la cara, y después a Nicolás, empezando a olerle los pantalones húmedos.

—Creo que en adelante será más seguro que grite «¡Viva España!», o mejor, que no salga de la alquería —aseguró Nicolás, y fue a rascar al perro.

El ratonero le lanzó una mordida al aire y le gruñó.

Nicolás retiró rápidamente la mano.

—El Matías tiene mal genio. Se ha hecho viejo. Vamos, muchacho, vayamos a mi casa y descansas un poco. Estás hecho una pena.

Al día siguiente, un terrible bombardeo por parte de la aviación alemana castigó duramente Villarreal, sacudiendo la tierra y haciendo temblar el suelo que pisaban sus vecinos, quienes corrían desesperados a esconderse, esquivando las bombas y mordiendo pequeños palos que llevaban colgados de un cinto en el cuello para evitar que les estallaran los tímpanos.



Los soldados republicanos, desbordados por las continuas incursiones aéreas, tanto de la Legión Cóndor alemana, como de la Aviazione Legionaria de los italianos, empezaron a replegarse en desbandada hacia la estación de ferrocarril, al sur de la ciudad. La caballería mora atravesó rápidamente el puente medieval, a tiro limpio con todo aquel que asomaba la cabeza.

Al caer la tarde, José, al frente de su compañía, recorrió el puente de Santa Quiteria, desde donde, años atrás, salvara la vida de su general. Observó con nostalgia las aguas verdosas del Mijares y el antiquísimo molino del Terraet; allí estaba con sus anchas paredes de piedra. No pudo más que pensar en Julia. «¿Estará en casa?», se preguntó.

Sus soldados avanzaron hacia el interior, fortaleciendo los destacamentos que estaban en lucha. Los escasos defensores republicanos que quedaban resistiendo en la estación huyeron precipitadamente hacia Burriana, bajo la presión de los continuos obuses. Docenas de moros a caballo y numerosos legionarios recorrían atentos las calles desiertas, mientras el resto del Ejército Nacional ocupaba por la ciudad. Se escucharon unos disparos más, hasta que, de pronto, para gloria de los soldados franquistas, algunos vecinos comenzaron a salir con banderas nacionales y lanzando vítores a Franco.

Desde la alquería del padre de José, Nicolás escuchó una gran algarabía de disparos y alerías. Indignado, agachó la cabeza. Como había conocido en Castellón, para su desespero, los fascistas eran recibidos como héroes. Tampoco le extrañó. Recordó con tristeza que en 1936 la derecha había ganado las elecciones holgadamente en Villarreal.

—Pueblo de borrachos y beatos —murmuró con desdén.

La plaza de la Vila hervía de gente en fiesta, de mozas bailando con legionarios, de vecinos regateando con moros y

de soldados confraternizando con el pueblo. La ciudad estaba engalanada con banderas nacionales. Numerosas pinturas de «Viva España» y «Viva Franco» adornaban muros y paredes por todos lados. Un enorme yugo con las flechas de la Falange se alzaba en medio de la carretera principal, y la Arciprestal Sant Jaume, convertida en almacén por los revolucionarios, recobraba sus funciones eclesiásticas.

Como parte de la nueva propaganda de guerra y buscando el apoyo de la población para evitar altercados en las zonas ocupadas, los franquistas repartieron pan y otros víveres entre los más necesitados. Los vecinos pronto vieron a los recién llegados como libertadores que les proporcionaban la paz tan anhelada, viniera de donde viniera. Los simpatizantes y religiosos enfatizaron rápidamente con los «heroicos salvadores»; muchos vecinos regresaron de las alquerías y salieron de los refugios donde habían soportado los continuos bombardeos.

—Sargento, que se tomen posiciones y descansen —ordenó José—. Asegure las entradas de la ciudad y la zona suroeste. Que no quede ni un enemigo tras nuestras líneas.

—En ello estamos, mi capitán —respondió Andrés.

—Sargento, antes de visitar a su madre, que detengan al alcalde y demás autoridades. Y a todos los considerados desafectos que pretendan esconderse entre la gente honrada. Proceda rápido. Hable con los religiosos que queden con vida, ellos les indicarán quiénes son los rojos y dónde se esconden.

—A la orden, mi capitán.

—Espere, sargento... Andrés...

—¿Sí, mi capitán?

—Si por casualidad tu hermana estuviera en casa, me avisarás, ¿verdad?

—Desde luego. Si Julia está en casa, correré a avisarte —contestó Andrés de forma familiar—. ¿Vas a ver a tus padres?



—Sí, es lo primero que voy a hacer. ¡Ah! La plaza de la Vila, prepáralo todo para una gran fiesta esta misma noche.

—Pero el enemigo está muy cerca.

—Mejor, que nos oigan bailar y reír.

Al calor de la chimenea, los padres de José esperaban impacientes alguna noticia. El anciano murmuraba sin parar, tomando un vasito de mistela tras otro. Mientras, la madre, con unas gafas sobre la punta de la nariz y una copita de anís, se mecía rogando a Dios. De pronto, el pequeño ratonero abrió un ojo. Luego, estiró aún más las orejas y el cuello. La puerta de la humilde alquería se abrió, y el perro salió disparado sin un ladrido.

—¡Hijo! —exclamó la madre entre lloros.

A saltos y pequeños ladridos se le subía el perro por las piernas a José, hasta que lo tomó al aire y le acarició la cabeza con fuerza, apretándolo contra él.

Su padre se acercó satisfecho, con cara de orgullo al ver aquel uniforme laureado, las insignias sobre los hombros y a su hijo hecho un hombre de respeto. Le dio un fuerte abrazo y grandes palmadas en la espalda. La madre anduvo por mucho tiempo abrazando y besando a su hijo, llorando de alegría, hasta que José la separó entre sonrisas.

—Siéntate, descansa, hijo mío. ¿Te pongo un plato de sopa? —le dijo ella.

—No, madre. Estoy bien, no necesito nada. Bueno, quizá sí: otro beso bien grande.

—¡Hijo! ¡Ay! —exclamó ella dejándose abrazar y besar.

—¿No quieres cenar nada? —le preguntó su padre.

—Dentro de un rato tengo una cena con mi general. Pero ¿cómo estáis? Temí mucho por vuestra suerte. No sabe Dios la prisa que me he dado en llegar hasta aquí con mis tropas.

—Bien, hijo. Nunca nos faltó de nada. Antes de la guerra, ya sabes, el general se ocupó de nosotros arreglándonos la alquería. Después, como la gente creyó que habías muerto defendiendo la República, nadie se metió con nosotros.

—Así que: muerto —murmuró José sin perder la sonrisa.

—Sí, ya sabes. Nicolás no nos contó que estabas vivo hasta ahora, para asegurarse de que nada nos pasara. La gente del pueblo se lo creyó, y los rojos nunca nos tocaron. Por el contrario, nos compraban más leche, fruta y leña para ayudarnos —aseguró la madre.

José permaneció en silencio por unos momentos.

—Por cierto, tu amigo está aquí —aseguró su madre.

—Ese mariconazo aún me caerá simpático —sonrió el padre.

—¿Dónde? —preguntó José sorprendido.

—En el pajar. Lo encontré hecho un pollo en el río y lo escondí para que los moros no lo mataran —aseguró el padre de José.

—Le dimos comida y algo de ropa limpia. De la tuya —secundó la madre.

José se levantó, salió de la alquería y anduvo rápidamente hacia el pajar. Sus padres lo siguieron con un candil de aceite. No vio nada. Subió al altillo a saltos por la estrecha escalera de madera y lo observó todo. No había nadie, tan solo algunos rastros que delataban que allí había estado escondida una persona.

—¿No está? —preguntó la madre.

—No —respondió José.

—Qué raro es ese amigo tuyo. ¿Pues no se ha marchado? —exclamó el padre.

—¿Y Julia? Sabéis algo de ella? —preguntó José observando la huerta de naranjos por el pequeño ventanuco del pajar.



—No, hijo. Nadie sabe nada de ella, pero seguro que está bien. Es una buena chica y no se meterá en problemas —contestó su madre.

José alzó las cejas mientras negaba con la cabeza, dio un sentido suspiro y regresó hacia la casa, triste y preocupado, abrazando a su madre con una gran sonrisa.

—¿Julia no estaba contigo? —preguntó su padre sirviéndose una mistela—. ¿Quieres?

—No, sabes que no bebo —contestó José sentándose a la mesa.

—Nicolás nos dijo que estaba a tu lado —insistió la madre.

—Estuvo conmigo en...

De pronto, el perro Matías corrió hacia la entrada ladrando como poseso. La puerta se abrió, y entró Andrés, nervioso y con la boca abierta.

—¿Qué pasa, sargento? —se revolvió José.

—¡Andresito, cuánto tiempo sin verte! ¿Qué ocurre? —preguntó la madre de José.

—¡Julia está en casa con mi madre! ¡Llegó hace unos días!

—¿Julia está en casa? —preguntó José sin poder ocultar su alegría.

—¡Se está arreglando para verte, te espera impaciente! —contestó Andrés.

Nicolás corrió a través de los huertos de naranjos, río arriba en dirección hacia Onda. En su mente, la desesperación de la humillación y la impotencia. Se ocultó en una pequeña caseta derruida y se acurrucó en una esquina cansado y temeroso. La presencia de José lo perturbaba tanto que había sido incapaz de enfrentarse a él. Verlo acercarse vestido con aquel uniforme de insignias franquistas desencadenó sus

miedos, su deseo, su odio, y quiso saltar, abrazarlo y matarlo. Sobre todo, matarlo. Y optó por huir.

Tras varias paradas para asegurarse de que no era descubierto, logró llegar a Onda por la mañana. La gente se mostraba nerviosa, corriendo de lado a lado, preparándose ante lo inevitable. En aquella ciudad, las tropas republicanas aún se mantenían firmes, controlando el frente norte y luchando en los montes que bordeaban la población. Sin saber a dónde ir, recorrió las calles hasta llegar a la plaza central, donde se concentraban numerosos soldados.

—¡Eh! Nicolás, yo te conozco. Tu padre era maestro en Villarreal, ¿te acuerdas de mí? —le preguntó un joven rollizo con galones de brigada.

Nicolás lo estudió por unos momentos. Pronto lo recordó, era uno de aquellos muchachos que de pequeño le pegaban en el colegio y se reían de él.

—Sí, claro, Alfonso. Cómo olvidarte, cabrón —respondió finalmente.

—Creí que estabas en el frente.

—Los fascistas nos echaron de Castellón y de Villarreal.

—Lo sé. Pero ahora estamos preparando una contraofensiva que no esperan. Les vamos a dar cera y de la buena. ¿Qué haces con ropa de paisano? ¿Y tú compañía?

—Mi compañía fue masacrada siendo ya prisioneros. Yo pude escapar oculto entre los muertos y llegar hasta aquí, unos ancianos me ayudaron. Necesito un arma.

—Necesitas un uniforme, el arma te la daré cuando marchemos al frente —respondió Alfonso y, de pronto, calló.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicolás, al sentir su silencio como un mal presagio.

—Los fascistas están fusilando a mucha gente en Villarreal, no sé si lo sabrás.



Nicolás alzó el rostro, serio y con el ceño fruncido.

—Tus padres... Lo siento —asintió Alfonso.

—¡Qué! ¿Mis padres? Pero... ¿Cómo?

—Los beatos los denunciaron. Aseguraron que algo tenían que ver con la quema de San Pascual y, además, están matando a los afiliados del Partido Comunista.

—Pero ellos no son comunistas, nunca lo fueron. ¡Ni quemaron ningún santo!

—Vamos, Nicolás. Eso da igual. Ya sabes cómo funciona esto. Lo de menos es si se es culpable o no. Para ser fusilado basta con que un beato te señale con el dedo... Y ya sabes, en nuestro pueblo de borrachos, hay mucho beato. Además, tú les has dado motivos de sobra para que pretendan dañarte a ti y a los tuyos.

—¡Mierda!

—Ahora te vienes conmigo a Burriana.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó de nuevo Nicolás.

—Vamos, les daremos a esos cerdos lo que se merecen.

Nicolás bajó la cabeza en silencio, hundido aún más, maldiciendo la guerra, la revolución y a la madre que los parió a todos. Aquello había sido un tremendo mazazo. Un nuevo y terrible mazazo. Nunca pensó que a sus padres les pudiera ocurrir nada por lo que él hiciera o dejara de hacer.

—Dame ese uniforme y un arma —sollozó finalmente.

Al amanecer, tras un tremendo bombardeo por parte de la artillería, se inició el contraataque. Los republicanos alcanzaron varios puntos en el interior de Villarreal, avanzaron con una rápida maniobra desde el sector suroeste hacia el centro. A la estación de ferrocarril se aproximó un tren blindado con cuatro piezas de artillería que empezó a batir la zona franquista constantemente.

—Creí que estaba todo controlado —murmuró José en la cima del campanario de la Arciprestal Sant Jaume, mientras oteaba el transcurso de la lucha con sus prismáticos.

—Mi capitán, los hemos expulsado de la partida Madrigal y de la Panderola, pero se han hecho fuertes alrededor de la estación. Ese maldito tren blindado impide una respuesta eficaz —contestó Andrés.

—Monten un nido de ametralladoras aquí. Quiero en la plaza la pieza artillera. ¡Volad ese tren! —ordenó José.

Los franquistas comenzaron a disparar con la precisión que les otorgaba aquella posición privilegiada desde el campanario, que les servía también como observatorio para dirigir las piezas artilleras y a sus soldados. Una lluvia de balas barrió la estación y cada calle por donde avanzaban los republicanos, provocando estragos en sus filas y haciéndolos retroceder. Los cañonazos retumbaron en la plaza de la Vila, y los proyectiles comenzaron a caer cerca del tren blindado, haciendo que abandonara la zona de combate.

Tras dos días de enconada lucha, con sus avances y retrocesos, todo seguía igual. La torre de la Arciprestal y su ametralladora se había convertido en un terrible dolor de cabeza para los republicanos.

—¡Hay que volar esa maldita torre! —exclamó Alfonso, a la par que veía al tren retroceder.

—Nos están friendo —aseguró Nicolás.

Los combates volaron docenas de casas y convirtieron las calles en un dantesco espectáculo. Enormes piedras, cascotes y restos de metralla se encontraban diseminados por todos lados. Los restos humanos llenaban de llanto a vecinos y soldados; ni nacionales ni republicanos podían avanzar. La pieza artillera y la torre no fueron alcanzadas.



Un nuevo asalto republicano a la ciudad se inició apenas amanecía. Un nuevo tren blindado volvió al combate, concentrando su potencia de fuego sobre la torre. El nido de ametralladoras, finalmente, fue destruido a bombazos. La iglesia crujió, temblando cuadros, crucifijos y esculturas en su interior; de las gruesas paredes saltaban bloques de piedra con cada impacto. Dos columnas de la cima del campanario se vinieron abajo, y las campanas reventaron sembrando de esquirlas de bronce el suelo escombrado de la plaza. Cumplido su objetivo y ante el intenso bombardeo que se concentraba, el tren abandonó el combate rápidamente, más cuando un proyectil alcanzó de lleno unos de los vagones matando a sus ocupantes.

Los soldados republicanos, confiados, comenzaron a penetrar en la ciudad ante un desconcertante silencio. De pronto, varias ametralladoras rugieron escupiendo fuego sin parar.

—¡Por los muertos de Cristo! —exclamó el conductor.

—¡A cubierto! —ordenó Alfonso.

—¡Siguen controlando nuestros pasos! —apuntó Nicolás.

—¡Que disparen contra el campanario! —ordenó Alfonso.

El pavoroso estruendo de la batalla aterrizó a los vecinos de la ciudad, que creían pasada la guerra. Parte de la población corrió hacia la retaguardia franquista buscando de nuevo la relativa seguridad de las alquerías; unos se ocultaron en las galerías subterráneas que se iniciaban desde algunos domicilios, en los escondites de sus casas, bajo las escaleras y en los sótanos, y otros rezaban congregados en la Arciprestal, buscando la seguridad de Cristo y de los gruesos muros que la alzaban.

Conforme llegaron refuerzos franquistas desde Castellón, los republicanos alimentaron el frente con tropas llegadas

desde Valencia. La lucha se endureció hasta llegar al cuerpo a cuerpo en las calles. José, situado en un edificio singular, controlaba las posiciones republicanas eficazmente. Sus oficiales seguían transmitiendo las órdenes adecuadas para combatir al enemigo en su sector, ocasionándoles enormes pérdidas. Nadie se había percatado de que el centro de observación de los nacionales no estaba en la castigada torre.

Finalmente, los soldados republicanos se replegaron de nuevo y quedaron estancados bajo el fuego enemigo en cuanto se quedaron sin el apoyo del tren blindado.

La noche cayó y se hizo un pequeño paréntesis en la batalla. Como alcanzado un acuerdo que nunca se hizo, soldados de ambos bandos recorrieron las calles retirando a los muertos. Algunos camilleros se veían correr con heridos que gritaban su dolor; otros eran llevados entre murmullos en brazos, y los que más, en el más absoluto silencio.

—Tenemos que destruir ese puesto de observación —rumió Alfonso observando el vaivén de los camilleros.

—Yo te llevaré hasta la torre —apuntó Nicolás.

—¿Cómo? —preguntó el sargento.

—Sé cómo llegar hasta allí sin que nos descubran. Formemos un grupo de hombres, volaremos la torre de la iglesia y así dejarán de darnos por culo con tanta precisión.

Sabiendo por dónde avanzar, Nicolás lideró aquel comando a las órdenes de Alfonso. Dieron un rodeo hacia el oeste, alejándose del frente. Luego, cruzaron la carretera de Onda y penetraron en unos campos de naranjos colindantes con la ciudad en la retaguardia enemiga. Recorrieron con precaución el lugar, adentrándose por las calles más oscuras y estrechas.

—No podemos avanzar más sin que nos descubran —señaló el brigada.



Delante de ellos había un puesto de vigilancia; demasiados soldados para acabar con ellos en silencio.

—No te preocupes, ya hemos llegado —aseguró Nicolás apoyándose en la puerta crujida de una pequeña casa. La forzó en silencio, introduciendo la bayoneta por la hendidura que quedaba entre la puerta y el marco, y levantando el pasador que la cerraba.

—¿Quién vive aquí? —preguntó el brigada.

—Nadie —respondió Nicolás.

—¿Y qué vamos a hacer en esta casa?

Ante el asombro del brigada y los demás soldados, Nicolás se adentró en la vivienda, buscó una habitación que descendía en el terreno a modo de sótano y levantó una trampilla.

—Aquí abajo hay una gruta que llega hasta otra casa, muy cerca del campanario.

—¿Y en la otra casa? ¿Tendremos problemas con el dueño?

—Allí vive el Pacheco, si no lo han asesinado. Es un viejo campesino de carácter gruñón, afiliado al Partido Comunista. Nos ayudará, ese se deja matar antes de colaborar con los fascistas.

Avanzaron durante unos veinte minutos, alumbrándose con un pequeño candil y unas linternas, recorriendo una gruta oscura que cada vez se estrechaba más.

De pronto, una luz ante ellos. Un hombre permanecía sentado en un ensanche trabajado como sótano, con su mesa, dos sillas de anea, una estantería llena en la pared y varios cajones de víveres, y se levantó al verlos llegar, empuñando una vieja escopeta de dos cañones.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Largaos! ¡Nos matarán a todos! —gritó Pacheco con desesperación.

—Vamos, calla. Tenemos que volar la torre, y nos tienes que ayudar —le indicó Nicolás.

—Tú, maricón, ¿no estabas muerto?

—Pues, ¿no ves que no, viejo loco? Y no me llames así o te pegaré un tiro.

—¿Qué vienes, a joderme? El pueblo está lleno de facciosos. Nos fusilarán en cuanto nos vean. Ya nadie nos quiere. Desde que llegaron los nacionales, esos hijos de puta que tanto nos alababan ahora nos denuncian y nos culpan de todo.

—¡Despierta! Nunca nos quisieron, solo nos tenían miedo —aseguró Nicolás.

—¡Asquerosos! Debimos acabar con todos ellos cuando pudimos.

—En cuanto saquemos de aquí a los franquistas, volverán a apoyarnos. Ahora tienen miedo de ellos, la cosa funciona así —dijo Alfonso.

—Tratan de salvar el culo. Cobardes —murmuró Nicolás.

—¿Por eso nos denuncian? Yo no hice nada malo ni maté a nadie. Ahí arriba hay una auténtica cacería contra nuestros camaradas. No te fíes de nadie. Yo no saldré. Id vosotros, que para eso sois soldados —aseguró Pacheco.

—¡Valiente cobarde! ¡No te costó nada cargarte al doctor Pelayo! —exclamó Nicolás.

—Ni a ti denunciarlo al Comité para que lo elimináramos.

—¿Qué sabes de Julia? —preguntó Nicolás, de pronto, cambiando de tema.

—¿Julia? ¿Esa traidora? ¿No lo sabes? Se ha hecho novia de un capitán de los nacionales, el José, el hijo del lechero. ¡No estaba muerto!

—Ella nunca fue de los nuestros —dijo Nicolás.

—Es una traidora —insistió el Pacheco—. La verdad es que toda su familia son unos facciosos. Su hermano está por ahí danzando, matando rojos el muy cabrón. De buena se escapó, debimos darle paseo como a su padre.



—En cuanto eliminemos esa torre, entraremos en la ciudad sin que puedan controlar nuestros movimientos —aseguró Alfonso.

—Estúpidos, no están en la torre —aseguró Pacheco.

Nicolás se quedó de piedra.

—¿Dónde está entonces el observatorio? —preguntó Alfonso.

—¡Y yo qué sé! Pero en la torre no —insistió Pacheco.

—¿Seguro? —preguntó Nicolás.

—¡Allí no hay nadie desde que reventaron las campanas! —exclamó Pacheco—. Pero si ya no os vale volar la torre, volad el cañón.

Alfonso y Nicolás se miraron.

—Está en la plaza de la Vila —indicó el Pacheco.

Amparados en la oscuridad, Alfonso y Nicolás entraron desde la gruta a la casa de Pacheco. Luego, salieron y cruzaron las calles seguidos por sus hombres, evitando el continuo trasiego de los militares enemigos. Estaban muy cerca de la plaza de la Vila. En unos minutos se hallaron a unos metros de la pieza artillera. Media docena de soldados estaban preparando municiones y limpiando el cañón. Nicolás escudriñó su entorno, tratando de descubrir el observatorio franquista. No había luz alguna que delatara nada. Entonces vio el resplandor de una cerilla en un ventanal del edificio de la Caja de Ahorros, seguido de la pequeña luz de la brasa de un cigarrillo.

—¡Ya los tenemos! ¡Volemos ese cañón y corramos! —exclamó.

Los soldados republicanos se armaron con una bomba de mano cada uno, que, en apenas unos segundos, volaron y estallaron, dejando inutilizado el cañón y su munición entre tremendas explosiones que todo lo iluminaban.

—¡Salgamos de aquí! —ordenó Alfonso, mientras Nicolás se recreaba viendo a varios de los servidores del cañón gemir en llamas, y a otros caminando de lado a lado, amputados.

El comando corrió por las calles tratando de alcanzar la casa de Pacheco. Un pelotón de guardia les cortó el paso a tiros, impidiendo la huida. Alfonso cayó herido, perdiéndose entre las ruinas de una casa. Nicolás entró en la Arciprestal por la puerta principal, la atravesó como alma que lleva el demonio y salió por otra puerta a la calle contigua. A toda carrera, se dirigió hacia las ruinas de San Pascual con idea de llegar al puente medieval, buscando una salida mientras oía los disparos que estaban acabando con la vida de sus camaradas.

Apoyado en un portal, vio una compañía de soldados batiendo la zona. Se volvió sobre sus pasos, nervioso, y se dirigió hacia el centro. Trató de llegar a la casa de Pacheco para esconderse en la gruta, pero allí había todo un destacamento de legionarios. Pegado a la pared, su respiración se vio entrecortada, su corazón parecía querer salir de su pecho. Saltó por una de las terrazas y robó algo de ropa. Se quitó rápidamente el uniforme, sin dejar de mirar a todas partes, y se vistió como un labriego. En su cintura escondió la pistola, aún humeante.

—¿Quién anda ahí? —surgió una voz de mujer desde dentro de la vivienda contra la que apoyaba su espalda.

Nicolás no contestó, se ocultó entre las sombras.

—¿Nicolás, eres tú? —insistió aquella voz, y la reconoció. Y alzó su mirada.

Frente a él, en un balcón, estaba Julia. Sin darse cuenta, había llegado hasta su casa. Una patrulla se hizo escuchar en su paso firme.

—¡Abre, por lo que más quieras! —exclamó.

Julia bajó saltando los escalones y abrió la puerta.



—¡Entra, corre! El pueblo está lleno de soldados y, si sospechan que eres un cabo republicano, no dudarán en dispararte. ¿Qué haces aquí?

Nada más cerrar, la patrulla pasó por aquella calle, a paso ligero, con los fusiles en las manos y los ojos en todas partes.

Julia y Nicolás permanecieron de espaldas, apoyados en la puerta.

—¿Te vas a casar con José? —preguntó de pronto Nicolás.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme en este momento?

—Vaya, has tardado poco en cambiarte de chaqueta. ¿Cómo puedes ser la novia de un capitán fascista?

—¿Qué dices?

—Creí que te gustaba el capitán Ivanovich.

—Pero... No, no me voy a casar con José. Y si lo hiciera, ¿qué pasa? ¿Tengo que pedirte permiso?

Nicolás agachó la cabeza mientras miraba hacia arriba, buscando el rostro de Julia. Era consciente de que estaba enamorada de José, siempre lo había sabido. Pero le gustaba pensar que ella quizá podría sentir algo más por él también, y le molestaba tanto que amara a José...

—Yo te amo —le dijo.

—No, eso no es posible —contestó Julia.

—Siempre te he querido —la interrumpió Nicolás.

—Yo también.

—Lo has elegido a él.

—Te quiero y mucho. Pero no es lo mismo que siento por él. Lo sabes.

—¿Por qué? ¿Por qué a mí no puedes amarme?

—¡Porque eres maricón, coño! ¡Oh, lo siento!

Nicolás la miró de soslayo, con enfado.

—Perdóname, Nicolás. No quería decir eso —se disculpó de inmediato Julia.

—Lo sé. No pasa nada. Yo sé que amas a José, no a mí.

—Pero es que yo siempre lo he amado.

—Lo entiendo. Total, ¿qué más dará? Todos saldremos reventados de esta guerra —dijo escuetamente Nicolás, y se asomó al portal, tratando de ver, para asegurarse de que la calle estaba despejada.

De forma inesperada, la puerta se abrió golpeando su rostro. José apareció frente a él. Entró observándolo en silencio y cerró la puerta. Se dirigió hacia Julia y la besó en la mejilla.

—¿Estáis bien? —preguntó José.

—Sí, acaba de llegar —respondió Julia.

—¿Y tú, Nicolás? ¿Estás bien?

—Sí —respondió él, blanco e inmóvil como una estatua de mármol.

—¿Has sido tú?

—¿El qué?

—Lo del cañón.

—No.

Nicolás sacó la pistola de su cinto y le apuntó al pecho, serio.

—¡Sí, he sido yo quien ha volado tu puñetero cañón! —exclamó finalmente.

—Mañana habrá tres baterías más. Deja esa pistola y pasa al comedor. Hacía mucho que no te veía, me alegra tanto verte entero... Tómate algo caliente, te vendrá bien —aseguró José ignorando el arma con toda tranquilidad.

Nicolás, desesperado ante la postura de José, estiró el brazo y acarició el gatillo.

—No lo hagas. ¿Te has vuelto loco? ¡Es José! —dijo Julia.

—Lo vi en el frente de Teruel. Mandó fusilar a todos los prisioneros. Ya no es mi amigo, solo un perro fascista más. ¡Eva, Miguelón y tantos otros! ¡Asesino!



—¿Miguelón ha muerto? —preguntó Julia, nerviosa, con la pena reflejada en su rostro.

—Un moro lo reventó cobardemente cuando ya se había rendido —aseguró Nicolás.

—Aquí no hay ningún moro. Dame esa pistola —le dijo José, y estiró la mano esperando que Nicolás le entregara el arma.

—José impidió los fusilamientos, que me violaran y que mataran a Marcelino. ¿Por qué crees que los soldados dejaron de dispararte mientras corrías montaña abajo? —le recordó Julia.

—¡Por mis padres, ahora morirás! —exclamó Nicolás.

—¿Tus padres? Nicolás, hice todo lo que pude por ellos... —intentó hablar José.

Nicolás tensó el brazo y apretó el gatillo tres veces.

El arma estaba descargada.

—Has disparado —murmuró José, atónito, y alzó una ceja.

Julia le arrancó la pistola de un tirón y se echó sobre él, empujándolo contra la pared.

—¡Estás loco! —le gritó.

—Vete de aquí —ordenó José, triste—. Estamos avanzando por el sur, echaremos a tus camaradas bolcheviques al barranco de Burriana de un empujón. Por el oeste te será fácil huir hacia Onda, tú conoces bien el lugar.

Nicolás lo observó con orgullo y, después, a Julia, sin citar palabra alguna. Sonrió con una mueca extraña y se asomó a la puerta. Estudió la calle con detenimiento. Estaba vacía. Y salió corriendo, sin despedirse ni volver la mirada atrás.

—No puedo creerlo, te hubiera matado de estar cargada el arma —dijo Julia perpleja.

—Es fruto de la rabia, seguro que sabía que estaba descargada. Ya se calmará, esperemos que tenga suerte y no le ocurra nada. Pobre Miguelón, no sabía nada.

—Ni yo. ¿Qué les ha pasado a los padres de Nicolás?

—Que yo sepa, nada. Querían fusilarlos, pero pude impedirlo. Están bajo mi protección, nadie les hará daño. Tu hermano es el responsable de su seguridad.

Sirviéndose de las sombras, Nicolás llegó a las afueras de la ciudad. Paró varias veces y miró hacia atrás, le daba la sensación de que alguien lo seguía. De un salto, cruzó un reguero y se perdió entre los huertos para apoyarse en un tronco y respirar un poco.

—¡Nicolás! Soy yo, Alfonso —escuchó, con voz muy baja.

—Sal que te vea. Creí que todos habían muerto —solicitó Nicolás desconfiado.

—Logré esquivarlos entre las ruinas. Han acabado con los demás.

—¿Estás herido?

—No es nada —comentó con la camisa llena de sangre y la cara pálida como la de un muerto—. Te seguí hasta esa casa... Ese capitán franquista, ¿por qué te dejó marchar?

—Éramos amigos de la infancia.

—Pues ya has tenido suerte con ese fascista, a un compañero mío le descerrajó un tiro en toda la cabeza un amigo suyo de toda la vida.

—¡José no es un fascista! —exclamó de pronto Nicolás.

Alfonso quedó en silencio, sorprendido.

—Vale, ya lo he visto. Es tu amigo. Pero es un jodido franquista, seguro que se ha cargado a muchos de los nuestros.

—Sí... Eso seguro —respondió Nicolás.

Con Alfonso al hombro, Nicolás recorrió regueros y tapias entre huertos hasta llegar al cauce del Mijares. A la derecha se veían el puente medieval y el molino del Terraet.



—Vamos, debemos llegar a nuestras líneas —ordenó Alfonso, apenas con un balbuceo.

—Eso va a ser difícil, estamos en la retaguardia enemiga. Además, estás hecho una pena, no creo que lleguemos muy lejos en tu estado. Tendremos que ocultarnos y probar suerte río arriba —apuntó Nicolás.

El paso firme de una compañía de soldados nacionales los alertó.

—Mierda, nos van a descubrir —aseguró Alfonso, cuerpo a tierra.

—Vamos, sé dónde podremos pasar la noche a salvo. Ya veremos si mañana tenemos más suerte —aseguró Nicolás observando la lucecilla lejana de la alquería de los padres de José.

Cuando llegaron, lo vieron todo despejado. Nadie se preocupaba en molestar a aquella familia. Los soldados franquistas sabían que allí vivían los padres de un capitán, por lo que la zona había quedado aislada de cualquier maniobra, si bien, tras una intensa batida, tampoco se englobaba en ninguna zona conflictiva, y José había dispuesto de dos centinelas en la casa para seguridad de sus padres.

Con sigilo, Nicolás llegó al granero y subió al pajar acompañado por Alfonso, que apenas se tenía en pie. Desde el ventanuco, en la oscuridad y el silencio de la noche, podían ver las llamaradas de las explosiones al sur de la ciudad.

—Tengo frío, esta herida me va a matar —dijo Alfonso.

De pronto, el pequeño ratonero Matías entró en el granero ladrando.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la madre de José, asomándose al pajar.

Con un fuerte golpe en la cabeza, cayó rodando al suelo, muerta. Alfonso quedó en pie, con un grueso madero en la

mano y una mirada ida. El perro saltaba al aire, ladrando sin parar, como enloquecido.

—¿Qué has hecho? —preguntó Nicolás irritado.

—¡Coño, nos habían descubierto! —replicó Alfonso.

—¿Señora? —preguntó un soldado de los dos que hacían guardia en la casa, acercándose.

—¡Asesinos! —gritó el padre de José al entrar y ver a su amada esposa con la cabeza abierta frente a la escalera del pajar. Y vio al ratonero ladrar hacia arriba. Levantó su escopeta de caza y disparó los dos cañones a una.

Los sesos de Alfonso se pegaron contra el techo. Antes de que pudiera cargar y realizar otro disparo, Nicolás tomó la pistola del cinto de su camarada muerto y abrió fuego tres veces seguidas al pecho del anciano. El soldado entró y disparó rápidamente, errando por muy poco, y Nicolás respondió descargando el arma y abatiéndolo. El otro soldado de guardia corrió hacia el granero.

—¡Mierda! —exclamó Nicolás, soltó la pistola y bajó del altillo.

Observó a la madre de José, al padre, al soldado, y apretó los labios con rabia. El ratonero se le tiró feroz al costado, mordiendo con fuerza. Nicolás se lo arrancó de un tirón, entre gritos de dolor y pánico, y lo lanzó con fuerza contra la pared, tomó un palo grueso y lo partió a golpes sobre el animal, que no dejaba de ladrar en su agonía. Agarró una horca y, conforme entró el soldado al granero, la hundió en su vientre. A la arcada, siguió el silencio. Temblando, Nicolás salió del pajar con la mano en el costado y, sin mirar atrás, corrió río arriba, dirección hacia Onda, buscando llegar al frente oeste antes de ser atrapado.

El viejo y leal Matías, con una brecha en la cabeza, se arrastró sin poder menear las patas de atrás, para acurrucarse

junto al cadáver de la anciana, y le lamió su rostro dos veces antes de cerrar los ojos para siempre.

José asistió serio a la misa del entierro en la Arciprestal Sant Jaume, sin soltar una lágrima. Frente a él, dos ataúdes con los cuerpos de sus padres. Lo acompañaban Julia y un buen número de altos mandos y conocidos. Mientras, en las calles y casas de Villarreal cercanas a la estación, se luchaba sin cuartel. Tras cinco días de intensa batalla, había cadáveres de hombres y bestias por todos lados, recientes, en descomposición, entre las ruinas de los edificios, en las calles, en el interior de las casas, entre los naranjos, flotando en la acequia que atravesaba la ciudad... El hedor a muerte era nauseabundo, vomitivo. Los combatientes se protegían con pañuelos anudados sobre la nariz para soportar aquella pestilencia.

—Mi capitán, las baterías están preparadas —informó Andrés nada más colocarse al lado de José en la iglesia, sin apartar la vista del cura y su discurso.

José asintió sin decir palabra alguna. Andrés se santiguó ante los féretros, algo nervioso, esperando una orden. El sacerdote siguió con la misa. La mirada de Julia, del brazo de su amado, se cruzó con la de su madre y su hermano. El sonido de la guerra quedaba amortiguado por la sólida construcción de la Arciprestal, pero no silenciado. Algunos agachaban instintivamente la cabeza ante una explosión cercana, o cuando la metralla alcanzaba las paredes del campanario.

—Mi capitán, los hombres esperan. Los rojos se aproximan de nuevo por la estación; los tanques rusos están entrando ya en la ciudad —insistió Andrés.

José asintió de nuevo y continuó impasible, escuchando las palabras del sacerdote como si no tuviera más que hacer o poco le importara el avance de los republicanos. Julia apretó su mano y lo miró con cara de consuelo, apenada por aquella trágica pérdida. Le revolvía la conciencia que Nicolás hubiera tenido algo que ver. Quiso pensar que no, al igual que José. Al fin y al cabo, el asesino, un brigada republicano, había sido hallado en el pajar, junto a la pistola.

—Podéis ir en paz —aseguró el sacerdote, dando por finalizada la misa.

José se acercó a los féretros y besó a sus padres muertos. Se colocó la gorra de capitán encima y se dirigió con paso rápido hacia el portal de la iglesia. Andrés lo siguió, y Julia quedó allí, pensativa, con el mentón temblando.

—Los tercios que avancen por los alrededores, que los envuelvan. Los regulares que inicien una limpieza sin cuartel desde el centro hasta la estación. Las tropas de relevo que se dispersen de este a oeste y saquen de ahí a esos rojos —ordenó José.

—A la orden, mi capitán.

—¡Sargento!

—Sí, señor —contestó Andrés.

—Que no paren los artilleros hasta que tiren a esas bestias asesinas al río Seco.

El poderoso rugir de las baterías sirvió como señal de avance para las tropas franquistas. Cubiertos por las ametralladoras, sorprendieron en la carrera a los republicanos que no esperaban tal ataque ni tales fuerzas. Y mucho menos la intervención aérea de la Legión Cóndor, que bombardeó los tanques. Los moros mostraron su loco valor lanzándose sobre las bayonetas de un enemigo que les tenía miedo. Los legionarios avanzaron a base de granadas y continuas ráfagas.



Y el resto de la tropa copó, poco a poco, cualquier situación ventajosa, expulsando de nuevo al enemigo hacia las afueras de Villarreal.

Tras ocho ofensivas infructuosas tratando de retomar la plaza, el mando republicano desistió tras el abandono del tren blindado, la destrucción de los tanques y la contundencia mostrada por los nacionales en aquel último envite. La batalla había terminado. Más de setecientos soldados muertos entre las filas sublevadas y más del doble de heridos, y otros tantos, en el bando republicano, mostraban el arrojo y la ferocidad desatada durante el combate.

—Vuelta a empezar —dijo José más allá de la estación de ferrocarril, observando la línea del nuevo frente situada a las puertas de Burriana.

—Así es, mi capitán. Esta guerra de desgaste y contraataques a la que nos obliga el enemigo nos está haciendo mucho daño —contestó Andrés.

—Los rojos disputan cada pueblo, cada ciudad, cada calle, cada huerta como si les fuera un mundo en ello a pesar de tener la guerra perdida —interrumpió José.

—Sí, esta provincia no está siendo un paseo de rosas precisamente.

—La desquiciada resistencia que hacen solo puede tener un propósito: están reagrupando sus tropas y preparando una defensa orquestada para evitar que liberemos Valencia. Tenemos que avanzar más rápido, no debemos darles tiempo a crear nuevas líneas, un nuevo frente; ya tenemos bastante con lo que nos queda por delante.

Andrés asintió.

José anduvo paseando hacia la ciudad. El enemigo había sido vencido de nuevo. Observó con tranquilidad a varios soldados

lavarse en la acequia, completamente despreocupados. Unos estaban enjabonándose en la orilla, otros dentro. Más abajo, a una distancia prudente, varios cadáveres permanecían flotando, hinchados y despidiendo un hedor vomitivo en una represa. Grandes manchas de grasa rodeaban sus cuerpos, algunos amputados, sin cabeza, o simples torsos.

El capitán se volvió con una pequeña arcada y caminó hacia la plaza de la Vila seguido por Andrés. Se percató de los numerosos animales muertos que se veían por todas partes: caballos, perros, gatos e incluso conejos. Y vio una jaula colgada en la pared de una vivienda derrumbada. Un jilguero estaba dentro, muerto. Fue a andar, pero un cadáver en descomposición se lo impidió; se volvió, para tropezar de súbito con tres más.

—¡Sargento!

—Sí, mi capitán.

—Voy a descansar un rato. Forme patrullas y que ayuden a la población civil a limpiar este cementerio de inmediato, antes de que llegue el general. Cuando me levante, no quiero ver ni un muerto en las calles.

—A la orden, mi capitán.

CAPÍTULO 20 · EL CASTILLO DE ONDA

En aquel caluroso día de finales de junio de 1938, miles de proyectiles cayeron sobre Onda. Parte de la población se refugió en una cueva que se abría en la cara sur de la montaña, bajo el castillo; otros corrieron por huertas y alquerías. Los incesantes bombardeos por parte de la aviación franquista arrasaron la ciudad. Las piezas artilleras del Ejército

Nacional se sumaron al esfuerzo bélico y se emplearon a fondo. Bloques enteros de la muralla se derrumbaron entre enormes polvaredas de piedra y mortal metralla. Los tanques soviéticos y demás defensas republicanas volaron por los aires ante semejante intensidad de fuego.

Los legionarios comenzaron su avance sin esperar el fin de aquel terrible castigo. Tras varias jornadas de ataques esporádicos, iniciaron una decidida ofensiva para conquistar aquella plaza que seguía resistiendo.

—¡Fuera! ¡A los parapetos! ¡Rápido! —ordenó el capitán Ivanovich, destinado a la defensa de Onda.

—¡Vamos, salid de los refugios! ¡Ya están aquí! —insistió Alberto, que, tras su huida de Villarreal y una pequeña estancia en Burriana, había acabado de nuevo a las órdenes de Ivanovich, como sargento.

Entre muertos y cascotes, los defensores de la plaza, que habían permanecido a cubierto en el aljibe del castillo, recibieron el brutal asalto. El enemigo se encontraba encima de sus posiciones, alzándose por las murallas. Apenas doscientos soldados, agotados por las continuas ofensivas realizadas en los días anteriores, trataron de parar varias compañías enteras de soldados, legionarios y regulares perfectamente pertrechados.

—¡Las ametralladoras! —gritó Ivanovich al ver un nido con sus servidores muertos.

De un salto se echó sobre el parapeto, voló la cabeza de un legionario que llegaba al asalto, y disparó la ametralladora con el apoyo inmediato de Alberto. Sin apenas poder ver a causa del humo, barrió toda la pendiente, abriendo una brecha que obligó a los legionarios a buscar refugio.

—¡Cabrones! —se escuchó entre los lamentos de los heridos.

Una bala certera atravesó el pecho de Ivanovich, a la par que veía a los legionarios levantarse y correr hacia su posición lanzando granadas de mano.

Las explosiones reventaron la parte anterior del nido. La potente arma saltó por los aires, y el capitán Ivanovich se estrelló contra la roca de la muralla, quedando inconsciente, sin dos dedos en la mano derecha, con el brazo maltrecho, la cabeza sangrante de metralla y una esquirla de metal en el vientre. Alberto quedó apostado en un rincón, boca abajo, con el rostro sobrecogido, y cerró los ojos al ver acercarse al enemigo.

Onda estaba en manos franquistas a pesar de la tenaz defensa republicana. Apenas un puñado de soldados fueron hechos prisioneros; muchos de ellos fueron fusilados de inmediato. Caída la noche, solo algún disparo aislado y los lamentos de los heridos perturbaban la paz tras el paso de la guerra. Los muertos eran retirados del campo de batalla, de las ruinas y huertas, por familiares y soldados, en el más absoluto de los silencios.

Arrastrándose de forma torpe por el hueco de un reguero, Alberto trataba de huir de aquel escenario, cómplice de la noche, tirando del cuerpo del capitán Ivanovich, quien, presa del dolor, se dejaba hacer entre lamentos, con los ojos bien abiertos y las manos sobre la herida del vientre.

Dos camilleros franquistas con brazaletes de la Cruz Roja se acercaron y alzaron la vista, alertados por aquellos agónicos ruidos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó uno de ellos, mientras el otro alumbraba con una linterna, y cruzó su mirada con la de Ivanovich y la de Alberto.

Se estudiaron mutuamente. Nada se dijeron. Los soldados franquistas se volvieron como si nada hubieran visto, les



lanzaron una última mirada y se alejaron sin más, portando un cadáver en la camilla; sabían que atenderlos era lo mismo que fusilarlos. El sargento continuó arrastrándose por aquel reguero, tirando del capitán, sintiéndose por momentos a salvo.

—Julia —murmuró Ivanovich observando las estrellas del cielo, tan lejanas, tan cercanas.

De madrugada, asomada a la ventana, tras la cortina, la madre de Julia vigilaba la vuelta de su hija; siempre pendiente, siempre temerosa. Ella cruzó la calle con cierta prisa y llegó a casa con varias barras de pan recién horneadas.

—Dame, hija, no deberías salir —le dijo la madre abriendo la puerta.

—Dicen que Onda ha caído, están batiendo los alrededores —se lamentó Julia.

—Los nacionales están matando a mucha gente. Esto es peor que cuando estaban los rojos.

—Es la hora de la venganza —dijo Julia con pena, cerrando la puerta.

—Si ya se han hecho con Onda, ¿por qué no vuelve José? Espero que regrese pronto... ¡Y vivo! Dios no quiera que...

—Calle, madre.

—Sin él, mal te veo, hija.

De pronto, unos golpes en la puerta.

—¡Ah! —exclamó la madre, asustada.

Julia abrió con total tranquilidad. Ante ella, dos hombres cubiertos con mantas militares. Uno permanecía erguido y soportaba sobre su hombro la carga del otro.

—¿Julia? —preguntó aquel desconocido que parecía malherido. Y alzó la cabeza.

—¡Capitán! —exclamó Julia al ver a Ivanovich, y reconoció a Alberto.

—Julia... ¡Qué hermosa estás! —tartamudeó el capitán, mientras espesas gotas de sangre manchaban la piedra del portal.

—¡Pasad! ¡Pasad! —les exclamó, y miró a todas partes esperando que nadie hubiera visto aquella escena.

—¡Hija! ¿Qué haces? ¡Son rojos! ¡Nos matarán!

—Son mis amigos, no nos matarán.

—No, ellos no. ¡Nos matarán los franquistas!

—Calle, madre, o la oirán en todo el barrio.

Julia acomodó al capitán en su cuarto, en la parte superior de la casa. Rápidamente atendió las heridas que mostraba por todo el cuerpo.

—¡Oh, Dios, qué desastre! —exclamó—. Mamá, ¡calienta agua abundante y trae gasas!

Alberto se quitó la capa y observó al capitán, que quedó inconsciente. Y se fijó en ella, que no paraba de desinfectar, hurgar las heridas, lavarlas, extraer metralla y suturar. Julia taponó bien el orificio de la bala, le extrajo la esquirla del vientre, y, tras varias horas de atención, vendó con cuidado el pecho de Ivanovich y cada herida.

—La bala salió por debajo de la clavícula. Tenía el brazo estirado cuando recibió el impacto, eso le salvó la vida —afirmó ella—. Las heridas de metralla no son graves. Ha perdido las primeras falanges de los dedos índice, corazón y anular de la mano derecha.

—¿Sanará? —preguntó Alberto.

—Eso espero. Ha perdido mucha sangre. Necesita reposo, y no creo que pueda volver a usar un arma con esa mano —respondió Julia.

—¿Estás sola con tu madre?



—¿Cómo me habéis encontrado?

—Fue fácil dar con la novia del capitán fascista del pueblo.

—Pero...

—No te preocupes, el que nos dijo dónde hallarte ya no podrá hablar.

—¡Dios!

—El frente se derrumba también en Burriana, no tardará mucho nuestro ejército en retirarse hacia Almenara —aseguró Alberto—. Debemos llegar hasta allí sin que nos vean, o no tendremos posibilidad de huir.

—Eso no es posible, Iván no podrá moverse en días.

Alberto se volvió y miró a su capitán.

—Esperaremos, pensaremos qué hacer —aseguró el sargento.

El rugir de la guerra se aceleró. Desde la plaza de Villarreal se veían los aviones fascistas dirigirse con sus bombas hacia la vecina ciudad. Y el estruendo final, terrible. Miles de soldados cruzaban, en formación, ante la casa de Julia, con un destino. La caída de Burriana era inminente.

Habían pasado una semana, en los que el capitán Ivanovich había estado inconsciente, recuperándose de sus heridas en la cama de Julia, atendido por ella y vigilado por Alberto.

—La suerte de la guerra está decidida hace tiempo, mucho —expuso Julia observando desde la ventana de su cuarto, temiendo que en cualquier momento se presentaran allí José o su hermano Andrés.

—No digas eso, camarada —dijo Alberto.

—No me llames camarada —susurró ella.

El sargento se quedó en silencio.

—Carmela murió, ¿verdad? —preguntó distante.

—Madre, traiga comida y vino, y ropa limpia para el sargento. Debes salir de aquí cuanto antes —expuso Julia sin responder.

—Esperaré a que el capitán se recupere —aseguró Alberto.

—Debes irte —insistió Julia—. Mañana será tarde. Si cae Burriana, quedarás totalmente aislado y no podrás llegar a nuestras filas.

—Los tres deberíamos volver al frente.

—¿Qué dices?

—¿Por qué he de regresar yo solo? Tú ya no luchas, ni él.

—¿Estás loco? Iván ha quedado tullido, no podrá disparar nunca más un arma.

—Me ocultaré en esta casa —afirmó Alberto—. No quiero volver al frente.

—¡No puede ser! ¡No puedes quedarte indefinidamente! En cuanto caiga Burriana, mi hermano volverá —contestó Julia.

—Y tu novio, ¿verdad?

—Debes marcharte ahora que todavía puedes.

—No quiero que esos fascistas me fusilen —apuntó el sargento.

—En cuanto oscurezca, puedes llegar al río y seguir hasta la desembocadura. Allí las cosas están más calmadas y podrás llegar a Burriana antes que amanezca; eres de allí, tendrás quien te ayude.

—¿Y tú, no te vienes conmigo? Tú no estás tullida.

—La guerra terminó para mí —dijo ella.

Alberto alzó el arma apuntando a la cabeza de Julia.

—Dame ropa de paisano y todo el dinero que tengas. Si vosotros no lucháis, yo tampoco. Además, ¿qué dirían las autoridades de este pueblo si supieran quién eres? Seguro que



el alto mando me recompensaría muy bien por entregarles a la famosa tiradora Carmela.

Un inesperado golpe de hacha abrió la cabeza del sargento.

—¡Madre! —gritó Julia al verla soltar el mango de olivo.

Alberto cayó con la mirada perdida y el hacha hundida hasta la nariz.

—¡Sabía quién eras! ¡Se lo iba decir a todos! —exclamó la anciana, temblando entre lloros de histeria—. ¿Y ese? —preguntó la anciana señalando a Ivanovich.

—Madre, baja y hazte una tila. ¡Y hazme otra para mí!

Aquel fue un día muy largo para Julia. Temerosa de cualquier persona que pasaba por la acera, no descuidó su atención en cuidar y asear a Ivanovich. Su madre estuvo sentada al lado de la ventana, entre cortinas, rumiando maldiciones, penas y ruegos en todo momento. Alberto encontró la paz en un saco vacío de patatas, con el hacha en la cabeza, sobre una carretilla y escondido en el cuarto recibidor de la casa de su admirada Carmela.

Ivanovich despertó bien entrada la noche.

—Julia —fue su primera palabra.

—Capitán, creí que contra usted no podían bombas ni cañones —le susurró ella acariciándole la frente.

Ivanovich sonrió y acarició la mejilla de Julia, acelerando su corazón.

—Estás tan guapa, así, de mujer...

—No digas tonterías —contestó ella.

—No digo tonterías. ¡Qué suerte tiene ese capitán tuyo! ¿Dónde está?

—En el frente, matando rojos. Te he preparado algo de comer.

—Veo que aprendes rápido —aseguró con sorpresa.

—Debes comer, has perdido mucha sangre.

—¿Y el sargento?

—¿Alberto? Mi madre lo mató con un hacha.

El capitán alzó las cejas hasta arriba.

—Amenazó con contarles a todos quién era yo; quería salvar su pellejo entregando el mío. Creo que solo te trajo aquí con esa intención: venderme.

—Nunca se tomó muy bien que Carmela tuviera un novio fascista. ¿Cómo estás de tu herida?

—Mejor. Nadie sabe nada.

—¿Seguro? ¿Estás a salvo aquí?

—Creo que sí. Aunque siempre puede llegar otro admirador de Carmela.

—No creo. Solo yo quedo con vida de los que sabíamos quién eres, de tu puntería con el fusil. Mi compañía fue barrida en Castellón, yo estaba en Valencia entonces. Cuando regresé me enviaron a Onda. Y también nos barrieron.

—Nicolás también lo sabe —confirmó ella.

—¿Nicolás vive? Alberto me dijo que toda la compañía había sido abatida.

—Fue el único que sobrevivió, a los demás los asesinaron a sangre fría.

—Pero... Nicolás y tú... sois amigos, ¿no?

—No lo sé. Anda, come.

Ya casi de madrugada, Julia tiraba de la carretilla con el saco de patatas encima. En cada esquina miraba buscando las sombras de la noche. Se acercó a una zona de escombros cercana a los restos de la iglesia de San Pascual y volcó el saco. Las manos y la cabeza abierta de Alberto asomaron en gran parte. Con denotado esfuerzo, lo dejó caer entre dos grandes piedras. Trató de recuperar el hacha. No pudo, había



quedado incrustada en el cráneo y no encontraba la forma de sacarla. Pensó en dejarla allí y negó con la cabeza; tenía, en el mango de olivo, el nombre tallado de su padre. Le sacudió una patada a la cabeza, y otra. El hacha se movió, y ella tiró de nuevo con fuerza. La hoja salió. Cerró y abrió los ojos maldiciéndolo todo, y empujó el cuerpo a un foso producido por el impacto de una bomba, y se volvió.

El característico sonido de las botas en marcha de la guardia la alertó. Tomó el carro, el saco y corrió a ocultarse. Los soldados pasaron sin percatarse del muerto que había en aquel hoyo oscuro. Julia resopló y se asomó lentamente. El terreno estaba despejado de nuevo. De pronto, una terrible explosión resonó lejana, pero con mucha fuerza, brutal. Sin parar ni volver la vista, regresó rápidamente a su hogar, preguntándose qué habría sido. Los soldados alzaron la vista al cielo del sur, y los vecinos se asomaron levemente a las ventanas, tratando de averiguar algo, sin ver nada. Ninguno se percató de la silenciosa sombra de Julia, que entraba en casa.

Julia dejó el hacha en el fregadero de la cocina.

—¿Ya está? —le preguntó su madre, que continuaba sentada junto a la ventana, oculta entre las cortinas, escudriñándolo todo.

—Sí. Lo encontrarán pronto. No le darán más importancia al comprobar que es un sargento del Ejército Popular.

—Más nos vale. ¿Has limpiado la sangre del escalón de la entrada?

—No —contestó Julia apretando los labios.

—¿Sabes qué ha sido ese estruendo?

—No.

—Ha sido el campanario de Burriana —aseguró Ivanovich bajando la escalera.

—¿Qué haces levantado? Vuelve al cuarto, alguien te podría ver —le dijo Julia.

—¿El campanario? —preguntó la madre de Julia.

—Sí, ordenaron derrumbarlo para que no pasara como aquí, en Villarreal. Ya no podrá servir de atalaya y castigo para nuestras tropas. Abandonamos Burriana, debió de llegar la orden de evacuación. Todo estaba previsto.

—El observatorio no estaba en el campanario, sino en la Caja de Ahorros —aseguró Julia.

—Vaya —respondió Ivanovich pensativo.

Julia asintió sin dejar de observar los movimientos del capitán, quien, como si no escuchara, continuó bajando las escaleras hasta posarse frente a ella. La madre lo miró con cierto desasosiego, tomó un cubo con agua y un paño, y salió a la puerta de la casa para limpiar la sangre del escalón.

—Hija, ¿qué estás haciendo? —murmuró apenada, comprendiendo por aquellas miradas que no era la primera vez que estaban juntos.

—Debo marchar, no puedo seguir poniéndote en peligro. Gracias por cuidar de mí, me has salvado la vida —aseguró el capitán ladeando el largo flequillo de Julia hacia atrás.

—Era lo menos que podía hacer por mi capitán. Pero no te vas. Debes quedarte unos días más, estás muy débil. Aquí nadie te encontrará; mi hermano no vendrá hasta el sábado y José no creo que regrese hasta que caiga Valencia.

—¿Valencia? Pues tendrás que armarte de paciencia. Nuestro sacrificio se ha visto recompensado. La línea XYZ se ha podido construir desde Almenara hasta Javalambre, atravesando toda la sierra de Espadán. No podrán pasar en mucho tiempo, quizás el suficiente para que acabe esta guerra. Valencia está a salvo.

—¿Te has vuelto optimista?



—La guerra está perdida, no lo vamos a discutir; pero nuestra estrategia de desgaste puede desembocar en una paz negociada. Quizá podamos evitar la represión fascista e impedir la destrucción de todo lo conseguido por la República.

—¡Ah...! ¡Tira para arriba!

Pasaron dos días, durante los cuales el capitán Ivanovich fue recuperando fuerzas siempre atendido por una servicial Julia que se volcó en sanarle.

—¿No será ya hora de que se marche? —repetía su madre, a cada hora del día, sin olvidarse nunca, puntual como un reloj suizo.

Aquella noche, mientras cenaban, unos golpes secos resonaron en el interior de la vivienda. Alguien llamaba, y no despacio. Ivanovich se deslizó tras la puerta, buscando la oscuridad y amartillando su arma. Julia se posó ante el portal, junto a su madre. Los golpes volvieron a resonar.

—Julia, ¿estás ahí? —se escuchó.

—¿José? —preguntó Julia, y los tres se miraron.

—Abre, ¿estás bien?

—Sí, sí —contestó Julia, y entreabrió la puerta.

—Vamos, arréglate, tienes que acompañarme. El general ofrece una cena para celebrar la liberación de Burriana y debemos ir. Habrá de todo. ¡Gorrino en salsa! ¡Vino del bueno! ¡Baile! —exclamó José, y dio dos pasos al frente penetrando en la vivienda.

Ivanovich, oculto tras la puerta, deslizó su arma. La mirada que Julia le propinó, le indicó claramente que ni se le ocurriera disparar. Por unos momentos su dedo rozó el gatillo, desesperado por apretar y acabar con el oficial franquista que mantenía preso el corazón de aquella mujer a la que amaba. Desistió. Pensó que matándolo ante ella no conseguiría su amor; era obvio y desesperante.

—¿Qué te ocurre? —preguntó un perspicaz José al verla dudar, y fue a volverse.

Julia lo abrazó y lo besó en los labios, llenando su alma enamorada y desviando su atención.

—Ahora mismo se cambia y marcha a bailar. ¡Buena falta le hace! —dijo la madre de Julia, y tomó del brazo a José, llevándoselo hacia la cocina, sacándolo con pericia del recibidor—. Vamos, te pondré un anís mientras esperas.

Ivanovich cruzó tras él y subió rápidamente las escaleras, sin hacer un ruido. Tras sus pasos, lo siguió Julia.

—Ahora bajo —expuso ella con cara alegre.

José paseó por la cocina con el vasito servido de anís, ante el silencio de la madre de Julia, sin beber, y lo dejó sobre la mesa.

—¿Quizá mistela? —preguntó la madre, nerviosa.

—No, ya sabe que no bebo. Gracias, señora. ¿Todo bien? —preguntó José.

—Sí, sí, claro. ¿Quieres otra cosa? ¿Un vinito? ¿Un brandy?

—¿Seguro que está todo bien?

—Bueno, hay miedo. Ya sabes.

—Ustedes no tienen nada que temer. Su marido fue cobardemente asesinado y su hijo Andrés es sargento del Ejército Nacional. Además, estoy yo.

—Ya... Pero, hijo, hoy día nunca se sabe. Tengo tanto miedo por mi Julia.

—No se preocupe, yo cuidaré de ella.

Un pequeño ruido llamó su atención en el piso de arriba.

—¿Julia? —preguntó, y se encaminó hacia las escaleras.

La madre de Julia corrió y lo tomó del brazo.

—¡Hijo! ¡No está bien que un hombre entre en la habitación de una señorita! ¡En mi propia casa! ¡No es decente! —exclamo decidida y lista.



José alzó el entrecejo, atónito, y sonrió bajando el escalón.

—¿Qué pasa? Ya casi estoy —contestó Julia.

La puerta de la casa se abrió, y entró su hermano Andrés.

—A la orden, mi capitán. —Se cuadró de inmediato.

—Descanse, sargento. Está usted en su casa, olvide el protocolo —contestó José.

—¿Vas a ir al baile? —preguntó Andrés.

—Sí, claro. Espero a Julia. Parece que nunca termina de arreglarse.

—¡Mujeres! Con el tiempo que ellas necesitan para ir, ¡nosotros vamos y volvemos!

—Tienes razón. Pero como te oiga tu hermana, te matará.

—Sí, seguro —dijo Andrés, subiendo las escaleras a grandes zancadas.

Recorrió el pasillo y, al pasar junto a la puerta del dormitorio de su hermana, dio dos golpes con la palma de la mano.

—Vamos, que José te está esperando. ¡Deja de empolvarte el coño!

Andrés entró en su cuarto y abrió el armario. Fue a tomar una camisa y quedó con la mano en alto, apoyada en el marco. No estaba. Ni tampoco sus pantalones azul marino. Ni su correa negra favorita. Ni sus zapatos negros. Volvió rápidamente la cabeza al escuchar una especie de rumor en el cuarto de Julia, como si hablara con alguien.

—Maldita sea, ya la está liando otra vez —murmuró. Y salió decidido.

De una fuerte palmada, abrió la puerta del cuarto de su hermana. Frente a él, la encontró en bragas y sujetador.

—¡Qué haces! ¡Guarro!

—Déjate de hostias, ¿dónde está?

—Serás burro, ¿quién?

Andrés se tumbó en el suelo y revisó bajo la cama. No vio nada. Se levantó y abrió el armario. Solo había ropa de su hermana. Fue a abrir el aseo y recibió volando en la cabeza un golpe con una de las muñecas que adornaban la habitación.

—¡Márchate, tengo que vestirme! ¡Me están esperando!
—le gritó Julia, amenazándole con otra muñeca.

—¡Hijo! ¿Qué haces aquí, en el cuarto de tu hermana?
—preguntó su madre, entrando de pronto en la habitación.

—Ya salgo —contestó Andrés. Y abrió con una palmada el aseo.

—¡Hijo! ¿No ves que está en bragas? ¿No te da vergüenza? ¿Qué pensará José? —preguntó la madre en voz alta.

Andrés estudió el aseo sin entrar, no vio nada y se volvió.

—¿Y mi ropa? Mis pantalones azul marino, mis... —le preguntó a Julia.

—Tu ropa se la cambié a un moro por comida cuando no teníamos qué comer —contestó la madre y se dio la vuelta—. Deja a tu hermana en paz de una vez, José la está esperando.

—¿Que le diste mi ropa a un moro? —dijo el hermano, incrédulo—. ¡Madre!

—Se la cambié por jamón y unas botellas de vino y anís. Anda, vístete, que tienes ropa de sobra —aseguró la madre y salió de la habitación.

Andrés miró a su hermana, sin querer creer una palabra de su madre.

—Imbécil —dijo ella y se quitó el sujetador.

Al sacarse las bragas, su hermano salió de la habitación murmurando maldiciones.

En el cuarto de aseo, tras la puerta, Ivanovich bajó su arma. Se asomó lentamente y vio a Julia desnuda. Se recreó en ella por unos momentos y la vio tan hermosa... Después, bajó la vista, con vergüenza, para ocultarse de nuevo. Guardó la



pistola en la cintura, pensativo. Estaba enamorado de aquella mujer, lo sabía y no podía hacer nada por evitarlo.

Ella se vistió rápidamente, con ropa adecuada para destacar su juventud sin ser provocativa. Era un vestido de mangas anchas, con un moderado escote que mostraba un pequeño crucifijo de oro en su pecho, con la falda un poco más allá de la pantorrilla y unos tacones cortos. Se arregló el pelo un poco y pintó sus labios discretamente. Miró hacia el aseo y su rostro se contrajo con una mueca. Se levantó y anduvo hacia la puerta de salida del cuarto. Paró, y volvió lentamente la cabeza y vio a Ivanovich.

—¿No te vas a despedir? —le preguntó el capitán con su acento ruso.

—Yo... Iván... Debo marchar —murmuró ella confusa.

Julia salió del cuarto, cerró la puerta y bajó rápidamente las escaleras sin querer mirar atrás y con cierta pena. Sabía que, muy probablemente, nunca más volvería a verlo, y sintió un gran vacío en su interior, en su corazón.

—¡Dios, estás preciosa! Seré la envidia de todos esta noche —aseguró José al verla.

—¿Y mi hermano? —preguntó ella.

—Aún no bajó. No encontrará pantalones a su medida, se ha puesto muy gordo desde que es sargento —aseguró la madre con una sonrisa.

Julia volvió la vista, desconfiada y preocupada. ¿Cómo era posible que su hermano no se hubiera cambiado aún? Lo conocía y se imaginó pronto el motivo. Tragó saliva y esperó intranquila, bajando los párpados, sintiéndose descubierta y temiendo lo peor.

Andrés paseó por la habitación de su hermana y entró en el cuarto de baño, estudiándolo todo. Vio la navaja y el jabón de afeitar. Revisó todo de nuevo, con el arma en la mano. No

había nadie. La ventana estaba abierta. Se asomó y miró la calle despejada. La altura no era mucha, aunque lo suficiente como para partirse las piernas con una mala caída. Cerró, con una mueca de insatisfacción, y salió de la habitación.

—Perdona la tardanza, no encontraba mi navaja... Ni el jabón —aseguró mientras bajaba las escaleras.

Julia lo miró fija, irritada por la insistencia de su hermano y alegre al ver que no se había encontrado con Ivanovich.

—Pero hijo, si estás muy bien afeitado —aseguró su madre.

—No te preocupes madre, ya la encontré. Lo que no sé es por qué la tenía mi hermanita.

—Para afeitarme el coño —contestó Julia.

—¡Hija! —exclamó la madre.

Andrés se quedó sin palabras.

José alzó una ceja.

—No se preocupe, señora. Hace tiempo que conozco a Julia —dijo sin poder ocultar una sonrisa pícara hacia su amada.

CAPÍTULO 21 · RUMBO A MARSELLA

Ivanovich paseaba tranquilo hacia el centro de la ciudad, de incógnito, vestido con la ropa de paisano de Andrés. Había dejado atrás, en un portal, el cadáver de un hombre mayor, de marcada opulencia. Ahora revisaba la cartera que le acababa de robar; estaba llena de billetes nuevos. Pronto llegó a la Vila, que permanecía abarrotada de gente que andaba de lado a lado, que bullía en los bares y la plaza. Se cruzó con un buen número de legionarios, de regulares y otros soldados.

Nadie reparó en él. Su temple, la ropa de etiqueta y la banderita de la España Nacional que portaba en el pecho lo



hacían parecer un empresario o político afín al alzamiento. Se dirigió hacia un bar que tenía una pequeña terraza cerca de los arcos medievales de la plaza y se sentó. Con su acento gallego, pidió una cerveza y unos tacos de queso, y quedó a la espera, viendo al personal pasar de un lado a otro. De pronto, se acercó un soldado de regulares, ofreciéndole varios anillos y medallas. Sin inmutarse lo más mínimo, Ivanovich tomó las joyas y las observó. Tragó saliva cuando reconoció el reloj de Miguelón y esa medalla de san Pascual que tantas veces había visto colgar de su cuello. En su mente deseó matar a aquel moro que le ofrecía aquellas joyas ensangrentadas.

—¿Cuánto por el reloj y por ese santo? —preguntó Ivanovich.

Julia llegó en ese momento a la plaza de la Vila, del brazo de José, y se quedó estupefacta al verlo regatear con aquel soldado africano.

—No le falta valor —murmuró sin poder apartar la mirada.

—¿Has dicho algo, querida? —preguntó José.

Ivanovich, de pronto, se levantó al paso de la pareja. Julia sintió como si el suelo desapareciera bajo sus pies, y un calor enorme subió por todo su cuerpo, encogiendo su alma.

—Usted es don José, el gran capitán de Villarreal, como dicen, ¿no? —preguntó Ivanovich de forma cortés.

José paró y lo observó.

—¿Le conozco?

—¡Ah, no creo! No tengo ese placer. Mi nombre es Francisco. Pero, por favor, siéntense a la mesa, me encantaría poder invitarles y hablar con usted.

—La verdad, señor, es que tenemos prisa —dijo ella.

—Usted estuvo en el asalto al castillo de Onda, ¿verdad? Yo le vi, es un valiente. ¡Un héroe! Soy fotógrafo, corresponsal de guerra, pero mi cámara se destrozó en aquella muralla,

una lástima. Estoy buscando una buena. Espero encontrarla aquí, en Villarreal. Insisto, por favor, ¿una cerveza?

—¿Usted estuvo en la liberación de Onda?

—¡Oh, sí, ya lo creo! Pero al final arriesgué mucho y perdí la cámara y casi la vida —aseguró enseñándole la mano herida—. Lástima, tenía muy buenas fotos. Fue un asalto heroico, solo digno de los más valientes de los soldados españoles. ¿Una cerveza? ¿Y usted, señora?

—Señorita —contestó ella, alzando las cejas, como preguntándole «¿qué haces?».

—Perdón. ¡Camarero! ¡Por favor, tres cervezas y algo de queso! —exclamó Ivanovich—. Está riquísimo, pruébenlo —le ofreció del suyo a la pareja.

—De acuerdo, nos sentaremos. Tenemos tiempo. Para mí, mejor una limonada. La cerveza, para ella. ¿Te parece, querida?

—Por mí, si te apetece... —asintió Julia, desconcertada, tratando de no despertar sospechas.

De pronto, el soldado regular que había permanecido allí, frente a ellos, se acercó insistiendo.

—¿Tú querer reloj y santo? Moro lo deja barato y se va —le dijo a Ivanovich, de lado, como queriendo molestar poco y hacer una venta rápida.

José vio el reloj y la medalla. Levantó despacio una ceja y observó con tristeza.

—Márchate, luego hablamos —le indicó Ivanovich al moro.

—Tú, soldado, ¿de dónde has sacado ese reloj? —dijo José, y sacó su arma del cinto.

—Yo... Yo... No sé, lo cambié hace mucho tiempo. Pero si gusta, yo regalo reloj al capitán —dijo el regular y depositó el reloj sobre la mesa.

—La medalla de san Pascual déjala también —ordenó José.



El soldado marroquí obedeció de inmediato y se marchó dando cortos pasos atrás, hasta que se alejó un poco y aceleró. José tomó el reloj y la medalla, y lo guardó todo en su bolsillo. Julia no comprendió nada, pero calló. Ya tenía bastante sofoco con estar en la mesa con aquellos dos capitanes, con aquellos dos hombres que aceleraban su corazón, ahí, sentados con ella.

—Perdone mi atrevimiento —dijo Ivanovich, ladeando la mano y estirando levemente la cabeza hacia arriba.

—¿No querría en serio ese reloj? —preguntó José.

—¡Oh, no, solo estaba mirando! Nunca se sabe qué llevan los moros en sus petates.

—A veces es mejor no saberlo, créame. ¿En qué puedo servirle, pues?

—Yo... Bueno, sería un honor poder acompañarle en el campo de batalla. Eso sí, cuando tenga de nuevo una cámara. Me gustaría poder sacar buenas fotografías y, a su lado estaré a salvo, estoy seguro de ello. ¿Podría ser?

José se sintió adulado. Le gustó esa idea y asintió pensando que sería bueno disponer de un fotógrafo para la propaganda política. Julia escuchaba embobada aquella charla sin decir una palabra, pisando a menudo a Ivanovich con la intención de que no siguiera y se marchara.

Él no hizo ningún caso.

—Podría ser, sí —contestó José—. Pero es muy peligroso.

—No temo al peligro —se expresó Ivanovich, mostrando de nuevo su mano con los dedos amputados.

—Bien. No será necesario que adquiera una cámara; en la compañía hay un par. Son buenas; eran de un corresponsal alemán que fue abatido en la liberación de Castellón.

—¿Por los rojos?

—No, por un moro...

—Hum, lo siento por ese corresponsal. Aunque, por otro lado, las cámaras alemanas son fantásticas.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? Su acento es...

—Gallego, soy gallego —confirmó Ivanovich.

—Sí, ya me parecía.

—José, mi amor, tenemos que irnos o llegaremos tarde —interrumpió Julia.

—Es verdad, debemos irnos —aseguró José y bebió el refresco que quedaba. Luego, se levantó y tomó un taco de queso—. Ha dicho que se llama Francisco, ¿verdad? Mañana salimos de Castellón a media tarde hacia la sierra, sobre las doce.

—¿Desde Castellón?

—¿No dispone de vehículo? No se preocupe, puedo pasar a recogerle cuando marche para allá, ¿dónde se aloja?

—Bueno, aún no he encontrado un alojamiento decente. Pero podemos quedar aquí, así podremos almorzar algo antes de partir. ¿Será mucho pedir ropa de campaña?

—No se preocupe por eso. Pasaré a las nueve y media. Tomaremos unos callos, que bien nos irán —aseguró José y le estrechó la mano, despidiéndose.

—Un placer, capitán... Señorita, mucho gusto en conocerla.

Ella le pegó una mirada perdonavidas y le sonrió.

—El placer es mío, caballero.

Julia y José se alejaron de la plaza. Atrás quedó Ivanovich, en pie, observando con detalle a la pareja. Expectante, esperó en vano que ella volviera la cabeza. Se sentó, bebió y sonrió. Ya sabía cómo regresar al frente; José lo llevaría. Ahora debía pensar dónde dormir y, como «buen creyente», se dirigió a la Arciprestal Sant Jaume, que estaba al lado. Le pareció un buen lugar donde preguntar sin levantar sospechas.



Al día siguiente, cuando Ivanovich llegó a la plaza, José lo esperaba sentado en la misma mesa. Por un momento deseó que Julia lo hubiera acompañado, le habría gustado tanto... No fue así; en su lugar había un cabo y dos soldados. Encima de la mesa destacaba un paquete bien liado junto a un morral lleno por completo.

—¡Buen día, Francisco! —dijo José levantándose del asiento.

—Buen día, mi capitán. Señores —saludó llegando hasta ellos—. ¿Ya almorzaron?

—Sí, me temo que debemos marchar, o llegaremos tarde, y eso no puede ser —dijo José, y se levantó para abrirle la puerta de un coche que esperaba en la plaza.

—¿Nos acompaña, por favor?

Los soldados recogieron el paquete y el morral, y entraron en el vehículo.

—¡Ah, bien! —contestó Ivanovich desconcertado.

El cabo subió como conductor, y José, de copiloto. Los soldados acompañaron a Ivanovich en los asientos de atrás, uno a cada lado, un extraño proceder para un capitán que marchaba al frente. «No tanto para un “paseo”», pensó Ivanovich, más cuando vio que el vehículo atravesaba Castellón y se encaminaba hacia la costa. Lentamente retiró su mano hacia atrás, buscando el arma que llevaba oculta por detrás en la cintura.

—¿No vamos al frente? —preguntó un tanto inquieto, temiendo haber sido descubierto.

—La noche fue muy agradable y se alargó lo suyo. La fiesta de oficiales duró hasta el amanecer, y Julia me contó muchas cosas. Ya sabe usted, que la conoce bien; es una mujer inteligente, muy valiente. Por cierto, le envía recuerdos y un beso.

Por unos momentos, Ivanovich quedó perplejo, mudo.

—Sí, es una mujer muy interesante, especial —contestó finalmente, consciente de que José sabía demasiado y sin querer decir más de lo que debiera, ante la duda.

—Vamos al muelle, su barco zarpa en media hora —dijo José—. Espero que tenga un buen viaje. Julia me habló de que le gustaría visitar Nueva York. ¿Se dirigirá allí cuando llegue a Marsella? Espero que nos mande una postal.

—Muy posiblemente —contestó Ivanovich, y retiró su mano de la culata de la pistola, dando por cierto que José lo sabía todo y que estaba en sus manos.

—Allí está la estatua de la libertad, ¿no? ¡Ah, Estados Unidos! ¡Gran país!

—Lo haré, mi capitán. ¿Y el reloj de Miguelón?

—Se lo entregué a sus padres, junto con la medalla. Era lo menos que podía hacer por ellos y por él, donde quiera que esté.

—También podría fusilar a ese moro.

—Ya lo hice.

Durante el resto de trayecto no volvieron a dirigirse la palabra. Cuando llegaron al puerto de Castellón, un barco de bandera francesa se preparaba para partir. El cabo y los dos soldados se quedaron en el vehículo. José e Ivanovich avanzaron hacia la pasarela de embarque. Numerosa gente esperaba en el muelle pasando un férreo control que José esquivó fácilmente con sus galones y porte militar.

—Tenga —le dijo José.

Ivanovich tomó el paquete y el morral.

—Necesitaré un billete y documentación.

—Aquí lo tiene, me ocupé de todo —aseguró José, mostrándole un billete de embarque y una cartera con su documentación—. Viajará en primera, como le corresponde.



—Creí que había perdido la cartera —contestó Ivanovich.

—Julia me la dio, se la dejó en el uniforme. Ahora, escuche: la mayoría de los pasajeros son extranjeros y afrancesados que quieren regresar a sus hogares tras la liberación de Castellón. No se lo vamos a impedir, ni los queremos ni los necesitamos. Entre ellos marchan algunos que deberían ser fusilados. Pero mejor no enemistarnos más con algunos países. Así pues, no tendrá problemas una vez salga del puerto en decir quién es. Ahora debe entregarme su arma.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntó Ivanovich, deslizando su mano por la cintura hacia atrás para tomar la pistola. Y se la dio a José.

—Julia me lo pidió.

—Pero usted sabe quién soy.

—Sí, estudié su documentación y Julia me habló mucho de usted, capitán Ivanovich.

—¿No va a detenerme?

—Es usted libre. Confío en Julia. Si me pidió ayuda para usted, sin duda es porque se la merece. De no ser así, ella nunca lo hubiera hecho. Gracias por cuidarla y convencerla de que dejara las armas y regresara a Villarreal.

—Veo que Julia tenía razón. Usted no es un fascista. Ella no podía estar locamente enamorada de un verdugo. Estuvimos juntos luchando en Teruel y en...

—No deseo saber más, es suficiente —lo interrumpió José.

—Maldita guerra. Quizás en otro momento hubiéramos podido ser grandes amigos.

—No creo.

—Es usted un hombre afortunado —sonrió Ivanovich.

—Lo sé. Ahora debe marchar y pensar que usted también lo es... Y no volver nunca.

Ivanovich embarcó sin que nadie le preguntara nada fuera de lo normal. Recorrió la cubierta y se apostó en la baranda para ver por última vez el puerto de Castellón. Allí permanecía José, sin quitarle los ojos de encima, como asegurándose de que partía para siempre con el barco. Miró en el morral y vio jamón, embutidos, queso, pan y una botella de vino. Revisó el paquete y se sorprendió; dentro estaba su uniforme militar limpio y compuesto, unas mudas y un sobre con doscientos francos y varias alhajas de oro. Miró al frente y saludó marcialmente. José, que desde el muelle observaba alejarse el barco, respondió al saludo. Ivanovich sonrió al horizonte, perplejo por aquella situación. Había tratado de sacar a Julia del frente, pero al final había sido ella quien lo había sacado a él de la guerra. El barco zarpó con destino a Marsella, adentrándose en el mar Mediterráneo.

A finales de julio de 1938, las divisiones franquistas quedaron totalmente bloqueadas en la sierra de Espadán. Cada una de las ofensivas realizadas se estrellaron una y otra vez sin obtener avances significativos. El entramado defensivo de la línea XYZ se había convertido en un quebradero de cabeza infranqueable. Las bajas eran cuantiosas y el desgaste militar, enorme. La complicada orografía, la meditada colocación de las defensas y el valor de los republicanos había estancado por completo a las invictas tropas de Franco. Valencia, apenas a unos cincuenta kilómetros, se mostraba como una meta inalcanzable. La ofensiva de Levante, más que parecer abocada al fracaso, era un auténtico fracaso.

—¡Un nuevo ataque frontal! —exclamó José, en la tienda de mando—. Esto es inaudito, nos van a freír a todos. ¿En qué piensan nuestros generales? ¿No ven lo que ocurre?



Ninguno de los oficiales allí presente contestó.

—¡Mi capitán! —exclamó un alférez, entrando con prisa en aquella reunión.

—¿Qué, qué, qué? —preguntó José, con cierto enfado.

—¡Los rojos han cruzado el Ebro! ¡Avanzan hacia Amposta y Gandesa! —le dijo, a la par que le entregaba un parte de guerra con nuevas órdenes.

José lo leyó en voz baja y se lo trasladó de nuevo al alférez, quien lo tomó en sus manos y miró a los demás oficiales.

—Vaya —dijo José, atónito—, no me lo esperaba. Resulta que los rojos tienen cojones.

—Franco ordena el repliegue de varias divisiones hacia el Ebro. Se abre un nuevo frente al norte —explicó brevemente el alférez.

—Eso significa que abandonamos los ataques suicidas contra esta jodida sierra... ¿No? —preguntó un teniente, sin poder ocultar su sorpresa y alegría.

—Sí. Hay que detener el avance del ejército comunista en el Ebro —respondió José.

—Pues creo que nos hacen un favor. En estos picos y quebradas, en esta ratonera, nos hubieran desangrado a todos —afirmó el teniente.

—Tampoco será como para tirar cohetes, no creo que los rojos estén cruzando el Ebro descalzos. Por lo visto avanzan con todo lo que tienen —aseguró José.

Durante aquel caluroso verano, las bombas, la metralla y los muertos no dejaron de caer en el frente del Ebro ni un solo día. Franco se vio obligado a desplazar sus mejores divisiones a la zona y paralizar la ofensiva de Levante. Necesitó toda su maquinaria bélica para detener a los republicanos en Gandesa. Tras cien días de encarnizada lucha, la batalla que comenzó

como un éxito para la República, agonizaba dando sus últimos coletazos sangrientos con una nueva derrota, tremenda y terrible por su significado. El desgaste había sido tal que no quedaban fuerzas, ya no para pretender cualquier ofensiva, sino incluso para detener el avance de los franquistas por Cataluña. La suerte de la guerra estaba totalmente decidida.

CAPÍTULO 22 · LA CACERÍA II

A mediados de noviembre de 1938, como cada atardecer, Julia recorrió el camino de San Pascual hasta el bar de la Vila. Aunque hacía fresco, la terraza de la plaza estaba en marcha. Se sentó en una de las pocas sillas vacías y apoyó los codos en la mesita. Bebió una cerveza observando el trasiego de soldados y legionarios, de sus vecinos. Todos la conocían, aunque nadie sabía su verdad, y muy pocos de su sufrimiento. Nadie la molestaba, nadie la acompañaba; todos le sonreían, pues era la novia de un capitán franquista. Pensó en José. No tenía noticias de él, pero sabía que su compañía regresaría pronto a sus posiciones de Levante. La batalla del Ebro había terminado y, con ella, su última esperanza de que algo cambiara.

En la ciudad se había acantonado una brigada entera y aquello estaba lleno de soldados, moros y estraperlo. Las gentes del pueblo se dejaban ver buscando negocio, vendiendo naranjas o verduras, pan y gallinas, de todo lo que tenían. Unos, simplemente, disfrutaban del nuevo régimen; otros permanecían muy ocultos. Muchos habían muerto.

La represión se había llevado a numerosas personas por delante, en juicios sumarísimos carentes de garantías y



defensa alguna. Julia pensaba en ello, en aquellos crímenes. Nada podía hacer.

—Hola, ¿me recuerda? —escuchó de pronto.

Julia alzó la cara, atónita. ¿Cómo no iba a recordar aquella voz, aquel rostro enjuto y tuerto?

—No —contestó.

El teniente Gutiérrez solicitó con extraña cortesía dos cervezas al camarero. Después se sentó, apoyó la espalda en el respaldo de la silla y se recreó contemplando a Julia. Durante unos minutos permaneció en silencio.

El camarero trajo la bebida y el teniente asió la jarra.

—¿Y José? —preguntó finalmente, y bebió casi toda la cerveza de un trago.

—En el frente del Ebro —respondió Julia—. ¿Cómo es que no está usted allí matando rojos? Dicen que allí había muchos.

—Ya hemos liquidado el frente. «¡No pasarán!», gritaban. «¡Ay, Carmela!», cantaban... Pues hemos pasado y... ¿Dónde estará Carmela?

Julia comenzó a ponerse nerviosa ante aquellas palabras.

—Me he estado fijando, ¿sabe? —dijo el teniente—. Resulta extraño que una chica tan hermosa y joven como usted no se encuentre rodeada de amigas, de gente que la adule. No hace cosas propias de mujeres; viene al bar a tomar cerveza. ¡Y le gusta la caza! Seguro que sabe disparar y muy bien.

Julia no comentó nada al respecto; se limitó a observarlo tratando de entender qué tramaba aquel legionario que tanto odiaba.

—Mañana salgo de caza y me preguntaba si me acompañaría. Dicen que río arriba hay unas viñas bordeadas de algarrobos y acebuches, con muchas perdices.

—No me apetece.

—¡Vamos, mujer! ¡No sea así! Sé que es buena tiradora, su padre la enseñó, ¿no?

—¿Quién le dijo eso?

—En esta vida, al final todo se sabe.

Aquel hombre la estaba tentando de una forma demasiado descarada.

—¿Me lo va a decir? —preguntó finalmente, sin mostrar el temor que recorría su corazón ni la desidia que golpeaba su mente, sospechando que aquel legionario sabía quién era Carmela.

—Fue un muchacho... Un tanto amariconado... Un jodido sarasa.

Julia pensó de inmediato en Nicolás.

—Tengo un fusil muy bueno para dejarle; lo conseguí en el frente de Teruel, se lo arrebaté a una roja. Seguro que usted se hace con una buena presa. Claro, si no la cazo yo antes —sonrió Gutiérrez.

Julia bebió un sorbo de cerveza, asimilando aquella situación.

—¿Qué le pasó a Nicolás? —preguntó.

—¿Nicolás? —respondió el teniente.

—Sí.

—No se preocupe, su amigo está bien. Lo hicimos prisionero en un parapeto de esa maldita sierra. Estaba de guardia y se durmió. Suele pasar entre soldados que no son soldados, sino maricones. El resto de su patrulla no tuvo tanta suerte; los sorprendimos y acabamos con ellos mientras dormían, con todos.

—¿Por qué perdonó su vida? Me sorprende.

—Bueno, digamos que tenía mucho que contarme y era un prisionero de guerra. Tenía que tratarle como a tal. No soy un monstruo asesino. Es un chico complaciente. Ya sabe,



de esos dispuestos a dar la piel de quien sea por conservar la propia. Me dijo que era de Villarreal y muy amigo de José... por lo que imaginé que debía conocerla bien a usted.

Julia terminó la bebida. Empezaba a encontrarse no solo asqueada, sino muy incómoda con el teniente Gutiérrez a su lado. Ignoraba y temía cuanto Nicolás pudiera haberle dicho. Y quiso pensar que él no la traicionaría nunca, que aquel legionario sabía algo, pero quizá no todo.

—Debo marchar, mi madre me estará esperando —aseguró Julia.

—Su madre es una mujer encantadora; sería una pena que le ocurriera una desgracia... Un accidente. Mañana pasaré a por usted temprano. Las perdices se esconden pronto, en cuanto sube el sol.

Julia no supo qué decir al momento. Sin duda era una amenaza muy cierta.

—Se lo diré a mi hermano, quizá quiera venir también. Además, podemos encontrarnos con algún soldado republicano. Todavía es peligroso darse a la caza y al paseo en aquella zona —contestó Julia finalmente y se levantó.

—No, vendrá sola. Sé que es peligroso, pero la pieza, sin duda, merece la pena. ¿No cree?

Ella golpeó levemente con la yema de los dedos la mesa y lanzó una sonrisa escueta. Aquel legionario sabía perfectamente quién era ella y la estaba retando. No le cabía duda alguna.

—Veo que sus heridas de héroe aún no han sanado. Esa tiradora roja estuvo a punto de acabar con usted y aún le duele en su interior, ¿verdad? —dijo ella, atacando el orgullo del legionario y recordándole quién se las había hecho.

—Sanarán, no se preocupe por ello. Es cuestión de tiempo, de muy poco tiempo.

—Nos vemos mañana a las cinco. ¿Le parece bien?

—Perfecto, estará amaneciendo cuando lleguemos.

—No olvide traer ese fusil para mí, yo no tengo armas en casa.

—Tranquila, traeré su fusil y una bala. Tengo entendido que no necesita más.

—Suficiente para abatir a mi presa. Le dejo la cuenta, gracias por la cerveza.

—Tenga, le traje un regalo. Por favor, llévelo puesto mañana —le dijo el teniente y posó el viejo lazo rojo, todavía manchado con la sangre de Eva, entre las manos de Julia.

Gutiérrez sonrió viendo cómo ella, conmovida, se alejaba con la cabeza en alto, con lágrimas en los ojos y el lazo colgando entre sus dedos.

A las cinco de la mañana, puntual como un clavo, el teniente Gutiérrez estaba tocando a la puerta de la casa donde vivía Julia. Ella salió sin decir una palabra, vestida con pantalones y una larga chaqueta de cuero marrón. Enfrente, un coche negro aguardaba en marcha.

—Tenga, teniente, les he preparado un buen almuerzo. Cuide de mi hija —dijo la madre, saliendo con una cesta de mimbre.

El teniente la tomó y miró por encima: pan, jamón, queso, agua y una botella de vino.

—No tenía por qué haberse molestado, señora —dijo Gutiérrez amablemente.

—¿Vamos? Hace frío —apuntó Julia resignada.

Pronto tomaron el camino viejo hacia Onda. Los primeros rayos de sol despuntaban en un horizonte rojizo. Julia mantenía la vista fija en aquel amanecer. Sabía que podría ser el último que viera. Aquel teniente no la había invitado a una cacería por devoción.



El conductor pasó Onda y tomó dirección a la sierra de Espadán hasta perderse por caminos rurales que parecían no llevar a ningún sitio, pero que los acercaban a la línea del frente. Hasta que paró en una casona vieja, destruida en parte por la guerra.

Gutiérrez bajó del vehículo y abrió la puerta del lado en que viajaba Julia.

—Hemos llegado; este parece un buen lugar.

Ella salió y anduvo unos pasos, estudiándolo todo.

—Tenga, su fusil —le dijo el teniente.

Julia lo tomó sin apartarle la vista. Reconoció el arma enseguida; era el fusil que ella había empleado como tiradora. Estaba en perfectas condiciones, incluso la mira telescópica. Aunque estaba descargado.

—Dígame, señorita, ¿por qué dejó su ropa vieja?

«¿Qué ropa?», pensó Julia, sorprendida.

—Quería recrearse con su victoria en aquel hospital, ¿verdad? Pero la partida no terminó. Hoy tendrá pues su oportunidad y yo la mía.

—Me prometió una bala, ¿dónde está? —preguntó ella sin contestar, dándose cuenta de cómo lo había sabido y había llegado hasta la cinta roja. Con tristeza, pensó que ella, realmente, nunca supo que allí estaba su ropa. Posiblemente la habían llevado los soldados de enfermería que la atendieron. De saberlo, nunca la hubiera dejado allí.

—Tenga, su bala —contestó el teniente—. La línea del frente no queda lejos. Esos cabrones bolcheviques están bien apalancados en la sierra. Me pregunto si una perdiz podría atravesarla sin recibir un solo tiro. Voy a tomar un café dentro; aquí hace frío. Cuando termine, saldré para comprobarlo.

Gutiérrez se volvió y se introdujo en la casona.

Julia se quedó fuera. Había entendido bien aquellas palabras, estaba claro que ella era esa perdiz, por lo que cargó de inmediato el arma y buscó con la vista una ruta de escape. Un quejido desde el interior del edificio llamó su atención. Allí había alguien más y no lo estaba pasando bien con el teniente dentro. Fue a acercarse, pero el conductor negó con la cabeza y la apuntó con el fusil. Retrocedió dos pasos. Sacó de su bolsillo la cinta roja, manchada con la sangre de Eva, y la anudó en su brazo, con fuerza, temblando el mentón.

—Hoy estarás conmigo. Te necesito, mi querida amiga —murmuró con nostalgia.

Sin pensarlo más, salió corriendo. Aún no había desaparecido de la vista del legionario cuando el teniente salió de la casona, limpiándose la sangre que manchaba sus nudillos, y la observó correr. Crujió el cuello, ladeando la cabeza a ambos lados, y estiró sus brazos al frente rodando los puños. Se acercó al vehículo y tomó su fusil. Sonrió cínico y salió tras ella.

Un disparo resonó en la campiña desierta, entre algarrobos, acebuches y matorral. La bala se incrustó en el árbol donde Julia se había apoyado, a un escaso dedo por encima de su frente.

—Hijo de puta —murmuró Julia y saltó tras una roca, tratando de ocultarse.

Otra bala rebotó en el canto de la piedra.

—¡Sabía que estabas viva! ¡Solo podías ser tú! —gritó Gutiérrez.

Ella no contestó. Se limitó a tumbarse en el suelo y arrastrarse en busca de un lugar idóneo para esperarlo. No podía contestar al fuego, solo tenía una bala y debía emplearla bien. Dio un pequeño rodeo y corrió hacia el sur. Pensó en huir, en algún momento tendría que divisar los parapetos



republicanos. Pero ¿qué sería de su madre? ¿Cumpliría su amenaza el teniente? No podía arriesgarse, dejarla al capricho asesino de aquel psicópata.

Una bala rozó su brazo, y soltó el fusil, presa del impacto y del dolor. Se lanzó al suelo y retrocedió hasta hacerse con el arma nuevamente. Levantó la cabeza y no vio nada. No sabía dónde estaba el teniente. Aunque tuerto, era un oficial africanista ducho en la batalla; no sería fácil dejarle atrás ni sorprenderlo. Miró al frente y vio un llano. Más allá se adivinaban las fortificaciones republicanas de la línea XYZ. No podría atravesar aquel lugar desprovisto de vegetación, sería una presa fácil para su perseguidor. Sin duda, pensó, es lo que se había propuesto el teniente: acabar con ella cerca del frente, a escasos metros de su salvación.

Otro disparo sacudió una rama que se hallaba a su lado. Entonces, propinándole un susto de muerte, un jabalí cruzó ante ella y se introdujo entre dos rocas, destapando una pequeña senda que se ocultaba en la maleza.

A unos cien metros, el teniente Gutiérrez saboreaba su victoria. Sus viejas heridas de guerra parecían curar con la dulce medicina de la venganza. Cargó su fusil y volvió a cubrir el llano con su mira telescópica. Vio levemente el color marrón de la chaqueta de Julia, al borde de las rocas, y la cinta roja en su manga. Gutiérrez disparó, dando de lleno. Quedó pendiente, observando por la mira, y alzó las cejas al comprobar que no había movimiento alguno.

—¿Ya está? —se preguntó un tanto decepcionado.

Durante media hora estuvo vigilando, seguro de haber dado en el blanco. Nada se movía ni se oía. Se acercó cautelosamente, dando un pequeño rodeo entre la vegetación, sin descubrirse ni exponerse un solo momento. Efectuó un nuevo disparo, mucho más cerca, y la chaqueta se movió

levemente con el impacto. Gutiérrez entrecerró el ojo y masculló una maldición. Sabía que o estaba muerta, o lo había burlado, y sintió con rabia que era lo segundo. Se alzó y corrió hasta la posición de Julia. Allí solo estaba la chaqueta con la cinta roja anudada a la manga. La tomó entre sus manos y sacó la broza que daba cuerpo a la prenda, engañándolo, y la lanzó contra la tierra, con ira. Miró hacia los lados, buscando, sin poder descubrir a su presa. No había cruzado por el llano, la hubiera visto. «¿Entonces?», se preguntó.

Desde los parapetos republicanos empezaron a disparar, y, aunque estaban lejos, el teniente se puso a cubierto, lentamente, sin dejar de estudiarlo todo con su único ojo. Entonces, se fijó en la senda por la que había huido Julia, apenas visible, y se agachó. Pronto descubrió que aquel camino de cabras, cubierto de matorral, bordeaba la montaña. Rápidamente comprendió que, resultándole imposible avanzar sin ser abatida, su presa había retrocedido, algo que él no había contemplado. Lo lógico es que hubiera tratado de llegar hasta las líneas republicanas, donde estaría a salvo, no volver a la zona nacional, donde una vez descubierta, le esperaba una muerte segura.

Julia se deslizó entre los arbustos; atrás había dejado a su enemigo. Quiso huir y regresar a la seguridad de su hogar, en busca de José, pero entendió con pesar que no podía rehuir el peculiar duelo. Tenía que eliminar la amenaza que suponía aquel asesino. Los dos no podían regresar con vida a Villarreal; la cacería debía continuar hasta que solo quedara uno de ellos con vida. Pensó en un primer momento esperar, emboscada, para acabar con él. «¿Dónde?», se preguntó observando la agreste campiña. Después, corrió hacia el lugar al que tarde o temprano regresaría el teniente. De una patada abrió la puerta de la casona y quedó perpleja. Frente a ella



estaba el conductor del vehículo con una navaja de muelles en la mano. Y disparó. El legionario cayó al suelo, muerto. Sentado y atado en una silla, Nicolás gemía como un burro herido, con el pecho cubierto de cortes y la cara machacada a golpes, destrozado un pómulo. Un ojo, enrojecido y abultado hasta el extremo, parecía que se le desprendería en cualquier momento de la cara. Sus labios estaban hinchados, con profundos cortes sangrantes.

—Julia... No les dije nada, Julia —lloró Nicolás, vomitando babas sanguinolentas.

Ella soltó el fusil, lo liberó de inmediato y lo ayudó a caminar.

—Te llevaré a un lugar seguro —le dijo. Y pensó en poner a salvo a Nicolás antes de reemprender la cacería.

Cayeron dos veces al suelo, entre lloros y lamentos, hasta que lograron llegar al vehículo. Julia lo subió como pudo al asiento delantero y se alzó al volante. Las llaves no estaban.

—¡Mierda! —exclamó Julia, y saltó del coche.

Volvió a entrar en la casona, deprisa. Maldiciendo una y otra vez, registró los bolsillos del legionario abatido hasta hallar las llaves. Acto seguido, tomó su munición, el fusil y fue a salir. Una bala se estrelló en el marco de la puerta, astillándola. Julia se echó violentamente a un lado, esquivando el siguiente disparo.

—Ya te tengo... Eres lista, pero esta vez no escaparás —aseguró el teniente Gutiérrez cruzando por delante del coche, disparando sin parar y acercándose decidido a la casona.

Julia se pegó a la pared, quedando inmovilizada, tratando de no ser alcanzada. Las balas penetraban haciendo saltar las estanterías y las sillas de mimbre.

Un pequeño crujido hizo volver la vista al teniente. Tras él estaba Nicolás, temblando, con una llave inglesa en el puño.

Fija su atención en Julia, el teniente Gutiérrez no lo había visto en el interior del coche. Antes de que pudiera reaccionar, el metal se estrelló contundentemente en su cara y, conforme se agachó, recibió otro golpe en la cabeza, muy duro, que lo hizo caer inerte.

—¡Maldito cabrón! —exclamó Nicolás, escupiendo sangre. Y le volvió a sacudir.

Julia se asomó al comprobar que nadie disparaba, y vio a Nicolás golpeando el cuerpo del teniente con la llave inglesa y a patadas, una y otra vez. Soltó el fusil y salió corriendo.

—¿Está muerto? —le preguntó ella, cogiéndolo del brazo.

—Creo que sí —escupió Nicolás.

—Vámonos de aquí.

Se introdujeron en el vehículo y arrancaron. Un disparo destrozó el parabrisas. Tras ellos, Gutiérrez permanecía en pie, con la pistola en la mano.

—¡Puto cabrón, está vivo! —exclamó Julia.

Metió la marcha atrás y aceleró. El vehículo atropelló el cuerpo del teniente, con un crujido que la estremeció. Después puso la primera marcha y volvió a pasar sobre él. Y paró para comprobar que estaba bien muerto.

—El muy hijo de puta aún se mueve —murmuró Nicolás, con la cabeza sangrante apoyada en la ventanilla.

Julia bajó del vehículo, se acercó al cuerpo agonizante del teniente, quien, sin dejar de mirarla, aún trataba penosamente de incorporarse con los intestinos arrastrando por el suelo, un brazo reventado y la mandíbula completamente desplazada hacia la derecha. Sin poder oponerse, ella le quitó la pistola de la mano.

—Debiste acabar conmigo con un vulgar «paseo» —aseguró Julia—. Pero no, tu orgullo maltrecho te lo impidió. Debías recrearte, matarme en el campo de batalla donde te

venci, solo así podrías sanar tus heridas de legionario y lavar tu honor. Estúpido asesino.

Un último disparo resonó en la sierra aquella mañana.

CAPÍTULO 23 · OTRO ROJO EN CASA

Julia condujo el coche del teniente a trompicones, sin apenas saber cómo, a través de las indicaciones de un muy perjudicado Nicolás que babeaba sangre en vez de hablar. Transcurrió el tiempo avanzando por caminos intransitados de monte que se acercaban al río Mijares. Trataban de acercarse lo máximo posible a Villarreal por alguna ruta olvidada, sin ser descubiertos.

—Deberíamos seguir a pie, debemos de estar cerca del puente —murmuró Julia.

—Sí... Pronto oscurecerá y las luces del coche se verán de lejos —asintió Nicolás.

Aparcaron bajo una higuera de grandes hojas, a rebosar de higos. Julia salió y escudriñó los alrededores, el pronunciado cortado del río, su tranquilo cauce, el bosque con sus claros... Todo parecía despejado. Entró en el vehículo y revisó todo. Lanzó la mano rápidamente sobre la cesta que su madre le había entregado con la pitanza y el vino. Cerró la puerta con llave y las lanzó por el precipicio, desapareciendo en las aguas del río en un instante.

—Vamos —le dijo a Nicolás y lo ayudó.

Tras recorrer sendas entre huertos, ambos descansaron en la orilla del Mijares, ocultos bajo unas rocas enormes bordeadas de zarzas.

—No puedo más —susurró Nicolás recostado.

—Puedes, tienes que poder. Come —ordenó Julia, sacando la comida de la cesta.

—Estamos jodidos —aseguró Nicolás y echó mano al vino.

—Aún estamos vivos —respondió ella, y mordió un trozo de queso mientras troceaba el pan.

—Márchate, ya has hecho bastante por mí —dijo Nicolás, con la boca llena, masticando lentamente, tragando entre lágrimas de dolor. Y bebió un largo trago.

—No digas tonterías, vendrás conmigo. ¿Te vas a beber todo el vino?

Nicolás asintió con un reproche penoso ante su propio estado.

—Deja que te lave las heridas —dijo ella.

Caída la noche, comenzaron a descender por la orilla del río con sigilo. La torpeza de Nicolás, debido a sus heridas, a la oscuridad y al vino, lo hacía caer a menudo, por lo que tenía que apoyarse en Julia, quien lo ayudaba sin dejar de estudiar su entorno, cada ruido, cada ligero movimiento.

Pasadas las dos de la madrugada, llegaron al puente medieval. Tenían que cruzarlo, y un puesto de guardia lo impedía. Demasiados soldados rondaban el lugar.

—Tendremos que buscar un sitio más tranquilo para cruzar —murmuró ella.

Regresaron a la seguridad de los huertos hasta alcanzar una zona tranquila donde el cauce no era ancho ni muy profundo. Era un lugar que conocían, pues no era la primera vez que se bañaban allí, cerca de aquella roca que se alzaba en medio del río y que parecía la quilla de un barco tumbado.

—No sé cómo vamos a entrar en el pueblo sin que nos vean —murmuró Julia observando el lamentable estado de su amigo.



—Ayúdame a cruzar, podrás llegar a casa recorriendo las grutas —contestó Nicolás metiendo los pies en el agua.

—¿Qué grutas?

—Se puede acceder a una casa del centro del pueblo a través de unas grutas que hay por debajo de la ciudad, desde otra casa más fácil de alcanzar. Vamos, antes de que se me pasen los efectos del vino y todo me duela... más.

Julia nadó tirando de Nicolás, tragando agua y desesperada por momentos. La corriente no era fuerte, pero él apenas podía nadar, tan solo dar manotazos y tragar. No era más que un peso muerto que ella tenía que arrastrar como podía, asustándose cada vez que creía hundirse, esforzándose por volver a respirar.

Descansaron apoyados en la enorme roca que se alzaba en medio del río.

—¿Te acuerdas cuando saltábamos todos desde aquí, José, Miguelón, tú y yo? —preguntó Julia, con una sentida nostalgia y pena.

—No... Sí... A veces creo que eso nunca ocurrió —contestó Nicolás.

Cruzado el Mijares, atravesaron una zona de masets y huertas hasta llegar a las afueras de Villarreal. Con extremo cuidado, acompañados por el ulular fantasmagórico de las lechuzas y las miradas de los gatos, llegaron a la vieja casa que ocultaba la entrada a la gruta. Atravesaron el portal forzando la cerradura y cerraron la puerta vigilando que nadie los hubiera visto.

—El viejo Pacheco... No sé si estará —murmuró Nicolás abriendo la trampilla oculta de la gruta y adentrándose en la oscuridad—. Ten cuidado, aquí el techo es bajo.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Julia en cuclillas.

—Sí, no falta mucho.

—No se ve nada.

—Si el Pacheco vive, al volver la segunda curva a la derecha, debe haber un candil y un mechero.

Avanzaron despacio en plena oscuridad, golpeándose a menudo en la cabeza, chocando entre ellos y palpando con las manos.

—Aquí, ya lo tengo —dijo Julia y dio fuego al candil.

Se hizo la luz y ella miró extrañada aquellas paredes húmedas.

—Vamos —la instó Nicolás.

Finalmente, llegaron a una especie de recibidor donde permanecía la pequeña mesita, unas sillas, una percha con ropa de labranza, unos candiles, latas de judías, embutido, unas botellas de vino y varias hoces. No vieron a nadie.

—Siéntate y espera —ordenó Julia.

Abrió lentamente la portilla que comunicaba con la vivienda. No había luz; no se veía a nadie. Observó algunas pertenencias por el suelo y cristales rotos. Entró cautelosamente y avanzó por el pasillo sin encontrar nada. Recorrió las habitaciones de la pequeña vivienda para constatar que estaban solos. Después se asomó por una ventana y vio la Arciprestal Sant Jaume. La calle estaba desierta. Regresó a la entrada de la gruta y ayudó a Nicolás a entrar en la vivienda.

—Estamos muy cerca de la plaza —aseguró Julia contenta, queriendo ver lo próxima que se encontraba ya de su hogar.

—El Pacheco no está. Alguien anduvo olisqueando entre sus cosas —remugó Nicolás.

—Ese viejo loco fue un activista de las checas. ¿Esta es su casa? Si lo han pillado, lo habrán fusilado —expuso Julia.

—No creo, siempre deja el candil ahí atrás cuando sale de la gruta para tener luz cuando regresa a ocultarse. Vete, tu



madre pronto te echará de menos —dijo Nicolás sentándose, entre lamentos, en una esquina.

—No digas tonterías. Cámbiate de ropa, aquí tienes dónde elegir. Después iremos a mi casa, allí estarás seguro. Este lugar no me gusta. ¿Qué vas a hacer aquí solo? ¿Morirte?

Tras una hora de descanso e indecisión, salieron de la casa de Pacheco amparándose en la oscuridad. Ella casi lo arrastraba, pues, cada dos pasos, Nicolás parecía caer. Desfilaron con prisas por las calles desiertas y finalmente, lograron llegar hasta el hogar de Julia. Conforme entraron y se cerró la puerta, ya a salvo, Nicolás quedó inconsciente en sus brazos.

Amanecía cuando Julia, con la ayuda de su madre, logró meterlo en su cama, limpio y con el cuerpo vendado. Apenas quedaron algodones y gasas en casa; su equipo de enfermería se había agotado por completo y numerosas toallas quedaron en el suelo manchadas de rojo, como el agua de la palangana.

Tras atender a Nicolás, Julia se duchó y después, curó sus propias heridas bajo la atenta mirada de su madre.

—Otro rojo en casa —le recriminó.

—Es Nicolás, madre.

—Encima maricón.

—No digas esas cosas, te oirá.

—Debería irse a su casa. Tiene casa, ¿no?

—Lo matarían, es difícil entrar en la casa del maestro sin que te vean.

—Y nos matarán a nosotros si lo encuentran aquí. No sabes todo lo que dicen de él en el pueblo. Aseguran que estaba entre los que quemaron a la Virgen de Gracia, a la Purísima y a san Pascual. Que mató a mucha gente en el barranco de la Viuda, en el río Belcaire...

—De mí también hablan.

—Pero tú no has hecho esas cosas que dicen.

—Madre, calla y ayúdame.

—¿Está muerto? —gritó Nicolás nada más abrir los ojos, alterado, sudando.

En su mente cansada solo hallaba al teniente Gutiérrez torturándolo.

—Sí, está muerto. Descansa, solo era una pesadilla —contestó Julia, en pie frente a la ventana, observando hacia el exterior con las cortinas pasadas.

—¿No hay sol? ¿Todavía no ha amanecido?

—Está lloviendo. Llevas tres días durmiendo.

Por unos momentos, Nicolás quedó pensativo.

—Debo regresar al frente —aseguró finalmente.

—No, es mejor que te olvides de la guerra —le aseguró Julia.

—¿Cómo?

—Las Brigadas Internacionales desfilaron ayer por la Diagonal de Barcelona. Han abandonado España a su suerte. El mundo nos ha olvidado por completo. El Ejército Popular de la República... Mejor dicho, lo que queda del Ejército Popular se retira en desbandada de todos los frentes. La caída de Barcelona es inminente. Solo Madrid y nuestra línea XYZ resiste.

—No.

—El Gobierno busca desesperadamente que Francia y Gran Bretaña pongan fin a la política de no intervención, o que al menos presionen a Franco para que acepte unas negociaciones de paz. Pero eso no pasará; la República sucumbirá para mayor vergüenza del mundo libre, sin haber



recibido ninguna ayuda de las democracias occidentales. A cambio, Franco ha garantizado la neutralidad de España si estalla la guerra en Europa.

—Los rusos...

—Los rusos se han desentendido de sus obligaciones con la república. El oro que se envió a Moscú se agotó. Ahora, por lo visto, después de mandarnos toda su chatarra, les debemos mucho como para seguir colaborando. Eso dicen.

—¿Cómo sabes todo eso?

—José me lo cuenta. Él está bien informado.

—¿Estuvo aquí? ¿Me vio?

—Sí.

—¿Dijo algo?

—No.

—¿Qué nos queda?

—Nada. El ejército de Levante y cuatro locos valientes en Madrid.

—Debemos resistir a ultranza para obligarlos a negociar un armisticio, impedir la masacre represiva —asintió Nicolás.

—No funcionará —replicó Julia—. Miles de persona morirán para nada alargando la agonía de la guerra. Franco no tiene prisa, sabe que la victoria es suya y no se sulfura. Busca el exterminio total del enemigo. Quiere acabar con cualquier indicio de libertad, de democracia...

—¿Tanto mal hicimos para merecer esto? —preguntó Nicolás.

—No. Pero la verdad es que invitamos a la bestia y no supimos enviarla a los infiernos cuando se presentó.

—¿Qué quieres decir?

—El sectarismo, la intolerancia y el radicalismo nos ha llevado hasta aquí. Los fascistas, los grandes enemigos de la República, han sabido jugar muy bien sus cartas y han ganado. Nicolás, ¡hemos perdido tanto...! —sollozó ella.

—Julia, siento mucho lo del otro día cuando disparé. Estaba ofuscado. Menos mal que la pistola no tenía munición. No sé qué hubiera hecho, me hubiera pegado un tiro si...

—No te preocupes. Eres nuestro amigo, te queremos. Además, José está en deuda contigo. Sus padres posiblemente se salvaron de las checas gracias a tu mentira, aunque al final los asesinara un soldado que huían de los legionarios.

Nicolás tragó saliva y estiró el mentín.

—¡Cabrón! ¡Mató hasta al perro! —exclamó Julia.

—Sí, algo oí de que los habían matado —murmuró Nicolás finalmente.

—¡José asesinado por los fascistas! ¿Cómo se te ocurrió tal cosa? —preguntó Julia.

—Yo... La verdad, no lo sé. Pensé que era lo mejor para todos.

—Bueno, descansa. José dice que no tienes que mezclarlo de nuevo con los rojos, y mirará la forma de limpiar tu nombre.

—Mi nombre no está sucio, sino el suyo. Regresaré al frente. Yo no puedo quedarme en casa como tú, a mí nadie me espera.

—Tus padres, Nicolás, te esperan tus padres. Ya hablé con ellos. Están preparando tu regreso, deseando tenerte en sus brazos. Estamos esperando que sea seguro; por ahora debes permanecer con nosotros, aquí nadie se atreverá a hacerte ningún daño.

—¿Mis padres?

—Sí, tus padres.



CAPÍTULO 24 · LA GUERRA HA TERMINADO

Liquidadas las fuerzas republicanas de Cataluña en la batalla del Ebro, sitiada Madrid y con el ejército de Levante estancado en una defensa a ultranza, Franco exigió una rendición sin condiciones, apoyado en su supremacía militar. Algo que el Gobierno de la República, consciente de la terrible represión que se estaba desatando en las «zonas liberadas», rechazó y trató por todos los medios de impedir, buscando mediación en la política internacional.

A finales de enero de 1939, mientras Julia trataba de reorganizar su vida colaborando en un pequeño hospital militar, las noticias que llegaban de Cataluña no hacían más que confirmar la terrible verdad: la guerra estaba totalmente perdida.

—No existió voluntad de resistencia ni en la población ni en las tropas. Barcelona fue ocupada sin apenas lucha. La gente solo quería que todo terminara —dijo un joven de apenas veinte años, sujeto a la mano de Julia sin apenas poder respirar y tumbado sobre la camilla.

El doctor Beltrán, un viejo coronel retirado, rescatado con el Alzamiento Nacional, revisaba la profunda herida que el joven tenía en el costado derecho.

—Todo acabó, tranquilo —aseguró Julia apretando su mano y limpiándole el sudor de la cara.

—Miles de personas huyen hacia la frontera francesa. Soldados sin armas, hombres en alpargatas y mujeres famélicas sin futuro. Niños y ancianos. Yo he regresado a casa. Deseo estar con mis padres. No quiero irme al extranjero. No me harán nada, ¿verdad? —tartamudeó el joven.

—No, claro que no —lo tranquilizó Julia y observó al doctor Beltrán, que, trabajando con las manos llenas de sangre, negaba con la cabeza, triste.

—El bando dice que los que no han participado en crímenes de guerra no sufrirán daño. ¿Saben mis padres que estoy aquí? —murmuró entre temblores el joven.

—Has hecho lo correcto: regresar a tu hogar. Lo averiguaré. ¿Te has presentado ya a las autoridades? —preguntó ella.

—A la Guardia Civil. Ellos me trajeron aquí para que me curaran la herida.

—¿Qué te pasó?

—Un moro... Quería mi petate. En la puerta de mi casa. Casi me mata.

—Lo siento. Ahora no te preocupes, descansa. Todo irá a mejor y seguro que... —Julia no terminó la frase, la herida que se hundía en el pulmón era mortal. El joven soldado expiró escuchándola, mientras le acariciaba la cara con cariño.

El doctor lo estudió durante unos largos segundos con la cara larga. Luego, le bajó los párpados, cubrió el cadáver con la sábana y se levantó. Se lavó las manos mirando a la mohosa pared, y se dirigió hacia otra camilla donde un soldado gemía desamparado. Ella quedó sentada, con la vista ida y sin soltar la mano del joven.

Julia llegó a casa triste y con la desazón reflejada en sus hermosos ojos. Lo acontecido con aquel muchacho la conmovió más allá de lo penosamente común. No era el único drama al que asistía. Había vivido tantas historias en aquel hospital, de tantos soldados de los dos bandos, a las que añadía las suyas personales, que ya no podía asimilar la enorme pena que embargaba su corazón. Y acabó llorando. Pensó en Miguelón y en Eva. Se querían tanto y ahora estaban muertos. ¡Qué injusta le pareció la vida, la guerra, la muerte...! ¡Todo!



Al entrar, encontró una carta encima del recibidor. Estaba abierta. Se limpió la cara y con curiosidad, se acercó y la tomó como con cierta precaución. Era para ella. «¿Quién podría ser?», se preguntó. José, desde luego, no; estaba muy cerca para escribirle. ¿Nicolás? No, Nicolás había regresado al frente en la sierra de Espadán, incapaz de aguantar en casa, con sus padres llorando día y noche, temiendo que a cualquier hora alguien se presentara a por él y le pegara un tiro. Miró la dirección de la solapa y sintió cierto temor, cierto rubor.

—¿Nueva York? ¿Hcivonavi Art Galery? —susurró desconcertada.

Subió a su habitación y se encerró. Sacó un folio doblado del sobre, nerviosa. Con interés se dispuso a leerlo, pero antes volvió a mirar aquella dirección. Se levantó y abrió la puerta dando una voz hecha grito.

—¡Mamá! ¿Has abierto tú esta carta?

Nadie respondió.

—¿Mamá?

—No, hija, llegó abierta.

—¿La has leído?

—No, hija, ¿cómo iba yo a hacer tal cosa?

—Ya.

Pensativa, inclinó su vista sobre aquellas líneas mecanografiadas:

“Mi muy querida amiga, espero que estés bien al recibo de la presente. Al final logré hacerme un hueco con mis imágenes. Aquí están muy bien valoradas, y he logrado abrir una pequeña galería de arte en Manhattan. Te escribo para recordarte esa cita que quedó pendiente; quizá no la recuerdes ya, tras tanto tiempo sin vernos; para mí, una eternidad. Mi deseo es que un día podamos recordar viejas aventuras, poder reír tras la gran tragedia que sacudió nuestros corazones. Soy consciente

de lo imposible que quizá podrá ser, pero yo aquí estoy por si puedo ayudar en cualquier cosa que esté en mis manos, y más en estos tiempos que corren, donde nunca se sabe qué deparará el futuro. Decirte que no hay día que no te recuerde y que no agradezca tanto como hiciste por mí. Me gustaría poder ser más extenso, decirte mucho más, todo aquello que no fui capaz. Ya sabes, a saber. También quiero agradecerle a tu esposo el noble gesto por el que siempre le quedaré agradecido. Sin más, te deseo, en los tiempos de paz que han de llegar, la felicidad que sin duda te mereces. Espero que un día te animes a viajar y puedas visitar mi galería, lo que sería un enorme placer. Un beso sincero de tu amiga Navi. Te quiero.”

Julia golpeó con los dedos de la mano la mesita, por dos veces.

—Idiota, José no es mi esposo —murmuró.

Durante varios días, Julia estuvo tentada a escribir. Incluso compró un sobre y sellos; pero cada vez que empezaba, acababa tirando malhumorada la hoja a la papelera. No sabía qué contarle, o sí y no se atrevía. Ni tan siquiera tenía la certeza de que la carta le llegaría. Ni de quiénes podrían leerla. Lo que tenía por cierto era que deseaba verlo, que necesitaba hablarle; algo que la hacía meditar a menudo. La guerra no tenía solución y la atroz represión que, en vez de amainar, se extendía y rebuscaba con mayor ahínco donde morder, no la tranquilizaba en absoluto. Sabía que el agonizante Gobierno de la República había presentado a los embajadores francés y británico, como condiciones para una paz inmediata, un documento con tres exigencias para ser trasladadas a Franco: la independencia de España, que el pueblo español señalara cuál habría de ser su destino y que



cesara toda represalia en nombre de una labor patriótica de reconciliación. La respuesta del Generalísimo fue la ocupación militar de Girona.

A menudo observaba desde la ventana de su habitación, consumida por la pena, los vehículos militares pasar cargados de presos que no regresaban, desconocidos o no, hombres y mujeres. No había compromiso alguno ni piedad con los vencidos ni con sus familias. Era consciente de que la persecución y los asesinatos eran un hecho tan real como brutal, a pesar de la propaganda masiva de los franquistas, que invitaba a los combatientes a abandonar la línea del frente y regresar a sus casas sin causa ni represalia. ¿Qué hacer? No podía hacer nada. Y pensó en José. ¿Qué pensaría si encontraba aquella carta de Iván? ¿Si alguien la descubriría? Acabó quemando la carta, el sobre y los sellos en un cenicero, observando con tristeza las pequeñas llamas que los consumían por completo.

A finales de febrero de 1939, Francia y el Reino Unido reconocieron el Gobierno del Generalísimo como legítimo. Al día siguiente, la Presidencia de la República se desmoronó. Tan solo los dirigentes comunistas, conscientes del horror que se cernía sobre los vencidos, alentaron la lucha mientras preparaban su propia huida. Pero a principios de marzo, un nuevo golpe de Estado, esta vez producido por los defensores republicanos y anarquistas de Madrid, acabó con la resistencia comunista y dejó la capital indefensa ante las tropas nacionales. Ahora, el espíritu de generosidad de los vencedores constituía la única y penosa garantía para los vencidos.

A finales de marzo, el Ejército Nacional desfiló por las calles de Madrid. Su entrada fue vitoreada hasta lo indecible,

recibidos como los grandes libertadores que se preciaban de ser. Miles de personas, temerosas por los futuros acontecimientos, nada esperanzadores, se agolparon para ver el paso de legionarios, regulares y nacionales. Para otros significaba el fin de sus penurias y así lo demostraban. Exaltados de alegría, gritaban a viva voz: «¡Arriba España! y ¡Viva Franco!», agitando sin parar miles de pequeñas banderas rojigualdas en sus manos.

Como una reacción en cadena, aquella noticia desmoronó los pocos frentes activos que hasta el momento se mantenían a la defensiva. Las escasas autoridades republicanas que no habían huido se esforzaron por mantener la resistencia. Buscaban un último esfuerzo que permitiera la evacuación y el exilio de los combatientes acantonados en los puertos de Valencia, Alicante y Cartagena, pues el frente de Levante seguía manteniéndose fiel a la República e inexpugnable en la línea XYZ. No pudo ser.

—¿En serio nos vamos a entregar? —preguntó Nicolás, nervioso en su parapeto de la línea XYZ, al comprobar que los hombres dejaban las armas y salían como si todo hubiera acabado.

—¿No escuchas los partes de guerra? —le preguntó un soldado.

—Nuestros jefes han salido corriendo de España —aseguró otro—. Para eso querían que siguiéramos luchando, para darles tiempo y que pudieran salvar el pellejo. Si seguimos en las trincheras nos matarán a todos. ¿Y para qué?

—¡Putos cabrones! ¡Nos han abandonado pidiéndonos que muriéramos por ellos! —exclamó un tercero, indignado.

—Nicolás, nadie quiere ser el último muerto de esta guerra —le aseguró un anciano que había sido movilizado y que apenas llevaba luchando un mes.



—Ignorantes, la guerra no termina aquí para nosotros. Será mejor morir luchando que lo que nos espera en manos de los fascistas. ¿Acaso no sabéis lo que han hecho en toda tierra ocupada? ¡Han matado a todos! ¡A sus mujeres! ¡A todos! —exclamó Nicolás.

—Dicen que solo se llevan a los que tienen delitos de sangre, crímenes de guerra —le aseguró un soldado—. Yo no tengo nada que ocultar. ¿Y tú?

Nicolás tragó saliva sin contestar. Todos sus compañeros, al menos cincuenta, abandonaron las trincheras para rendirse.

—No, yo tampoco tengo nada que ocultar —gruñó finalmente, y dejó el fusil en el suelo, observando la trinchera vacía.

Los soldados comenzaron a caminar hacia las posiciones enemigas; unos desarmados, otros llevaban sus armas para entregarlas en la rendición. Conforme salían de las sendas y alcanzaban los caminos rurales, vieron que no eran los únicos. Los republicanos se rendían por compañías enteras. La carretera era un auténtico hervidero de militares desarmados que no sabían hacia dónde dirigirse. Ante el desinterés mostrado hacia ellos por las tropas nacionales, desbordadas por los acontecimientos y más preocupadas en avanzar directamente hacia Valencia y Alicante, muchos combatientes optaron por regresar a sus domicilios. Otros, los que residían en lugares alejados o no tenían claro qué hacer, parlamentaban con el enemigo su rendición en plena carretera, sin armas ni más información, intercambiando chocolate, tabaco y rumores como si nunca hubieran pegado un tiro.

Donde no cabía ninguna esperanza de victoria, la alegría de cada uno de aquellos soldados que abandonaba las armas al ver finalizar la guerra con vida era superior a la pena de la

derrota, y así lo mostraban, buscando el apoyo y la clemencia de un enemigo que parecía comprender su situación.

—Capitán, ¿qué hacemos con tanto prisionero? —preguntó Andrés, tratando de abrirse paso por la concurrida carretera.

—¡Por Dios! ¡Que se vayan a casa o que se tiren por un puente, pero que despejen la carretera! —exclamó José, impaciente por avanzar rápido.

—Capitán —insistió Andrés.

—Sí, sargento —contestó José de una manera más racional.

—Muchos ya se han ido a sus casas —expuso Andrés alzando las cejas y viendo cómo un grupo de soldados de avanzada edad se alejaba, campo a través, gritando con alegría: «¡Nos vamos a casa, la guerra terminó!».

—Organice una columna y que se dirijan hacia Soneja, allí se está levantando un campo de prisioneros. Para los que se han apresurado en volver a sus hogares, haga un bando y que se presenten a las autoridades competentes de cada localidad... ¡Ahora que dejen libre el camino!

Nicolás observó pasar a José en la distancia. Lejos de solicitarle ayuda, bajó la mirada y se perdió entre los prisioneros que esperaban un destino. A él no lo sedujo la idea de presentarse ante las nuevas autoridades de Villarreal, ya que demasiada gente lo conocía, y no para bien. Sabía que sería presa fácil de sus detractores y pensó que, entre los miles y miles de prisioneros que se estaban formando allí, pasaría desapercibido, que sería solo un soldado más de reemplazo que nunca pasó de cabo, y que pronto sería liberado sin causa ante la incapacidad de poder mantenerlos o matarlos a todos.

Así se unió a una gran columna que avanzaba entre cantos y chácharas hacia Soneja, donde, con cada paso que los



alejaba más y más de sus hogares, el silencio se acentuaba. La sensación de ser verdaderos prisioneros en vez de tropas desmilitarizadas empezaba a tomar consciencia entre aquellos hombres que se habían entregado, acentuándose con los primeros golpes de culata y empujones de sus guardianes. Más cuando algunos camiones cargados hasta arriba de soldados lánguidos, descompuestos y heridos los rebasaba.

—¡Vamos, vamos, apartad, rojos de mierda! —les gritaban los conductores, pidiendo paso.

Las ambiguas sonrisas de sus captores en el momento de la rendición, y aquella extraña fraternidad y favor que mostraban al verlos abandonar la línea XYZ habían desaparecido por completo.

Nicolás se arrepintió de haberse entregado.

Aún no habían llegado a Soneja cuando escucharon a los soldados nacionales lanzar gritos de alegría. La columna de presos siguió como si nada, aunque celebraban en su interior que sus guardias estuvieran de buen humor.

—¡Eh, jefe!, ¿qué ha pasado? —preguntó Nicolás a uno de los soldados que los custodiaban.

—¡El Ejército Nacional ha liberado definitivamente Valencia y Alicante! ¡Los últimos bastiones de la España soviética!

Nicolás, hipócrita, sonrió complaciente al soldado y miró atrás, hacia sus compañeros presos. La gran columna de hombres desaliñados y de caras largas no paraba de hablar sobre el fin de la guerra. Se sintió frustrado, pues comprobó que lo que había pasado a ninguno parecía importarle lo más mínimo, solo se preocupaban por su vuelta a casa, aparentando simpatizar con la causa rebelde que los había machacado y que ahora los mantenía presos. Oía cómo aquellos soldados derrotados, ocultando sus temores,

hablaban de reiniciar sus labores cotidianas, de volver a sus puestos de trabajo, al campo a sembrar, a la fábrica, e incluso escuchó a uno que hacía planes de boda.

—Ingenuos —remugó.

El precario campo de prisioneros que se había levantado en Soneja se fue convirtiendo rápidamente en un campo de concentración donde apenas se podía transitar. Los soldados capturados o que se habían rendido fueron llegando a miles conforme pasaba el tiempo. Al tercer día de la llegada de Nicolás ya no había espacio para todos, y menos atención médica o intendencia alguna. Pronto pasaron de las tres raciones diarias a un miserable plato de sopa aguada y un mendrugo. Las diarreas y vómitos empezaron a ser comunes. El aseo personal desapareció por completo; los piojos y las chinches se extendieron como una plaga fatal.

Los días pasaban sin noticia alguna, sin nada que hacer más que despiojarse los unos a los otros, aplastando las liendres con las uñas de los dedos. Un temporal agravó la situación de los presos, hacinados ya en barracones que parecían desmantelarse en cualquier momento. Los alimentos empezaron a escasear, incluso el pan duro, y los primeros síntomas de rebelión general y de brotes enfermizos graves empezaron a preocupar a las escasas autoridades que custodiaban el lugar.

Aquella mañana, Nicolás observaba pasar el primer camión cargado de muertos, con destino a una fosa común llena de cal. Los más débiles comenzaban a sucumbir, y tosió por tres veces hasta lanzar una pequeña flema rojiza. «Pronto caeré enfermo», pensó aterrado ante la posibilidad de acabar de tan horrible forma, cargado como un leño podrido en un volquete de cadáveres llenos de mierda.



—¿Quieres mi ración? Es mucho para mi úlcera —dijo un anciano, acercándose a Nicolás con un trozo de pan ennegrecido en la mano y un cazo de gachas aguadas.

—Hombre, Pacheco... ¿Tú por aquí? —preguntó Nicolás con desdén.

El viejo Pacheco, para ser de los presos más adultos, parecía compuesto y con más fuerzas y entereza que la mayoría de los jóvenes que había allí hacinados.

—Creí que a estas alturas ya te habrían fusilado —aseguró Nicolás.

—No tengas tanta prisa por mandarme al otro barrio.

Con una extraña mueca, Nicolás tomó aquellas gachas aguadas y las tragó con ganas. Del pan no dejó una miga.

—Volamos el cañón, pero no sirvió de nada —murmuró al aire.

—Ya me di cuenta —asintió Pacheco—. Por vuestra culpa, los legionarios asaltaron mi casa y tuve que huir. Total, para acabar aquí.

—Pronto nos liberarán.

—De aquí no se escapa nadie con vida. Si no nos mata una bala, lo harán la disentería o la tuberculosis —murmuró Pacheco, señalando a cuatro que estaban tapados hasta la nariz, tosiendo y vomitando entre tiritones—. Deberíamos huir.

—¿Huir a dónde?

—No lo sé. La cosa está jodida. Cuando lo sepa, te aviso.

Aquella mañana se emitió por unos altavoces el último parte de guerra, difundido por Radio Nacional de España, para que todos los prisioneros pudieran escucharlo:

“En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares.

La guerra ha terminado. Burgos, 1.º de abril de 1939, año de la victoria. El Generalísimo. Firmado: Francisco Franco Bahamonde.”

Al día siguiente, parecía que a todo el mundo le había entrado una prisa increíble. El fin de la guerra traía nuevas órdenes, una oportunidad de sobrevivir. Los mandos nacionales y los soldados no hacían más que ir de un lado a otro, improvisando enfermerías y nuevos centros de atención. La inquietud subía de grado con cada camión cargado de presos que llegaba, con cada uno que partía a no se sabía dónde. Se incorporaron numerosos escribanos que tomaban los datos a los presos en una especie de interrogatorio sumario de pocas preguntas.

—¿Nombre?

—Nicolás.

—¿Población?

—Villarreal, Castellón.

—¿Reemplazo y rango?

—Del 37, cabo.

—¿Antecedentes penales?

—No, ninguno.

—¿Algún aval?

—Desconocido, no sé...

—¿Está afiliado a algún partido político?

—No.

—¿Es comunista?

—No, por Dios.

De momento, parecían no necesitar más información.

Los mandos se apresuraban en aligerar aquel campo de prisioneros, querían vaciar aquello lo máximo posible y cuanto antes. El problema de la multitud de presos debía



liquidarse para poder sentar las bases del nuevo régimen. Pero la extirpación del «mal rojo» desde su raíz era incuestionable para la nueva España. Así, con dichos datos, comenzaron a clasificarse los presos en tres grupos. Primero, los que se declaraban afectos al Glorioso Movimiento Nacional mediante el aval de personalidades reconocidas, que eran liberados de inmediato. Segundo, los llamados indiferentes, las personas carentes de antecedentes penales y que habían sido movilizadas por la República, estos eran liberados bajo el compromiso de presentarse a la Guardia Civil de su localidad para normalizar su situación. Y, finalmente, los considerados desafectos, donde se agrupaban los oficiales y militantes de partidos de izquierda para ser trasladados a otros campos en espera de ser juzgados por la autoridad competente, cuando no eran ingresados en la cárcel directamente o fusilados durante el traslado.

Nicolás, como bien había imaginado, quedó englobado en el grupo de los indiferentes, y fue liberado. Las puertas se abrieron ante sus lentos pasos, que se aceleraban sin darse cuenta. Trece días de hambre y penurias había pasado en aquel campo de prisioneros, comido por piojos y evitando las enfermedades, pero a él le habían parecido veinte años, y así, se mostraba barbilampiño y delgado hasta los huesos.

En la puerta del campo vio salir dos camiones cargados de presos. Miró con rabia e indignación; la impotencia lo consumía. En un tercer vehículo, en su vagón, una patrulla de soldados los escoltaba en pie y con los fusiles al hombro. No le fue difícil imaginar dónde se dirigían. Quiso pensar que tal vez no, bajó la cabeza y comenzó a caminar con cierta prisa. En su hombro, un pequeño petate vacío y, en su bolsillo, la documentación pertinente para presentar si era detenido en cualquiera de los numerosos controles de la Guardia

Civil. Todo parecía haber finalizado. Ahora tenía una nueva oportunidad de reemprender su vida o de huir de España.

En uno de los camiones, entre los huecos que dejaban los tablones que formaban la caja, asomaban los dedos de aquellos hombres que, con el miedo en los huesos, arrimaban sus rostros a la madera para poder respirar algo de aire puro.

Con la vista pegada a una de aquellas ranuras, los ojos penosos de Pacheco lo estudiaban todo. Sonrió al ver alejarse a Nicolás andando por la carretera pedregosa, y se echó para atrás.

—¡Nos van a matar a todos! —exclamó.

—Dicen que nos llevan a otros campos —tartamudeó uno de los presos más jóvenes.

—Sí, a los Campos Elíseos —aseguró Pacheco.

—¿Por qué dices eso, viejo? —le recriminó otro preso.

—Pues, ¿no ves? A los que liberan los sueltan sin más. A los que trasladan de verdad no les ponen un camión de escolta. ¿Para qué queremos nosotros, unos andrajosos, escolta, si no es para que nos peguen de tiros? Además, todos somos comunistas, afiliados, por eso nos separaron de los demás y ahora nos han subido a este camión juntos. Está claro que no llegaremos muy lejos.

—No pueden matarnos así como así —aseguró otro.

—No me hagas reír —carraspeó Pacheco.

—El viejo tiene razón. Dicen que nos llevan a otro campo de prisioneros, a Valencia, pero oí a uno de los conductores decir que en menos de una hora estaban de regreso a por otro cargamento de piojos. ¿Cómo les va a dar tiempo a llegar hasta allí y volver? —aseguró uno de los cautivos acercándose a Pacheco.

—Por eso no nos han dejado recoger nada ni nos han dado ningún documento. Nos van a dar «paseo» —asintió el más joven comprendiendo la atroz realidad.



En un bache, los presos cayeron de lado, unos sobre otros, desplazándose los que estaban apoyados en las tablas del camión. Pacheco observó con interés una madera quebrada en un lateral, una posible salvación, y saltó rápidamente. Al momento, estaba sentado frente a ella pegando fuertes patadas. El madero se partió y, con otro golpe, saltó por entero a la cuneta. Y asomó la cabeza por el hueco.

—Nos llevan al barranco de ahí abajo para cubrirnos de cal —aseguró, y golpeó con fuerza la tabla de arriba, con el pie.

—Esta madera está podrida, podemos hacer un boquete —se volvió hacia los demás.

—Salgamos de aquí —dijo otro de los presos, y golpeó fuerte también.

Dos maderos más crujieron y se astillaron. Con las manos ensangrentadas y a porrazos, entre caídas y maldiciones, los presos lograron hacer un boquete por el que cabían dos personas. A la subida de una cuesta, cuando el camión avanzaba lento entre piedras y baches, comenzaron a saltar del vehículo sin que el conductor se diera cuenta. Los disparos realizados desde el camión que los seguía alertaron al convoy, que de inmediato frenó. Los presos corrieron como nunca en su huida, pero las balas de los soldados eran más veloces perforando sus espaldas.

—Mierda —murmuraba Pacheco, una y otra vez, rodando montaña abajo entre matorrales y arbustos, esquivando las balas mientras otros morían.

Cuando dejaron de disparar, los soldados recorrieron la zona, alzando los cadáveres sobre la cuneta.

—Creo que están todos, mi sargento —dijo uno de ellos.

El sargento observó el boquete que habían abierto en la caja del camión. Dentro quedaban tres hombres que no se habían atrevido a saltar.

—Bajad y cargad esta basura —ordenó.

Apenas terminaron de cargar los cuerpos de los muertos, el sargento desenfundó su pistola y los asesinó sin mediar palabra. El camión, con los cadáveres amontonados unos sobre otros como si ganado degollado fueran, reemprendió la marcha. Desde el otro vehículo, los presos miraban aterrados a través de las estrechas ranuras. Comprendiendo su destino, comenzaron a gritar y gemir conforme el convoy reiniciaba el camino. Pronto llegaron a una pequeña explanada. Fueron sacados de los camiones a empujones e insultos, a golpes y patadas. Formaron en línea, unos tras otros y, en grupos, los acercaron al abismo. Algunos cayeron de rodillas, llorando. Otros miraron al cielo, en silencio, esperando con entereza su final. Una enorme fosa y la cal los esperaban.

El viejo Pacheco, el único que había logrado escapar de la matanza, oculto en el bosque, escuchó los disparos y tragó saliva. Caída la noche, corrió monte arriba, sin un destino cierto que no fuera otro que poner tierra de por medio.

Nicolás regresó a Villarreal con el estómago vacío, con un pequeño petate al hombro y con la ropa comida por el polvo y la suciedad. Anduvo por las calles cercanas a las ruinas de la iglesia de San Pascual hacia la casa de sus padres. En las inmediaciones, se sentó ante los escombros con cara larga. Observó la piedra y los maderos quemados que asomaban, y a las ancianas y devotos que rondaban el lugar orando. Leyó en un rótulo pintado sobre el derruido muro: «Iglesia de San Pascual, incendiada y destruida por los rojos». Pensó en lo que había sido aquel lugar y en lo que era ahora. Y miró alrededor suyo. Las atroces mordidas de la guerra se dejaban ver por todas partes, aquí y allá. Todo el país estaba igual, lo

sabía. La República había muerto, no había Ave Fénix que la resurgiera de sus cenizas. Alzó la cabeza y vio a sus padres acercarse a él con lágrimas en los ojos.

—¿Nicolás? —escuchó por detrás.

Entonces volvió su vista y vio a Andrés, el hermano de Julia, que vestía de guardia civil, con el grado de teniente, y lo acompañaban dos guardias más.

—Detened a este rojo de mierda —ordenó Andrés.

—¿Qué? ¡No! La guerra ha terminado. Vengo del campo de prisioneros de Sot de Ferrer. Estuve internado hasta hace unos días. ¡Me han liberado! Como indiferente, fui declarado inocente de causa por la Junta de Clasificación y Revisión. Me ordenaron regresar a casa —expuso Nicolás.

—La guerra terminó, sí. Pero para ti, no. Ahora pagarás los crímenes que realizaste antes de que todo este horror empezara. ¡Maldito cabrón! Por maricones como tú hemos estado cuatro años matándonos entre españoles —le espetó y lo golpeó fuerte con la culata del fusil en el vientre.

Nicolás rodó por el suelo, doblado del dolor e intentando respirar. Sus padres corrieron a echarse sobre su hijo.

—¡No, no os lo llevéis! —lloró la madre implorando piedad.

—¡Dejen a mi hijo, por lo que más quieran, por Dios! —rogó su padre.

Nicolás, emocionado ante los abrazos de su madre, comenzó a llorar.

—¡Venga, un poco de dignidad! —exclamó Andrés.

Sacó la pistola del cinto y la colocó en la sien del padre de Nicolás.

—¡No, deja a mi padre! ¡Iré con vosotros! —gritó Nicolás. Andrés levantó el arma y lo miró fijamente.

—¡Vamos! —le ordenó.

Los dos guardias civiles lo cogieron de los brazos y se lo llevaron a rastras hacia el cuartelillo. Andrés miró de soslayo al padre de Nicolás.

—No se vaya muy lejos, señor maestro. Quizá tengamos que venir pronto a buscarle a usted —le dijo Andrés, y se alejó enfundando el arma.

—Rápido, hay que avisar a Julia —dijo la madre.

Nicolás pasó el resto del día en una celda, solo, sin poder ser visitado ni obtener noticia alguna. Nadie le dijo nada ni le explicó nada, aunque le dieron una manta que había traído su madre. Allí pasaría los días siguientes, colmado por la angustia, esperando en cualquier momento que se lo llevaran para matarlo. Los miembros de la Guardia Civil solo se acercaban a él para entregarle algo de alimento. Finalmente, fue conducido a la iglesia de la Sangre de Cristo, convertida primero en un almacén por los republicanos y, después, en una cárcel por los nacionales. Un encierro destinado, más que a soldados, a los vecinos que eran denunciados por desafectos al Glorioso Movimiento Nacional. Nicolás pasaba los días allí, espantándose las moscas que lo comían y observando la mierda que lo manchaba todo. Ver las ratas pasar y rebuscar entre la inmundicia en la que vivía era su única distracción. Llegada la noche, dormía en el suelo húmedo de sudores y orines, envuelto en la manta, como los demás desgraciados que se hacinaban entre aquellas paredes.

—¡Vamos, vamos! ¡Arriba! —lo despertaron al amanecer unas voces.

Levantó un poco la cabeza y vio a un grupo de guardias civiles llevarse a dos hombres a empujones y golpes de culata. Cerró los ojos y se dio media vuelta, cubriéndose la cabeza



con la manta, y se arrastró hasta los servicios. Era común la visita de la Benemérita a altas horas de la noche para trasladar a algunos presos. Nicolás tenía por bien cierto que aquellos traslados eran muy cortos, que el destino para aquella gente era un pelotón de fusilamiento. Cuando notaba la presencia de los guardias, se movía entre los presos que fingían estar dormidos hasta la antigua habitación donde antaño el cura guardaba los objetos de culto, convertida en letrina, y allí se quedaba en un rincón, acurrucado entre excrementos, hasta que se llevaban a alguien y las sombras desaparecían entre gritos de angustia y súplicas de perdón. Gritos que se oían con una fuerza desgarradora, pero que nadie escuchaba.

Y comenzó a mordisquear un mendrugo mohoso que sacó del bolsillo, con la intención de calmar sus nervios.

—Tú, Nicolás —escuchó.

La comida le cayó al suelo y tembló al volver la vista. Dos agentes de la Guardia Civil lo reclamaban. Solo un pensamiento: «Es de día». Los asesinatos de presos se realizaban cuando caía la noche, mientras la ciudad dormía. Nadie quería saber nada de posibles represiones, y menos en su propio pueblo, por lo que el amparo de la noche era esencial para evitar situaciones difíciles entre los vecinos y complicadas de explicar a la opinión internacional.

Nicolás fue conducido, con las manos atadas y a empujones de fusil, hasta el interior de una estancia del Ayuntamiento, donde numerosos vecinos permanecían presos esperando juicio.

—A este peligroso sujeto, domiciliado en Villarreal, se le acusa de crímenes de guerra contra la población civil y de rebelión militar contra el propio Estado. De pertenecer a grupos de milicianos y albergar en sus filas combatientes extranjeros, con el único fin de hacer la guerra a España. Así

como de haber participado en el incendio y la destrucción de la iglesia de San Pascual Baylón y su convento, y en diferentes asaltos perpetrados en otros centros religiosos y en hogares privados. También ha sido denunciado por la violación y estupro de siete mujeres, cuatro religiosas y tres menores, respectivamente. Así como por su responsabilidad directa en el asesinato de al menos veinticuatro vecinos de la ciudad y en la divulgación del contubernio judeo-masónico-comunista que tanto daño hizo a la patria, envenenando a las gentes de bien a través de la manipulación en prensa —dictó un alférez que representaba a la acusación.

—¡Pe... Pero... ¿Qué dice? Señor, eso no es posible. Yo combatí en las filas del Ejército Popular de la República como cualquier hijo de madre que fue llamado a filas, sin alternativa. Sí, luché en Teruel y en las trincheras de la sierra de Espadán, incluso en la defensa de Castellón y de Villarreal... Pero nunca cometí tales fechorías de las que se me inculpa. ¡Ni las hubiera hecho aunque me lo hubieran ordenado! —exclamó Nicolás, levantándose, mostrándose indignado.

—¡Siéntese! —ordenó el juez, un teniente coronel.

—Señoría, el detenido ha sido denunciado por más de ciento sesenta vecinos de Villarreal. Sus crímenes no solo quedan demostrados fehacientemente por los testimonios de estas personas, sino en los documentos requisados por las autoridades pertinentes, donde aparece su nombre reiteradamente como dirigente comunista.

—¿Qué coño...? Yo nunca me afilié al Partido Comunista —interrumpió Nicolás.

—Además, hemos de hacer hincapié en que no estamos juzgando sus acciones como soldado, pues en su rango ya fue declarado como indiferente. Los crímenes de los que debe dar cuenta en este juicio los cometió durante el año 1936



como miembro activo de las milicias, de la brigada móvil y de los tribunales revolucionarios. Por ello, la acusación solicita la pena de muerte para el detenido —insistió el alférez, ignorando las reclamaciones de Nicolás.

—¡Yo no quemé la iglesia! ¡Nunca cometería tal barbarie! ¡Ni asesiné a nadie! ¡Si no he pegado un tiro en esta guerra! ¿Quiénes pueden decir que yo hice tales cosas? ¿Quiénes? ¿Por qué?

Un capitán de aspecto pálido anduvo paralelo a las paredes de la estancia y se acercó al juez militar. Le habló unas palabras y, durante varios minutos, discutieron en voz baja.

—Dado que este tribunal, en principio, solo dispone de la declaración de la acusación y carece de los datos que la defensa pueda aportar, tras la información que acabo de recibir de la Junta Militar, en la que se pone de manifiesto que el acusado podría ser afecto al Glorioso Movimiento Nacional, la sentencia será aplazada hasta que se fije la fecha de un nuevo juicio en el que se puedan revisar los cargos contra él —ordenó el juez.

La mirada de Nicolás se volcó hacia el techo de aquella habitación; un suspiro la acompañó. Bien sabía que casi todas las personas que entraban allí eran fusiladas de inmediato o al cabo de unos días. Y se preguntó: «¿Afecto al Glorioso Movimiento Nacional?».

Aquel capitán se acercó y le ofreció acompañarle.

Al salir del Ayuntamiento, Julia lo esperaba con una enorme sonrisa que trató de no romper al verlo. Nicolás estaba en los huesos, comido de picaduras, con pústulas infectadas de pus, y tenía diversas heridas por todas partes.

—Vamos a casa, vámonos ya, no es cuestión de tentar a la suerte —le dijo ella, tomándolo del brazo a la vez que agradecía al capitán su intervención, despidiéndose de él.

—Debí imaginarlo. José, ¿verdad? En un juicio tan injusto como corrupto, solo un alto mando militar podía detener lo imposible —dijo Nicolás, acompañándola.

—Sabes bien lo que nos jugamos defendiéndote. Pensé que te alegraría verme, que me abrazarías —le replicó ella con tristeza.

—Ya tienes quién te abraza: uno de los asesinos de tu amada República.

—¡Nicolás! —exclamó ella, meneando levemente la cabeza y fijando su vista enfadada sobre él—. Si no quieres que te fusilen, o marchar a un batallón disciplinario de San Sebastián a picar piedras y pudrirte en una mina, debes escucharme y comportarte mientras estés en libertad vigilada.

—¿Estoy libre?

—Es una resolución provisional, no dice nada de la acusación ni de los hechos punibles que te investigan, pero suspende el fallo decisivo de forma indefinida. Ingresarás en prisión, pero podrás abandonar la cárcel durante el día. A las dos de la tarde tendrás que pasar revista en la casa cuartel de la Guardia Civil y a las seis debes regresar puntualmente. Es lo acordado.

Nicolás se quedó observándola. Ella estaba radiante, aunque unas leves ojeras disimuladas por el maquillaje delataban su estado anímico, su sufrimiento.

—Veo que no le has contado a tu novio, a ese faccioso, quién eras durante la guerra y lo que hiciste. ¿Sabe que te enamoraste de un capitán rojo? ¿Se lo has contado, Carmela?

—¿Callarás de una vez, o no pararás hasta que nos metan una bala entre ceja y ceja?

—No temas, no te delataré. Yo no olvido y me has salvado la vida, de nuevo. Esos fascistas me hubieran asesinado hoy mismo. Debo darte las gracias.



—Dáselas a José. Ha sido cosa suya la decisión de intervenir por ti, sacarte de esa pocilga inhumana. Yo nada podía hacer. A él le debes que no te llevaran directamente al paredón el mismo día que te detuvieron. Mi hermano no está por la labor de ayudar, cree que eres realmente culpable de todo lo que se te acusa. Ya sabes, nunca le caíste bien. Además, ¿cómo puedes pensar que no le cuento nada?

—Entonces... José...

—Sí. Lo sabe todo.

—¿Todo? No creo.

—Te acompañaré a casa de tus padres. Nadie te ofenderá si te ven pasear conmigo. Ya sabes, como bien dices, ahora soy una franquista hija de puta y nadie se mete con los franquistas hijos de puta.

—Menos si es la novia de un capitán.

—José ya es comandante, pronto será teniente coronel.

CAPÍTULO 25 · VISITAS INCÓMODAS

El 1 de septiembre de 1939, Alemania invadió Polonia ante el estupor de las democracias occidentales, haciendo estallar el polvorín en que se había convertido Europa y dando lugar al inicio de la Segunda Guerra Mundial. El régimen de Franco se declaró neutral, ante el recelo de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos y, por otra parte, bajo la continua presión de alemanes e italianos que reclamaban su deuda de sangre.

—No temas, Franco no nos meterá en esta guerra —dijo el general, ofreciendo una copa de brandy a José.

—Eso espero. Aunque es su decisión, implica mucho para todos —contestó José—. Prefiero un refresco, ¿tiene limonada?

—Eh... Sí, claro. Usted no bebe, hace bien —apuntó el general. Acto seguido, se acercó a la puerta y exigió una limonada a su secretaria.

—Franco no es un fascista, nunca lo fue y nunca confió en Hitler —continuó el general—. No le interesan para nada sus ideas imperialistas y anticatólicas. Prefiere acercarse a las monarquías europeas, a Estados Unidos. Además, ese pacto que ha firmado Alemania con los soviéticos no ha hecho más que darle la razón.

—Me alegra oír esas palabras. Por cierto, ¿hay alguna noticia sobre mis peticiones?

—José, es usted un gran hombre. Sin duda. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Hace ya unos años y toda una guerra, mi general.

—Sí. ¿Cómo olvidar aquel día cuando solo eras un gañán y me salvaste la vida saltando al río! Ya has crecido lo tuyo, te has forjado como persona y como militar. Solo hay que ver el rango que ostentas y que tanto te mereces. Eres ese hombre de respeto que querías ser. ¿Por qué no te casas con esa joven tan guapa, tienes hijos y esas cosas? Julia se llama, ¿no? Ya sabes que un puesto en la comandancia de Castellón es tuyo.

—Sí. Lo haré, mi general. Solo que me preocupa lo que está ocurriendo.

—¿El qué? ¿Tu informe sobre los prisioneros y los juicios?

—Son millares las personas que están acabando en cárceles, asesinadas, y muchas son inocentes —expuso José, tomando de la mano de la secretaria la limonada.

—Ajusticiadas, José, ajusticiadas. Son juzgadas y condenadas, no lo olvides.

—Asesinadas, mi general. Están siendo asesinadas, y es necesario que el Generalísimo sepa lo que está ocurriendo.



Se está juzgando a personas por cualquier cosa, por cualquier estupidez, incluso ajenas a la causa nacional. No se busca demostrar que son culpables, sino impedir que puedan demostrar que son inocentes.

—Veo que sigues con lo tuyo. Tu informe no está completo, faltan muchos datos que lo hacen impresentable ante el Generalísimo. Deberías rehacerlo y obtener más información, más detalles y, sobre todo, pruebas documentales.

—¿Impresentable? ¿Pruebas? ¿No basta con lo acontecido con esas trece jóvenes en Almudena? La prensa internacional nos está llamando de todo. Eran inocentes de la ignominia de que se las acusó, ahora todos lo sabemos. Y fueron fusiladas sin más. Las llaman las Trece Rosas y están en todos los periódicos extranjeros.

—Pertenecían a las Juventudes Socialistas Unificadas, eso es innegable.

—Eran unas crías, seis de ellas menores de edad. No conocieron más que el veneno que les inculcaron los rojos durante toda la guerra. Hubiera bastado con unos años de prisión, o con unos azotes en un centro correccional. La nueva España debería centrarse en castigar a los verdaderos culpables de actos de sangre y estructurar al pueblo. Casos así no nos ayudan, nos cierran fronteras, nos tildan de bárbaros. Me recuerdan a las checas, a la barbarie roja.

—Te preocupas mucho por el pueblo y eso está bien, pero no debes olvidar que muchos asesinos bolcheviques se esconden entre la gente honrada. Es nuestro deber encontrar a esas ratas y acabar con ellas. Mucho mal hicieron como para perdonar nada —aseguró el general, calentando un tremendo puro—. ¡Ay, José! ¡Y todo por tu amigo Nicolás! Pero las acusaciones que se vierten sobre él son muy serias, bien lo sabes. ¿Será un problema?

—Nicolás ahora está bajo mi responsabilidad. No hay por qué temer, mi general. A estas alturas es fácil acusar a quien sea de cualquier cosa. Conozco a Nicolás desde la infancia. Siempre me ayudó cuando no tenía nada que comer. Fuimos como hermanos.

—Asesinó a mucha gente, quemó iglesias y violó a mujeres... Eso dicen.

—Nicolás no se alistó en ningún comité revolucionario ni perteneció a milicia alguna para ir al frente. Ha podido comprobar en la documentación requisada que nunca estuvo afiliado al Partido Comunista. Fue reclutado casi un año después de iniciarse la guerra... Marchó al frente a la fuerza. Está claro que hay gente que le tiene ganas. No es un ángel, pero no es culpable de todo de lo que le acusan.

—Este Nicolás es el poeta, ¿no?

—Sí. Quizás es culpable de ser algo sensible y eso no gusta a determinadas personas.

—¿Sensible? Un maricón.

—Bueno, quizás un poco. No creo que forzara a ninguna mujer, no las toca ni con el palo de una escoba.

—Maricón perdido es lo que es ese amigo tuyo. Hum... Esos poemas que leí, ¿te los mandó a ti en especial?

—Sí, hace tiempo. Quería mi opinión en todo. Su ilusión siempre fue imprimir un libro evocando la figura de Bécquer.

—¿Gustavo Adolfo Bécquer? Apunta muy alto tu amigo. Bien, hablaré de nuevo con el ministro a ver si conseguimos el indulto. Lo hago por ti, que te conste bien —le dijo señalándolo con el dedo.

—Gracias, mi general.

—Pero lo de la propaganda revolucionaria de su imprenta va a ser un escollo insalvable.

—Vamos, mi general, esa imprenta no era suya. En algún sitio tenía que trabajar. Yo también estuve en esa imprenta,



y mi novia. Y también imprimían la hoja parroquial de una cofradía. ¿Quién iba a imaginar que estallaría una guerra en aquel entonces?

—Haré cuanto esté en mi mano, pero no te prometo nada.

—Gracias de nuevo, mi general.

—José, ¿tienes más poemas de esos? Tu amigo escribe muy bien. Tiene gusto, a pesar de ser maricón, sí señor.

José salió del despacho del general con paso firme, consciente de que con su intervención podría haber salvado la vida de Nicolás y que, posiblemente, le valdría la libertad.

Galardonado con las distinciones más prestigiosas como héroe de guerra, José se había convertido en todo un teniente coronel que aspiraba a ser general. Nadie se atrevía a poner en duda su palabra ni contravenir sus deseos en Villarreal. A pesar de ello, los vecinos conocían de sobra a Nicolás, aquel joven sarasa de clase burguesa acomodada al que ahora consideraban un demonio comunista, un agitador bolchevique y un revolucionario incendiario y anticlerical, tal y como lo denominaban al denunciar sus actos; aunque desconocían sus dotes de poeta y su sufrimiento, todos sabían muy bien de sus pecados.

Con el paso de los años, Nicolás obtuvo el permiso para pernoctar en casa y la revisión en el cuartel de la Guardia Civil pasó a ser semanal. Ajeno a todo y a todos, cumpliendo fielmente cada una de sus obligaciones impuestas, logró trabajo en la escuela, con su padre, como profesor de repaso, enseñando a los niños a leer y escribir con el poco material del que disponía. Parecía haber recuperado una vida. Sin embargo, apenas se le veía por el pueblo si no era en compañía de Julia. Obsesionado, tras el trabajo se pasaba

las horas en casa, encerrado en su cuarto con sus miedos, y asomado a la ventana entre cortinas a cada momento. Las noticias que le llegaban sobre la persecución y el horror desatado en España contra los posibles desafectos al régimen lo hacían temer que cualquier día vinieran a por él. No tenía ninguna duda de que, tarde o temprano, sería asesinado. En sus momentos lúcidos, se esforzaba en recopilar sus poemas, repasándolos y ordenándolos mientras soñaba que algún día serían editados.

Aquel día de mediados de enero de 1941, al salir del colegio, Julia lo esperaba sentada en un banco.

—¿Qué haces aquí? —dijo Nicolás sentándose a su lado.

—No te he visto estas Navidades. Cada vez te veo menos —respondió ella.

—¿Alguna novedad sobre mi indulto?

—Te estás quedando muy delgado. Tus padres me han dicho que apenas comes.

—No debes preocuparte por mí. He estado mucho más delgado en otras ocasiones. Mejor harías en preocuparte por ti. Ya sabes lo que están haciendo estos asesinos que nos gobiernan. ¡No paran de buscar y rebuscar!

—Lo sé. Debes tranquilizarte. Estás a salvo.

—No digas eso, no es verdad. La represión militar lo está devorando todo. Tras asesinar a los considerados desafectos, han comenzado a revisar cada caso de los indiferentes e incluso de algunos de los considerados afectos, apoyándose en chivatazos y rumores. Muy pronto, el simple hecho de no ir a misa antes de la guerra será motivo suficiente para ser fusilado. Confías mucho en José, demasiado.

—Nadie se atreverá a tocarte mientras él te proteja. De no ser así, ya se te habrían echado encima. Y lo sabes.

—Siempre hablas de mí, como si tú fueras inocente de todo.

—Todos saben de tus cosas. De las mías, nadie.

—Siempre hay alguien que se puede ir de la boca.

Julia lo miró sin comprender y alzó levemente las manos, como pidiendo una explicación.

—¿Se sabe algo de mi indulto o al final me asesinarán? —preguntó Nicolás.

—José sigue trabajando la petición de indulto en tu nombre, con más datos y avales de hombres de bien para evitar un juicio.

—¿Y quién me avala? Me sorprende que en este asqueroso pueblo alguien me avale.

—Nos cuesta de 3000 a 5000 pesetas cada aval. Y no me hagas hablar más. Te concederán el indulto, está hablado. Pero es necesario que te declares culpable de algunos hechos, los más leves —le pidió Julia.

—No lo haré —esgrimió Nicolás.

—Nicolás, mírame y no me mientas. ¿Tuviste algo que ver con la muerte del doctor Pelayo?

—¿Doctor Pelayo? ¿Quién es ese? —contestó de inmediato, con la cara en blanco.

—El doctor que me dio trabajo antes de la guerra, no te hagas el tonto.

—No. No tuve nada que ver con su muerte ni con ninguna otra.

Julia lo miró, seria, buscando la mentira, dudando por un momento.

—¿No me crees? Ni tan siquiera sabía quién era. Esos asesinos quieren colgarme todos los crímenes del mundo. No pararán nunca hasta que obtengan mi pellejo, asquerosos fascistas —insistió Nicolás, con denodado enfado.

—José no podrá estar protegiéndote siempre, en unas semanas marcha a Madrid. Es posible que permanezca por unos meses allí. Se está gestionando un Gobierno de transición a la monarquía.

—¿Qué dices? ¿Acaso crees que ese carnicero va a dejar el poder? Ilusa.

—No lo creo. Pero tal vez sí. ¡A saber! No se aclaran entre ellos. Están rodando cabezas por todos lados. Pero ese no es el caso. Mientras José esté fuera, pueden joderte bien si no lo dejamos todo bien claro. Es demasiado tiempo. Mi hermano no te olvida, ni algunos de los vecinos a los que machacaste.

—Machacamos, no lo olvides.

—No, te equivocas. Yo nunca apoyé las barbaridades que hacían las checas ni tampoco tengo claro en qué participaste ni me interesa saberlo. Solo espero que no tuvieras nada que ver con la muerte del doctor Pelayo.

—No tuve nada que ver —asintió Nicolás, serio.

—Te creo. Ahora quiero mirar hacia delante y tú has de hacer lo mismo. Pero hay quien no te olvida. Han aportado nuevas declaraciones, de nuevos crímenes. Debes aceptar el trato y quedar libre antes de que la cosa vaya a más.

—Así que tengo que declararme culpable para conseguir el indulto.

—El letrado de José te ha preparado un documento, fírmalo. Lo he leído y no te declaras culpable de nada por lo que te puedan fusilar. Por lo demás, de todo. Lo más grave es haber trabajado en una empresa que imprimía panfletos revolucionarios y haber combatido por reclutamiento con el Ejército Popular.

—¿Y eso qué significa?

—Te condenarán a dos o tres años de prisión en una celda acomodada sin que nadie te moleste. En unos meses, con buena conducta, llegaría el indulto y estarías fuera.



—No. En cuanto entre en la cárcel, ya no saldré. Cualquier día abrirán mi celda y me fusilarán, o me matarán a palos. Me sé las tretas de los facciosos.

—Nicolás, si no haces lo que te digo, cualquier día llamarán a tu puerta, te enjuiciarán y te fusilarán o desaparecerás sin más. ¿Por qué nunca me quieres escuchar?

—A más uno le llegó el indulto un día después de su ejecución. ¿No lo sabes?

—Eso no te pasará a ti.

—Julia, una vez entre en la cárcel, ni tú ni nadie puede saber lo que me ocurrirá.

Nicolás se negó a firmar la declaración de culpabilidad con la esperanza de que José, un teniente coronel laureado, intercediera por él cada vez que fuera preciso. Sabía que solo contaba con la fuerza de la palabra de su amigo, era su gran baza, lo único que lo podía salvar, nada más. Como cada día, aquel nuevo lunes recorrió la calle hasta la precaria escuela, donde lo esperaban sus alumnos entre las miradas frías de los padres.

—¡Rojo de mierda! —exclamó uno de ellos.

—No sé cómo permiten que ese asesino dé clases a nuestros hijos —apuntó una mujer.

Nicolás avanzó con prisa y se introdujo en el colegio. Se apoyó en el portal de la puerta del aula mientras los niños entraban y se asomó para ver los rostros enjutos de aquella gente, sus vecinos. Las malas lenguas habían revivido el odio y la desconfianza hacia él, tras un tiempo de olvido, acusándolo de haber acabado con el doctor Pelayo. Y sollozó, presa de la ansiedad, maldiciendo su propia vida y la de todos los demás. Anduvo y se sentó, observando a aquellos niños que lo miraban con sus grandes ojos, en silencio. Deseó

matarlos a todos. Entonces vio sobresalir un sobre bajo la lista de alumnos. Lo tomó con precaución y lo abrió. Comenzó a dictar la lista de clase, lentamente. Mientras oía los «presentes» de los críos, comenzó a leer para sí mismo aquella nota: «Nos vemos esta noche, al canto del fantasma, en el molí del Terraet. Esto no ha terminado. El Pacheco».

Nicolás rompió la nota en cien pedazos. Unos los diseminó en la papelera, junto a varios escritos de los niños, y otros los tiró por la ventana.

—A ver... Hoy, ¿qué tenemos?

—Los verbos ser y estar, profesor Nicolás —saltaron a coro los alumnos.

—¿No rezamos antes de empezar? —preguntó uno de ellos, con cara de sorpresa.

—Sí, claro —resopló Nicolás.

Sonaban las doce de la noche y Nicolás permanecía en casa, mirando la calle entre las cortinas de la ventana, añorando los tiempos de la República, recordando las noches sangrientas del 36, la terrible guerra, el horror de las prisiones y sus sueños revolucionarios hechos trizas.

—Pacheco —murmuraba una y otra vez—. No puede ser, está muerto. Lo fusilaron en Soneja, es una trampa.

Entonces vio unas sombras cruzar la acera y llegar a su portal. Unos golpes secos sonaron contundentes.

—¿Esperas a alguien, hijo? —le preguntó su madre con miedo.

—No. Mejor que no abras la puerta, es tarde. Se habrán equivocado.

A los cinco minutos, volvieron a repetirse los golpes.

—¿Quién puede ser? ¿Por qué no se van? —preguntó su madre, aterrorizada.



El padre miraba por la rendija, tratando de ver. Nicolás bajó lentamente las escaleras de su piso y llegó hasta la puerta.

—¿Quién es? ¿Qué quieren a estas horas? —preguntó en voz alta.

—¡Abre, camarada! ¡Soy yo, el Pacheco!

Nicolás abrió y, atónito, vio cómo aquel anciano entró rápidamente, mascando un purito entre sus dientes, seguido de dos hombres más.

—Creí que estabas muerto —apuntó.

—¡Pero qué manía con mandarme al otro barrio! —contestó el Pacheco.

—¿Quiénes son? ¿Qué queréis? —preguntó el padre.

—Debéis iros —expuso Nicolás.

—Quieto parado —ordenó Pacheco—. ¿Nos pueden dejar un momento a solas con su hijo, señores? Por favor.

Nicolás miró a sus padres y levantó la barbilla, indicando que obedecieran. Luego, acompañó a los tres inesperados visitantes a la cocina y se sentaron alrededor de la mesa.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Vais a declarar la guerra a Franco, o qué? —les preguntó.

—Dame un trago y no digas tonterías —contestó Pacheco.

—¿No teníais que estar en el viejo molino? —insistió Nicolás.

—Dedujimos que no vendrías o que no habías visto la nota —apuntó Pacheco.

—No volváis a escribirme una nota como esa, podría haberla visto cualquiera y ahora estaría en un huerto patas arriba —les espetó Nicolás.

—Camarada, estos son el Juan txu y el Peseta. Han venido de Francia a echar una mano con los explosivos al AGL. Acaban de llegar a Valencia. Son artificieros de la causa y de los buenos. Lucharon en el Ejército Popular, ahora están

en los grupos de resistencia y saben lo que se hacen. Son legales, puedes estar tranquilo. Este es vasco de pura cepa. Y el Peseta es catalán, como bien indica su nombre.

—¿Qué es el AGL?

—La Agrupación Guerrillera de Levante, coño. ¡Los maquis!

Perplejo, Nicolás los observó.

—¿Me has traído dos terroristas a casa? No serán dos policías, ¿verdad?

—¡No digas más tonterías, *collons*! Somos republicanos en lucha, camarada. No somos terroristas ni de la secreta ni fascistas —aseguró el Peseta.

—¿Qué sabes de Carmela? —preguntó Juantxu, el vasco, de improviso.

—¿Quién es Carmela? —respondió Nicolás.

—¡Ay va, la hostia, Pacheco! ¿Aquí qué pasa? —preguntó Juantxu—. Dijiste que este tipo conocía a Carmela, que era legal y que tenía cojones.

—Combatió con ella en Teruel y... ¡Voló el cañón de la plaza del pueblo! ¡Él solito! —exclamó el Pacheco—. Creo que no se fía de vosotros, hace bien con los tiempos que corren. Ya le daremos motivos para que confíe. ¡Vámonos!

—*Tornarem, la guerra no s'ha acabat* —dijo el Peseta.

—Necesitamos un tirador, contacta con Carmela. Dicen que está viva, oculta, y tú sabes dónde —le ordenó Juantxu, señalándolo con el dedo.

—Pronto sabrás de nosotros. Entonces veremos si eres un camarada o un puto cobarde más que se ha vendido a los facciosos —insistió Pacheco.

Los maquis se fueron como llegaron, entre las sombras de las calles. Nicolás los observó por la ventana, receloso. Sin duda, el Pacheco se había involucrado en un grupo de



resistencia antifascista. Se preguntó si debía ayudarlos, si lo suyo sería colaborar con ellos a riesgo de ser fusilado, regresar de nuevo a la guerra. Y en su mirada un destello de luz brilló con intensidad. Por un momento, aquellos hombres lo habían hecho sentirse vivo de nuevo, un hombre libre.

—¡Están locos! —exclamó ladeando la cabeza con una sonrisa.

—Hijo, ¿que querían? —le preguntó su padre asomando con la madre.

—Joderme... No os preocupéis, ya se fueron.

Semanas después, varios cuarteles de la Guardia Civil en la provincia sufrían atentados perpetrados por los maquis. Los agentes, con sus hijos y mujeres, salían de los edificios entre lloros y gritos. No hubo ningún muerto, solo heridos de diversa consideración y grandes destrozos materiales, pero aquellas explosiones mantenían la llama viva de la guerra, en espera de una deseada invasión por parte de los Aliados, de la restauración de la República. La esperanza de que los países constitucionales se impusieran a los totalitarios de la Europa fascista permanecía latente en los corazones de muchos.

Nicolás leyó los periódicos, fascinado por aquellas proezas, por aquellos héroes, por aquellos estúpidos que estaban dispuestos a luchar contra Franco, a morir antes que a someterse. Durante los meses siguientes, la Guardia Civil peinó los montes de la sierra de Espadán día y noche. Abatieron a numerosos bandoleros, como llamaban a los maquis; no hicieron prisioneros. Pero ninguno de ellos fue el Pacheco ni sus amigos expertos en explosivos. Sin embargo, una noticia llamó mucho más la atención de Nicolás aquel día de finales de junio de 1941, el pacto germano-soviético saltaba en pedazos: Hitler se lanzaba contra Rusia.

CAPÍTULO 26 · LA DIVISIÓN AZUL

“Camaradas, no es hora de discursos, pero sí de que la Falange dicte en estos momentos su sentencia condenatoria: ¡Rusia es culpable! Culpable de nuestra guerra civil, culpable del asesinato de José Antonio, nuestro fundador, y de la muerte de tantos camaradas y tantos soldados caídos en aquella guerra por la agresión del comunismo ruso. La destrucción del comunismo es condición necesaria para la supervivencia de una Europa libre y civilizada”.

Mientras aquel discurso comenzaba a copar los medios de comunicación de todo el país, Nicolás y Julia recorrían las calles del centro de Villarreal, cogidos del brazo, como solían hacer. Un paseo hasta la arciprestal San Jaime en aquel hermoso domingo era casi una obligación. Pararon en un pequeño puesto; el olor a chocolate dulzón y bollos calientes abría el apetito matutino y los ojos del más dormido.

—¿Hoy llega José de Madrid? —le preguntó Nicolás.

—Sí, estoy deseando verlo. Ya no tardará. ¿Sabes? Estoy preocupada por él. Cada vez lo veo menos. Hace tiempo que está como distante de mí. No sé qué le pasa —comentó Julia.

—Se habrá enterado de algo que no le gusta —alzó las cejas Nicolás y se dirigió al tendero—. ¿Me pone dos chocolates? Gracias.

—Márchate de aquí con tu zorra, rojo de mierda —le replicó el tendero con una mirada fija, desafiante.

—¿A quién llamas zorra, fascista asqueroso? —respondió Nicolás.

—Vámonos. Es Pepe, el hermano de Teresita —murmuró Julia al reconocerlo.

—¿Teresita? ¿Quién es Teresita? —preguntó Nicolás dando voces.



—Una religiosa que murió... de un tiro —respondió Julia en voz baja.

—¡Largo! —le gritó un hombre mayor, malhumorado.

Algunas personas más se pararon en su camino para observarlos con censura. Nicolás recordó de inmediato algunos rostros. Eran los mismos que años atrás alababan y clamaban por la República, leían sus periódicos y hablaban de revolución social.

—Rojo de mierda —insistió uno de ellos.

—Ayer erais todos vosotros los más comprometidos con la revolución; hoy estáis aquí lamiéndole el culo a ese dictador asesino. ¿Acaso creéis que se va a ir por las buenas? —preguntó un indignado Nicolás, sin poder reprimirse.

—Calla. Nicolás, vámonos, no les hagás caso. Es lo que quieren —aseguró Julia tirando del brazo de su amigo.

—Maricón —susurró un hombre corpulento, de ancho bigote, que acompañaba al tendero.

Nicolás se revolvió, pero no pudo contestar. Un fuerte puñetazo se estrelló en su rostro. Apenas pudo advertir nada más mientras gemía en el suelo, encorvado, resistiendo e intentado esquivar los golpes y patadas que recibía de un sinfín de personas.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Julia, hasta que un empujón la hizo caer.

Un disparo resonó en la calle y todos pararon. José avanzó, seguro de sí mismo, guardó su pistola y lo estudió todo. Lo acompañaban cuatro militares con distinguidos uniformes. La gente se dispersó de inmediato. El tendero quedó solo, tragando saliva.

—Ese maricón mató a mi hermana —se justificó.

—¿Yo? —preguntó Nicolás, desde el suelo, limpiándose la sangre de la boca.

—La guerra terminó —contestó José levantando con suma delicadeza a Julia del suelo—. ¿Quieres seguir matando españoles? ¿Que la guerra dure por siempre?

—Teniente coronel, usted es un buen hombre, un gran soldado, un héroe. Nadie lo duda... Pero Nicolás es un criminal y no se olvidan sus fechorías. No debería fiarse de ese rojo traicionero y maricón —respondió Pepe.

—Siento mucho lo de su hermana. Yo la conocí, Teresa se llamaba e inocente de todo era. Una santa. Mis padres también fueron asesinados apenas unos días antes de que todo terminara en la ciudad. ¡Pero ya vale! No es hora de buscar venganza, sino de mirar al futuro y hacer justicia. Dejemos actuar a los tribunales, que para ello están. Lo contrario es comenzar una nueva espiral de odio. Los asaltos, disputas y «paseos» se han acabado. Eso eran cosas de la barbarie roja. ¿Ha entendido?

—Sí, sí señor. Espero que tarde o temprano se haga justicia —sentenció Pepe.

—Yo no maté a su hermana, ¿qué historia es esa? —preguntó Nicolás, levantándose dolido y con cara de no entender nada.

—Maldito sarasa de mierda —murmuró el tendero.

—Otra cosa, Pepe. Si vuelves a ponerle la mano encima a Julia, tú o quien sea, te volaré la cabeza de un tiro. No lo dudes —aseguró José con palabras lentas y sentidas, posando una mano en el hombro del tendero y la otra en la cintura, sobre la culata del arma.

El tendero asintió y bajó la cabeza y, por primera vez en aquella discusión, comprendió que tenía que callar y mostrar respeto, pues la vida le iba en ello.

—Mi teniente coronel, podemos acompañarlos, si es su deseo. Esta gente está algo alterada.



—No se preocupe, capitán. Es domingo, por Dios, caballeros, disfruten de este hermoso día con sus novias —se despidió José de los militares que lo acompañaban.

Julia, José y Nicolás caminaron en silencio hacia la Arciprestal.

—Me tragué mi orgullo y acepté que la guerra se perdió. Trabajo como el que más y trato de no crear conflictos. Quiero contentar a la gente y mostrar mi interés por no defraudar. ¡Incluso voy a misa! Haga lo que haga, estoy condenado —apuntó de pronto Nicolás.

—El indulto no llega, alguien con recursos presiona en tu contra desde Madrid.

—¿Desde Madrid? —preguntó Julia.

—No conozco a nadie en Madrid ni estuve nunca —apuntó Nicolás.

—Pues es así. Solo encuentro una solución —expuso José.

—Me van a fusilar, ¿verdad? Esos fascistas están esperando que te alejes de mí lo suficiente para llenarme de plomo en una cuneta.

—Tu nombre ha salido de nuevo como uno de los participantes en la quema de la iglesia de San Pascual y de las matanzas de la Brigada Móvil.

—¿Cómo? Pero si yo entonces estaba en...

—¡No! No me digas dónde estabas. No me importa —lo cortó José—. Nos alistaremos voluntarios para combatir el bolchevismo en Rusia.

—¿Rusia? —exclamó Julia atónita.

—Sí, Rusia.

Nicolás apretó los labios, tan sorprendido como Julia.

—No veo otra. Es la única forma de que limpie su nombre y, un día, pueda vivir sin temor a encontrarse en una zanja. Marcelino nos acompañará.

—¿A Rusia con Marcelino? ¿Te has vuelto loco? —insistió Julia negando con la cabeza.

—No te preocupes, será poco tiempo. El suficiente. El sobreseimiento de la causa es inmediato para los voluntarios pendientes de juicio.

—¿Cómo está Marcelino? —preguntó Julia.

—No muy bien. Le han dado fuerte. Al final lo encontré en una cárcel de Madrid. Pero en unos días estará en Villarreal. Ya he presentado mis avales para que salga —contestó José.

—Pero... a Rusia. ¿Y tú? Tú no tienes que ir. ¿Verdad? —preguntó Julia descompuesta, acelerando su preocupación conforme iba asimilando y comprendiendo bien aquellas palabras y la certeza de la extraña decisión.

José la miró por unos instantes con la tristeza reflejada en sus ojos e inclinó la cabeza a un lado, como negándose a contestar.

—José, ¿qué te ocurre? —le preguntó ella.

—Nada. Tranquilízate, lo he estudiado bien. Los españoles nos encargaremos de controlar ciertas zonas de la región norte mientras el grueso del ejército alemán entra en Moscú.

—A Rusia —murmuró Nicolás con una sonrisa incomprensible.

—¿Te lo ha pedido ese maldito general? —instigó Julia—. Algo me ocultas, te conozco.

—Todos creen que Nicolás quemó San Pascual y se me hace difícil contradecir tanta acusación por más dinero que ponga encima. ¡Tantos lo vieron que parece que el pueblo entero se hallara en la iglesia aquel fatídico día!

Nicolás no dijo nada, solo alzó una ceja.

—Mientras mostramos al exterior una cara de magnánima compasión, la verdad es que se están produciendo numerosos crímenes —continuó José—. Es horrible, y esto no ha hecho más que empezar por lo que veo. Es monstruoso. ¡Tantos



son a los que quieren matar que no dan abasto! Nicolás y Marcelino deben alejarse de aquí por un tiempo o morirán. Es así de simple. Los acompañaré.

—Tú no tienes que ir, quédate a mi lado —le ordenó Julia, seria como nunca.

—Mis opiniones sobre lo que está ocurriendo no acaban de gustar en el alto mando. Hay quien me acusa de traidor. Me vendrá bien viajar un poco.

—Vaya, así que ahora tus amigos fascistas quieren deshacerse de ti —apuntó Nicolás.

Cuando llegaron a la iglesia, los tres entraron y se sentaron, entre saludos afectuosos destinados a José y miradas escépticas, cuando no cargadas de odio, dirigidas a Nicolás. Julia lo observaba todo sintiéndose presa de su pasado: el sacerdote, el altar y aquel Cristo que parecía juzgarla con su estática y misericorde faz.

—Toda la gente nos mira —aseguró ella, con la mente puesta en Rusia.

—Parece que ya saben lo del altercado —expuso José.

—Fascistas de mierda. Así baje su Cristo de la cruz, se les meta por el culo y se los lleve a todos al infierno.

—¡Shhh! —lo instó Julia.

—Viajaré a Rusia con esos voluntarios. Temo que un día no solo me peguen un tiro a mí, sino que Julia pueda caer conmigo —murmuró Nicolás, al oído de José—. Y yo no maté a ninguna monja ni a esa Teresita, tenlo bien claro.

José desvió lentamente la vista hacia Julia, que, en silencio, permanecía con la mirada clavada en el altar, a punto de romper las lágrimas en sus ojos como si fuera la más devota y beata de las mujeres presentes, resultando la más hermosa de todas ellas, aunque sus lágrimas nada tenían que ver con Cristo.

Era temprano cuando el tren llegó a la pequeña estación de Villarreal de los Infantes, la nueva denominación de la ciudad. Maletas, sonrisas alegres y penas ocultas desfilaron rápido por el andén, tratando de esquivar las miradas inquisitivas de la Guardia Civil.

Allí estaba la pareja de la Benemérita, un cabo y un sargento, en la esquina del portal. Siempre vigilantes con el tricornio en la cabeza, la capa larga cubriendo la espalda, el fusil al hombro y las botas altas. Y el enorme bigote que afianzaba la hombría y rango del sargento.

Marcelino tardó en salir, discreto, como uno más entre el numeroso gentío y arrastrando una maleta, no muy grande. Apenas podía alzar la cara de la vergüenza, tratando de ocultar sus heridas, las moraduras y el ojo hinchado con la ceja partida. Temeroso y precavido, miró a lados de soslayo, buscando, respirando el aire libre.

—¡Marcelino!

Julia saltó sobre él en cuanto lo vio. Emocionada, lo besó y lo abrazó mientras lloraba riendo. Nicolás permaneció frente a él, serio y estirado como un guardia.

—Vendrás a mi casa. Las bombas convirtieron en ruinas parte tu finca, y lo que queda... No queda, se lo ha agenciado un jodido franquista —le dijo Nicolás, y le dio un abrazo—. Todo está preparado.

—¿Cómo estás, Nicolás? —preguntó Marcelino—. Me alegro tanto de verte...

—Veo que te han estado dando por todas partes.

—Fue horrible, Nicolás, horrible.

—Vamos, no pienses más en ello. Todo acabó —expuso Julia, apenada ante aquel rostro torturado.

—¡Usted, su documentación! —exigió el sargento de la Guardia Civil, acercándose a ellos y señalando a Marcelino.

Los tres amigos se quedaron en blanco.

—Mierda —murmuró Nicolás con cara de asco.

No había nada por qué temer. ¿O sí? Sabían que no se necesitaba mucho para acabar en el cuartelillo y, luego, a saber.

—¿No ha oído? —insistió el sargento observando aquel enorme ojo hinchado.

—¡Oh, sí, sí, tenga! —respondió Marcelino, entregándole los documentos.

—¡Un rojo! —exclamó entre dientes el guardia civil, molesto, revisando aquellos papeles que le habían entregado a Marcelino al salir de la prisión.

—No, señor; solo un combatiente en el bando equivocado.

—Ya. ¿Y esas marcas en la cara? ¿Quién se las ha hecho?

—Me caí... varias veces, señor, en el centro penitenciario.

—¿Lo trataron bien? —insistió el sargento.

—Sí, claro. Por supuesto, señor. Buena comida, buen trato.

—¿Y vosotros? Tú, mujer, ¿qué llevas en ese bolso? —preguntó el otro guardia civil—. ¡Sacad vuestra documentación!

Julia se apresuró en mostrarle que no llevaba nada extraño en el bolso, tan solo cosas de mujer que aquellos hombres no entendían: un pintalabios, una horquilla, unos polvos para el cutis, espejito... Y le entregó sus papeles.

—Mi hermano es teniente del cuerpo, Andrés se llama; y ellos son dos amigos, voluntarios de la División Azul. Pronto marcharán a Rusia, señor guardia —aseguró Julia con una leve sonrisa y ojos inocentes que parecían no haber roto un plato en su vida.

El sargento la miró condescendiente y se volvió hacia su subordinado.

—Todo en orden, mi sargento —aseguró el guardia civil observando los papeles de Julia y Nicolás.

—Sigan su camino —ordenó el sargento devolviéndole la documentación a Marcelino.

—¡Dios, creí que me llevaban de nuevo a Madrid! —aseguró Marcelino, temblando, mientras se alejaban de la estación con cierta prisa.

—Lo que disfrutaría yo metiéndoles un hierro al rojo vivo por el culo y retorciéndoselo a cada uno de esos dos —murmuró Nicolás ayudando con la maleta.

—Aquella cárcel... Antes de volver me pego un tiro o salto por un barranco —insistió Marcelino, cerrando los ojos con un lamento de dolor que delataba la angustia sufrida.

—Vamos, no digas esas cosas. Ahora eres libre, estás con nosotros de nuevo —le sonrió Julia, tratando de animarle.

—¿Libre? Me envían a Rusia —espetó Marcelino.

—Sí, pero José me ha dicho que estaréis bien —respondió Julia.

—¿Y él qué sabe cómo estaremos?

—Antes de que digas cualquier burrada, te diré que se marcha con vosotros.

—No lo sabía.

Los tres amigos recorrieron las calles en silencio. Marcelino parecía querer llorar de la emoción con cada esquina que doblaba. No dejaba de mirar, de recordar. Estaba de nuevo en su pueblo, en Villarreal, y vivo. Apenas podía creerlo.

—Gracias, Julia, por sacarme de allí. No hubiera resistido por mucho tiempo —dijo al llegar ante la casa de Nicolás.

—Dáselas a José, él ha conseguido liberarte —contestó ella.

—¿Dónde está?

—Viajó a Madrid.

—Lo ha hecho por ti, no me cabe la menor duda. Si no, hubiera dejado que me pudriera allí, como hasta ahora.



—No digas eso, no es verdad. Está haciendo mucho por la gente, por muchos vecinos, lo que puede.

—¿Qué te hicieron esos asesinos? —preguntó Nicolás.

—No quiero hablar de ello —contestó Marcelino.

—Entrad —les dijo la madre de Nicolás, apostada en el portal de la vivienda—. Os he preparado una buena comida.

—Sí, vamos a celebrar que estás de nuevo con nosotros. Beberemos y reiremos como antes de que todo esto pasara, ¿recuerdas? —dijo Julia animosa.

—Sí, recuerdo. Estaban Eva y Miguelón. Éramos tan felices... —asintió Marcelino y se apoyó en su hombro llorando sin poder remediarlo.

A mediados de julio de 1941, el primer tren de la División Azul, cargado de voluntarios españoles, salió de Madrid, dirección a Grafenwöhr, con el objetivo de pasar cinco semanas de instrucción antes de alcanzar el frente ruso. Abarrotado, el tren fue despedido por miles de enfervorizadas voces que clamaban por los héroes de la patria, de la nueva España, a la vez que condenaban a Rusia y su vil comunismo.

—Todo esto está muy bien, banderitas y risas. Ahora, ¿puedes explicarme por qué estos estúpidos guripas viajan a Rusia cantando? ¿No saben a dónde van? —preguntó Marcelino acomodándose en su asiento.

—La mayoría son falangistas y viejos soldados, nostálgicos de glorias —explicó José.

—¿Tienen nostalgia de la guerra?

—Quieren ser héroes.

—Los soviéticos los harán trizas.

—Espero que no sea así. Además, supongo que también habrá algunos «voluntarios» más con vuestro mismo problema, posiblemente bastantes.

—Una vez en Rusia, debería unirme al Ejército Rojo. Lo haré —intervino Nicolás.

—No hables muy alto, alguien podría escucharte —le recriminó Marcelino.

—Quizá tengas tu oportunidad. Solo un favor, espera a que me maten —le dijo José.

—Pensé que España se uniría al Eje en su locura fascista. Me extraña que tarde tanto Franco en decidirse —apuntó Marcelino.

—Ya se decidió —aseguró José—. España se mantendrá neutral. Hitler está presionando al Generalísimo, pero lo único que le sacará son unos miles de voluntarios y poco más.

—Franco llevará cualquier día al país a la guerra —expuso Nicolás.

—Reflexiona este punto: Franco promueve el alistamiento de voluntarios para ir a la Unión Soviética, para luchar contra el bolchevismo. Eso agrada a nuestros fascistas y a los alemanes, incluso a los americanos. De este modo, compensaremos a Hitler y mantendremos la neutralidad a ojos internacionales —aseguró José.

—Pues azul o verde, esta es una división española —replicó Marcelino.

—Es una división de voluntarios españoles, cosa que no es lo mismo. El Ejército español no combatirá fuera de sus fronteras —puntualizó José.

—¿Y estos asquerosos uniformes? No pueden ser más horribles —se quejó Nicolás.

—El rojo de la boina es de los carlistas; el marrón de los pantalones, de la Legión, y el azul de la camisa, de la Falange. Están todos los colores que combatiste... De todas formas, puedes estar tranquilo, para la campaña nos espera el uniforme gris alemán —le explicó José.



—Sigo pensando que no pintamos nada en Rusia. Espero que recuerdes que vamos por poco tiempo y a una zona tranquila —lo instó Nicolás.

—Si los rojos hubieran ganado la guerra, una división española estaría ahora apoyando a los rusos. Los alemanes nos ayudaron con la Legión Cóndor. Al margen de la significación moral y económica, es el pago de la deuda de sangre —aseguró José.

—El pago por asesinar a miles de civiles españoles con sus bombardeos, por experimentar sus armas con la República —exclamó Nicolás—. Hablas como un viejo militar obtuso que no quiere ver más allá de su propio cementerio. No nos debemos a nadie. Ese Hitler está como un puñado de cabras. Su guerra no tiene nada que ver con la nuestra ni con nuestros principios. Y nosotros no ayudaríamos a los rusos por pagar deuda alguna, sino por ética moral, por la libertad de los pueblos ante la opresión de la derecha fascista... Lucharíamos tan solo por placer.

—Yo no entiendo mucho de principios ni de partidos políticos —respondió José—. Como dices, soy un militar obtuso, pero te recuerdo que el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán es el partido nazi de Hitler y del proletariado germano. Además, no creo que quemar iglesias y matar religiosas se pueda contemplar como un principio en causa alguna ni sea de una ética moral muy elevada.

—Ya estás tocándome los cojones. Yo no maté a esa Teresita, o Teresa, o como mierdas se llamara —saltó Nicolás.

—Te escandalizas muy pronto cuando alguien te comenta algo que no te gusta o tiene una visión diferente de tus ideas. Me llamas fascista e intolerante, dices que luchas por la libertad. Yo te digo que, al igual que tú, lucho por lo que creo,

pero no hago de ello una causa ciega ni mi verdad absoluta ni busco amparo para cometer la barbarie, ni mancho mis manos de sangre inocente.

—Fue Julia. Ella mató a Teresita —contestó Nicolás fríamente.

José se quedó de piedra, con la mirada perdida a través del cristal del vagón del tren. No dijo nada, solo asintió como si fuera una confirmación que reafirmara sus sospechas.

—Eso no es verdad. No mientas, Nicolás. Julia estaba allí, sí, pero fue Eva. Todo fue un terrible accidente, se le disparó el arma —aseguró con tristeza Marcelino y calló. Luego, esquivó la mirada de sus compañeros, con ganas de llorar al recordar a su querida hermana.

Durante toda la travesía, ya no se hablaron una palabra.

Apoyada en el marco de la puerta de la habitación de su hermano, Julia lo observaba recoger la ropa, acomodar la maleta. Su madre lloraba abajo, en la cocina.

—No deberías marcharte a Madrid y dejar sola a mamá —le recriminó Julia.

—No temas, nadie se atreverá a tocaros. Estáis a salvo —sonrió Andrés.

—No te rías, esto es serio —le rebatió Julia.

—Mamá no está sola. Estás tú.

—Yo no soy nadie.

—Sabes que vendré siempre que pueda. No debo perder esta ocasión.

—¿No te basta con ser teniente de la Guardia Civil?

—No.

Andrés bajó las escaleras, seguido de su hermana, y se dirigió hacia la cocina. Dejó la maleta y, con ternura, levantó a su madre de la silla. La abrazó y la besó.



—No seas tonta, mamá, que no me va a pasar nada y vendré a verte cada dos por tres. Te traeré regalos de Madrid, muchos —la tranquilizó.

Miró a Julia y se dirigió hacia la puerta.

Julia corrió, lo abrazó y lo besó.

—Te quiero —se despidió ella.

—Yo también te quiero, hermanita. No te metas en líos y cuida de mamá.

La noche siguiente, Andrés atravesaba, vestido de paisano, la puerta de un afamado local de la noche madrileña. Aquel a donde solo van los amigos, del que todos saben, pero nadie visita. Y del que nunca se habla al religioso confesor ni a la esposa, ni a la novia ni a la amante. Al Victoria solo acudían gentes de las altas esferas del poder franquista, de la pujante y adinerada burguesía madrileña, y aquellos capaces de pagar lo que allí se pedía para celebrar un gran día.

Andrés entró titubeante en la gran sala, decorada con gusto, de tonos rojizos en las cortinas y paredes color marfil, con acomodados reservados donde no faltaba el champagne ni el brandy ni un buen puro. Ni la imagen de Franco. Unas mesitas redondas con pequeñas luces rojas y amarillas, que adornaban más que alumbrar, se mostraban ante un escenario bajo. Una artista curtida al más puro estilo Chicago años 20 cantaba tristes melodías sentada en un taburete alto, mostraba unas largas piernas por la abertura de la falda plateada y un escote sin fin donde se perdían las miradas más calientes. La mayoría de los clientes vestían de uniforme. Otros se embutían en trajes caros, elegantes, y desfilaban con notoria superioridad hacia el primer piso, del brazo de libidinosas y discretas mujeres de bien vestir.

Se acercó a la barra.

—¡Eh, reina, ponme algo de beber! —exclamó de forma espontánea a la camarera.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —le preguntó ella ladeando su larga melena rubia y sirviéndole un whisky.

—¿Se nota? —sonrió él.

Era hermosa, muy hermosa. Vestía un ceñido vestido violeta que resaltaba la parte superior de sus senos, blancos y deseables. Y una falda larga y estrecha.

—Sí, rey. Esos modales de pueblo y ese traje barato te delatan de inmediato —respondió ella levantando una ceja y mirando de soslayo.

Andrés quedó en silencio. «Put», pensó.

—Señorita, ¿puede usted servirme un licor, si es tan amable, por favor? —preguntó de nuevo—. Lo del traje no tiene arreglo, lo siento.

Ella sonrió.

—¿Estás de negocios, rey?

—No, me mudo a Madrid por un tiempo. Soy teniente de la Guardia Civil y he quedado aquí con un superior. La verdad es que no tenía ni idea de qué clase de local era este.

—Vaya, cualquiera lo diría. Aquí todos los oficiales visten siempre de uniforme, con sus mejores galas, mostrando sus medallas como orgullosos pavos reales —dijo ella sirviendo una copa de whisky—. ¿Y qué clase de local es este?

—Yo no tengo muchas medallas. Uno bonito, con una camarera bonita.

—Ya veo. Seguro que te ganaste esas medallas o las merecías.

—No creo —aseguró él, con una mueca triste que no pasó desapercibida para la camarera. Y bebió.

—Mi querido Andrés, ya llegaste —interrumpió el comandante Ramos, de la Guardia Civil. Era un hombre



estirado, delgado como un alambre, con una mirada de hielo y un poblado bigote que acababa en una especie de rizo—. Vamos, al fondo tengo un reservado.

—Mi comandante —saludó Andrés.

De inmediato llegó madame Liz, con una botella de champagne y una sonrisa, la dueña y regente del Victoria. Una mujer de marcado acento francés y vestir impecable, elegante como ninguna, que avanzaba sin enseñar un ápice de sus encantos, pero haciéndolos desear con solo mirarla.

—Cóbrate, tengo que dejarte —le pidió Andrés a la camarera.

—Déjalo, a esta te invito yo —contestó ella en voz baja.

Andrés siguió al comandante sin quitar la vista de aquella camarera, y vio que ella hacía lo mismo. Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa, escueta.

—¿Cómo no va de uniforme, teniente? —preguntó Ramos tomando asiento.

—Solo lo uso cuando estoy de servicio activo, lo que me permite acercarme a gentes y lugares a los que no accedería con el uniforme —respondió Andrés.

—Me han hablado muy bien de usted. Dicen que los rojos asesinaron a su padre y que es usted un hombre comprometido con la causa. Discreto y eficaz. Eso me gusta.

—Supongo que me invitó para algo más que para tomar unas copas, me sorprende el lugar elegido.

—Es el lugar ideal para tomar champagne, negociar y follar, o simplemente para follar —indicó Ramos observando cómo las copas se colmaban de la espumosa bebida.

—¿Desean algo más? —preguntó la madame—. Les tengo preparadas las mejores señoritas de Madrid, comandante.

—Gracias Liz, siempre tan servicial y agradable. Más tarde, sí, quizá mi amigo quiera disfrutar de la belleza de sus

señoritas. Yo hoy me encuentro algo cansado —contestó Ramos.

—Puedo atenderle yo —afirmó ella. Luego realizó un gesto agradecido y se alejó.

—Teniente, he estado estudiando su trayectoria, es digna de un héroe. Y veo que en la comandancia de Castellón ha dedicado mucho esfuerzo a encontrar a los enemigos de la patria que se ocultan entre las personas decentes y a los que han huido de ciudad en ciudad. Su trabajo está muy bien considerado. Ha logrado éxitos donde otros no lo han conseguido destapando a esos criminales, a esas ratas. Le felicito.

—Gracias, mi comandante. Solo cumplía con mi deber.

—Quiero que haga exactamente lo mismo aquí, en Madrid. No podemos permitir que bajo nuestros pies quede una sola semilla del mal que asoló España que pueda germinar y arraigar de nuevo entre la gente de bien. Necesitamos meter en una fosa bien profunda a todas las ratas que se esconden en las cloacas, en las calles, en las casas, entre nosotros.

—Comprendo.

—Tenga —le ofreció el comandante.

Andrés tomó el sobre y lo abrió. Dentro estaba la documentación de su ascenso a capitán, las tres estrellas de seis puntas y cinco fardos de billetes nuevos que sumaban algo más de 50.000 pesetas.

—¿Señor?

—Deberá preparar un equipo e iniciar su actividad cuanto antes. Una oficina le espera en el Cuartel General de la Guardia Civil. Contará con el apoyo del Ejército, si lo necesita, y de la Policía Armada.

—No le defraudaré, mi comandante —aseguró Andrés con cierto orgullo.



—Le pasaré nombres, documentos y objetivos para que pueda avanzar en su trabajo. No repare en gastos, pero limpie Madrid de la inmundicia que la acecha. Por cierto, tengo entendido que tiene novia aquí, que pronto estará de nupcias...

—Así es, mi comandante —asintió Andrés y vio acercarse a dos personajes, dos altos mandos del Ejército. A uno lo reconoció de inmediato, era el general amigo de José, y el mismo que lo había recomendado a él para ocupar aquella oficina de Madrid.

—Bien. Ahora puede ir a divertirse, madame Liz le acompañará. Tengo que tratar otros asuntos —le dijo Ramos y alzó la mano, llamando de inmediato la atención de la madame.

—¿Otra botellita? —preguntó ella.

—Mi querida amiga, nuestro estimado amigo tiene que dejarnos. Ocúpese de él. Lo mejor de la casa para este joven, se lo merece —dijo el comandante.

—Buenas noches, teniente —lo saludó el general—. ¿Y José? ¿Se sabe algo del frente ruso?

—Mi general, no sabemos mucho de José. Quizás usted sepa más.

—¿Y tu hermana y tu madre? ¿Todo bien?

—Sí, en casa todo bien, mi general. Yo quería darle las gracias...

—No se preocupe, no tiene nada que agradecer. Si está aquí es por su valía, esperamos una gran labor de usted —le comentó el general, y se sentó junto al comandante en el reservado.

Andrés recorrió el local, del brazo de la madame, fijándose en todo. Su mirada y la de la camarera se cruzaron.

—Debes de ser un hombre muy importante, el comandante solo tiene estos detalles con determinadas personas muy

ilustres. Eres muy joven, ¿no? ¿Cuál te gusta más? —le preguntó Liz, mostrándole una sala donde las señoritas permanecían sentadas. Todas jóvenes, hermosas y sensuales.

Andrés negó con la cabeza y miró a Liz.

—No me digas que no te gusta ninguna, serías el primero.

—La camarera de la barra.

—No, la camarera no puede ser.

—La camarera.

Pasaría más de un año antes de que los españoles juraran fidelidad a Hitler para combatir al comunismo. A mediados de agosto de 1942 partieron hacia Rusia. La División Azul fue trasladada cerca de Leningrado, la antigua San Petersburgo de los zares, ciudad que permanecía sitiada por los alemanes. Unos cinco mil divisionarios, entre los que se encontraban José, Nicolás y Marcelino se desplegaron por la población de Krasny Bor, ocupando un frente de unos veinte kilómetros de largo.

El tiempo pasó entre ataques esporádicos y los constantes bombardeos que la Luftwaffe realizaba sobre la ciudad noche tras noche, ante el estupor de los divisionarios.

—Parece increíble que la gente pueda sobrevivir ahí dentro —aseguró José.

—Los alemanes no se deciden a entrar —apuntó Nicolás, irreconocible con su uniforme alemán, abundante barba, bandera rojigualda en el brazo y la insignia nazi con el águila y la esvástica en el pecho.

—Es un error, han permitido que los bolcheviques se rearmen —expuso Marcelino.

—No será fácil controlar la ciudad por más bombas que tiren. Si entran, tendrán que ir casa por casa —dijo José.



—Me recuerda a Teruel, y más con esta nieve que no cesa —secundó Nicolás.

—¿Has recibido carta de Julia? —preguntó Marcelino cambiando de tema.

—Sí, todo está bien —contestó José.

—¿Qué se cuenta? —insistió Marcelino.

—Su hermano ya es capitán de la Guardia Civil. Vive en Madrid. Por lo que parece, pretende casarse pronto con la Bernarda, la hija del doctor Pelayo. Le gustaría que estuviera presente en la boda.

Nicolás bajó la cabeza, pensando que quizá sí que conocía a alguien que vivía en Madrid, alguien con cierto peso que pudiera presionar e influir en su contra.

—¿No dice nada de nosotros? —preguntó Marcelino.

—Os manda recuerdos.

—¿No nos vas a decir nada más? —intervino Nicolás.

—No —contestó José.

—¿Le has escrito?

—No.

—¿Aún no sabes cuando regresamos? Empiezo a estar hasta los cojones de los rusos y de los alemanes, y de este frío que me congela hasta las patillas —protestó Nicolás a la par que se envolvía en una gruesa manta y fijaba los ojos en el frente.

—Cuando caiga Leningrado, seremos reemplazados —replicó José.

—¿Pues a ver si entran los nazis de una puta vez en esa asquerosa ciudad y nos vamos a casa!

—¿No irás a la boda? —preguntó Marcelino buscando una salida del frente ruso.

—No.

José se alejó hacia su puesto de mando dejando a Marcelino y a Nicolás en la trinchera, con cara de pocos amigos. Observaba en la lejanía aquella ciudad que se resistía valiente a los envites alemanes, las llamas que iluminaban incluso el día, los aviones que la sobrevolaban... Pero, en su mente, solo tenía pensamientos para Julia. La echaba tanto de menos... Sus palabras, su calor, sus besos.

CAPÍTULO 27 · CEMENTERIO DE VIVOS

El tiempo pasaba y apenas nada se sabía en Villarreal del frente ruso. ¿A quién le importaba lo que ocurriera a miles de kilómetros de España, de casa? A pesar de las arengas anticomunistas de los políticos del nuevo régimen, la gente estaba interesada en los problemas cotidianos, en el qué comer mañana, en aparentar lo que no eran, en recuperarse de alguna forma de la tragedia de la pasada guerra, no en las historias bélicas que venían de fuera del país, más cuando muchos de los vecinos, la gran mayoría, no sabría indicar en un mapa dónde se hallaba la Unión Soviética. Solo los que tenían un familiar o un ser querido en la contienda se preocupaban de verdad, los demás se dedicaban a cocer el adobe de las nuevas casas, buscar la piedra, roturar la tierra, reconstruir huertas y podar naranjos. Y de rezar por un nuevo día.

Julia acudía todos los días, comida por la impaciencia, a ver si los padres de Nicolás recibían correo, ya que a ella no le llegaba ninguna noticia, con el mismo resultado: nada. En casa, cuando no ayudaba a su madre en las tareas domésticas y la compra, se dedicaba con paciencia a preparar su ajuar:



bordaba las sábanas, los juegos de toallas, la ropa íntima... No ya por si algún día se casaba, que también, sino por costumbre y ante la imposibilidad de hacer nada que realmente le gustara. Para la mayoría de las mujeres del pueblo no había más trabajo que el voluntariado en una iglesia, en un orfanato, o en una enfermería, los almacenes de naranja y los campos de judías, o el de resignada y abnegada ama de casa. Nunca sería política, como siempre había soñado. Al igual que tantas otras cosas, eso ahora era cosa de hombres. Todo era cosa de hombres menos el almacén, la cocina, la plancha y el parir.

Las Navidades de 1942 llegaron a Villarreal de los Infantes anegando huertas tras un fuerte temporal que arruinó gran parte de la cosecha. El frío y la miseria se hacían sentir en cada barriada, especialmente donde, además, la tenaz represión había mordido con fuerza. Aunque Julia no hacía colas ni estaba sujeta a restricciones y desconocía los cupones de racionamiento gracias a su hermano Andrés, el hambre era una terrible realidad para la mayor parte de la población. Por las calles deambulaban algunas personas, la mayoría forasteros sin hogar ni medios, que acababan mendigando en la puerta de las iglesias, o en la calle, cuando la Guardia Civil no se dejaba ver. En los basureros de la estación de ferrocarril y de los bares buscaban a menudo pieles de patata, mendrugos y cualquier otro resto que pudiera servir de alimento.

Aquel día, Julia regresaba a casa, cubriéndose del temporal con un chaquetón y una mantilla, tras visitar a los padres de Nicolás. De nuevo sin noticias. Se le había hecho tarde, no eran horas para andar por la calle sola. Observó a una mujer trajinando en el enorme cubo basurero del bar situado en los arcos medievales, en el centro de la Vila, cerca ya de su casa. Aunque no era nada fuera de lo común, aquel triste hecho le llamó la atención, pues era una joven embarazada, de apenas

dieciocho años y con el pelo muy corto la que hurgaba. Se la veía helada y demacrada como una pordiosera. Tan solo una vieja tela y un vestido hecho mugre le cubrían el cuerpo. Una pareja de la Guardia Civil la detuvo.

Al momento, aquella joven estaba en el suelo, llorando su pena. Uno de los guardias tiró de ella para que se levantara, el otro la golpeó en las costillas con la culata del fusil.

—¡Eh! ¿Pero qué hacen? ¡Por Dios! ¿No ven que está embarazada? —les recriminó Julia, acercándose sofocada hacia ellos.

Apenas pudo decir nada más. Con un inesperado golpe de culata, cayó desgarbada y con una brecha en la frente.

Julia abrió lentamente los ojos, el traqueteo incansable del vehículo la despertó. Enseguida se reincorporó mirando a todas partes. Su cuerpo se heló al comprobar que viajaba en un camión, hacinada con doce cautivas que la miraban con desconsuelo. Entre ellas, la joven embarazada de pelo corto, que no paraba de llorar y gemir agachada en un rincón.

—¿Dónde estoy? ¿A dónde nos llevan? —preguntó de inmediato, notando el frío calar sus huesos y la ausencia de su chaquetón.

—A la cárcel de Ventas. Allí llevan a todas las rojas que cazan deambulando —aseguró una de ellas, una mujer mayor y de fuerte complexión, que vestía con su chaquetón, apretado y descosido, y con la mantilla liada sobre su cintura, a modo de falda.

—Esa ropa es mía —aseguró Julia tratando de incorporarse.

Aquella mujer se levantó y, con dos empujones violentos y la cara prieta, le robó los zapatos y los tiró por encima del camión a la carretera.

—Ahora son mías.

Julia se sintió morir.



—Madrid está muy lejos. —Reaccionó, mirando a otra de aquellas mujeres.

—Ya estamos llegando —le contestó.

—Pero... ¡Es un error! —gritó Julia, sin poder discernir el tiempo que había estado inconsciente, y se lanzó contra la parte de la cabina, golpeando los maderos que la encerraban. Nadie la escuchó. A media noche llegaron a aquella cárcel. La cárcel de mujeres de Ventas, el almacén de reclusas. Cerca de 4000 mujeres de todas las edades se hallaban allí cautivas, esperando un juicio injusto o su muerte, en una cárcel hecha en su día para albergar un máximo de 450 presas. La miseria y la derrota humana se veían reflejadas en cada una de ellas, en sus caras sucias, en sus cuerpos maltrechos. En algunos pabellones de los que se habían preparado, el hacinamiento impedía moverse más allá de dos pasos.

Julia, aterrada, fue empujada hacia los calabozos. Nadie la escuchaba. Apenas abría la boca, la golpeaban con fuerza, sin piedad, obligándola a callar. Finalmente, quedó enclaustrada entre cuatro paredes, en una celda repleta de mujeres, casi todas ancianas, donde apenas cabía ninguna más y una exigua luz se filtraba por una ventanilla de dos rejas. Y se lanzó a la puerta, implorando.

—¡Tenéis que escucharme, es un error! —gritó, una y otra vez.

Acabó resbalando por la puerta, con los puños doloridos y la cara apoyada en la madera, murmurando las mismas palabras sin cesar.

Una de las ancianas, una mujer de pelo blanco muy largo y enmarañado, se le acercó y la miró con pena; la tomó de los hombros y, sin decirle una palabra, la alejó de la puerta para sentarla en un rincón, junto a ella. Le dio un trozo de manta,

húmedo y de fuerte olor, para que se resguardara del frío, y se puso a dormir apoyando la cabeza en su regazo.

Julia quedó traspuesta, aterrorizada. Se negó a creer lo que estaba ocurriendo, a pesar de estar allí sentada con la espalda contra la pared y los ojos recorriendo cada rincón de la celda, observando a cada cautiva. No podía ser cierto. Pero no era una pesadilla, sino la cruda realidad.

—¡Dios! ¡Está muerta! —exclamó de pronto.

Acababa de ver un cadáver con evidentes muestras de descomposición, apartado en un rincón, frente a ella, donde dormían dos mujeres más que apenas mostraban el rostro.

—Pronto lo estaremos todas en este cementerio de vivos —le dijo la anciana.

Julia se estremeció de pronto, con el sonido no muy lejano de una ráfaga de ametralladora. Después, pudo oír los tiros de gracia. Ninguna de las presas dijo nada, todas sabían qué eran aquellos disparos. Ya, ni tan siquiera se molestaban en llevara las presas a las tapias del cementerio de Almudena.

Pasaron los días sin que nadie le dijera nada, ni quisiera escucharla. Una carcelera de ancho torso y sin apenas cuello, de desagradables palabras, les llevaba a mediodía una especie de agua sucia con tropezones. Cuando se marchaba, luciendo su uniforme de la Falange, nadie más regresaba hasta el día siguiente. En una esquina defecaban y orinaban, colmada la letrina hacía tanto. No había duchas ni agua, ni cama ni camastro, solo suelo húmedo y mohoso, retales llenos de chinches y piojos, paja sucia, vómito y cucarachas.

—Eres muy joven, ¿qué haces aquí con las viejas? —Se le acercó la anciana de pelo blanco enmarañado.

—Yo... No sé. No debería estar aquí... Es un error...

—Ninguna deberíamos estar aquí —murmuró la mujer y se recostó contra la pared.



Julia la miró con una tremenda congoja. ¿Qué hacían allí todas aquellas mujeres? ¿Cómo era posible tal crueldad?

Aquella noche la despertó un grito seguido de numerosos alaridos y risas que se dejaban escuchar por los pasillos. Corrió a la puerta y trató de ver. Nada vio, solo una enorme rata correr entre la inmundicia que había en el suelo. Observó a las mujeres de su celda. Todas parecían dormir, como si no oyeran nada. Pero se oía, fuerte y claro. Se acercó a un rincón, se agachó y orinó tragando aquella horrorosa vergüenza que le provocaba. Luego, volvió a su lugar y se recostó sobre la paja, tratando de hacerse hueco entre la anciana de pelo blanco y dos mujeres que permanecían allí con la vista puesta en el techo ruinoso.

—Las están torturando, violando —aseguró la anciana y abrió los ojos—. Tienes suerte de estar aquí, con las viejas. Si te hubieran metido en otra galería, con las de tu edad, ahora estarías sufriendo las perrerías de los falangistas.

—Pero... —murmuró Julia.

—Cada poco vienen a interrogarlas, a divertirse. Siempre buscan a las más jóvenes, inocentes ellas. Las maltratan, les pegan y las insultan. Las violan uno tras otro, hasta que se cansan o se aburren. Acomódate, la noche será larga... Y más para ellas —le dijo la anciana y bajó los párpados.

Los gritos que se oían entre sollozos se convertían a menudo en alaridos. Julia se conmovió de pena ante aquellas mujeres que sufrían y sintió miedo por si venían a por ella. De pronto, comenzó a gemir presa de la ansiedad, de la rabia y de la impotencia. Y acabó en brazos de aquella desconocida anciana, llorando y dejándose consolar.

Demacrada y con evidentes síntomas de desnutrición, Julia escuchó el paso firme de unas botas y alzó la cabeza. Pero apenas pudo incorporarse, por lo que se dejó caer de nuevo. La puerta de la celda se abrió y entraron varios enfermeros, con camillas, y un doctor. Sus rostros estaban cubiertos por unas mascarillas de tela y sus manos con guantes blancos. Y llevaban un brazalete con una cruz roja: la Cruz Roja. El doctor estuvo revisando el estado de las cautivas, una a una, sin prisas. Sacaron el cadáver de aquel rincón y cargaron a tres ancianas más. No estaban muertas aún. Pero como si lo estuvieran, las cubrieron sin resistencia alguna. Dos carceleras entraron con cubos, trapos y escobas, y los echaron sobre las presas.

—¡A limpiar todo esto, guarras! —exclamó una de ellas, como enfadada.

Aquel día, con la visita del doctor, a las carceleras les tocaba trabajar más de lo acostumbrado. Mucho más. Y eso no les gustaba.

—¿Y esa? —preguntó el doctor al ver a Julia.

—Llegó hace unos días o una semana, no sé —respondió la carcelera mirándola de lado.

—Es una indocumentada —afirmó la otra—. Eran fiestas y no había mucha gente de guardia, por eso la dejaron aquí hasta poder ver quién es.

—Si no se muere antes —murmuró el doctor, y se agachó para levantar la cara de Julia. Por unos momentos la estuvo estudiando con sus pequeños ojos y una linterna. Aquella bonita cara, a pesar de la suciedad, le recordaba a alguien. ¿A quién? Imposible recordar entre los miles de personas que había atendido en toda España durante la guerra y que seguía atendiendo, ahora, en los campos de prisioneros. —Sacadla de aquí, que la lleven a interrogatorios —ordenó.



—Solo es una roja más —expuso la carcelera golpeándola con el palo de una escoba.

—No haga eso —ordenó el doctor, serio. Y sujetó con fuerza la escoba, parando los golpes. —He dicho que la saque de aquí, no se lo diré más —le insistió con rudeza.

—Sí, señor —dijo la carcelera cambiando su conducta, y la alzó de un brazo con cuidado.

—Por Dios, quítele esa ropa y lávela. ¡Ah! Antes de llevarla a interrogatorios, pásela por mi despacho, quiero comprobar su estado.

Julia fue trasladada, junto a cuatro presas más, a unas duchas prefabricadas en el interior de un baño donde las carceleras les lanzaron unas pastillas de jabón antes de salir. No era más que una tubería de plomo sin grifos, con varias salidas que recorría el techo.

Se desnudaron. El agua fría cayó con fuerza sobre las prisioneras. A ella no le importó, lo deseaba tanto que le pareció estar bajo un manantial de agua fresca en pleno mes de agosto. Se enjabonó toda, con fuerza e insistiendo en sus partes íntimas, mientras tiritaba de frío. Era diciembre, o tal vez enero, y el agua estaba helada. Y se aclaró entre pequeños grititos. Se fijó en una de las mujeres que estaban allí, tenía marcado a fuego en los senos el yugo y las flechas de la Falange, y diversos moratones cubrían su cuerpo. No preguntó. Solo respiró hondo.

—¿Nos van a soltar? —preguntó la más joven de ellas, apenas una niña de unos dieciséis años, de forma tímida y sin atreverse a mirar por encima del hombro.

—Querrán follarnos esta noche —contestó una de ellas, de forma amarga.

—Es lo más posible, para pegarnos un tiro no nos lavarían —habló la que tenía los pechos marcados.

—Creo que me llevan al médico —comentó Julia.

—¿Te han preñado?

Julia la miró con tristeza, sin saber qué decir.

—No te valdrá, a la Juana la fusilaron igual. Dicen que no pueden esperar nueve meses con cada una que tienen que fusilar —aseguró la otra de ellas.

—Yo soy Julia. ¿Cómo te llamas? —preguntó a la menor.

—María. ¿Por qué estás aquí?

—No lo sé. Podría estar por muchas cosas, pero realmente no lo sé.

—Yo tampoco —contestó María y se puso a llorar.

—Yo soy Rocío —habló otra de ellas, tartamudeando de frío, con la cabeza apoyada en la pared y el agua bañando su espalda—. Me dejaron viuda y me metieron aquí porque mi marido era comunista. Quieren dinero para pagar la responsabilidad política o cívica, que no sé qué es eso.

—Yo soy Ana. Un chivato les dijo a los falangistas que estaba en las juventudes socialistas. No estaba, pero eso les dio igual. Luego, me acusaron de freír huevos a los soldados republicanos en las trincheras y me trajeron aquí.

—A mí me acusan de bordar una bandera republicana. Soy Leonor.

El agua dejó de caer. Una de las carceleras entró y dejó sobre la mesa tosca de aquel cuarto unas toallas y una bata blanca vieja, pero limpia.

—¡Secaos y vestíos! Vosotras cuatro tenéis que esperar aquí. Os llevan a otro centro, espero que lo paséis bien —les dijo.

—¿Nos trasladan? —preguntó Rocío, atemorizada.

—¿Nos van a soltar? —insistió la joven María.

—¿A qué viene tanta pregunta? Aquí no hay respuestas, y daos prisa. Tú, la nueva, aséate bien y ponte la bata, irás a



ver al doctor —dijo la carcelera y se dio media vuelta para salir de las duchas.

—Nos van a matar —susurró Rocío.

—No digas eso. Están trasladando mujeres, aquí no cabemos todas. ¡Si hay una letrina cada doscientas presas! —exclamó Ana.

—Nos van a fusilar. Lo mismo le dijeron a mi marido y lo llenaron de plomo delante de mí y luego se llevaron a mis hijos —aseguró Rocío, y cayó sentada contra la pared de la ducha.

—Lo vuestro no son causas de sangre, no os fusilarán —trató de tranquilizarlas Julia.

—Yo no quiero morir —empezó a llorar María y se abrazó a ella.

—Secaos y vestíos, ya será lo que tenga que ser. De momento hemos disfrutado de esta ducha. Si nos matan, los gusanos se nos comerán bien limpias, y si hay Dios, el Niño Jesús y san Pedro podrán follarnos a gusto. Si no es así, pues no apestaremos donde quiera que nos lleven a hacer de putas. ¿Para qué preocuparse si nada podemos hacer? —aseguró Leonor.

Una hora más tarde, Julia se encontró sentada en una silla de aquel despacho médico. Estaba sin ropa interior y vestida con la vieja bata que más bien parecía una especie de chitón blanco de enfermería. Frente a ella estaba el doctor, sin la mascarilla. Era aquel viejo coronel, el doctor Beltrán. Julia lo reconoció de inmediato, pero no dijo nada, solo lo miró esperando que él se acordara de ella, de aquel año que estuvo ayudándolo en Villarreal como enfermera. No se atrevió a decirle nada, o pensó que no era el momento. Realmente no se fiaba de nada ni de nadie, y no sabía cómo podría

reaccionar aquel hombre ni qué hacía en aquella terrible prisión.

El doctor, sin decirle ni preguntarle nada, le dio unas pastillas verdosas. Luego la estudió a fondo, se fijó en sus ojos y le miró la lengua con un palito. Sus manos le temblaron cuando acarició la piel escamada de la joven cautiva.

—Quítese la bata, quiero auscultarla —le ordenó el doctor y tragó saliva.

Julia negó con un pequeño gesto, ladeando la cabeza, temiéndose lo que podría buscar aquel hombre más allá de una simple revisión médica. Y miró un bisturí que asomaba en una bandeja cercana, junto a unas tenacillas y varias ampollas.

—Estoy esperando. No te pongas burra, no ganaremos nada —le insistió el doctor, aunque de forma amable—. Nos hemos visto antes, ¿verdad? Estoy seguro. ¿Dónde?

Julia no contestó, solo obedeció sin apartar la vista de aquella bandeja. El doctor comenzó a pasarle el frío estetoscopio por el pecho, escuchando con los ojos entrecerrados y la punta de la lengua fuera, mordida entre los labios. Y lo colocó a los lados, en las costillas.

—Está bien, puedes cubrirte —le dijo—. ¿Aún no sabes por qué te han encerrado?

—No. Esto es un error —murmuró Julia buscando sus ojos.

El doctor no se había sobrepasado ni intentado nada. Eso significó mucho para ella y pensó que quizás era aún aquel buen hombre que conoció tratando de salvar las vidas de tantos soldados.

—Algo habrás hecho —expuso el doctor.

—Mi hermano es capitán de la Guardia Civil, se llama Andrés y está destinado aquí, en Madrid. Avísele, por favor, doctor Beltrán —aseguró finalmente Julia, confiada.



—¿Cómo te llamas? —preguntó el doctor, intrigado al ver que conocía su nombre.

—Soy Julia, de Villarreal... La enfermera...

El doctor dio un paso hacia atrás, sorprendido al acordarse finalmente de aquella cara.

Tras la revisión médica, Julia fue trasladada a otra galería. En su camino pudo ver a muchas mujeres con la cabeza rapada, otras que paseaban por el patio, como idas. Y algunas, con bebés desnutridos colgando de los brazos, que la miraban en silencio. Sus ojos se llenaron de congoja al pasar por un estadio cubierto donde una docena de cadáveres de niños permanecían allí apartados, a la intemperie, esperando ser recogidos. Cerró los párpados y continuó andando. Tras ella marchaban dos carceleras. Dándole leves empujones, atravesaron un estrecho pasillo y la llevaron a la antesala de un cuarto, en cuya puerta había un guardia y dos siniestros personajes de paisano, muy delgados. Parecían poca cosa, pero imponían respeto, pues a saber qué cargo tenían y qué hacían allí. Y la sentaron en una vieja silla.

—Espera aquí a que te llamen —le dijo una de las carceleras que la habían acompañado.

Escuchó unos lamentos y quejidos hechos murmullos tras la puerta y levantó la cabeza, asustada. Volvió la vista y vio a las dos carceleras alejarse. Allí quedó a merced de aquellos hombres. Los dos personajes, que vestían de paisano, la miraron altivos, por unos momentos, como perdonándole la vida. Después, abrieron y entraron dentro de aquel cuarto. Cerraron de un golpe que retumbó en aquellas paredes sucias y cuarteadas.

Unos terribles gritos empezaron a escucharse tras la puerta, y Julia tragó saliva, pendiente del guardia, que no

hacía nada por comprobar qué ocurría, y comprendió que no haría nada. El guardia la miraba, serio.

—Más vale que cantes cuanto antes todo lo que sepas —le aconsejó de pronto.

Pasados más de tres cuartos de hora, cesaron los gritos. Al rato salieron aquellos hombres bajando sus mangas, con evidentes manchas de sangre y sudor, y con la mirada puesta en Julia. Una carcelera con uniforme immaculado de la Falange salió tras ellos, arrastrando sujeta del hombro a una mujer deshecha, babeando sangre, casi inconsciente y con la cara marcada a golpes. Nadie dijo nada. Julia se quedó allí sentada, bajo la vista arrogante de aquellos tétricos personajes.

—Pase —le indicó la carcelera al regresar.

Julia se levantó, asustada, y entró con las piernas temblando.

—Siéntese —le ordenó la carcelera.

Julia se sentó frente a una pequeña mesa que soportaba una máquina de escribir, abundantes folios y un cuño con tinta azul. A su lado, una pequeña papelería. Mirando tras ella, por encima de su hombro, vio entrar a aquellos dos hombres, y se sentó.

—¿Nombre? —preguntó la carcelera, acomodada ante la máquina de escribir.

Sin esperarlo, Julia recibió una fuerte palmada en la cara. Tal que le partió el labio y la hizo caer al suelo.

—Hijos de puta —murmuró desde lo más profundo de su corazón.

—Vaya, con esta nos vamos a divertir —sonrió uno de ellos y la alzó de un tirón de pelos.

—¿No podemos esperar a que hable? —dijo la carcelera, como aburrida.

—Ya ha hablado suficiente. Saca las pezoneras —le ordenó el otro hombre.



A golpes, la sentaron en la silla y ataron sus manos a las asas de madera, con fuerza. Mientras uno la abofeteaba, insultándola, el otro le abría la bata para pellizcar sus pezones con unas pinzas metálicas. El grito de dolor fue terrible al sentir la electricidad recorrer su cuerpo. Al momento, apenas pasado unos segundos, otra descarga.

—¿Podemos empezar? —insistió la carcelera, recolocando los folios.

—Pregúntale —dijo uno de aquellos personajes.

—Seguro que esta asquerosa te reza ahora mismo hasta un Padrenuestro, por muy roja que sea, si se lo pides con cariño —dijo riendo el otro torturador.

—¿Nombre? —insistió la carcelera, con los dedos sobre las teclas.

—Hija de puta —sollozó Julia.

—Ja... ¡No ha tenido bastante!

—¡Enchúfaselo de nuevo! —indicó la carcelera, mostrándose molesta ante tal respuesta.

Un tremendo grito resonó con fuerza, acompañando la descarga.

Enotnces, la puerta se abrió de golpe, y Andrés avanzó decidido. De un fuerte puñetazo tumbó a uno de aquellos hombres. Tras él, entraron el doctor Beltrán y siete guardias civiles con los fusiles por delante. Inmediatamente le retiró a Julia las pinzas, la desató y la cubrió.

—Detengan a estos miserables —ordenó, sin dejar de abrazar a su hermana. Y notó su pánico, su horror, su miedo, su humillación, su dolor...

—¿Qué está pasando aquí? Nosotros tenemos autoridad para... —contestó uno de los torturadores.

Andrés se le acercó, sacó su pistola, lo agarró del cuello contra la pared, y con la culata del arma lo golpeó duramente

en la cabeza, una y otra vez, sin parar. La sangre le manchó por completo la cara y el uniforme, pero él continuó.

—Mi capitán, está muerto —le indicó el doctor Beltrán.

Andrés dejó de golpear. Lo soltó, y el cuerpo sin vida resbaló hasta el suelo. Después colocó en la frente del otro personaje el cañón de su arma y disparó. El doctor bajó la vista y atendió a Julia. Andrés la observaba con rabia y pena, y miró a la carcelera, que permanecía sentada, con la boca abierta y los dedos sobre las teclas de la máquina de escribir.

—A esa, deténganla —ordenó Andrés—. Encerradla en las celdas comunes, con las rojas, hasta nueva orden.

Julia salió de aquella sala de torturas abrazada a su hermano y del brazo del doctor.

—Andrés, tienes que hacerme un favor —susurró ella con voz lastimera.

—Dime.

—Hay cuatro chicas, unas crías. Son María, Rocío, Leonor y Ana... Se las llevan hoy de «paseo». No han hecho nada, están aquí como yo, sin saber el porqué. Es un crimen —sollozó.

Andrés le indicó al doctor que las buscara de inmediato.

Salieron de las Ventas bajo la mirada de carceleras y presas, entre el desdén de unas y la alegría de otras, y se dirigieron hacia el centro de Madrid. Atrás dejaban el horror de aquella cárcel de mujeres, donde un grito desgarrador se escuchó en las celdas comunes de las rojas.

Julia descansó en el piso donde vivía Andrés, acomodado en la Gran Vía, cerca de la estatua de Cibeles. Durante un tiempo largo, horas, estuvo observando aquella escultura, lo que representaba en verdad la Madre Tierra y lo indigno de la humanidad que la rodeaba. Y se acostó agotada, sin



poder llorar más. Andrés regresó a la prisión tras hablar con el general, el amigo de José. Una mujer joven y de mirada bendita llegó al piso para cuidarla de sus sobresaltos, acompañándola en la cama. Apenada, la hacía beber agua y le limpiaba los sudores. Y ella no se enteraba.

Al caer la noche, Julia se despertó a gritos.

—¿Dónde estoy? —preguntó, asustada.

—Estás en Madrid, en casa de tu hermano Andrés.

Julia la observó, tratando de recordar.

—Ya pasó todo.

—¿Quién eres?

—La prometida de tu hermano, Bernarda.

—¿Dónde está mi hermano?

—Todavía no ha vuelto.

—Tú eres la hija del doctor Pelayo, ¿verdad?

—Sí —respondió triste.

Entonces se escuchó la puerta de la calle y el piso de madera crujió con el paso firme de los zapatos de Andrés.

—¡Andrés! —exclamó Julia y corrió a abrazarlo.

—Tranquila, estás a salvo. Esos miserables ya no volverán a tocarte, ni a ti ni a ninguna mujer más. Ni esa carcelera.

—¿De verdad?

—Cuando fui a pedirle explicaciones, las rojas se habían encargado de ella.

—¿No tendrás problemas?

—No. Eres la prometida de un teniente coronel del Ejército español, de un héroe de la nueva España, reconocido y condecorado, amigo de generales, y, además, eres mi hermana.

—Esas chicas que te dije...

—No te preocupes por ellas, ya están libres —aseguró Andrés.

—¿No me mientes?

—No, hermanita. El oficial de guardia ha preparado de inmediato su liberación tras ser puesto al corriente de lo ocurrido y, por la cuenta que le tiene, se preocupará de que nada les pase a esas muchachas. No quiere líos con un teniente coronel del Ejército. Además, me ha asegurado que la tortura con las chicas solo se emplea en casos muy extremos, no debes pensar que...

—Andrés —lo interrumpió Julia—. He estado una semana encerrada en ese cementerio de vivos y ni tan siquiera me dejaron decir mi nombre. Si no es por el doctor Beltrán, no sé qué hubiera sido de mí. Ese lugar es inhumano. Esas mujeres... todas... sufren tanto.

—El doctor me ha comentado que posiblemente cambien muy pronto a los responsables de esa cárcel. Desde que se ocupa él de la sanidad y socorro del centro, las cosas están cambiando. No debes preocuparte por ellas, a partir de ahora serán tratadas mucho mejor.

Julia regresó a Villarreal de los Infantes en tren, acompañada por Andrés. La certeza de que al menos su cautiverio había servido para replantear algunas acciones y salvar las vidas de aquellas cuatro muchachas la hizo recuperarse pronto de sus pesadillas y del trauma vivido. La horrible experiencia le había servido para conocer el terror al que se estaba sometiendo cruelmente a muchas mujeres y lo indefensa que se hallaba sin su hermano Andrés y sin su amado José. Rogó a Dios para que volviera pronto del frente ruso, lo necesitaba tanto... Y se preguntó qué sería de aquella anciana de pelo blanco. Posiblemente ya estaría en mejores condiciones, soportando su cautiverio, y se entristeció. Luego, pensó en la sonrisa de la joven María y en aquellas jóvenes que había conocido, ¡al fin eran libres de nuevo!



En ese mismo momento, cerca de Madrid, en una tapia del cementerio de la Almudena, María, Rocío y Ana lloraban asustadas, abrazándose frente al pelotón de fusilamiento. Leonor permanecía seria, al lado, mirando los muertos que se amontonaban a un lado y el cadáver de una anciana de pelo blanco enmarañado que parecía estar viva, con la boca y los ojos muy abiertos; y bajó los párpados, resignada.

—¡Apunten! ¡Fuego!

CAPÍTULO 28 · LENINGRADO

A principios de febrero de 1943, el frente ruso se movió en la zona donde estaban destinados José, Nicolás y Marcelino. Aprovechando la crudeza del invierno, los soviéticos iniciaron una potente ofensiva contra el sector de Leningrado, en Krasny Bor.

—Los rusos se están preparando, pronto estarán aquí —dijo José.

—¿Retrocedemos? —preguntó Nicolás.

—La orden es resistir, resistir y resistir —contestó José.

—Vaya mierda de orden —replicó Marcelino—. Ya me la sé del frente de Teruel.

—Y de la sierra de Espadán —apuntó Nicolás.

—¿Pretenden los nazis que un puñado de españoles detengan a todo el Ejército Rojo? ¿No mandan refuerzos? —preguntó Marcelino.

—Los alemanes quieren que mantengamos el frente nosotros. ¡Resistir a toda costa! —señaló José.

—¿A toda costa? ¡Será a nuestra costa! —exclamó Nicolás.

—Bueno, les enseñaremos a esos ignorantes por qué nuestro ejército ganó una guerra —afirmó José.

—¿Nuestro ejército? Mierda de vida —asintió Nicolás.

—Los grandes héroes de la soleada España, republicanos revolucionarios que bañan de púrpura sangre la blanca nieve de Rusia. —Marcelino rio—. Podría valer para uno de tus poemas, ¿eh, Nicolás?

—Eso no es un poema, es una mierda pinchada en un palo. ¿Qué coño hacemos aquí? ¿Conque una zona tranquila y un tiempo escaso, el suficiente? ¿Eh? —gruñó Nicolás mascullando maldiciones.

José no contestó. Se dedicó a observar el frente ruso con sus prismáticos.

—Pero ¿sabes una cosa? Los nazis no ganarán —aseguró Nicolás.

—Lo sé —contestó José.

—Entonces, ¿a qué hemos venido aquí?

—Vosotros para purgar vuestros crímenes.

—¿Y tú? —le preguntó Marcelino.

—Me apetecía pasear por el frente ruso en busca de una bala —afirmó José y se alejó de sus compañeros, hacia el puesto de mando.

Marcelino y Nicolás se miraron sin entender nada. Ellos sabían de sobra por qué estaban en aquella trinchera: para no ser asesinados en España. Pero no se imaginaban el motivo por el que José los había acompañado. Por muy amigos que hubieran sido en otros tiempos, aquello era el frente ruso.

—¿Qué crees que le pasa? —preguntó Marcelino.

—¡Y yo qué sé! ¡A ver si es verdad que encuentra esa bala! —exclamó Nicolás.

—¿No erais amigos?

—¿De ese fascista? Solo espero no perder la vida en este asco de trinchera a la que me ha traído mi amigo —murmuró Nicolás—. En cuanto nos maten, se vuelve a España como un



héroe y sin problemas, a vivir de puta madre con Julia. Eso sí, mientras retoza con ella en la cama, le dirá que fuimos unos héroes y que no pudo hacer más por nosotros.

El día pasó sin más novedad que los rugidos que provenían de la ciudad sitiada. Marcelino permaneció en su puesto, controlando cada movimiento de la zona enemiga, pensando en las palabras de Nicolás. ¿Sería posible que José los hubiera traído hasta allí para que murieran? Tenía sentido. ¿O no? No lo tenía.

—Los rusos siguen concentrando tropas —expuso José, acercándose a él.

—Esta vez va en serio. Al menos cuatro divisiones se nos echarán encima —contestó Marcelino.

—Si consiguen romper el frente, avanzarán hacia el sur evitando las masas boscosas, para girar luego hacia el este —le informó José.

—Eso rompería el cerco de Leningrado —apuntó Marcelino.

—Exacto, y para ello cuentan con miles de hombres deseosos de luchar y morir por su patria —dijo José.

—¿Tenemos alguna posibilidad? —preguntó Nicolás, llegando hasta ellos con una lata de conserva abierta—. ¿Por qué por aquí?

—Atacan a los divisionarios españoles, el punto que consideran más débil —le contestó José—. Primero bombardearán nuestras posiciones, luego cruzarán ese valle al descubierto con sus tanques y la infantería. Somos pocos, pero estamos muy bien posicionados y tenemos suficientes balas para todos. Así pues, si jugamos bien nuestra baza, disponemos de más posibilidades de las que ellos piensan, a pesar de ser mucho más numerosos. ¿No os recuerda nada?

—Sí, Teruel. Con apenas cuatro mil hombres aguantasteis todo un año a las milicias y al Ejército Popular —contestó Marcelino.

—Exacto. Esperan que salgamos corriendo como ratas en cuanto oigamos rugir sus tanques. Posiblemente los alemanes también —auguró José.

—Pues a mí no me gana nadie a correr —respondió Nicolás.

—No me extraña que, con héroes como tú, la República perdiera la guerra. —Sonrió José.

La noche cayó sin un ruido. No se oía apenas nada, tan solo el suave viento que levantaba los copos de nieve por encima de hombres y máquinas. Los rusos vigilaban, los alemanes también, los españoles descansaban.

José salió de la caseta de mando, preocupado, y avanzó por la trinchera, desplazando la nieve con las botas, observando más allá de los sacos terreros, tratando de ver un posible enemigo en la oscuridad. Aquella inmensa llanura blanca que ocultaba la noche le produjo un gran vacío y pensó en Julia, triste. Recorrió el sector comprobando armas y municiones, bromeando con los divisionarios y animando personalmente a cada uno de ellos. Cerca de la ametralladora vio a Nicolás, que, con cara larga y una mano en el gatillo del arma, se golpeaba levemente la frente con la caja de municiones, arrugando los labios ante lo que sabía que se avecinaba. Poco más allá, envuelto en una manta, se encontraba Marcelino.

—Los rusos no tardarán —comentó José con cierta preocupación.

—Señores, aquel que esté libre de guardia, preséntese para la misa en el búnker de la compañía. El padre oficiará en breve



una misa y quiere que asista el mayor número posible de voluntarios. Por lo visto mañana tendremos fiesta —trasmitió la orden un sargento.

—Esto no me gusta nada. No quiero ser un héroe muerto. Debemos salir de aquí ahora mismo, estamos metidos en una jodida ratonera —expuso Nicolás en voz baja.

—Vete, pero ten cuidado con los rojos —contestó José.

—Ya sabes lo que dicen —apuntó Marcelino ofreciéndole un cigarrillo.

—No me lo creo —negó Nicolás tomando el tabaco.

—Bueno, quizá te sea mejor no comprobarlo —insistió José.

—¡Ah, no me jodas! —exclamó Nicolás—. No puede ser que los rusos envíen a los españoles que se entregan a los campos de concentración, sean fascistas o no.

—¿Por qué no? —preguntó José—. Estás en su país, luchando a favor de los invasores.

—Pero no soy un asqueroso nazi, como el batallón de las SS que hay allá arriba. Contra ellos deberían lanzar sus tanques —contestó Nicolás.

—Los primeros que trataron de pasarse al Ejército Rojo acabaron fusilados, a los demás los enviaron a los campos de trabajos forzados de Siberia. Lo han reconocido el Antoniete y Pedro, y sabes tan bien como yo que esos dos de Morella se unieron a la División Azul para huir y pasarse a los rusos. Volvieron rápido en cuanto se enteraron de lo que había. Por lo visto tus amigos soviéticos no se fían mucho de los españoles, sean rojos o no —certificó José, serio y con un respingo de nariz.

—¿De dónde has sacado el tabaco? —preguntó Nicolás asimilando aquellas palabras.

—El cabo Márquez me lo dio —contestó Marcelino.

—El cabo Márquez murió anoche —aseguró Nicolás.

—Sí, una bala perdida. Era un buen hombre, no sé qué pintaba aquí. Tenía mujer y un hijo de dos años. ¿Para eso sobrevivió a la guerra en España? —se preguntó Marcelino.

—¡Mierda! Acércate tú a la misa y reza por mí. Yo prefiero ir al infierno, donde estarán mis amigos, que encontrarme en el cielo con tanto fascista —dijo Nicolás.

—¿Temes encontrarte con todos los que enviaste allí? —bromeó José.

—Sí, seguro que tendría un buen comité de recepción —contestó Marcelino—. Aunque yo prefiero quedarme con Nicolás, de guardia. El cielo me da miedo.

—Voy a misa, rezaré por vuestras almas pecadoras —aseguró José.

Nicolás y Marcelino se quedaron acurrucados en la zanja cubierta de nieve, fumando. El frío les calaba los huesos y el temor al amanecer los mantenía despiertos.

—¿Qué ha querido decir con que rezará por nosotros? —se preguntó Marcelino.

—A mí no me engaña —murmuró Nicolás.

—¿De verdad crees que nos trajo para que nos mataran los rusos?

—Lo único que sé es que si lo matan a él, podremos regresar en el siguiente reemplazo. Llevamos más tiempo aquí que la mayoría, somos los jodidos veteranos —expuso Nicolás.

—¿Quieres decir que solo quiere librarse de nosotros?

—No regresará a España hasta que nos maten. Por su culpa estamos aquí. ¿Te imaginas? Dime que no lo has pensado. Si cayera, regresaríamos a casa libres de causas. ¡Como héroes! Además, tú serías el más afortunado. Julia se quedaría sin



novio y necesitaría consuelo, un hombro donde llorar, un hombre que le caliente la cama.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído.

Marcelino frunció el rostro, pensativo, y miró al frente.

A lo lejos se podían escuchar las paladas, martillazos y las voces de mando de los oficiales rusos, tanto como si estuvieran al lado de los divisionarios.

—¡Malditos rusos! —exclamó Nicolás—. ¿Qué hacen ahora? Me ponen de los nervios.

—Preparan los emplazamientos para la artillería —aseguró Marcelino.

—¿Y ese rugido? Cada vez se oye más fuerte —insistió Nicolás.

—Son los motores de los carros de combate. Los mantendrán en marcha durante toda la noche para evitar que la helada les impida arrancar por la mañana —afirmó Marcelino.

—Joder, dentro de un rato estarán aquí —murmuró Nicolás envolviéndose en la gruesa manta.

La niebla de la noche se fue diluyendo lentamente en Krasny Bor. Los soldados españoles estudiaban, con adversidad y cierto temor, el despliegue de las baterías rusas y los numerosos carros de combate que se dejaban ver por los prismáticos en la distancia, apenas a unos tres kilómetros. Los rusos mostraban su fuerza adrede para provocar el miedo.

—¿Qué hora es? —preguntó José, acercándose al oficial de mando.

—Las 06:00 h, mi teniente coronel.

—Que comience la fiesta —ordenó José—. Les haremos saber que los estamos esperando.

La artillería española inició una dura ofensiva contra las líneas soviéticas, barriendo las piezas y carros más cercanos ante el clamor de los soldados.

—No responden al fuego —aseguró Nicolás, estudiando las posiciones rusas.

—Están ocupados en preparar su propio ataque —aseguró Marcelino.

—Cuando lo hagan... —murmuró Nicolás, observando en la distancia a José.

—Esto será un infierno —terminó la frase Marcelino.

—Tendrás tu oportunidad.

—¿Mi oportunidad?

—José debe morir, solo así podremos regresar a casa. Julia nunca lo sabrá, será tuya —aseguró Nicolás, ladeando la cabeza, evitando su mirada.

—¿Quieres otro cigarrillo? —le preguntó Marcelino—. ¡Que Dios nos ampare! Parece que todo el Ejército Rojo esté ahí delante.

—¿Serás capaz? —preguntó Nicolás.

—Sí.

Apenas una hora más tarde, unas ochocientas piezas de artillería soviética abrieron fuego simultáneamente, cada diez segundos, el tiempo necesario para cargar y disparar.

—¡A cubierto, rápido! —ordenó José, empujando a los soldados hacia las trincheras de evacuación.

Todo era ruido, gritos, lodo y humo. Parecía que el búnker se hundiría en cualquier momento. Escondidos a dos metros y medio de profundidad, los soldados esperaban inquietos el cese de aquel brutal bombardeo. Allí abajo, el termómetro no subía de los 25 grados bajo cero. Pese al frío, se sudaba. Nadie hablaba. Ni se comía, ni se bebía, ni se fumaba, solo se escuchaba y se rezaba en silencio.



Enseguida se sumaron al bombardeo los organillos de Stalin, camiones con plataformas de cohetes que disparaban consecutivamente, provocando un ruido atroz, como si fuese la macabra melodía de un órgano. El enorme estruendo impedía comunicación alguna. La tierra tembló como azotada por un gran terremoto, y la nieve se convirtió en una gran poza de agua y lodo caliente que todo lo salpicaba.

La aviación soviética no tardó en aparecer en busca de los objetivos que la artillería no había logrado anular. Durante dos largas horas estuvieron bombardeando las posiciones sin descanso alguno, hasta que, de pronto, un gran silencio se abatió sobre aquel dantesco espectáculo.

—Han terminado, ya vienen —dijo José.

—Mierda —murmuró Nicolás.

—No has disparado un tiro en esta guerra. No te lo recrimino, pero ahora tendrás que hacerlo. No por los alemanes, ni por la España que no amas, ni por tus compañeros divisionarios a los que odias, sino por tu vida. Lo siento, nunca pensé que llegaríamos a este extremo.

—No te disculpes ahora. Hace tiempo que debimos haber regresado. ¿Sabes?, tampoco disparé apenas un tiro en nuestra propia guerra —aseguró Nicolás, nervioso y pálido.

—Dispara al bulto. No apuntes a un individuo a no ser que veas tu vida en peligro. Te será más fácil.

Nicolás asintió resignado.

—¡Fuera todo el mundo! ¡Que los rusos conozcan lo cara que es la sangre de España! —gritó José, empuñando su pistola.

Después de la intensa preparación artillera, las divisiones soviéticas de infantería, apoyadas por unos cien carros de combate, se lanzaron contra las líneas españolas. El avance se produjo por cuatro líneas de penetración, con una división en

cada una de ellas. El paso de los blindados convirtió el campo de batalla en un barrizal, lo que hizo que muchos tanques quedaran empantanados. Otros avanzaron veloces, creyendo en la rápida victoria.

Los divisionarios salieron a cubrir sus puestos. Destruídas casi todas las piezas artilleras, se emplazaron en las ametralladoras, dispuestos a recibir al enemigo.

—Los carros avanzan demasiado deprisa —dijo José.

—Están dejando atrás a la infantería —musitó Nicolás, extrañado.

—Tenías razón. No esperan nuestra respuesta —apuntó Marcelino.

—Creen que tras el bombardeo estamos todos muertos y que los que no, huiremos. Este error les costará muy caro —comentó José.

Nicolás asintió. Sabía que sus compañeros divisionarios no eran precisamente milicianos desorganizados que huirían ante en temblor de la tierra y el rugido de los tanques. En su mayoría eran combatientes veteranos que ya habían sufrido una guerra, soldados que conocían las carencias de aquellos vehículos blindados. Y a su vez, era consciente del gran número de bajas que podrían producir a la infantería enemiga que había quedado al descubierto en aquella llanura blanca con el rápido avance de los vehículos blindados.

—¡Fuego! —gritó José, cuando el enemigo se encontraba a menos de cien metros de las trincheras.

La orden se repitió en cada unidad. Las escasas piezas artilleras se cebaron con los tanques, y la primera línea de defensa española pareció bramar con una lluvia de plomo que barrió por completo las primeras unidades del Ejército Rojo, las cuales, debido a su cercanía con el enemigo y lo despejado de la llanura, no podían huir de la potencia de fuego de las ametralladoras, que provocaron una auténtica carnicería.



José se dirigió a un pequeño búnker, situado sobre una loma que hacía de observatorio, y comprobó la presencia de fuertes contingentes enemigos en el bosque cercano al pueblo.

—¡Sargento! ¡Establezca aquí mi puesto de mando! ¡La radio! —exclamó.

Apenas se atrincheraron los divisionarios, José se comunicó con el general español al mando.

—El enemigo ataca en grandes masas. Solicito una barrera artillera delante de mi posición y sobre el bosque —dijo.

—Solo disponemos de dos piezas, las demás han sido inutilizadas. Haremos un repaso en su sector y continuaremos sobre el frente meridional —escuchó por el auricular.

—En el bosque se están concentrados varias docenas de blindados.

—Lo sabemos.

—¿Y los alemanes? Están a menos de veinte kilómetros, necesitamos apoyo de inmediato. Y la Luftwaffe, ¿qué hacen que no vuelan sus aviones?

—No sé qué coño pasa con los aviones alemanes. No han hecho acto de presencia, ni los espero ya. La División SS no nos podrá auxiliar. Me han informado de que deben permanecer en su emplazamiento para hacer frente a una previsible embestida rusa.

—Pero... ¡Si están aquí todos los rusos! Esos hijos de puta nos han dejado solos.

—Amigo, tendrá que enfrentarse a los blindados con lo que tenga. No hay otra. Sabe hacerlo, no es la primera vez.

—A la orden, mi general —contestó José, frunciendo el ceño y colgó de mala manera.

El primer ataque del sector fue rechazado ante la sorpresa de los mandos soviéticos, que respondieron

con nuevas oleadas de soldados, ejecutadas con mayor intensidad. Tres blindados soviéticos barrieron la cima del frente, aproximándose veloces. Los voluntarios españoles los esperaban, agazapados en los cráteres de los obuses para colocarse en sus bajos. Apenas pasaban por encima, enganchaban las minas magnéticas antitanque en la pancha del blindado, haciendo saltar sus bajos e inutilizándolos. Mientras, las ametralladoras los cubrían, masacrando sin ceder a la infantería rusa.

El Ejército Rojo insistió de nuevo en el sector, con un tercer asalto apoyado por un fuego artillero que barrió los morteros y causó estragos entre los combatientes españoles. Los tanques, esta vez sí, avanzaron despacio y protegidos por lanzallamas. Los divisionarios eran sorprendidos y abrasados en los agujeros desde donde acechaban a los pesados blindados.

—¡Calen bayonetas! —ordenó José, viendo cómo los soldados rusos, apoyados por los lanzallamas, se les echaban encima.

José, tratando de esquivar las mortíferas descargas de fuego y apoyado por sus hombres, disparó sobre los soldados que portaban los lanzallamas. Al impacto de una bala, uno de ellos reventó con una gran bola de fuego que envolvió a varios de sus camaradas. Los gritos que lanzaban eran aterradores mientras corrían hacia los lados ardiendo. Las ametralladoras concentraron su fuego en aquella brecha abierta, logrando frenar por momentos la ofensiva rusa.

—Mi general, tenemos que estudiar una retirada. Hay que reorganizar el frente, no podremos resistir por mucho más —aseguró José, por radio.

—Tiene que aguantar —escuchó.

—Necesitamos cobertura aérea o artillera, lo que sea.



—Confíe en mí, le mandaré los refuerzos que pueda. Yo confío en usted. ¡Manténgalos ahí, no podemos retroceder!

José colgó despacio y miró hacia atrás y hacia el frente. La diferencia de recursos era enorme, cada batallón español se las veía con una división rusa. Los soldados españoles, sin más opción, se clavaron al terreno sin cesar de disparar con las ametralladoras, esperando unos refuerzos alemanes que no llegaban nunca.

Cuando la desesperada situación solo tenía un terrible final, un nuevo batallón de divisionarios españoles llegó al frente. Se trataba de un reemplazo que se hallaba a veinte kilómetros, a punto de volver a España.

—¡Han regresado! —exclamó Marcelino.

—¿Cómo son tan tontos? —preguntó Nicolás, sorprendido.

—¡No pasarán! ¡Somos españoles, coño! —gritó Marcelino, ido de la alegría.

En su mente, perdida la cordura, Marcelino, veía arder las trincheras de Teruel en su mente. Y saltó, exaltado, mostrándose eufórico, insultante ante el enemigo, disparando sin parar.

José lo agarró del cinto y tiró de él hacia la trinchera, evitando que fuera ametrallado en el último momento.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó.

—Mi capitán, estamos venciendo a los fascistas, solo hay que aguantar un poco más... Un poco más, un poco más. ¡No pasarán! —dijo Marcelino.

José le dio un bofetón en la cara, volteándosela de lado.

—¡Despierta! ¡Esto no es Teruel, ni yo soy capitán! —le gritó.

Marcelino pareció despertar de un trance y quedó sentado. José le hizo una seña con la cabeza para que mirara al enemigo. Después, le dio la espalda y se dirigió a sus oficiales.

—¡Teniente, ocupe esas ruinas al frente del búnker! ¡Alférez, que sus hombres retrocedan en formación hasta la segunda línea! ¡Que cubran esa brecha por orden de pelotón! ¡Y que no dejen de cubrir el sector! ¡Acaben con los lanzallamas! —gritó José, haciéndose cargo de las unidades que defendían la posición.

Marcelino pensó en su hermana Eva, en los horrores de la guerra perdida, en aquella miserable prisión donde tanto había sufrido, en Julia y en las palabras de Nicolás. Tragó saliva y levantó su arma lentamente contra José, como si nada existiese a su alrededor. Fue a disparar cuando algo en su interior se lo impidió y se volvió, descargando una ráfaga contra un grupo de soldados rusos que se acercaban.

—¿Qué haces? —Lo empujó Nicolás.

—No puedo. Me sacó de aquella cárcel, salvó mi vida... y la de Julia... y la tuya...

—No seas mierda. ¿No ves que solo es un fascista más? En cuanto fallezca podremos volver a España. Julia necesitará de tu consuelo. ¡Mátalo!

Marcelino apretó los labios, pasó la manga por su frente y miró a los ojos henchidos de odio de Nicolás.

—Mátalo tú. No me creo nada de lo que dices.

—¿Qué?

—¿Sabe Julia que solo aseguraste que José había muerto para hacerla estallar? ¿Qué acabaste con ese doctor para que abandonara su consulta y regresara contigo a la imprenta? Siempre con mentiras. Ahora solo buscas salvar el pellejo, aunque sea a costa de asesinar a un amigo —dijo Marcelino.

Nicolás alzó las cejas hasta el infinito, levantó su fusil y le disparó. Marcelino recibió el impacto en el pecho y apretó el gatillo. El fusil se disparó conforme caía muerto y la bala rozó el hombro de José, quien se volvió inmediatamente, para



ver a Nicolás con el arma en alto y el cadáver de Marcelino. No pudo apreciar nada más, un lanzallamas ruso apareció y, tanto José como Nicolás, dispararon de inmediato sobre él.

No hablaron nada de lo acontecido, el fragor de la batalla lo impidió.

Finalmente, se cubrió el flanco abierto por los rusos con los divisionarios recién llegados y se establecieron dos frentes cubriendo la rotura de la línea, mientras se emplazaban nuevas ametralladoras y se abastecían las tropas de municiones.

Las armas callaron.

—Parece mentira. Hemos resistido —aseguró Nicolás, entrando en el despacho atrincherado de los oficiales de mando.

—Sí —afirmó José, sin apartar la vista del parte de bajas.

—Tuve que hacerlo —murmuró Nicolás, consciente de que posiblemente lo había visto disparar sobre Marcelino.

—¿El qué?

—Quería acabar con tu vida. Estaba enamorado de Julia, siempre lo estuvo, lo sabes. Matándote conseguía el retorno a España como un héroe y, seguramente, hubiera acabado casándose con ella. Creí que había logrado quitarle esa idea de la mente, pero no. Estaba esperando el momento oportuno. Cuando estuvieron en el frente de Teruel fueron novios, hasta que llegaste con tus moros y le arruinaste sus sueños. Lo siento. En cuanto vi que te apuntaba, disparé. Tuve que hacerlo. ¿Darás parte de mí?

—Yo no he visto nada, soldado. Ahora, marche a su puesto —aseguró José.

—¿No tienes nada que decirme? —preguntó Nicolás, insistiendo.

José continuó revisando el parte de bajas, sin contestar.

—Julia ama a otro hombre, no sé si algún día será mi novia de verdad. De momento creo que solo busca mi protección —aseguró de pronto.

Nicolás se quedó con la boca abierta. No pudo decir nada, no se esperaba aquellas palabras. Dio media vuelta y salió del despacho de piedra, lodo y nieve comprendiendo por qué José estaba en el frente ruso buscando una bala.

José se levantó y pasó su mano por la cabeza, decepcionado y amargado por lo acontecido. Nunca hubiera esperado que Marcelino quisiera matarlo, asesinarlo tan cobardemente después de todo lo que había hecho por él.

La terrible ofensiva no tardó en reiniciarse de nuevo, de forma obtusa. Llegada la media noche, los rusos lograron avanzar por dos frentes; uno a lo largo del río, y otro hacia el poblado de Krasny Bor. Pero ante aquel baño de sangre, la moral de los soldados rusos decaía rápidamente, y muchas unidades, sin suboficiales ni oficiales, iniciaban el repliegue.

Los mandos soviéticos maldecían en su cuartel general, buscando una explicación a lo que estaba ocurriendo.

—No hay forma de desalojar a los españoles.

—Las primeras noticias hablan de más de diez mil bajas. Pero ya les comunico que son muchas más, camaradas.

—Unidades enteras han sido barridas por ese puñado de españoles. ¡Es inaudito! Díganme, ¿para qué tantos muertos? ¡Apenas hemos ganado tres inútiles kilómetros! —comentaban sin parar los generales soviéticos ante su comandante, recriminándose unos a otros aquel desastre en que se había convertido lo que debería haber sido una victoria aplastante.

—Al menos, la población de Krasny Bor es nuestra. Que se reestablezca el frente y nuestras tropas pasen a la defensiva.



Algo hemos logrado. La batalla terminó. No quiero que este día se convierta en una gran derrota para la Unión Soviética o en algo más que una trágica victoria —ordenó finalmente el comandante, abrumado por las cuantiosas bajas y el escaso avance conseguido.

CAPÍTULO 29 · LA VUELTA A CASA

A mediados febrero de 1943, Julia corría desesperadamente hasta su casa para lanzarse sobre la radio. La BBC informaba en sus emisiones en castellano que la División Azul había sido totalmente destruida por el Ejército Rojo en Leningrado.

—Dicen que ha sido una carnicería —comentó su madre.

—No... —tartamudeó Julia.

—No deberías salir a la calle por un tiempo, hija.

Julia se asomó, anduvo lentamente hasta la ventana, y alzó un poco la cortinilla. Desde allí podía observar San Pascual, las ruinas de la iglesia, y el puesto de venta del hermano de Teresita. Como si se supiera observado, el tendero fijó la vista sobre la ventana con la mirada de un halcón. Ella se temió por lo que pudiera pasar y dejó caer la cortina entre sus dedos.

Aquel mismo día, por la tarde, recibió una invitación de Alonso, un hombre refinado de negocios. Había llegado de Barcelona hacía unos meses y se había hecho con una gran extensión de naranjos. En la ciudad fue bien recibido, como todo aquel que llegaba con divisas, con ganas de invertir y ofrecer trabajo, aunque fuera un burgués catalán, un franquista convencido.

—¿Qué es esa carta? —le preguntó su madre.

—Una invitación del señor Alonso, quiere que mañana almorcemos juntos.

—¿Por qué te invita ese hombre?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Lleva días acercándoseme cada vez que salgo, como si me estudiara.

—Sabrá quién eres, la prometida de un teniente coronel del Ejército español, de un héroe de guerra. No debería.

—Más bien quién era. Cuando me ha enviado la carta es porque ya sabe que enviudé antes de casarme —sollozó consternada.

—No. No debería... aún. Es muy reciente, está el luto. ¿Qué vas a hacer? —insistió la madre.

—¿Y qué quieres que haga?

—No lo sé, hija. No pierde el tiempo ese hombre.

—Dicen que es familia del cura.

—Sé lo mucho que querías a José, pero quizá te convenga buscar algo de refugio, por lo menos hasta que regrese tu hermano, que maldita la falta que le hace estar en Madrid.

—Quiere ascender, no se conforma con ser capitán. Además, allí está Bernarda. Por lo visto, al final será mi hermano el político de la familia, y ella la doctora.

—Deberías conocer a ese hombre.

—No me importaría conocerle, sin ninguna pretensión. Pero no me inspira confianza. Además, es un juerguista, se pasa las noches de fiesta con sus amigos, esos nazis proalemanes, cantando y gritando sin dejar dormir a nadie.

—¿Qué quieres que hagamos? Han ganado la guerra, España les pertenece.

—Ya lo sé. No seré yo quien llame a los guardias para denunciarlos por alboroto.



—Pues no parece mal partido, a pesar de ser catalán.

—¿Y qué hago si se sobrepasa?

—Le das un cachete.

—Madre, hoy día no se para a un hombre con un cachete.

Además, no puedo dejar de pensar en José. No aceptaré la invitación; lo esperaré, tiene que estar vivo —dijo Julia, llenándose de esperanza.

—Hija, hazlo por tu madre, conoce a ese hombre.

—¿Acaso buscas que sea una malcasada?

—No puedes andar sola por la calle, te matarán.

—¿Qué dices, madre? ¡La guerra acabó!

—Bien sabes que para los vencidos no acabará nunca. Ya se te llevaron una vez, y muchos saben que luchaste en el frente de Teruel, demasiados.

—¡Eso son rumores!

—Sí, hija, rumores —murmuró la madre.

—¿Qué más dice la gente?

—No lo saben, hija... Eso no lo saben o ya habrían venido a por tu vida.

—No iré —aseguró Julia y rompió la invitación.

Una semana después, en una tarde lluviosa, Julia regresó a casa con la ropa, las manos y la cara manchadas de sangre diluida por el agua que caía, ante la mirada despiadada de algunos vecinos. Se volvió un momento para ver a varios de ellos correr tras ella y cómo el tendero le sonreía mostrando un enorme cuchillo. Lo miró desafiante. Después, dando un portazo, entró en casa y atrancó la puerta con una silla.

—¿Qué ocurre, hija? —le preguntó su madre.

—Unos hombres me seguían; eran tres o cuatro, ocultos por las sombras y la lluvia. Me insultaron, empezaron a zarandearme... Acabamos a palos.

—¿Estás bien? ¿Qué te han hecho? ¿Cómo se atreven? —le preguntó la madre, buscando la herida que manchaba su piel y ropa.

—A uno lo golpeé en la cabeza con una piedra, creo que era ese catalán. No debió de gustarle que rechazara sus invitaciones. La sangre es suya.

—¡Ah! —exclamó la anciana, aterrada, y miró a su hija con cara triste, rompiendo a llorar.

—Madre, primero se rieron de mí los anarquistas y después los comunistas, con sus mierdas igualitarias y mentiras. ¡Hasta los moros me han sobado! Por no hablar del legionario que acabó con la vida de Eva y reclamaba la mía como trofeo de caza. Y luego esa cárcel. Estoy harta, no permitiré que nadie más me pise, aunque José ya no esté para defenderme.

—Pero hija...

—¡Esos perros fascistas iban a por mí y sé lo que les hacen a las mujeres que se llevan!

La madre cayó sentada, llorando sin parar, murmurando con pena el nombre de su hija.

—No te digo nada que no sepas. Tú lo sabes todo. Solo tenemos que aceptarlo. Recogeré algunas cosas y huiré al monte, lejos de aquí.

—¿Cómo vas a irte al monte? —preguntó la anciana sin dejar de llorar.

—Pues viajaré a Nueva York. Sí, eso haré. No sé cómo, lo haré —aseguró Julia, desafiante, exaltada, mientras rebuscaba entre las pertenencias de su habitación.

Unos fuertes golpes en la puerta alertaron sus instintos a la vez que sumió la casa en el más absoluto silencio. Julia miró a su madre. Corrió, se alzó sobre una silla ante el armario y sacó una pistola.

—¡No! ¿Qué vas a hacer? —exclamó la madre.



Una piedra enorme rompió el cristal de una de las ventanas. A continuación, fueron decenas las que entraron. Los brutales porrazos contra la puerta hicieron palidecer a la anciana mientras Julia cargaba el arma con rapidez.

—¡Ya está bien de huir! —exclamó conforme se dirigió, valiente, con paso decidido, hacia la puerta.

—¡No! ¡Te matarán! —gritó la anciana.

Julia retiró la silla, notando fuertes golpes en la puerta. Asintió, estiró el cuello y puso la mano sobre la manilla. Resonó un trueno fuerte, muy fuerte. Abrió violentamente y apuntó con su arma a la frente de la persona que se hallaba delante con el dedo en el gatillo.

—¿Es usted la señorita Julia? —preguntó un sargento de uniforme militar, bajo la lluvia, tragando saliva.

Julia levantó la mirada y pudo comprobar cómo la plebe se alejaba perdiéndose entre las sombras. Todos se habían marchado. La tormenta bañaba las calles vacías, alumbrando con sus relámpagos las casas mudas. Ante ella solo estaba aquel sargento, acompañado por dos militares más, sudando su miedo con la vista fija en el cañón de la pistola.

—¡Oh, disculpe! —exclamó y bajó el arma, para descanso de los militares.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el sargento.

—Sí, sí. ¿Quieren pasar?

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el sargento observando los cristales rotos, los maderos y las piedras dispersas por el suelo.

—¿Quieren un café o un licor? —insistió ella como si nada pasara.

—No, gracias. Tenemos prisa, nos esperan en el regimiento. Nos manda el general, quería que le entregara en persona esta nota.

Julia observó la carta y su mentón tembló.

—Ya lo sé, lo dijeron en las noticias. La División Azul... Mi José... —murmuró apenada.

—La BBC mintió. Fue una gran victoria, lea la carta —le contestó el sargento.

Julia, con los ojos y la boca abierta hasta el infinito, abrió el sobre y sus ojos se inundaron, el arma le cayó al suelo y sus rodillas temblaron.

El sargento sonrió.

—La noticia la están radiando continuamente —aseguró.

Julia apoyó la carta contra su pecho y comenzó a llorar. Su madre corrió a conectar la radio:

“Nuevo parte de guerra. Radio Berlín respondió esta mañana a la BBC con una épica crónica de la batalla de Krasny Bor, en la que nuestros gloriosos voluntarios se enfrentaron en las nevadas estepas rusas contra las hordas bolcheviques. En menos de 24 horas, los heroicos combatientes españoles sufrieron un total de 2252 bajas, pero los soviéticos han perdido más de 14.000 hombres y han tenido que ceder en su ofensiva ante el valor de unos miles de divisionarios españoles en una jornada funesta para el Ejército Rojo, en la que la División Azul escribió una página llena de heroísmo para la patria y la historia.”

—¡Está vivo! —aseguró Julia, abrazándose a su madre.

A finales de septiembre, parte de la División Azul se había recuperado del duro golpe sufrido. Los rusos no emprendieron ninguna acción bélica más allá de escaramuzas aisladas y pequeños bombardeos de castigo. En las trincheras se respiraba un ambiente de triunfo, solo ensombrecido por las dudas sobre las acciones que podrían desarrollar los rusos.



—¿Has oído el discurso de ese general alemán? —preguntó José desde su puesto de observación.

—Sí, he oído el discurso de ese nazi cabrón: «Si en el frente os encontráis a un soldado mal afeitado, sucio, con las botas rotas y el uniforme desabrochado, cuadraos ante él, es un héroe, es un español...». Pero él no ha venido aquí a pegar un solo tiro, el muy hijo de puta, ni nos cubrió con sus cañones, ni envió a sus soldados —contestó Nicolás sentado en lo más hondo de la trinchera, propinando largas caladas a un cigarrillo mal liado.

—La próxima ofensiva rusa será diferente, no se plantearán nuestra posición a la ligera, nos barrerán. Espero que nos envíen antes para casa.

—¿No estabas buscando una bala?

—Llevamos demasiado tiempo aquí.

—Dime, José, me comentaste que Julia amaba a otro hombre, ¿de dónde has sacado eso?

—Leí una carta. Recibe una cada mes. Ella no lo sabe, pero el cartero controla todo el correo.

—¿Qué cabrón...!

—No es cosa mía. Se hace con todas las personas cercanas a los altos mandos.

—Digo cabrón el cartero. Las lees todas, supongo.

—No, solo leí la primera. No quiero saber nada más.

—Entonces, realmente no sabes nada. Tú que la conoces bien, ¿crees que está contigo realmente para que la protejas de sus crímenes?

—No lo sé. No creo, supongo que no. ¿Qué crímenes?

—¿No te ha dicho que estuvo en la quema de San Pascual? En el frente de Teruel la llamaban Carmela y, ahora que lo pienso, se echó un novio ruso. Pero no hagas caso, no le duró mucho.

José se quedó en silencio.

—¡Nos marchamos, nos marchamos a casa! —gritó de pronto un cabo primero que, saltando como un loco, recorría las trincheras exaltado.

Nicolás alzó la cabeza de inmediato.

—¿En serio? ¿Eso es verdad? —preguntó.

—¡Es una orden directa de Franco! ¡Ha ordenado la repatriación de la División Azul! —insistió el suboficial.

—Por eso los alemanes nos adulaban tanto, no quieren que nos vayamos —apuntó José.

—A ver si van a convencer a Franco de que nos quedemos aquí —murmuró Nicolás.

—No creo; cuando el Generalísimo da una orden, no hay vuelta atrás —aseguró José.

—¿Por qué lo hará?

—A pesar de lo que dice Radio Berlín, todos sabemos que los alemanes han perdido la guerra —aseguró José, pensativo—. Por cierto, Nicolás, Julia me contó lo de San Pascual, lo de Carmela y lo de ese novio ruso.

—Pues entonces, si te lo contó todo y está contigo, ¿por qué dudas de su amor?

A mediados de diciembre de 1943, los voluntarios repatriados de la División Azul llegaban a la estación del Norte en Madrid, con sus medallas y victorias. Con cierta tristeza reflejada en sus ojos, José observaba a través de la ventanilla del tren. La estación de ferrocarril parecía tan gris, oscura, sin vida. El esperado gentío enfervorizado que dos años y medio antes había aplaudido el «¡Rusia es culpable!» no apareció por ninguna parte.

—No hay nadie —expuso Nicolás.



—¿Qué esperabas? —preguntó José.

—¿Una compañía de honores con su música? —insistió Nicolás.

—No digas tonterías.

—¿A los gloriosos héroes de la División Azul no lo espera nadie? ¡Vaya héroes de mierda que estamos hechos! —respondió Nicolás.

—Franco quiere distanciarse de Hitler.

—Nunca entenderé a los fascistas. Soldados que llevaron con orgullo el nombre de España, despertando incluso la admiración entre aliados y enemigos, han muerto... ¿Por nada?

—No. El papel que ha jugado la División Azul ha sido determinante para evitar la entrada de España en esta gran guerra. No lucharon ni murieron por nada; no digas eso, no es cierto. Pero ahora es el momento de mirar hacia adelante. Alemania caerá pronto y nadie querrá recordar que hubo una unidad de españoles combatiendo en las estepas rusas, apoyando a los nazis. Por eso nadie nos espera.

—Tú siempre miras adelante, huyendo del pasado. Reconócelo, casi nos matan por nada. ¡Jodidos facciosos! —replicó Nicolás.

—Alégrate, estás vivo. Ahora nadie podrá recriminarte causa alguna con esa medalla en el pecho. Además, la única persona que yo quería que viniera a recibirnos ha venido —aseguró José, con una gran sonrisa y sin despegar la vista de la ventanilla.

Nicolás se asomó rápidamente y vio a Julia. Estaba sola, con las manos temblando sobre sus brazos y la vista alzada, buscando en cada vagón que pasaba ante ella.

—¡Julia! —gritó con alegría, sacando la mano y medio cuerpo por la ventanilla.

José lo siguió y, en su júbilo, a punto de caer los dos, saltó por la ventanilla y corrió para abrazarla.

Nicolás fue volviendo triste la expresión de su cara, lentamente, hasta desaparecer por completo cualquier rasgo de alegría mientras se acercaba a ellos. Receloso, esperó su propio recibimiento por parte de Julia, que no se hizo esperar.

Al pasear por el andén de la estación, pudieron comprobar que no existía ninguna clase de recibimiento oficial, solo animados familiares que esperaban a los suyos, impacientes por tenerlos en sus brazos.

Con un saludo marcial, José se despidió de los mando a los que había servido en tan cruenta batalla y los vio alejarse, sin recibimiento ni honores, solos, con sus familias.

—¡Vamos! En media hora sale un tren para Castellón —apresuró Julia.

—¡Ah, dulce hogar! —exclamó José y la abrazó fuerte, sin querer soltarse de ella, a punto de romper a llorar.

—¿Estás bien? —preguntó Julia.

—Está bien —aseguró Nicolás.

—Tenía tanto miedo de regresar y que no estuvieras... —aseguró José y la besó dulcemente en los labios.

Y ella lo correspondió.

—Pero ¿qué pasa? Aún perderemos ese tren —protestó Nicolás.

Llegaron de noche a la estación de Villarreal de los Infantes. La ciudad parecía desierta, nadie circulaba ya a esas horas. El pitido del tren sonó con fuerza mientras se alejaba hacia Castellón.

—¿Nos vemos mañana? —le preguntó Julia a Nicolás.

—¿Ya me echáis?



—Sí —sonrió ella.

—Vaya, tendréis mucho de qué hablar.

—Ya es tarde, Nicolás. Pero ven y comamos algo en casa antes de ir a descansar —dijo José.

—¡No! —exclamó Julia—. Esta noche eres todo mío, solo mío.

—Zorra —contestó Nicolás con una ancha sonrisa.

Por las calles vacías, luciendo su uniforme militar, Nicolás regresó en solitario hacia su casa, observando cada edificio reconstruido, las marcas ocultas de la metralla en las paredes, la ciudad que quería revivir y dejar atrás la guerra que la asoló. Sus padres lo esperaban con ansiedad, le tenían preparada una cena de marisco del puerto de Burriana y vino blanco, como a él le gustaba. Los ancianos estaban felices. Por fin podrían vivir en paz, no temer más por la suerte de su hijo.

—¡Eh, Nicolás! —se escuchó un susurro en un cantón, al lado de su casa.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Soy yo, el Pacheco.

CAPÍTULO 30 · REPRESIÓN

La Segunda Guerra Mundial terminó con la derrota del fascismo en Europa. No pocos republicanos en el exilio creyeron que España sería liberada entonces de la dictadura militar. Así, numerosas guerrillas antifascistas cruzaron los Pirineos, los planes de atentados contra el Generalísimo se multiplicaron y los maquis intensificaron sus acciones bélicas. Era el momento tan esperado. Sin embargo, nada ocurrió.

El tiempo pasó y las esperanzas se agotaron. Los Aliados se habían conformado con emitir sanciones económicas y alzar la voz tímidamente contra la brutal represión que salpicaba de sangre a la nueva España.

Aquel día de primavera de 1946, Nicolás acabó su jornada en el colegio, donde ya había sustituido a su padre como profesor de lenguaje, y regresó al hogar un poco más tarde de lo habitual. El repaso de las evaluaciones de mayo le había llevado su tiempo. Había anochecido. Él no era un hombre que saliera a menudo ni al que se viera por locales de alterne. No tenía amigos. Fuera del trabajo permanecía encerrado en casa, leyendo, viviendo otras vidas en su mente, escribiendo poemas que no entendía más que él, sangrando su alma hecha tinta sobre el papel. A menudo se sentía derrotado por haber perdido su revolución, avergonzado por haber luchado contra los comunistas en Rusia, desgraciado por no haber encontrado un amor puro, traicionado por sentirse rechazado por quien más amaba.

Esa noche, mientras Nicolás leía en el viejo escritorio del despacho de su padre, recitando sus propios poemas, el viejo Pacheco avanzaba con un candil en la mano por una oscura galería. Recorría en silencio las cuevas que llegaban hasta su antiguo hogar. La casa estaba abandonada y su situación la convertía en el lugar indicado para penetrar en el centro de la ciudad sin ser visto. Ataviado como un afable anciano, con muleta de tullido y ropas viejas, salió de la casa y se acercó sin levantar sospechas hasta la fachada de los maestros. Saltó como un gamo el seto del jardín, cruzó el patio y se coló por una ventana.

Cuando Nicolás entró en su habitación, el Pacheco lo esperaba sentado en un pequeño sofá, con un purito en la boca y la pistola sobre la mesilla. En las manos del anciano,



la medalla que le habían otorgado al divisionario por su valor en Krasny Bor.

—Mataste muchos rusos, ¿eh, cabrón? —le dijo el Pacheco dando una profunda calada.

—Unos cuantos. ¿Un chato de mistela? —preguntó sacando una botella del mueble bar.

—¿No tienes cazalla? Me gustaría una *barretxa* suave, suave.

—No —respondió Nicolás y llenó el vaso con mistela.

—Bueno, al menos, eres un héroe de guerra, un condecorado soldado de la División Azul. Y eso nos viene bien. Nadie te persigue, nadie sospecha —aseguró el Pacheco y lanzó la medalla sobre la mesa, como si nada fuera.

—No deberías venir tan a menudo —le recriminó Nicolás—. No es noche cerrada, cada vez te confías más. Acabarás con un tiro en la cabeza si alguien te reconoce. Y harás que me peguen otro a mí.

—Necesitamos que nos ayudes, tenemos un plan muy ambicioso.

—Ya os he ayudado bastante. Estoy harto de financiar el comando y no ver titulares —le contestó Nicolás.

—Será impresionante, un gran titular. Lo cambiaré todo.

—¡Bah, eso dices siempre! Mucho ruido y pocas nueces.

—Ya sabes que el Juan txu es muy escrupuloso, no quiere víctimas inocentes. Es muy selectivo, quizá demasiado; pero hace bien su trabajo, las bombas explotan de la hostia. Les mete miedo en el cuerpo.

—¿Inocentes? ¡Que tontería! ¡Y qué vamos a hacer? ¡Matarlos de miedo? Dile a ese vasco que se acabó. Además, es el momento de dejarlo por un tiempo. Las cosas se están poniendo feas.

—Sí, eso es verdad. Esos cabrones han acabado con los maquis de la zona. Pero no saben nada de nosotros, y esto

no se lo espera ni Cristo. No hay prisa, todo está planeado, será en Madrid y, a ver si adivinas: es un pez muy, muy gordo y con bigote, un esmirriado bigote.

Nicolás lo miró interesado.

—Se necesitará tiempo y bastante dinero —apuntó el Pacheco.

—Muchos lo han intentado y han fracasado.

—Tenemos un contacto que nos lo pondrá fácil.

—Quiero participar activamente —exigió Nicolás.

—Eso es imposible, Juan txu no lo aprobaría. No se fía de tu cara, piensa que le has mentido. No se cree que Carmela muriera en el frente de Teruel.

—Pues dile que busque él las pesetas.

—¡Nicolás! —se escuchó por las escaleras.

—Sí, ¿qué quieres madre? Estoy ocupado.

—Julia está aquí.

—Que suba. ¡No, mejor que no suba! ¡Un momento! —exclamó Nicolás nervioso.

El Pacheco lo miró alzando la cara, estudiando atentamente aquella extraña reacción un tanto delatora.

—Debes marcharte. No tengo muchas visitas y no quiero hacer esperar a una amiga, debo guardar las apariencias —le dijo Nicolás.

—¡Claro, ya lo tengo! ¡Tu amiga Julia es Carmela! ¡Dicen que ella estuvo en el frente de Teruel! ¡Qué zorra! ¡Cómo no lo pensé? ¡Quién si no? —sonrió el Pacheco.

Por un momento se hizo el silencio en la habitación.

—Dile al Juan txu lo que hay: financiaré el golpe siempre que yo forme parte directa del comando. Estoy cansado de poner dinero y quedarme sentado a esperar noticias. No hay más. Y ahora, lárgate de una vez —le espetó Nicolás y abrió la puerta de la ventana que daba al patio.

El Pacheco descendió arrastrándose por la pared y salió al jardín, cruzó el patio y saltó el seto. Observó la calle con atención, tomó su bastón y comenzó a caminar por la acera con una acentuada cojera.

Julia era la única persona del pueblo con la que Nicolás mantenía una amistad, con la que reía y lloraba, con la que recordaba e inventaba. Ella lo visitaba a menudo los viernes, cuando salía de la casa de socorro donde trabajaba como enfermera. Le llevaba noticias, chismes y libros, muchos libros.

Era viernes y, como era costumbre, en cuanto entró ella por la puerta, Nicolás le dio un beso y realizó las mismas preguntas de siempre.

—¿Cómo estás? ¿Y José? ¿Lo has visto?

—Está bien. Lo tienen absorto en Madrid, apenas viene a verme.

—Se habrá echado novia allí. —Nicolás sonrió de forma burlona.

—No digas eso. Ya sabes que trabaja duro en su proyecto —contestó ella.

—Si sigue por ese camino, un día tendrá un susto.

—Huele a humo. Mejor dicho, apesta a tabaco, y no me creo que ahora fumes.

—He tenido visita; aunque tampoco sería la primera vez que fumo.

—Vaya. ¿Y es guapo?

Nicolás la miró con cierto enfado.

Y ella le miró como esperando una respuesta.

—No es eso —dijo al final—. Era el Pacheco, están por la zona. Se acercó a verme él solo; aunque seguramente no andarán lejos el Peseta, el catalán, y el Juantxu, ese puto vasco de los cojones.

—Me dijiste que ya no venían por aquí —comentó Julia.

—No te preocupes, van de paso. Parece que toda la mierda se está removiendo otra vez.

—La Guardia Civil ha detenido a un buen número de guerrilleros. Debes tener cuidado, alejarte de ellos. Los han matado a casi todos y fusilarán al resto. Los demás están huyendo de nuevo a Francia. ¿Qué se esperaban, que los Aliados invadieran España?

—Algo así.

—¿Y tú a veces me llamas ilusa? ¡Con la que tienen liada con los rusos en su nuevo orden mundial! ¡Por favor! A los americanos, a los ingleses y a los franceses les interesa una España con un Gobierno militar, católico y anticomunista. No van a hacer nada. Mi amada República está muerta y enterrada.

—Lo sé, por eso me los he quitado de encima.

—Estás seguro, sí.

—Tranquila, no volverán.

—¿Aún siguen buscando a una tiradora, a Carmela?

—No me ha dicho nada sobre eso. Ha pasado mucho tiempo desde que vinieron la última vez. Estarán en otras cosas. ¿Quieres una chatito de mistela?

—Vale, pero saca un vaso limpio, no me voy a beber las babas del Pacheco.

—¿Ha conseguido algo José? A veces temo por él.

—Las cosas, cada día, poco a poco, parecen mejorar.

—Ahora eres tú la ilusa —sonrió Nicolás.

—Está liberando a los presos. Mucha gente está regresando a Villarreal sin cumplir su pena por completo, y eso ya es mucho.

—Franco va cediendo ante las presiones internacionales. No lo hace por humanidad ni caridad, esa hiena sedienta de sangre sigue fusilando a muchos de los nuestros.



—José ha conseguido recabar numerosa información sobre los juicios y sentencias. Los tribunales militares han dictado unas 50.000 penas de muerte desde que acabó la guerra, de las cuales ya se han ejecutado la mitad. Me dan arcadas solo de pensarlo. Esta sangría debe parar algún día. Y es posible que logre algo, tiene propuestas serias.

—¿Qué te hace pensar que los carniceros puedan cambiar su estrategia asesina?

—España necesita liberarse de las cadenas que arrastra, abrirse a los mercados extranjeros y contar en la nueva era que nos trae el final de la guerra en Europa. Hasta Franco sabe eso. Además, José está trabajando con el tema de las adopciones de los niños de la guerra. Si consiguiera que las madres pudieran seguir con sus hijos o que pudieran criarlos sus familiares...

—No lo conseguirá, los franquistas no quieren que los niños crezcan sabiendo la verdad. Se los llevan lejos y les lavan el cerebro para que odien a los que lucharon por la libertad, para que repudien a sus verdaderos padres, a los que han asesinado vilmente. Tu novio no conseguirá nada, si acaso que le peguen un tiro.

Julia miró por la ventana y bebió un sorbo de mistela. Las primeras flores de aquella primavera tardía adornaban el jardín y las polillas nocturnas revoloteaban alrededor de la luz del candil. Y apretó los labios con una amarga expresión. Ella también tenía miedo de que algo le pudiera pasar a José, pero prefería ignorarlo, quería creer que las cosas podrían cambiar en la nueva España.

—Nicolás, tú no luchabas por la libertad.

Nicolás sonrió y se levantó.

—¿Qué más da ahora por lo que yo luchara? Julia, no pararán nunca de matar gente. ¡Y a saber lo que les harán a

esos niños! Ahí solos, encerrados en manos de los malditos curas, sin más ayuda que la vara y la cruz, abandonados en los hospicios —añadió él.

—Dime, ¿por qué siempre has odiado a los curas?

Nicolás se volvió hacia ella, como movido por un resorte, y la miró fijamente.

—José me contó que estuviste en un seminario, que lo pasaste muy mal hasta que tus padres te sacaron de allí. Pero no sé más. Cuéntamelo. ¿Qué te hicieron? ¿Por qué tanto odio?

—No pasó nada.

—¿Nada?

—¿Sabes?, José me contó una vez que tú amabas a otro hombre.

Julia se quedó blanca. No se esperaba aquellas palabras y su corazón dio un vuelco. En su mente, la imagen del capitán Ivanovich apareció de pronto.

—Fue en Leningrado, en la línea del frente, tras la muerte de Marcelino —insistió Nicolás.

—Eres un idiota, eso no es posible. Yo siempre he amado a José. Ya quieres deshacerte de mí y de mis preguntas. Pues si no quieres, no me cuentes lo que te hicieron los curas, la verdad es que me importa bien poco a estas alturas.

Nicolás se sirvió otro chato de mistela y colmó el de ella. Y se relajó en la silla.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No... Bueno, sí, te escucho —contestó ella—. Un día me volverás loca.

—Pasé dos semanas en ese seminario, siendo muy joven. Solo era un pobre niño de apenas diez años al que le gustaban las muñecas y se hacía pis encima. Al cuarto día, uno de los monjes me llevó a una celda, donde habitaba y rezaba



enclaustrado. Quería curarme, decía que yo estaba enfermo. Me pidió que me desnudara por completo. Cerró la puerta, no quería que me pudiera resfriar. Se sentó a mi lado, en la cama, y posó mi mano en su entrepierna y la suya en la mía. «Este es el fruto del pecado», me decía mientras me acariciaba. Tomó mi cabeza, la inclinó y me metió en la boca su...

—¡No sigas! —exclamó Julia—. No quiero saber más.

—¡Ahora te escandalizas? Me llevó a esa celda día sí, día no. Unas veces solo y otras en compañía. Solo mis padres me creyeron. Me dejaron el culo como un bebedero de patos. Siempre lo negaron, decían que eran imaginaciones mías debido a mi grave enfermedad. Era maricón y, como tal, yo debía culpar a los demás por ello. ¡Hijos de puta! Aun les aseguraron a mis padres que rezarían por mi alma pecadora.

—Dios, ¡cuánto has debido sufrir por ser...!

—Julia, yo nunca he sido maricón. Además, siempre te he amado. Has sido y eres una mujer extraordinaria. Nunca te has percatado, ya que solo tenías ojos para José y te gustaba creer que yo era mariquita.

Ella se sentó a su lado, sin saber qué decir. Bebió el resto de la mistela y lo miró un tanto perpleja.

—¿Me estás tomando el pelo? Vamos, nos conocemos hace muchos años.

—José leyó la carta que te envió Iván. Se quedó deshecho, por eso se marchó al frente ruso.

—¡Dios mío! —exclamó ella.

Exactamente un mes después, Julia y José contraían matrimonio en la Arciprestal Sant Jaume, a la que ahora llamaban Arciprestal San Jaime. Fue una ceremonia impresionante, de pasillo rojo y miles de pétalos. Ella vestida

de blanco inmaculado, y él con el traje de militar. Cientos de personas corrieron a ver la boda, a la novia que llegaba en un carro de lujo tirado por corceles negros. Incluso el general y algunos políticos se acercaron desde Madrid para acompañar a la feliz pareja. Diez niñas preciosas y de mofletes sonrojados esperaban haciendo pasillo, cada una con su ramo de flores. Andrés la tomó del brazo y recorrió feliz la iglesia con su hermana desde la puerta al altar, donde se la entregó a un pletórico José. La iglesia había recuperado su esplendor, y las llamas inquietas de los cirios iluminaban la mirada emocionada de Julia.

—Sí, quiero —se dijeron.

Y un beso enamorado selló su amor por siempre.

Más de cien invitados que no pararon de reír, discutir y bailar asistieron aquella noche al banquete celebrado en los salones del Casino, especialmente preparados para la ocasión. Solo hubo una ausencia destacada para ellos, aunque para nadie más, la de Nicolás.

Pasada la tempestad, los dulces y el champagne, la pareja, abrazada, permaneció durante un tiempo observando la ciudad desde el balcón de su nueva casa, que no era más que la vieja masía de los padres de José hecha mansión. Una enorme luna alumbraba sus corazones enamorados, las estrellas resplandecían ante sus pupilas mientras las hojas de los naranjos se cubrían de rocío en aquella noche mágica.

—Ha sido un día maravilloso —comentó Julia.

—Ya lo hemos hecho. Creí que nunca nos casaríamos —murmuró José a su oído, y la besó en el cuello, deslizando su melena negra hacia atrás.

—Nunca me lo pediste, al final tuve que hacerlo yo... Idiota —le dijo ella.



José se vio inmerso en la vorágine política que consumía el país, dejándose tentar por carlistas, pequeños hacendados y empresarios de la ciudad, sin olvidar su rango militar ni el huerto ni las vacas que heredó de su padre. Tras la helada de 1946, que casi acabó con la producción agrícola en Villarreal, empezó a invertir en varias empresas de construcción y a organizar parte de la exportación de la naranja al extranjero. Una nueva vida se abría ante la pareja, donde nada faltaba. Sin embargo, el estigma de la represión estaba ahí y cada día lo veían en la calle, en las tiendas, en cualquier lugar donde tantos sufrían todavía la terrible carga de haber perdido una guerra.

Aquel día, José llegó a Madrid con un nuevo informe que acreditaba los abusos que sufrían las mujeres presas en diferentes cárceles y documentaba las quitas de bebés a las acusadas de haber colaborado con los rojos en algún momento, un duro trabajo que incluía torturas a los familiares de los huidos, violaciones y el fusilamiento de numerosas embarazadas, y donde, además, denunciaba las prácticas fraudulentas de la Contribución Patriótica y las arbitrarias penas impuestas por el Tribunal de Responsabilidad Política a miles de familias que todo lo habían perdido ya.

—¿Da su permiso, mi general?

—¡Coño, José! Ya has llegado. Pasa, pasa.

—Le traigo...

—Espera, ¡qué prisa! ¡Qué bien te veo! ¡Cómo está tu mujer?

—Bien, muy bien. Le manda recuerdos.

—No creo.

José sonrió.

—¿Qué me traes ahora? —preguntó el general.

—Si queremos el reconocimiento y la ayuda de las naciones democráticas, tenemos que acabar con todo esto de una vez —dijo José y posó la carpeta sobre la mesa del general—. ¿Pudo leer mis propuestas?

—Sí. Tus argumentos son contundentes, dignos de estudiar y reflexionar. No son baladí, y me avergüenza al extremo que se está llegando.

—Mi general, es monstruoso.

El general estiró la mano y se hizo con la carpeta que contenía la nueva documentación que José había recopilado.

—El país necesita un golpe de timón —comentó repasando aquellos papeles.

Sin pronunciar más palabras y dejó la carpeta sobre la mesa.

—¿Qué piensa el Generalísimo de esto? —preguntó José.

—No lo sé, pero ten por cierto que es sabedor de todo cuanto ocurre a su alrededor. No ha dicho nada de tus propuestas.

—¿De hasta a qué extremo están llegando estas barbaridades también es consciente? Esto no es perseguir al enemigo, ni extirpar la semilla roja, es un exterminio, y me preocupa mucho. Ya sabe lo que le ocurrió a Julia, cualquiera puede ser víctima —insistió José señalando la carpeta.

—No, de eso no creo que sepa mucho. Él no aprobaría algunas cosas que reflejas ahí, de hecho, las censura.

—¿Y no ha dicho nada?

—No te sulfures, eso es bueno, quiere decir que está evaluando tu proyecto. Si no le gustara, ya lo sabrías.

—Hay muchas personas en la cárcel, y todos sabemos que la gran mayoría no son culpables de nada. Algunos no saben ni por qué los han detenido ni por qué siguen presos tras tantos años. El país necesita paz, esa gente debe volver a sus



casas y crear riqueza con su trabajo y esfuerzo. El estado de guerra debe ser abolido de una vez si queremos los apoyos internacionales que precisa España para crecer.

—Deberías hablar con algunos de tus amigos, esos militares influyentes al lado de quienes luchaste. A este paso necesitarás ayuda. Ya sabes que hay quien opina que todos los presos deberían ser fusilados, sin tan siquiera ser juzgados; para ellos, todos son rojos. No te olvides del clero, es importante, y busca apoyos entre los monárquicos, o mejor no, que no se te relacione mucho con ellos.

—¿Usted cree que la Iglesia...?

—Hay de todo. Unos esconden a sus feligreses, otros se pasan el día denunciando. Te será fácil saber quién es cada cual. A quien se te acerque hablándote de penas y guerra, exigiendo, no le pidas ayuda, ni se te ocurra, solo busca venganza. Aquel que solo escuche y nada hable, ese puede ser un cristiano de verdad. Cerca de tu pueblo hay un buen tipo, quizá lo conozcas, es de Burriana, un tal Tarancón.

—Algo he oído de él, pero no he tenido la oportunidad de conocerlo. Dicen que es un cura rojo.

—Pues hazlo, no existen los curas rojos. Además, hoy día, como antes decías, todos podemos ser rojos en cualquier momento.

—¿Cuento con su apoyo, mi general?

—José, José... Si no creyera en tu proyecto, no se lo hubiera presentado al Generalísimo. No te impacientes. Dale tiempo al tiempo.

—Se lo ha presentado, ¿verdad? —se atrevió a preguntar, de forma firme.

El general se levantó de su sofá, bebió una copa de brandy y se posó ante José. Lo observó por momentos y resopló ligeramente, incapaz de mentirle.

—Creí que salvando a tu amigo maricón entrarías en razón, que te dedicarías a tus funciones militares, que tras casarte con esa joven sentarías la cabeza. Pero veo que no.

—Eso quiere decir que...

—José, escúchame atentamente. Solo te lo diré una vez y espero que sepas tomar la decisión acertada. Desde el día en que me salvaste la vida en aquel río me he sentido en deuda contigo. Es más, con el tiempo he llegado a considerarte el hijo que nunca tuve. Y estoy muy orgulloso de ti, no me equivoqué contigo. Eres un gran hombre —aseguró el general y, dicho esto, se ladeó y sacó de un cajón una carpeta con toda la documentación que José le había entregado, sus propuestas y estudios.

—Veo que no le entregó nada al Generalísimo.

—Calla y escucha. Hace tiempo me salvaste la vida, hoy considero mi deuda pagada —sin decir más, el general se acercó a la chimenea y tiró la documentación al fuego.

José comprendió y observó en silencio cómo las llamas consumieron años de estudios e investigaciones, y un sin fin de ideas y propuestas para una conciliación nacional y una apertura internacional. Y no pudo más que realizar un pequeño chasquido de lengua.

—Por mucho menos que esto, muchísimo menos, grandes amigos míos, con mayor proyección e influencia que la mía, han sido destituidos o encarcelados. Las intenciones de los gobernantes de la nueva España siguen fijas en erradicar por completo cualquier brote comunista, y eso exige el exterminio por completo de los sospechosos, el desmantelamiento de sus familias y la dispersión de los niños. Esos zagales no pueden crecer con el estigma de ser los hijos de unos rojos. Por desgracia, ir contra estas premisas es objeto de recelo y persecución, no de reflexión —asintió el general—. Ahora, dime, ¿prefieres ser parte de la solución o del problema?



José no contestó. Por un momento rondó la habitación bajo la mirada inquieta del general.

—Julia me habla a menudo de Nueva York. Tiene una amiga allí, creo que le gustaría viajar —murmuró finalmente.

—¿Piensas abandonar el país? —le preguntó el general.

—Esta no es la España por la que luché —acertó a decir José, y se colocó la gorra para salir del despacho.

—No, tienes razón. Esta no es la España por la que luchamos ni tú ni yo. ¡Es la España de Franco y es necesario que lo aceptes cuanto antes! —le espetó el general conforme José salía por la puerta. Luego bebió un largo trago de brandy. Tomó la nueva carpeta que José había traído, que aún permanecía sobre su mesa, y la guardó en el cajón, junto a la copia de la documentación que acababa de quemar en la chimenea. —Esto te mantendrá a salvo, José. Yo le entregaré tus ideas a Franco en mi nombre, y que sea lo que Dios quiera.

De pronto, la puerta se abrió de nuevo.

—Mi general —dijo José.

—¿Sí? —contestó el general, apresurándose a cerrar el cajón.

—Julia está embarazada. Voy a tener un hijo. Necesitará un abuelo.

—¡Coño! —exclamó el general.

La llegada del pequeño Joselito llenó el enorme vacío que tantos seres queridos habían dejado en los corazones de José y Julia. La casa parecía albergar toda la felicidad del mundo con los pequeños grititos y los incesantes llantos del bebé. Y con los constantes reproches y consejos desvividos de la madre de Julia, hecha toda una abuela.

José, sin proponérselo y a pesar de su temprana edad, fue nombrado general por sus méritos, valor y conducta ejemplar. Sin embargo, él siempre pensó que fue una forma tajante de alejarle de los turbulentos días en que la oposición a Franco era más abierta en el propio fuero interno de Madrid. Los altos mandos considerados posibles disidentes al régimen eran siempre silenciados con un ascenso en la distancia o con la cárcel. Así, fuera como fuera, llegó destinado a la comandancia de Ceuta, donde pasó sus últimos días de uniforme en el Hacho.

Apenas un año después, a finales de 1948, gracias a la constante actividad política que ejercía y a sus numerosos contactos, logró su mayor deseo: entrar en la reserva militar y regresar a Villarreal de los Infantes, cerca de su mujer y de su hijo. Vendió sus participaciones en la construcción y las vacas, compró las tierras circundantes a sus propiedades y levantó una huerta de naranjos, enorme, salpicada de otros árboles frutales. Mientras su capataz y los mercantiles vendían la naranja en el extranjero, él podaba, pulverizaba, regaba y recogía el fruto con sus jornaleros. Era un hombre de campo que disfrutaba plantando patatas y viendo florecer los naranjos. Le encantaba la flor de azahar, su miel, y más saborear las dulces naranjas, el fruto de su tierra, de su sudor. A menudo se sentaba al final de la jornada para recrearse viendo los naranjos, las aves que los revoloteaban. Y pensaba en sus padres. Le hubiera gustado tanto compartir esos momentos de felicidad con ellos, que hubieran conocido a su hijo Joselito... La vida parecía sonreír a los suyos. Los horrores de la guerra, por fin, quedaban atrás. En los círculos de poder que frecuentaba, todos lo llamaban general y lo respetaban como a un gran empresario. Sin duda, era un hombre de respeto. El general lo visitaba a menudo, a pesar de residir en



Madrid. Nadie dudaba que era el «abuelo» de la familia. Había sido jubilado ese mismo año, de forma fulminante, inesperada para José, poco antes de que, finalmente, Franco declarara el ansiado fin del estado de guerra en España.

—Mi querido José, tu mujer está cada día más hermosa —le dijo el general, sentado en la terraza de la hacienda, contemplando los juegos de Julia con su hijo.

—Es mía. Lo suyo me costó.

—Bueno, me alegro de verte tan feliz. Me han dicho que últimamente te estás metiendo en política de nuevo. ¿Estás bien de la cabeza?

—No, la verdad es que no. Pero no temas, no será necesario que me envíes de nuevo a África.

El general, sonrió.

—Las cárceles se van a abrir pronto, como era tu deseo —aseguró después.

—Vaya, eso sí que es una buena noticia.

—La mayoría de las penas de muerte se van a conmutar por prisión indefinida. Las presiones internacionales y las opiniones de los propios ministros del Gobierno han conseguido derogar en gran parte la política represiva que azota España.

—Julia se pondrá muy contenta. ¿Es verdad que el Generalísimo ha pactado su sucesión con la monarquía borbónica?

—Sí. Pero tendrán que pasar muchos años para que podamos verlo. En realidad, me temo que es un paso más en el asentamiento del nuevo régimen. España avanzaba en busca de un futuro común dentro del marco de la ONU, con el apoyo de Estados Unidos, y necesita mostrar su cara amable. Los discursos y apariciones públicas por todo el país de un magnánimo Franco se hacen más notables. Los años

bárbaros, como decías siempre, han de quedar atrás. No podemos estar dando esta imagen deplorable si queremos crecer como potencia.

—Por eso te jubilaron, ¿verdad? Al final, lo hiciste.

—Uno siempre sabe lo que tiene a su alrededor, lo que ha de hacer. Pero a veces es necesario que alguien te lo recuerde para que reacciones, para que lo veas claro y des ese paso. Quizás alguna frase de las tuyas hiciera reflexionar al Generalísimo, o tal vez ya lo tuviera decidido. No lo sé. El caso es que ahora avanzamos por un camino más correcto. Y no iba a permitir que algunos indeseables te hundieran si hubiera entregado la documentación en tu nombre. Además, ya estaba cansado de ser militar, y tú necesitabas ese ascenso, créeme.

—Entregaste mis proyectos a pesar de que sabías que te podía costar muy caro.

—Era lo menos que podía hacer. Eso o pegarme un tiro. José, a veces pienso que nunca debimos apoyar a Franco. Con su discurso patriota solo buscaba entronizarse, y lo ha conseguido. Cuando veo en lo que se ha convertido España, dudo hasta del Alzamiento Nacional. ¿Tú crees que hicimos bien levantándonos contra la República, desatando esta horrible guerra en la que nadie ganó?

—Quiero creer que era la única forma de detener la revolución comunista. Hubieran arrasado con la República, con la democracia y con nuestra civilización cristiana. Necesito creerlo. Y en esta guerra, sí hubo un vencedor.

—Sí, claro: Franco —murmuró el general—. ¿Sabes? Ahora solo me apetece pasear, ir a pescar, leer... Olvidar. Por cierto, tu amigo ese, el maricón, ha sacado al final un poemario.

—¿Lo tienes? Si no es así te puedo conseguir uno firmado por el autor.



—No, no lo quiero. Ya lo he leído. Son las cartas que te enviaba, aquellas que me enseñaste. Deberías tener cuidado con lo que dice tu amigo por ahí. No le ha dado vergüenza usar tu nombre y rango.

—La verdad es que apenas lo veo. Julia lo visita a veces. Desde que tuvimos a Joselito no ha vuelto a pisar mi casa. Estuve con él un rato, en la presentación del libro. Lo vi muy ocupado, apenas me pudo atender. Parece que le va bien, pero creo que se ha vuelto un desconocido para nosotros.

—Mejor, José, mejor. También quería hablarte de ello. Tu amigo está ganando mucho dinero con sus poemas y lo gasta muy deprisa, demasiado. Lo han visto con ciertas personas nada recomendables, y viaja mucho a Francia y no es a la vendimia. Tu cuñado Andrés lo tiene en el punto de mira y sabes que él trabaja muy bien, es muy metódico y no se dedica a perseguir inocentes ni es afín a la caza de brujas, como hacen otros. No tiene ninguna duda de que Nicolás ordenó el asesinato de su suegro, el doctor Pelayo.

—Mi cuñado siempre tuvo a Nicolás entre ceja y ceja, no es nuevo para mí.

—José, debes escuchar. Andrés ha obtenido numerosos informes de los excarcelados. Esas personas acusan a Nicolás de todo aquello de lo que pensamos que era inocente, incluso de algunas de las violaciones a mujeres.

—No puede ser. Esos excarcelados buscarían un trato mejor, o incluso comprar su libertad denunciando a otro. Es algo común que los presos delaten a quien sea por salir libres.

—No, José, no. Le han proporcionado datos que solo pueden saber quienes los acompañaron en sus crímenes. Además, ya eran libres, no tenían por qué denunciar a nadie. Quizá sea a causa de los remordimientos. Creo que la Bernarda tenía razón cuando presionaba y lo acusaba desde

Madrid. Siempre dijo que su vecina lo había visto claramente. Aleja a tu familia todo lo que puedas de ese personaje, es un sabio consejo.

Con la edición de “Un poema para mi general” y el apoyo de una reconocida editorial catalana, Nicolás dio un gran salto en popularidad. Se trataba de un hermoso poemario de 200 páginas donde arrojó sobre el papel sus emociones y vivencias más íntimas, donde denunció las penurias de la guerra, el horror de las trincheras, los excesos de los soldados y la vejación sobre los vencidos a través de hermosos poemas de amor y tragedia. Sus versos empezaron a ser populares, hasta el punto de que se convirtió en un hombre de letras con prestigio en Europa, adinerado y aclamado, especialmente en Francia.

—General, díganos: ¿Qué opina usted de “Un poema para mi general”? —Asaltaron a José varios periodistas a la salida de la Diputación de Castellón, donde se había reunido con diferentes empresarios, religiosos y políticos de la provincia para preparar una visita al Vaticano.

—Me parece una gran obra —aseguró José.

—¿A pesar de que no habla muy bien de nuestro glorioso Ejército?

—“Un poema para mi general” solo expresa una realidad aplicable a cualquier bando, a cualquier batalla, a cualquier guerra, sea de la antigüedad o de este siglo. Además, creo que usted ya debe de saber que la mayor parte de los poemas son de amor y que están escritos antes del glorioso Alzamiento Nacional. No debe sacarse la obra de su contexto ni del mensaje pacífico que conlleva, ni buscarle cargas políticas que no contiene. Caballeros, solo son poemas —se justificó José.



—Hay quien dice que usted es ese general al que envía sus poemas.

—Por favor, Nicolás escribió esos poemas cuando yo no era ni sargento.

—¿Es cierto que usted es íntimo amigo del poeta?

—Somos amigos de la infancia, fuimos al mismo colegio y luchó bajo mis órdenes en la División Azul. No lo olvide, Nicolás es un patriota y combatió al comunismo en la misma Rusia.

—¿No cree usted que la censura debió tener en cuenta alguno de los poemas?

—La censura debe tener una base sólida para fomentar la cultura y evitar la propagación de bulos y rumores, cuando no insidias comunistas que solo buscan el enfrentamiento entre españoles. Solo así es efectiva. España, como cualquier país civilizado, también debe tener sus pensadores, sus artistas y, por supuesto, sus poetas —comentó José al respecto.

—¿No cree usted que es, por decirlo de alguna forma, una forma velada de oposición al Gobierno?

—¡Qué barbaridad! Pero mire, escuche: una oposición moderada, que no velada, es necesaria en un país moderno para no acabar viviendo una realidad inexistente para el pueblo y la patria. El Gobierno de la República se alió con el contubernio judeo-masónico-bolchevique y convirtió a su oposición en un enemigo perseguido y acosado, y sobrevino el caos y, después, la guerra. Fue necesario implantar militarmente el orden ante el descalabro gubernamental. Se tuvo que reconducir la situación. “Un poema para mi general”, en cierta forma, podría recordarnos a todos algo de lo que ocurrió en el 36 con un claro mensaje: nunca más. No creo que eso sea oposición al Gobierno de España, sino más bien historia.

CAPÍTULO 31 · ATENTADO

En un viejo almacén, situado cerca del cruce de caminos de la localidad vizcaína de Santurce, una furgoneta llegó a las tantas de la madrugada buscando refugio. Recorrió una pequeña carretera de tierra, perdida en un inmenso bosque, hasta llegar a una cochera oscura.

Dos hombres cerraron la puerta en cuanto entró el vehículo, y Nicolás, su conductor, saltó de la cabina dando un leve suspiro.

—Llegas tarde —dijo Juantxu saliendo de las sombras.

—Lo siento, la carretera es un desastre —se disculpó Nicolás.

—Ya sabes, estas carreteras de mierda las hicieron los españoles para ver si nos matábamos los vascos —contestó un joven pelirrojo lleno de pecas, buscando ser gracioso mientras le temblaba la quijada.

—¿Tengo que reírme? —preguntó Nicolás.

—No, no es necesario —aseguró Juantxu.

—¿Quién es este niño tan gracioso?

—Es Jimmy, mi hermano menor.

—¿Qué hace aquí? —insistió Nicolás.

—Nos ayudará. Él sabe mucho de estas cosas.

—Los explosivos están en la furgoneta. Espero que sepáis lo que hacéis. Al final tuve que viajar yo solo a Asturias para traerlos hasta aquí. El Peseta se rajó, el muy cobarde.

—Joder, la hostia, aquí hay bastante TNT como para hacer volar un edificio entero —dijo Jimmy tras abrir la puerta trasera de la furgoneta.

—Sabías que tenías que ir tú, era tu riesgo —apuntó Juantxu—. ¿No querías participar activamente? Además, tuyo es el dinero. Y por otra parte, mejor, pues a saber qué



hubiera hecho ese catalán tacaño con tanto dinero de haber ido él a por los explosivos.

—Ya —murmuró Nicolás.

—¿Algún problema con los proveedores? —preguntó Juan txu.

—No, todo bien. No os retraséis, a las 12:00 h es la misa y a las 13:00 h la recepción en el teatro, así que ha de ser rápido, nada puede fallar —confirmó Nicolás.

—Hemos pensado que igual es mejor hacer detonar las cargas en el escenario del teatro —dijo de pronto Juan txu.

—¿Qué? —se sorprendió Nicolás— ¿Por qué no en la iglesia? Será más fácil.

—Tenemos nuestras razones —aseguró Juan txu.

—Además, en la iglesia morirán muchos inocentes —apuntó Jimmy.

—¿Inocentes? ¿Qué inocentes? Nadie es inocente, todos son culpables. La iglesia estará llena de curas, políticos y militares —espetó Nicolás.

—Y de abuelas, mujeres y niños —lo alertó Juan txu.

Nicolás le lanzó una mirada asesina.

—Con vuestras mierdas y cagadas radicales perdimos la guerra —insistió Juan txu—. No quiero que el día de mañana digan que hicimos una carnicería de niños y mujeres en una iglesia, sino que acabamos con el gran dictador.

—En la puta iglesia no tiene escapatoria. Si muere Franco, nadie reparará en las demás víctimas. Creedme, a nadie le importará una mierda que mueran los jodidos niños y las zorras de los franquistas —apuntó Nicolás.

—Cualquiera diría que eres poeta —sonrió Juan txu.

—Lo haremos en el teatro —insistió Jimmy.

—No te preocupes, caerá quien tiene que caer —apuntó de nuevo Juan txu.

—¿Y si algo falla y no cae? —preguntó Nicolás.

—Te hemos conseguido, a través de un amigo de confianza, dos asientos en un palco frente al escenario, por si te apetece asistir. Cuando la dinamita explote, podrás disparar a quien se mueva en medio de la confusión. Si ese cabrón solo resulta herido, tendrás una nueva oportunidad; cosa que en la iglesia no es posible —contestó Juan txu.

—¿Herido? ¡Coño, vuélalo todo! —exclamó Nicolás—. Así seguro que no escapa.

—No. Solo volaremos el escenario, y cuando Franco haga su discurso. No haremos una matanza por más que te empeñes —dijo Jimmy—. No somos asesinos.

—¿Este es tu hermano o tu maldita voz de la conciencia? ¡Putos vascos con vuestros santos y polladas! ¡Qué poca memoria tenéis! Recordad Guernica, a los fascistas no les tembló la mano —les insistió Nicolás.

—Nosotros no somos fascistas —contestó Jimmy.

—De acuerdo, no hay tiempo para discutir de nuevo el lugar y la forma idónea —asintió disconforme Nicolás, viendo que no tenía opción—. Pero es un error no derrumbar la iglesia con Franco dentro. Y será otro más no colocar toda la dinamita en ese teatro para que vuele por entero. Sí, me pondré en el palco, con el Peseta. Quiero ver cómo ese hijo de puta salta por los aires.

—Tendrás poco tiempo para salir de allí una vez reviente el escenario —le advirtió Juan txu.

—Vosotros, que habéis cambiado el plan, lo tendréis previsto, ¿no? —preguntó Nicolás.

—Sí, claro. Somos profesionales. Lo hemos hablado con los demás. Pierre, el Gabacho, trabaja de técnico en el teatro. Nos será de gran ayuda para entrar las armas y los explosivos. Por lo demás, todo sigue igual. A vosotros os llevará hasta el



palco, y a nosotros hasta los bajos del escenario. Podremos colocar las cargas de forma precisa. No escapará —aseguró Juan txu.

—Bien, pues ya está. Creo que cada uno tiene claro su papel. Espero que todo esté a punto para la recepción. He de volver a Villarreal. Ya no tendremos más contacto entre nosotros. Podría ser muy peligroso. Nos vemos en una semana enfrente del teatro, antes de la misa. Espero que seáis puntuales y cumplidores.

—Lo seremos. Ahora, márchate de una puta vez —le contestó Jimmy.

Como cada viernes, Julia llegó a casa de Nicolás con un libro bajo el brazo y empujando el carrito. No sabía qué pensar. Ya no lo veía tan a menudo y, a veces, se sorprendía de hallarlo en casa. Las palabras de su amigo cambiaban de signo y dirección como el viento. A veces eran afiladas como navajas, hirientes; y otras, llenas de nostalgia y amor.

—¿Lo veo más gordito, o es que me parece a mí? —Sonrió Nicolás al ver el bebé.

—Está más gordote, no veas lo que come. Me ha engordado dos kilos como si nada. No tiene fondo, es como su padre —contestó Julia.

—¿Su padre? No se parece nada a él.

—Pues es su padre, idiota.

—¿Dónde está?

—En Madrid de nuevo. Le han invitado al 10º Aniversario del Año de la Victoria.

—Siempre estás sola —expuso Nicolás como un reproche.

—No digas eso, sabes que no es verdad.

—¿Por qué no lo acompañas?

—¿Cómo voy a acompañarlo? Yo no tengo nada que celebrar, y él lo sabe. Además, está el bebé. No pienso dejarlo solo ni viajar con él tan lejos.

—Ya.

—Nicolás, ¿dónde te metes? Últimamente es difícil encontrarte en casa.

—Viajo mucho, promociono mi obra.

—¿Cómo van las ventas?

—Bien, muy bien. No me puedo quejar. A la gente aún le gusta lo hermoso de un poema, a pesar de todo.

Julia miró alrededor suyo. El cuarto de Nicolás estaba diferente, recogido. Y se extrañó. Normalmente tenía la mesa llena de papeles y escritos, el bar abierto y alguna botella distraída por algún rincón. Sobre una silla vio dos maletas.

—¿A dónde vas? —le preguntó.

—Tengo una oferta en el extranjero.

—¿Nos dejas?

—No digas tonterías, no me necesitáis para nada. Además, la cosa se va a poner muy caliente durante un tiempo.

—Nicolás, ¿qué me dices? ¿No habrás vuelto a las andadas?

—Julia, yo no sé vivir en este país. ¿Sabes qué pensé? Que dejabas todo y te venías conmigo a París, la ciudad de la luz, del amor, a iniciar una nueva vida lejos de todo esto. Hay un mundo de libertad tras este telón de acero que nos oprime. Solo hay que cruzar los Pirineos y no volver nunca.

Julia se quedó en silencio.

—Sabes que no puedo hacer eso —contestó tajante.

—Podrías traerte al niño. Yo podría ser su padre —insistió Nicolás.

—No puedo abandonar a mi marido, a José.

—No te equivoques, él nos abandonó hace mucho tiempo para unirse a los fascistas. No tienes por qué vivir el resto



de tu vida como una vulgar ama de casa, como un ciudadano de segunda solo por ser mujer. Tú vales mucho más. ¿Dónde quedaron tus sueños? ¿Entre costuras y pañales?

—Veo que hablas en serio. Nunca aceptarás que estoy enamorada de José, que lo quiero. Él no es un fascista, hace lo que puede y nos ofrece una buena vida.

—Te has convertido en una burguesa franquista de buen vivir, de vestidos bonitos, paseos matutinos con el carrito y agraciada sonrisa en la iglesia. Está claro que no harás nada por ser quien querías ser. Tu vida es una mentira a la sombra de la gloria y la victoria de los facciosos. Yo no puedo resignarme a vivir sometido el resto de mi vida.

Julia no dijo nada. Aquellas palabras destrozaron su alma, y una lágrima se deslizó por sus mejillas. Observó en silencio a Nicolás jugar con el dedo índice sobre la naricilla del bebé y se dirigió hacia la ventana.

—Perdimos la guerra —aseguró finalmente—. No pudimos hacer nada cuando éramos Gobierno, cuando teníamos un ejército. ¿Qué podemos hacer ahora que no somos nada? Gritar, patear y pegar cuatro tiros hasta que nos maten a todos. Mi gloria es haber sobrevivido; mi victoria, encontrar a José, y mi vida entera es mi hijo. No me llames franquista... Me duele.

—Julia, vente conmigo —dijo Nicolás, serio.

—No, me quedó aquí con José.

Nicolás alzó al bebé con las dos manos, con una expresión cierta de «qué le vamos a hacer».

—¿Un chato de mistela? —preguntó.

Julia asintió y desvió su mirada de la ventana. Se acercó a él y tomó entre sus brazos al bebé.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó a la vez que le ponía el chupete.

—Nada, Julia, nada —contestó Nicolás mientras servía la mistela.

Una potente explosión hizo temblar el centro de Madrid.

Todo lo urdido fue un desastre. Pierre, el Gabacho, tras entregar a Nicolás y al Peseta un pequeño subfusil y dos pistolas y acercarlos a un palco, no pudo soportar su miedo, el temor de ser descubierto, detenido y fusilado. Sin esperar, huyó del lugar dejando la puerta de servicio abierta para que Juan txu y Jimmy, que estaban bajo el escenario ajustando los explosivos, pudieran escapar en cuanto se llevara a cabo el atentado. Los agentes de seguridad enseguida detectaron la anomalía de una puerta de servicio abierta y avanzaron por el pasillo, revisándolo todo. Entonces, detonó la bomba, antes de tiempo, con una tremenda explosión que conmovió y llenó de humo todo el edificio, salpicando de cascotes el escenario y la sala principal del teatro, antes de que la gente ni tan siquiera se hubiera acomodado.

Nicolás, vestido de etiqueta y sacudido por aquella explosión, miró a los lados, atónito. No sabía nada de sus compañeros de comando ni qué había pasado. Se apartó de inmediato de la vista de todos, entre maldiciones y exabruptos. El Peseta, en su impaciencia y nerviosismo ante la llegada de la Guardia Civil, en vez de alejarse discretamente del lugar, corrió hacia la puerta de servicio. Al ver a los agentes en su camino, bloqueando la salida, disparó largas ráfagas con el pequeño subfusil. Abatió a uno de ellos. La Guardia Civil penetró y abrió fuego, acabando rápidamente con él.

Nicolás dio la vuelta y aceleró sus pasos para buscar la salida principal y tratar de huir entre el gentío que se agolpaba



tratando de salir del teatro. Desesperaba por momentos, Franco no había llegado todavía cuando sus camaradas vascos habían hecho estallar el escenario. El dictador debería haber muerto esa misma noche; por el contrario, ahora estaría ya de vuelta y a salvo en el palacio del Pardo, así que debía desaparecer de allí de inmediato. Cabizbajo, aceleró su paso con el revólver oculto bajo la chaqueta.

—¡Eh, usted! —le gritó un agente de la Guardia Civil que lo vio salir del pasillo.

Sin argumentar palabra, Nicolás disparó dos veces, alcanzando al agente en el pecho y el cuello. Y salió corriendo con el objetivo de mezclarse en medio de la tremenda confusión creada. Un férreo control de policías y guardias civiles reconocía fuera del local a la gente que salía del edificio, así que se volvió, buscando una de las puertas traseras de socorro. En su loca carrera, al volver la esquina del pasillo que alcanzaba las escaleras, tropezó con un apuesto militar.

—¿Tú? —exclamó Nicolás.

—¿Qué haces aquí? —preguntó José sujetándolo de un brazo.

Nicolás se volvió a ambos lados, con el arma en la mano, y lo apuntó. Fijó su mirada en los ojos inquietos de José,ladeó la cabeza y apretó los dientes lleno de celos, odio y rabia. Vio acercarse a varios guardias civiles con las ametralladoras en las manos, y disparó, sin pensarlo, por tres veces.

—¿Nicolás...? —llegó a murmurar José, herido en el vientre, sin caer, echando sus manos a la pechera de Nicolás, apretando fuerte con sus puños.

Nicolás disparó a bocajarro su última bala, reventándole el pecho. José cayó muerto, arrancándole un jirón de la chaqueta y un pequeño broche de oro que quedó prieto en su mano cerrada.

Nicolás se quedó por unos instantes con los ojos abiertos hasta el extremo, sus facciones se contrajeron y sus ojos se nublaron. Soltó la pistola y huyó de inmediato, esquivando las balas de los agentes. Finalmente, alcanzó una puerta de emergencia y salió corriendo, mezclándose entre los grupos de personas temerosas que se disolvían por las calles de Madrid.

Aquella noche, las fuerzas de seguridad del Estado llenaron las calles y las vías de salida de la ciudad con estrictos controles, las estaciones de trenes, de autobuses e incluso el aeropuerto y las carreteras secundarias, en busca del comando que había tratado de atentar contra Franco, que había hecho saltar medio teatro en pleno centro de Madrid y asesinado a siete personas en la celebración del 10º Aniversario del Año de la Victoria.

El general, apenado como nunca ante el asesinato de José, viajó a Villarreal de los Infantes acompañado de Andrés y Bernarda. Apenas hablaron nada, a pesar del largo viaje. Una pequeña comitiva siguió el vehículo mortuario durante el camino, desde Madrid hasta el hogar de Julia, para velar al héroe asesinado y asistir al entierro. Numerosa gente se había congregado en la masía de José, trayendo presentes y el pésame a una abatida viuda, una irreconocible Julia, que lloraba sin consuelo posible, decaída y triste como nunca, con grandes ojeras y lágrimas sin cesar surcando sus pálidas mejillas. Vestía de riguroso luto negro de la cabeza a los pies.

La sala de estar, otrora una estancia iluminada y llena de vida, se había convertido en un lugar cerrado, oscuro y con las cortinas echadas, un velatorio donde no se dejaba de orar y llorar.



—Pretendían acabar con el Caudillo y el mayor número posible de personas que asistieran a la recepción. Ese teatro se hubiera convertido en la tumba de todos si no llega a explotar antes de tiempo la bomba que estaban preparando. Les estalló en las manos —dijo el general, sentado ante una mesa con faldilla.

Julia se encontraba acomodada a su lado, en penumbra, a la luz de unas tímidas velas, ante el féretro de José. Observaba como ausente a su madre mecer la cuna del pequeño Joselito. Fue a hablar, pero no dijo nada. El tremendo nudo que tenía en el estómago, las abundantes lágrimas de sus ojos, el dolor y la confusión que nublaban su mente se lo impidieron.

—Malditos asesinos —insistió el general—. Creemos que eran dos los que manipulaban los explosivos. Imposible identificarlos. Un terrorista catalán, apodado el Peseta, fue abatido cuando trataba de huir. Hacía tiempo que se le buscaba.

—¿Él mató a mi marido? —preguntó ella.

—Julia, creemos que Nicolás formaba parte del comando terrorista.

—¿Nicolás? No es posible —contestó rápidamente.

Luego, se quedó en silencio y bajó la cabeza, pensó que tal vez sí. No era la primera vez que oía aquel nombre, el Peseta.

—Uno de los dos detenidos, un francés que trabajaba en el teatro, apodado el Gabacho, ha confesado y lo ha reconocido. ¿Habías visto antes esta joya? José se la arrancó al asesino que lo mató —le indicó el general y le enseñó, sobre la palma de su mano, un pequeño broche de oro en forma de libro abierto.

—Sí, mi marido se lo regaló a Nicolás el mismo día que presentó “Un poema para mi general” —aseguró Julia, asintiendo con tristeza—. ¿Quién es el otro detenido?

—Un tal Pacheco... Un anciano. Es de aquí, de tu pueblo. Es posible que lo conocieras. Luchó durante la guerra en el Ejército Popular. Estuvo poco tiempo en prisión. Era un loco peligroso, un comunista descerebrado. Debió ser fusilado por los numerosos crímenes que realizó en los tiempos de las checas, pero escapó y desapareció.

—Oí hablar de él. Pero no, no lo conozco personalmente —murmuró Julia.

—Ahora sabemos que ese hombre se afincó en Valencia con otro nombre y que daba cobertura a los terroristas.

—¿Lo habéis interrogado?

—Por lo visto, Nicolás no solo denunció al doctor Pelayo ante sus asesinos, sino que también participó en su muerte. Además, acabó con la vida de los padres de José.

Julia alzó las cejas, sorprendida.

—Se lo confesó al Pacheco, en un día de borrachera —aseguró el general.

—¿Seguro? —preguntó Julia, mientras su rostro se transformaba.

—Sí, fue él. ¿Cómo iba a saber de otra forma ese miserable que también mataron al perro a palos, al Matías?

—¿Qué más contó? —insistió ella.

—Tu hermano Andrés se ocupó del interrogatorio, con intensidad. Pero no te preocupes, nadie sabe todavía que fuiste conocida en otro tiempo como Carmela.

Julia lo observó directamente a los ojos.

—¿Lo sabe mi hermano?

—Sí, es nuestro pequeño secreto —continuó el general.

—La guerra terminó, Carmela murió. Este horror debió terminar hace tantos años... Nunca debió iniciarse —afirmó ella, con resignación, y volvió su mirada hacia el féretro de su amado José.



—Estamos de acuerdo. Es hora de hallar de una vez el camino de la paz, de mirar hacia adelante, no de remover el pasado en busca de absurdas venganzas que solo conllevan a una nueva espiral de violencia.

—José trabajó mucho en ese sentido, creía de verdad en lo que hacía. Decía que un futuro digno y en libertad solo se podía construir con la ilusión y fuerza del presente, no desde el odio cosechado en el pasado. Siempre soñó con una España de todos los españoles.

—Eso es muy difícil.

—Ahora ya es imposible. La herida es muy grande. Siempre será imposible —aseguró Julia.

—Este atentado va a significar un grave retroceso en todo lo conseguido por personas nobles como tu marido y, para muchos, justificará el endurecimiento de las leyes. Nuevas purgas, nuevos asesinatos, continua represión. Además, el régimen sabrá explotar en la prensa internacional el peligro de la barbarie roja y la necesidad de mano dura. El Generalísimo no abandonará el poder jamás, se cree el elegido. Nunca pensé que España, tras la guerra, acabaría presa de un cruel dictador.

—General, ya todo me da igual, solo quiero lo mejor para mi hijo.

—Queda huérfano de padre y lo siento tanto... Su marido era una pieza clave para el resurgimiento de una nueva España. Solo hacía falta dejar pasar estos años ignominiosos y que el fanatismo se diluyera. José era un gran hombre, siempre lo fue. Para mí fue como un hijo, así llegué a quererlo.

—Nicolás me lo ha matado, maldito sea —lloró Julia—. ¡Tanto que hizo por él...!

—Nunca comprendí ese sentimiento que os unía.

—Siempre fuimos amigos, desde muy pequeños. Los tres, con Miguelón. No recuerdo una vida feliz sin ellos. José lo quiso y lo protegió como a un hermano. Nicolás acabó odiándolo tanto como lo amaba, pues sabía que nunca sería suyo, que era mío. ¿Lo han atrapado? ¿Lo tienen?

—Es posible que haya conseguido salir de España. Por lo visto, tenían pensado huir a Francia. Me gustaría poder decirte que lo atraparemos, pero no lo creo posible. Aunque siempre cabe la posibilidad de que regrese. De hecho, hemos silenciado su participación en el atentado, la prensa no lo sabe. Quizá si piensa que no sospechamos de él, vuelva.

—No, no volverá —aseguró Julia.

—Ten, no puedo hacer más —le dijo el general, mostrándole unos billetes de barco—. España un día será libre, una democracia. No hay mal que cien años dure. El camino apunta hacia allí con el príncipe Juan Carlos designado como sucesor de esta esperpéntica monarquía regida por Franco. Espero que entonces regreses a tu país, necesitarán gente como tú.

—¿Y esto? —preguntó Julia, sorprendida.

—No te quedes en España. José ya no está y yo no puedo garantizar tu seguridad ni la de tu hijo si un día se supiera de tu pasado. A saber con cuántas personas habló el Pacheco, tratando de salvar su vida, antes de que tu hermano le pegara un tiro.

—Comprendo —asintió Julia.

—Me he permitido redactarte un aval por si tuvieras algún problema durante el viaje o en la frontera. Deberás viajar a Francia mañana mismo y, desde allí, a donde decidas. Es lo más seguro. Tu hermano se ocupará de tu madre, de la finca y de tus finanzas. Yo lo ayudaré.

—¿Él sabe que he de marchar?



—No, sin duda trataría de impedir que te marcharas. Cree que podría arreglar cualquier problema que surgiera, y eso podría resultar fatal.

Julia tomó los billetes y la documentación que el general le entregaba. Luego, asintió de nuevo con una terrible expresión de amargura. No podía arriesgar la vida de su hijo ni la suya quedándose en España, era algo que tenía muy claro. Con la mirada fija en el cuerpo sin vida de José, se sintió tan desgraciada que solo sintió consuelo alimentando el odio que crecía en sus entrañas hacia Nicolás.

—¿Te quedarás al entierro? —preguntó.

—Sí, claro —respondió el general—. Ahora debo marchar, tengo una reunión con un viejo amigo en la comandancia de Castellón. Nos veremos mañana. Tras la misa y el entierro, yo mismo te acompañaré al puerto. No le digas a nadie que te marchas.

Acto seguido, el general se levantó, la besó en la frente, de forma paternal, anduvo hasta la cuna donde estaba el pequeño Joselito y le acarició el mentón. Se agachó y lo besó en los mofletes. Luego, con un gesto de notable pena, dirigió la mirada hacia Julia y abandonó el velatorio. En la puerta, se despidió de Andrés con un apretón de manos y un abrazo, se puso una boina y subió al vehículo que lo esperaba.

Salió de la propiedad, cruzándose con numerosas personas que se acercaban mostrando su luto, y se dirigió hacia las afueras. Aparcó en el puente medieval. Lo cruzó a pie, con los brazos atrás, sin dejar de mirar las aguas caudalosas del río Mijares bajar regando las orillas y aquel viejo edificio, el molino del Terraet. Se apoyó en la piedra del puente. Agachó la mirada, atormentado por la barbarie de la guerra, recordando la jubilosa llegada de la República, añorando un tiempo perdido, una patria asesinada, los miles y miles de

muertos. Y quiso saltar. José no estaría allí para salvarlo. Y lloró. Poco más podía hacer el viejo general.

—Señor, ¿se encuentra bien? —preguntó el chofer, saliendo del vehículo y posando la mano en su brazo.

—En marcha —le ordenó, con un gruñido hecho lamento, mientras regresaba al asiento.

Los meses pasaron. Y los años, borrando las huellas de aquel atentado en el centro de Madrid. Miles de presos «reeducados» fueron liberados de las cárceles españolas. A otros les fueron conmutadas las penas de muerte por prisión. La represión se tornaba sutil y se vestía de gala para ocultar la terrible realidad, la estela de muertos que dejaba atrás. En Madrid se celebraba la inminente aceptación de España en el seno de las Naciones Unidas, con todo el reconocimiento mundial al régimen totalitario de Franco que ello significaba.

Andrés llegó temprano a la pequeña localidad de Alberche del Caudillo, en Toledo. La niebla matinal aún no se había disipado y las avefrías seguían en la campiña, esperando el calor de los primeros rayos de sol. El vehículo de la Benemérita se dirigió por unos caminos rurales hasta llegar a una modesta casa de campo.

Una luz se reflejaba en la orilla del río Alberche. Descendió del vehículo y respiró el aire húmedo, pisando la escarcha que mojaba sus botas. Se ajustó el cinto y el arma, y avanzó. Allí se encontraba un anciano, el general, sentado en una silla de anea, cubierto por una manta y una boina, con la caña de pescar en sus manos y la mirada al frente. A su lado, un candil y una mesa con una botella de vino, restos de jamón ibérico y unas olivas partidas.

—¿A qué se debe esta visita? —preguntó.



—Lo hemos encontrado —comentó Andrés.

El general desvió la mirada.

—¿Dónde?

—Está en París, viviendo y escribiendo sus jodidos poemas en un lujoso ático, a cuerpo de rey, el muy maricón.

—Francia no lo entregará —gruñó el general.

—Lo sé. Por eso he venido. Sus poemas están censurados y su nombre ha desaparecido discretamente del mercado. Tal vez quiera regresar a la editorial para ver por qué han dejado de imprimir sus libros.

—No creo —reiteró el general.

—Sus padres están vigilados y su patrimonio en el país ha sido requisado de inmediato, a ver si así viene. Realmente no sabe que lo estamos esperando.

—Andrés, tu hermana tenía razón: ese maricón nunca volverá a España.

—Es posible. De todas formas, lo tendremos vigilado, tal vez algún día se ponga a nuestro alcance. La prensa anunció que la Guardia Civil había detenido a todos los terroristas implicados en el atentado. Quizá se sienta a salvo y regrese.

—Siete personas han sido fusiladas por haber tenido algún tipo de contacto con el Pacheco y con el Peseta, incluido el dueño del piso donde se reunían en Madrid. ¿Estás seguro de que eran culpables?

—Mi general, yo no soy como el bueno de José. Si hubiéramos actuado como se debía contra Nicolás, desde el primer momento, esta desgracia no habría ocurrido.

—¿Se ha logrado identificar a las dos personas muertas en la explosión?

—No, pero creemos saber quiénes eran. Vamos a realizar una serie de detenciones en las Vascongadas y pronto lo sabremos.

—Y habrá más muertos.

—Por supuesto. Este crimen no quedará impune.

—¿Y tu hermana? ¿Cómo está Joselito?

—No lo sé. Hace tiempo que no escribe. No sabemos nada de ella. Ha desaparecido y creo que para siempre. Ese hijo de puta no solo mató a un gran amigo, a un gran hombre, también destruyó a mi hermana, me robó su felicidad y a mi sobrino. Mi madre no se repone del terrible disgusto. ¿Seguro que no podemos hacer nada? Si mueve sus contactos yo podría...

—¡Ni se te ocurra! ¿Por eso has venido?

—Necesito su apoyo, que hable con el comandante. No me costaría nada cruzar los Pirineos y pegarle de tiros a ese miserable, lo tenemos todo bien estudiado.

—Escucha, Andrés... Que el odio no te ciegue. En estos momentos tan delicados para nuestro país, tiempos de resoluciones en la ONU, ni Franco ni el Gobierno nos permitirían pegarle un tiro en París a nadie. Andrés, sé lo que sientes. Yo mismo iría a volarle la cabeza a ese maricón. No puede ser. Un desliz internacional como ese, ahora, puede significar mucho para España. Y asesinos como él, lamentablemente, hay muchos que huyeron... y otros que siguen matando, deshonrando el uniforme que lucen.

EPÍLOGO

Nicolás pasó varios años viajando por Francia, Inglaterra, Italia y otros países de Europa, donde fue exaltado como un héroe antifascista, un superviviente de la barbarie fascista que gritaba en alto contra la atroz dictadura que asolaba



al pueblo español. Incluso visitó Leningrado, las trincheras donde estuvo con la División Azul, para poner flores a los caídos del Ejército Rojo que lucharon contra la ocupación nazi, y viajó a Moscú para negociar la edición de sus poemas en ruso. Nunca reconoció su participación en la quema de San Pascual, ni en el asesinato del doctor Pelayo, ni en las violaciones, robos y saqueos, ni en el fallido atentado de Madrid, ni habló a nadie de la muerte de Marcelino ni de lo que sentía por Julia ni por José, a quien no volvió a nombrar jamás en sus poemas, aunque cada noche lo llorara.

Llegó el día en que su obra se editó en Estados Unidos y viajó muy emocionado a Nueva York, según él mismo comentaba a menudo, sede del imperialismo capitalista que atenazaba las libertades del mundo. Si bien cobraría una importante suma económica, en verdad no le importaba el dinero, solo quería promocionar su libro, extender su mensaje libertario en nombre del proletariado y recitar valiente ante aquellos que lo veían como un auténtico revolucionario, como un artista libertario, un hombre por cuyos ideales y causa todo lo había dado.

Ese día, el mismo de la presentación de “Un poema para mi general”, Nicolás llegó triunfante a la entrada del anfiteatro de la librería, en una limusina ofrecida por la editorial, acompañado por un hermoso caballero de acento cubano y una dama de maneras afrancesadas. Bocaditos y canapés, vino y champagne lo esperaban en una fiesta preparada para complacerlo y promocionarlo. Apenas se había distribuido el libro y ya apuntaba como posible número uno en ventas, todo un *best seller*. La fortuna le sonreía como nunca. Varios productores estudiaban la posibilidad de comprar los derechos para realizar una película basada en su propia vida; allí mismo los conocería. Y pletórico, avanzó por el

iluminado pasillo, bajo una lluvia de flases, escuchando los saludos acalorados de su público, firmando autógrafos sin parar como si ya fuera una estrella de Hollywood.

Una mujer se posó ante él y ladeó el rostro hasta cruzar sus ojos.

—¡Julia! —exclamó Nicolás.

Ella disparó sin piedad las nueve balas de la pistola que sujetaba con fuerza en la mano derecha, y todos los presentes salieron corriendo. Le vació el cargador en el vientre, una a una, sin prisa ni pausa, recreándose con cada estallido que manchaba su vestido de rojo carmesí.

El cuerpo de Nicolás se contraía como el de una lombriz mientras una gran mancha de sangre se extendía por el suelo. Sin dejar de mirar a Julia, con una expresión cierta de terror ante la muerte, quiso suplicar su perdón. No lo hizo, tan solo apretó los labios con resignación.

Julia le lanzó una última mirada, triste, y le disparó en la frente su última bala. Acto seguido, lanzó el arma humeante sobre el cuerpo caído de Nicolás, se ocultó levemente el rostro con el alzacuellos de la chaqueta y salió del edificio, andando como si nada pasara, observando a la gente que corría a gritos, asustada. Una lágrima recorrió su mejilla mientras se alejaba del lugar, conforme pensaba en José. Posiblemente él no habría aprobado aquella ejecución, pero ella sí. Y se sintió bien.

Un vehículo la recogió al llegar a la calle. Las sirenas de la policía comenzaron a sonar entre los altos edificios de Manhattan.

—¿Todo ha ido bien? —le preguntó Ivanovich, mirando a los lados.

Ella sonrió, limpiándose una lágrima de la cara con los dedos, y pellizcó complacida los mofletes del pequeño Joselito,



que, sentado en el asiento de atrás, miraba con expectación los coches de policía que llegaban a la escena del crimen.

—*Look Mom! The police! Something happened!!*

—*Your daddy is inviting us to dinner and to the movies, isn't it honey?* —afirmó ella.

FIN